Pedro Robledillo

Lima Noviembre 10
de 1922

D

Gregorio [illegible]



VEN. P. FRANCISCUS DE CASTILLO
Soc. Jesu
Limae Apostolus nuncupatus

VIDA

DEL

VENERABLE Y APOSTÓLICO PADRE

FRANCISCO DEL CASTILLO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

ESCRITA, Ó MAS BIEN REFUNDIDA

POR

PEDRO GARCIA Y SANZ

ROMA, 1863.

Tipografia de Juan Cesaretti

Al Illmo. y Revmo. Sor. Dr. D. José Sebastian
de Goyeneche y Barreda,
Arzobispo de Lima, Prelado Doméstico de Su Santidad,
Asistente al sacro Solio Pontificio etc.

Illmo. y Revmo. Sor.

A ninguno mejor que á V. S. I. y R. que tanto ha hecho y hace cada dia en el Perú por la gloria de Dios Nuestro Señor y de su Iglesia, debo dedicar la « *Vida del Ven. Padre Francisco del Castillo, de la heroica Compañia de Jesus* », quien por los inmensos bienes que, con la palabra y obras, hizo á la piadosa Ciudad en que dispuso el Cielo naciera, y cuya Silla Arzobispal tan dignamente ocupa V. S. I. y R. mereció ser llamado, á una, de todos sus contemporáneos el « Apóstol de Lima » : ni con ningun otro nombre mas ilustre y respetable por alcurnia, talentos y virtudes que el de

V. S. I. y R. podria tampoco escudar mejor la pobreza y humildad de mi trabajo, y mi arrojo al escribir, sin mas auxilios que mis buenos deseos, la história de un Varon tan eminente y tan glorioso.

Así ruego encarecidamente á V. S. I. y R. que, perdonándome tamaño atrevimiento, se digne acojer esta « *Vida* » con su acostumbrada benevolencia, y aceptar el pobre, pero cordial homenage, que me es sobre modo grato rendir á Pastor tan Apostólico, como una muestra escasa de mi profunda veneracion ácia la augusta persona de V. S. I. y R. que Dios nos conserve largos Años, para bien de la Iglesia y gloria del Perú, como ardientemente lo desea, implorando á los piés de V. S. I. y R. la Apostólica bendicion,

Su muy devoto y obediente hijo en C. N. S.

PEDRO GARCIA Y SANZ

AL LECTOR.

No se nos esconde absolutamente que, en los tristes tiempos en que vivimos, el Mundo, contrario siempre al Evangelio, tan solo incensa y dá importancia á la vida de aquellos, no sé si hombres ó siervos de la carne, que llevados en su ceguedad de la Ambicion ó de la Codicia, no retrocedieron ante ningun medio, por reprobado que fuese, á fin de saciar tan mal nacidas pasiones que solo de sangre y fraudes se alimentan: al paso que con fria indiferencia, si nó con marcado desden, osa mirar de reojo los ilustres hechos de tantos hombres superiores que, sin otro norte que la Cruz, con su amiga voz y celestial ejemplo predicaron dó quier humildad y absoluto despego, si no efectivo, á lo ménos afectivo, de los caducos bienes de la tierra, que, segun la sublime expresion del Sabio, no son mas que vanidad de vanidades y afliccion de espiritu.

Pero si esto, por desgracia nuestra, es asi, tambien á todas luces es notorio para el consuelo de la humana especie, que brillan, cual las estrellas del firmamento, en las

diversas clases de la sociedad , innúmeras almas buenas , que forman el verdadero pueblo del Señor , y que fieles á la luz venida de lo alto á iluminarnos, vén las cosas que se pasan en el breve sueño de la vida , bajo un dia muy distinto y tan hermoso como consolador.

Y á estas es á quienes , en particular , enderezamos la presente Historia de la Santa Vida del Ven. Padre Francisco del Castillo , de la Compañia de Jesus ; en donde , á despecho de la pobreza y desaliño de nuestro decir , hallarán , sin duda alguna , muchisimo que admirar en el extraordinario modo con que el Padre de las Misericordias se dignó hacerlo objeto de sus mas caras complacencias y escojidos favores ; y mas aun , si es posible , que imitar en la docilidad , abnegacion y presteza con que correspondió á la amorosa voz que del Cielo lo llamaba á merecer á fuerza de combates y sudores , la singular corona de Apóstol de la privilegiada Ciudad de Lima , su patria , y el centro de su amor y de todas las fatigas indecibles de su larga y gloriosa peregrinacion.

Mas á fin de que lo portentoso de los hechos que á narrar vamos de un Varon tan admirable , y que tan alto levantóse en alas de la gracia sobre nuestra misera naturaleza , no logre ser parte á disminuir en algo el fruto que de su publicacion nos prometemos , resfriando el firme asenso que reclama la verdad , juzgamos de todo punto indispensable declarar á nuestros benévolos lectores, que, cuanto en

la presente Historia afirmase , bebido fué con suma diligencia y esmero , y casi palabra por palabra , en las fuentes mas limpìdas y seguras que pudieran apetecerse. Como lo son , en primer lugar : Los Apuntes que , merced á la obediencia , nos ha dejado el mismo Siervo de Dios á cerca de los favores que recibió del Cielo en su curso mortal : luego su Vída y Milagrosas virtudes , sacadas á luz por el R. P. José Buendia coetáneo del Ven. Padre Castillo y de su misma Religion ; y , por último , cuanto juridicamente se ha extractado de los Procesos formados por órden de la Sede Apostólica para su Beatificacion y Canonizacion , donde deponen como testigos , bajo la fé del juramento , multitud de personas notables por su posicion social y santidad , que , ó alcanzaron vivo al Siervo de Dios , ó florecieron poco despues de su glorioso tránsito , cuando aun se conservaba fresca su memoria en los corazones de todos sus conciudadanos.

Por lo demas , muy dichosos nos juzgariamos si , no obstante la impericia de nuestra mal tajada pluma , lograr pudieramos se encendiese en nuestro privilegiado suelo una tierna y entrañable devocion ácia un Limeño tan ilustre ; á fin de que por el divino tesoro de sus abundantes méritos , nos fuese dado en estos dias de práctica incredulidad el imitarlo , si nó en las espléndidas y sobrehumanas empresas á que dió generosamente cima su Ignaciana caridad , á lo ménos en llevar , como él , el suave yugo de los evangélicos

preceptos que á todos nos obligan ; y obtener que , con la heroica Compañia de Jesus , maestra incomparable en todo linage de ciencias y virtudes, de que es hoy glorioso miembro , volviesen cuanto ántes al Perú , (como ardientemente lo deseaba nuestro ilustre y apostólico Panegirista de San Ignacio de Loyola (1),) *aquellos felices y ya pasados tiempos , que tan fecundos fueron para él , asi en Sabios, como en Santos.*

(1) Véase el elocuente Panegírico de S. Ignacio de Loyola del Sr. Dr. D. José Mateo Aguilar, que corre impreso entre las *Obras selectas del Clero Peruano,* Tomo 1.° pag. 328.

LIBRO PRIMERO.

De la vida que vivió el Venerable Padre Castillo

en el siglo y en la Compañia,

ántes de dar principio á su glorioso Apostolado.



CAPITULO I.

Nacimiento del Ven. Padre Francisco del Castillo y favores que recibió del Cielo en los primeros años de su Santa Vida.

En la opulenta Lima, Capital de la República Peruana, célebre en todo el Orbe Católico mas que por la blandura de su clima y proverbial riqueza, por haber sido cuna de su Patrona S. Rosa, del Bienaventurado Martin de Porres y de un inmenso número de varones y mugeres venerables, y florecido en su seno los Santos Toribio de Mogrovejo, Francisco Solano y el Beato Juan Masias; Ciudad tan favorecida de la Providencia que, segun el ingenioso dicho de un Pontífice, tiene trazas de dar mas Comprensores al Cielo que ha dado oro á la tierra, gobernando el Virreinato D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, y la Arquidiócesis el I. S. Arzobispo D. Bartolomé Lobo de Guerrero, abrió los ojos á la luz del dia el 9. de Febrero del año del Señor de 1615. y á la de la gracia el 23. del mismo mes, para mayor gloria del Perù y de la Iglesia, el gran Siervo de Dios Francisco del Castillo.

Fueron sus legitimos padres D. Juan Rico, natural del Portillo, Pueblo que se halla á las inmediaciones de Toledo,

en el Reino de España, donde fué Familiar del S. Oficio y muy estimado por su cristiandad y nobleza, (cuyo ilustre sobrenombre no quiso tomar el Siervo de Dios, así por un exceso de amor á la pobreza, como por haber fallecido de éste mundo y pasado á mejor vida, cuando aun no contaba él sino un año de edad); y D. Juana Morales del Castillo, nacida en S. Fé de Bogatá, Capital de la República Granadina, matrona de tan acendrada virtud y vida tan penitente, que murió, como habia vivido, en gran olor de santidad. Y aunque de tan honrado Caballero y tan santa Señora como previno el Cielo para madre de un hijo tan santo, nacíeran al mundo una muger y cinco varones, cuatro de los cuales fueron Sacerdotes, de ejemplarísima vida todos; sin embargo, si bien el último en nacer, fué, sin duda, el primero de ellos por sus heroicas virtudes, el bienaventurado Padre Francisco del Castillo, cuya prodigiosa vida nos proponemos escribir, Dios mediante, sin otra mira, que la de refrescar su dulce memoria en el ánimo de nuestros lectores, y encender mas y mas en ellos, (si tanto nos cabe en suerte,) la confianza en sus abundantes méritos y validísima intercesion.

Desde que estuvo en cinta D. Juana de tan envidiable Niño, sabedor el demonio y temeroso de lo que el futuro Apóstol que llevaba en el vientre habia de humillarlo viviendo, trató de armar, luego luego, las mas negras asechanzas á tan cara vida; haciendo cuanto le sugirieron sus infernales artes, para ahogarlo ántes de que viera la luz del dia y recibiese el santísimo Bautismo. Y llevado de tan negro propósito, viendo una vez el Maldito que la buena de la Señora, herida de los dolores del parto, trataba de

abrigar por sus proprias manos , subida en una alta escalera , su pobre cama con un basto pabellon , acometióla de tal modo , que dió al punto con ella impetuosamente de pechos en el suelo ; estrechándola despues contra el pavimento , con indecible encono y brio , y gran dolor y susto de la infeliz paciente , que ya creia malogrado el precioso fruto de sus entrañas. Mas no se salió el Demonio con la anhelada victoria : pues si pudo maltratar entónces tan cruelmente á la madre , fué sin la menor ofensa del hijo , de cuya preciosa vida comenzaba ya á tomarse un especial cuidado la divina Providencia , que á tan grandes cosas lo llamaba en lo futuro.

Y para que todo fuera en él extraordinario , casi desde que nació crióse el Siervo de Dios , mas que á los pechos de su santa Madre , á los de su anciana abuela D. Maria Morales , natural de Sevilla , Señora de vida ejemplarísima y de muy estrecha comunicacion con Nuestro Señor y con sus Santos. Pues sucedió que habiéndose enfermado gravemente D. Juana al poco tiempo de darlo á luz , y no siéndole posible alquilarle una nodriza por la estrechez de sus haberes , la santa abuela tomó al Niño en sus brazos , y , llevándoselo consigo , llena de fé y de confianza en la Divina Misericordia , fervientísimamente pidió al Padre de las gracias la sacase de congojas fecundándole los enjutos pechos : Quien , contra el descaecimiento natural de sus años , y renovando en cierto modo una vez mas el prodigio de Sara , la socorrió incontinenti con tan abundantes venas de licor , que sola pudo continuar criándole sin ningun incómodo en lo sucesivo.

Mas no pararon aqui los milagros obrados por el Omni-

potente en la apacible infancia de su Siervo Francisco, corrida , como entre rosas y azucenas, en los brazos de dos santas, cual lo eran abuela y madre. Suspension ponia , aun en ellas, verlo en tan tierna edad apartar, sin falta alguna, Viernes y Sábado resueltemente los infantiles labios del materno pecho, sin admitir en tales dias una sola gota de leche, por mas que una y otra se ingeniaran en destilarle en la boca el alimento : y no ménos maravillábales que, poniéndolo siempre por la noche en una segura cuna , lo hallasen por la mañana, sin dar muestra alguna de disgusto , tendido, boca arriba, sobre las tablas del estrado ó en el desnudo y frio suelo. ¡ Primeros primores de la divina gracia , y clarísimos indicios , en verdad , de las futuras mortificaciones , y de la sublime santidad á que era predestinado este Siervo de Dios !

Al salir ya de la infancia , y pisar los linderos de aquella edad, en que , siendo mas viva y clara la luz de la razon en los hombres , suelen ser tambien mas ciegas y espesas las tinieblas del engaño ; no fueron en nada menores tampoco , ni las astucias y asaltos del Averno para atemorizarlo y divertirlo del sendero de la virtud , en que entró Francisco tan temprana cuanto fervorosamente; ni los favores y gracias sobrenaturales con que el Señor , desde entónces , se complacia en conducirlo con sus proprias manos , por decirlo asi , á la mas alta cima de la perfeccion cristiana.

Ocho ó nueve años tenia apénas el Siervo de Dios , cuando vió con los ojos del alma , si nó con los del cuerpo , en la misma puerta de su cuarto , un feroz y espantoso demonio , amulatado , aéreo y encendido , que se mordia y ensangretaba con una rabia infernal el hombro y lado derecho ,

por que no le dejaban ir adelante. Espantado por tan terrible vision, el novel Guerrero vuelve los ojos á otro lado, invocando con eficaz confianza el auxilio del Cielo: y ¡ oh consolacion inefable ! se le manifiesta entónces el Angel de su guarda, que, á guisa de una hermosa, transparente y blanca nube, en defensa suya, impedía el ingreso al monstruo infernal.

Repetidas veces tambien, por este mismo tiempo de su vida, se le presentaban de repente, á lo vivo, gavillas y ejércitos formidables de demonios, bajo de diversas y horribles figuras, ya en la Calle, ya á las puertas de su humilde morada; con tan confuso y desordenado estruendo de armas, cajas, pitos y cencerros, cual si todo el Infierno junto saliese á moverle guerra: que desde entónces se temía, y con razon, verse humillado mas de una vez por el jóven Francisco, si le permitía cobrar alientos, y por eso no dejaba ardid que no maquinase para deshacerse de tan tremendo y poderoso enemigo.

Y á fin de que se conozcan de mas adecuado modo, asi las muchas misericordias que usó el Señor con esta alma predilecta en su niñez, como las infernales tramas urdidas en vano por el Demonio á fin de perderlo, narraremos, en conclusion, tres hechos, sobre modo providenciales, que el mismo Siervo de Dios nos ha trasmitido en los ligeros Apuntes que, merced á la obediencia, nos dejó de los favores que le hizo el Cielo durante el curso de su santa vida.

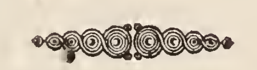
Hallándose enfermo un tio suyo, Sacerdote de intachable y santa vida, que servíale de padre, con el fin de verlo, iba á atravesar nuestro Francisco por una de las piezas mas retiradas y altas de la casa: y aun no habia hecho sino

poner el piè en el quicio de ella , cuando se sintió solicitado ácia atras por una fuerza superior é irresistible. Mas ¿ Cual no seria su suspension y maravilla al ver, no bien alejòse un tanto de aquel parage , desplomarse y venirse al suelo , como movidas por un sòlo y eléctrico resorte, todas las paredes de la pieza ? y ¿ cuales gracias no tributaria su alma tierna á la Providencia Divina por favor tan soberano, con que quiso salvarle de verse enterrado vivo por sus infernales y encarnizados enemigos ?

En otra ocasion , corria Francisco á caballo inconsideradamente , como lo acostumbran los niños , que nunca tienen ojos para ver los riesgos en que se ponen ; cuando arrancando el bruto con repentina violencia y empuje , y tomándolo del todo desprevenido , dió con él de espaldas en el suelo : alzándose de allí á poco , por un patente prodigio , ileso del crudo golpe , á pesar de que pasaron despues sobre su delicado cuerpo dos valientes caballos , que seguian á todo escape al suyo.

Finalmente , habiendo ido el Siervo de Dios con ciertos compañeros de su misma edad , á ver la procesion que el dia de año nuevo salia de la Iglesia de S. Pablo con gran lujo y acompañamiento ; acabádose esta , al derribar los trabajadores uno de los arcos , que suelen alzar los naturales con maderos y cubrir despues de flores y yerbas olorosas , para que pase debajo la Majestad Sacramentada , un gran mangle de los que lo componian , (sin duda lanzado contra él por el mismo Demonio ,) cayó de golpe sobre la cabeza de Francisco , postrándolo en tierra luego luego sin sentido. Mas el Señor , que lo destinaba á tan grandes acciones , y que no queria con tan duras pruebas sino prepararle

el esforzado y dócil ánimo á los arduos combates y á los ilustres triunfos que se le aguardaban en el curso de su largo y glorioso Apostolado, tuvo cuidado de sus dias: pues, llevado incontinenti en brazos de una pia persona á su propia casa, á fin de medicinarlo, apénas tuvo tiempo para recobrarse del porrazo recibido, cuando se levantó bueno y sano del lecho en que lo habian colocado, con grande suspension de todos los presentes, que no atinaban como explicar tan gran prodigio.



CAPÍTULO II.

De los piadosos ejercicios de su juventud, y de sus primeros estudios.

Sabida cosa es, que el clima blando, delicioso cielo y suaves influencias de la Ciudad de Lima enjendran, por lo comun, en sus hijos tal ingenuidad de naturales y tan felices disposiciones, que en el mismo semblante de ellos léese la benévola disposicion de sus ánimos, y lo capaces que son de aplicarse á todo noble ejercicio, y dar cumplida cima á cualquier empresa generosa por ardua que parezca: aventajadas partes, que reciben un extraordinario realce de la suma docilidad con que ceden, sin tardanza, à las advertencias de la razon, sin que se les vea casi nunca obstinados tercamente en sus pareceres por capricho ó vanidad.

Pero, aunque no es de los menores beneficios de la Divina Misericordia el don de un genio dócil y naturalmente inclinado á la virtud, como en el mayor bien suele á veces andar escondido un gran mal, cual entre bellas flores un insecto ponzoñoso; así mismo, índole tan privilegiada y envidiable suele ser peligrosísima al frisar los ardientes años

de la discrecion. Pórque entónces con el calor de la sangre juvenil, favorecido grandemente per la confianza ciega é inexperta de aquella edad, bullen en el alma mil afectos peligrosos, y se encienden poderosa y facilmente los apetitos mas desordenados de la voluntad, que hacen muy pocos consigan, por entero, el raro bien, que encarece, con tanta razon, Casiodoro: (Lib. 2. Varia. Cap. 1.°) de triunfar del torrente de las pasiones en lo mas florido de los años. ¡ *Rarum bonum est triumphare de moribus, et hoc consequi in florida ætate*!

Mas con nuestro Francisco, si anduvo amante la naturaleza dándole por patria la privilegiada Ciudad de Lima, segun á menudo lo confesaba él propio, mucho mas prevenida se mostró, sin duda, la divina gracia; pues encaminóle desde la niñez los pasos por las seguras y calladas sendas de la virtud, con representarle vivamente en tal edad, que es cuando las impresiones son mas enérgicas y duraderas en el hombre, los negros hórrores de las estruendosas vias del vicio y de su forzoso y terrible término, que es el Infierno. Mostrándole en una clara y pavorosa vision, patentemente, los horrores del camino que á tan funesto punto conduce, (como léese lo hizo el Señor tambien con su Seráfica esposa Teresa de Jesus,) en forma de unas gargantas lóbregas y profundas, pobladas de espanto y de tinieblas; semejante á un callejon sin término, angosto y obscuro, morada del miedo y del pavor, sin esperanza, ni luz, ni refrigerio alguno. Tanto, que el mismo Ven. Padre Francisco, al apuntar despues en sus escritos los efectos que tan horrendo espectáculo produjo en su alma, y su confusion, aprietos y congoja: « Fáltanme, (escribe,)

palabras y términos para ponderarlo ; mejor se siente que se dice ; y no sé como se llega á sentir , pues con el súbito pavor se enajena el sentimiento ».

Vision que fué, sin duda, una singularísima merced del Señor para asegurarlo en lo sucesivo contra todo género de peligros , máxime de la carne ; pues, con ponerle sin cesar ante los ojos , por medio de ella , los inefables horrores del infierno , tan saludable y espantosa vista hubo de retraerlo en tiempo y de inspirarle un santo horror , no solo del pecado mismo, sino aun de las peligrosas compañias de otros jóvenes de su edad , que muy bien descarriarlo pudieran insensiblemente del verdadero camino de la vida , por desgracia , cosa sobre modo fácil en tan ligera y ocasionada edad : mientras los soberanos favores con que , por otra parte , comenzaba el Cielo á acariciarlo , le abrian y franqueaban de par en par , las fáciles y aureas puertas de la virtud.

Y asi fué en efecto ; pues aun no contaba Francisco sino diez Abriles , y ya eran tales las dulcedumbres celestes que el Señor se complacia en hacerle soborear á menudo , y tan extraordinarios el sabor y consuelo que en todos los actos de piedad sentia su alma , que dábase á ellos tanto, y con tan varonil perseverancia, que no parecia nacido sino para la Religion , y para estar en continuo comercio con Dios y con sus Santos. En modo tal , que hasta sus juveniles pasatiempos no eran otros que , hacer Capillas en su cuarto y ornar Altares , para apagar asi algo el tierno afecto en que ardia por la Santisima Virgen y demas Santos de quienes era especialmente devoto ; ó esculpir con sus propias manos los dolorosisimos pasos de la gloriosa pasion de N. S.

Jesucristo y copiar las pinturas sagradas que mas le llevaban la aficion, y en especial las del Seráfico Padre S. Francisco de Asis, que coronan el hermoso Claustro interior de su Convento en Lima, (para lo que le habia dotado el Cielo de un raro ingenio y habilidad;) ó bien, llevado otras veces, y no pocas, de la hoguera que le ardia en el seno, y movido de aquel santo fervor que hace elocuentes las lenguas de los niños, desde un improvisado púlpito, predicar á una multitud de jóvenes de su edad, reunidos ántes por él con mil ingeniosas trazas, cuanto habia oido á los sagrados oradores en las Iglesias que continuamente frecuentaba: ensayando así, con no pequeño fruto, desde su niñez, el principal ministerio de su apostólica vida.

Y á impulso de la ardiente caridad en que se abrasaba su jóven pecho, con frecuencia le sucedia que, al leer ú oir la vida de algun Santo, ó al mirar las pinturas concernientes á la de S. Francisco, se le encendia de repente el corazon en tiernisimos afectos, y, vertiendo dulces lágrimas, bañábase de un gozo inenarrable; cual si el Señor le ofreciera entónces hacerlo tambien Santo, á fin de que lo amase en la tierra como el que mas, y de que lo sirviese eternamente en el Cielo con sus mas gloriosos Comprensores. Pero un dia, sobre todos, bañóse su alma tierna de soberana alegria, hasta rebosarle el gozo en toda la figura.

Habia muerto á la sazon en el Convento grande de S. Francisco de Lima, un Religioso Lego, llamado Fr Juan Gómez, de angélica inocencia y candidez de ánimo, y de muy estrecho comercio con nuestro Señor Jesucristo; tenido en la Religion y venerado en toda la Ciudad por gran Siervo de Dios. Atraido á la veneracion del santo Lego nu-

meroso gentio, tambien concurrió nuestro piadoso Francisco; quien, al pasar por uno de los corredores del Claustro el cuerpo del dichoso difunto, sintió que despedía de sí una fragancia delicadísima, que encendíale y regalábale grandemente el corazon, cual si hubiese sido trasportado en ese instante á los jardines del Paraíso: experimentando muchos dias consecutivos tan sublime merced, y vehementísimos deseos de plantar en su virgen alma las celestiales virtudes que merecieron á quel siervo de Dios difunto, tan esclarecida prenda de la gloria que gozaba ya en el Cielo para siempre.

Sin embargo de esto, á los doce años de su edad fué cuando se declararon muy mas vivamente en el alma apasionada y ardorosa de Francisco, tan regalados sentimientos. Entónces, cuando ménos lo pensaba, sentíase encendido en repentino y sacro fuego el corazon; siendo en él tan grande el incendio producido por el amor divino, y tan vehementes las ansias en que ardía por que todos reconociesen y amasen á su Sumo Bien, que le faltaba la respiracion y aun el sentido, arrebatado todo él por la inefable vehemencia de tan ardiente y poderoso afecto. Fervores que crecian mas y mas en él cuando con ocasion de alguna fiesta, previniendo la hora de sus estudios, iba ántes á la Iglesia mayor á ganar gracias visitando altares, en especial el de N. S. de la Antigua, y el de su Purísima Concepcion. Aquí era propiamente donde todo el Cielo, al parecer, veníasele á los ojos, y descendía sobre su corazon sagrada lluvia de fuego, absorto en la contemplacion de los misterios de María y de su dulcísimo Hijo; y se hubiera dicho entónces, al verlo tan enajenado de sus senti-

dos , que su alma lo desamparaba para volar al trono de sus amores : tales eran las ardientes y continuas jaculatorias en que prorrumpia , y las copiosas lágrimas , que , bañándole el angélico rostro , le fecundaban el alma de indecibles consolaciones.

Por este mismo tiempo de su vida , cursaba ya Francisco las Escuelas de la sábia y heroica Compañia de Jesus , con notable aprovechamiento en los estudios de Gramática. Y tanto llegó á encenderse entónces con la diaria comunicacion del santo Hermano Hurtado , en el deseo de darse todo á Dios y huir del mundo , que de concierto con un condiscípulo suyo muy virtuoso , llamado Martin Bríones , se retiraron ámbos á una antigua Ermìta de S. Gerónimo en el Cerro de los Amancáes , á fin de vivir en ella como Anacoretas ; segun lo hubieran conseguido , á no haber tenido luz de su retiro , despues de algunos dias , sus vigilantes Maestros , y asaltádolos de repente una mañana en la cueva donde estaban en oracion , y traídolos otra vez , por fuerza , á la Ciudad.

Vuelto de este modo Francisco á sus estudios , volvió tambien con él , al propio tiempo , el dechado mas perfecto de la numerosa juventud que frecuentaba S. Pablo. Su rostro angélico , risueña compostura , aplicacion , y humilde y apacible natural , eran el atractivo de todas las voluntades ; no habiendo en todo el Colegio quien no lo amase y venerase hasta llamarlo el « Estudiante Santo » : concepto que le granjeó principalmente su inefable modestia y honestidad , que hacian que sus jóvenes condiscipulos , por consideracion á él , se compusiesen á su presencia y gobernasen escrúpulosamente sus acciones , sin permitirse jamas ,

por desahogo ó inadvertencia de la edad, la menor palabra ó accion que ofender pudieran los ojos ú oidos mas castos.

Asi es, que viendo en él brillar cada dia mas felices disposiciones para la virtud, encomendáronle sus penetrantes Maestros, y con especial empeño el de Menores, que lo era el Siervo de Dios Padre Pedro Ignacio Vero, que cuidara de la Capilla de la congregacion de la Anunciata. No siendo decible cuanto entónces se afanase Francisco por componer y adornar dicha Capilla, y particularmente el Altar de Nuestra Señora; pues nada podia habérsele encomendado de mas análogo à su genio é inclinaciones. Y con tan santa ocupacion, y con oir continuamente, ora en pláticas los Domingos, (como es costumbre en los Colegios de la Compañia,) ora en conversaciones en las juntas, al dicho P. Pedro Ignacio que, con santo celo, exhortaba á los estudiantes á una cordial devocion y ternura por la SSña Virgen, alentándolos en tan saludable amor con los maravillosos y repetidos ejemplos que elocuente y fervososamente les referia; encendiósele de tal modo el corazon á maestro Francisco en ardientísimas ansias de consagrarse del todo, y para siempre, al servicio de tan liberal Señora, que ya no tuvo desde entónces otra ambicion, ni otro pensamiento, que el hacerse miembro de la Santa Compañia que lleva orgullosa el nombre de su dulcisimo Hijo.

Pero, para prueba de los quilates de la vocacion de nuestro jóven Apóstol, cuantas veces le encendia en el ánimo tan genesosos deseos el amor divino, otras tantas se los apagaba su excesiva humildad; por juzgarse sin suficiencia de letras, y caudal bastante de virtudes para solicitar lo admitiesen de Novicio en una Religion que veia como Templo

de la Piedad y de la Sabiduría : no quedándole entónces otro alivio , ni recurso , en batallas tales, que arrojarse á la presencia de su poderosísima intercesora María SSma , á fin de obligarla con su abundoso llanto , si tal era su voluntad , á que le facilitase el modo de conseguir lo que él no se atrevia á pretender.



CAPÍTULO III.

Entra el humilde Francisco en la Compañia de Jesus, pasa su Noviciado, y prosigue sus estudios preparatorios en Lima y en el Callao.

Sobre modo rabioso el Averno, y al mismo tiempo atemorizado por tal idea del angélico Escolar, (pues barruntaba ya la implacable guerra que dirigido de tan heroicos Maestros le habia de mover en lo futuro,) no hubo ardid que no maquinase para divertirlo de sus santas aspiraciones, y estorbarle el ingreso de la Compañia: ora urdiendo por de fuera mil mentiras y calumnias, que le imposibilitasen á los ojos de los demas el logro de sus deseos; ora ponderándole internamente su insuficiencia y cortedad para los sagrados ministerios de la Compañia, que mas bien lo harian cargoso que útil á los soldados de Jesus. Pero la SSña Virgen, á cuya cuenta corria el amparo de su devoto Siervo, serenó cuando ménos éste lo esperaba, cual íris de paz, del todo, la tormenta de dudas que contra su capacidad é ingenio levantaron; pues, en vista de los favorables informes de sus Maestros, hizo que todos los Padres, á una, consintieran gozosos en admitirlo en su seno, sin mas oposicion, atentas las aventajadisimas partes del sujeto, y la grande

gloria que á la Religion se recrecia con recibir entre sus hijos á un santo como Francisco. El cual tuvo al fin la dicha inefable de verse admitido al Noviciado en la Capilla de Nuestra Señora de Loreto del Colegio de S. Martin, el año del Señor de 1632. á los 17. de su edad, por el Padre Diego de Torres Vasquez, que le dió el abrazo en nombre del Provincial, ausente en la visita de la Provincia: de donde partióse en seguida á la Casa de probacion de S. Antonio Abad, algo retirada del concurso y calles mas frecuentadas de Lima, á fin de pasar allí los años de su Noviciado.

Al entrar el nuevo Jesuita por las puertas de tan digna habitacion de la inocencia, sintió como que se le abrian, de par en par, las de la gloria. Y tal fué su gozo al verse ya á solas en el pobre y reducido aposento que le habian preparado, que, de rodillas, y besando mil y mil veces la tierra, entre lágrimas y sollozos, se le oyó prorrumpir en estas amorosísimas expresiones: « ¡ Oh ! ¿ Cómo sabré yo agradecer este bien, oh Sumo Bien mio, oh Padre mio, ? ¿ Como podré pagaros esta dicha que gozo, igual á mis deseos, y mayor que mis merecimientos ? De vos me valgo, para con vos; que á este beneficio vuestro, solo podré corresponder con vuestros beneficios. De vuestras manos lo he recibido todo; no tengo otra recompensa, Señor, que ponerme otra vez en vuestras manos. Aquí os he venido á buscar, aunque siempre os he tenido en mi corazon; pero quise hallaros sin las contingencias de perderos. Ya, por vos, cautivo mi entendimiento, y enajeno mi libertad; que en vuestra Compañia no quiero mas libertad que para el mérito de amaros ». Desahogando asi, con estas y otras eficacisimas razones, su pecho agradecido ante el Padre de las

Misericordias, este serafin terrestre, que ya no conocia mas oficio que amar á Dios, y hacer en todo su santa voluntad.

Guiado de semejante espíritu, que siempre fué el compañero de todas sus acciones, ápenas acababa de ser admitido el fervoroso Francisco al Noviciado, cuando ya parecia el mas antiguo de la Casa; así por su piedad y exactitud en acudir á las comunes distribuciones, que siempre le hallaban el primero; como por la expedicion y gusto con que daba cima á los ejercicios mas penosos del Noviciado, y el indecible gozo con que recibia los mas abatidos ministerios que se le encomendasen, que, para su alma generosa, en vez de una mortificacion, eran un exquisito regalo. Pudiendo decirse con toda verdad, que, si de seglar era modesto, callado, humilde y pio, desde que se puso la sotana resplandeció á los ojos de sus iguales, y aun á los de sus superiores, como un héroe consumado, que no daba pasos, sino vuelos, en la práctica de las virtudes mas sublimes. Siendo tales sus rigores, ayunos y penitencias, y lo que se entregó entónces á la vida contemplativa, que, temiendo el Maestro de novicios por sus dias, vióse precisado á moderarle bajo precepto de obediencia sus austeridades, y á medirle el tiempo de oracion.

Tenia el Noviciado de la Compañia de Jesus de Lima, en lo mas retirado de la Casa, dos hermosas Huertas, plantadas de toda suerte de árboles frutales, y divididas en cimétricas calles, que se terminaban en otras tantas Ermitas devotas. En una de estas, veíase representado á lo vivo al S. Novicio de Koshka á los piés de la SSñia Vírgen: y allí era, sobre todo, donde, (mientras sus connovicios se espaciaban en la Huerta, descansando un tanto de sus fatigas

mentales ,) Francisco , inmoble el cuerpo , como de mármol , en tierra las rodillas , fijos los ojos en el cuadro , y en suave sosiego los demas sentidos , perseveraba orando todo el tiempo que podia alejarse de los demas , sin ser notado por ellos. Mas , cuando con el fin de no ser descubierto en tan regalada ocupacion , y de ocultar los favores que el Cielo le prodigaba á manos llenas , (en que ponia sumo estudio ,) dejaba mal su grado tan sabroso retiro ; el ardor de sus palabras , el bochorno del semblante , y las no muy bien enjutas lágrimas de los ojos daban , sin embargo , á sus compañeros segurísimos indicios de las mercedes que había alcanzado , y del incendio que queríales ocultar , y que á su aspecto , como por encanto , se comunicaba á los demas ; sirviendo así , sin imaginárselo , en manos de la Divina Providencia , de ejemplo y edificacion á todo el Noviciado.

En este santo tenor de vida , sin vicisitud ninguma , perseveró nuestro Francisco los dos años que señala la Compañia para la probacion de sus hijos : aunque no todos ellos fueron corridos por él entre flores y celestiales consolaciones. Pues , deseando sin duda el Señor fortificarle en la constancia y en la resignacion á su santa voluntad , mas de una vez puso en prueba su espíritu , retirándolo enteramente su cariño y sus favores , y dejándolo sepultado en las tinieblas de la mas completa desolacion : cuyas espinas y sequedades se le doblaban indeciblemente al recuerdo de los suaves regalos y dulzores de que había sido ántes objeto ; lo mismo que aumenta la oscuridad y tristeza de un dia tempestuoso , la dulce memoria del alegre y despejado que le precedió. Y cuales fueron la confusion y congoja del nue-

vo Jesuita , sus lágrimas y sollozos al verse apartado repentinamente del Bien que poseia , y juzgaba haber perdido por sus culpas , sábelo solo la Vírgen SSña á cuyos piés se arrojaba entónces , una vez y otra , con el corazon partido de dolor , instándola encarecidamente como á su madre y abogada , para que intercediera por él con su Hijo Santísimo , à fin de que le restituyese el tesoro que temia haber malgastado locamente : hasta que Dios , nunca mas presente y misericordioso con las hechuras de sus manos , que cuando al parecer se aleja mas de ellas , volvia á abrirle los raudales de sus gracias , sumerjiéndolo , mas que nunca, en el piélago sin fin de sus consolaciones.

Finalmente , despues de prevenirse con extraordinarias oraciones y austeridades , llegado el dia de consagrarse á Dios con los votos religiosos , que lo fué el dos de Enero de 1835., feliz para la Compañia por el claro hijo que adoptaba , y para Francisco dichoso por la total entrega y sacrificio que de sí hacia a Dios ; asistido de la Comunidad, y en manos del Superior , y delante de Cristo Sacramentado , votó , con sumo gozo y consuelo de su alma , para siempre , pobreza , castidad y obediencia ; recibiendo en seguida , y como en arras del banquete que se le apercibia en los Cielos , en el humilde santuario de su pecho, al Rey de los Cielos y la Tierra. Dejando de allí á poco , con gran sentimiento de sus connovicios, aquella santa Casa, que tanto habia edificado con sus virtudes , para recomenzar sus estudios interrumpidos en el Colegio Máximo de S. Pablo , que era á la sazon un semillero de sabios y de santos.

Mas , corridos algunos meses, tuvo que despedirse, hasta mejor época , de tan célebre Colegio por òrden de sus Su-

periores, á fin de ir á terminar sus estudios preparatorios en el del Callao, distante solo dos leguas de la Ciudad de Lima: donde tuvo la gran dicha de merecer le enseñase Humanidades el extático Padre Juan Alloza; « Gran maestro de consolaciones divinas y gran padre de espíritu, (segun se expresa á su respecto uno de sus coetáneos,) de una perfeccion de vida incomparable, de una penitencia cruel, de continua y no interrumpida oracion, objecto de los favores divinos mas singulares, y de tal abstraccion de sentidos, que mas parecía Bienaventurado en el Cielo, que viador en la tierra: honrándose así mucho Lima de ser su patria, que le dió el ser; y mas la Compañia de ser su madre, pues le dió la perfeccion ».

Tal era el Venerable Padre Alloza, varon de los mas sabios y santos que hayan honrado el suelo del Perú, como lo publican las varias obras que en latin y castellano dejó escritas para gloria de Dios y bien de sus semejantes, y los Procesos formados en la Arquidiócesis de Lima, sobre sus heroicas virtudes; y tal el gran maestro en humanas ciencias y divinas, que el Señor había deparado en sus misericordias á su caro Siervo Francisco, á fin de que de sus labios bebiera la sabiduria y con su ejemplo se adiestrara en la práctica de todo género de virtudes. Teniendo aqui origen aquella seráfica correspondencia y amistad entre estos dos grandes Siervos del Señor, que todos con envidia santa veían y admiraban, y que solo terminaron en el mundo con la preciosa vida del Padre Alloza, para anudarse despues mas estrecha y duraderamente en los brazos del Eterno.

Sin embargo, breve fué el tiempo que, con tanto provecho suyo, logró pasar en el Callao nuestro Francisco, gozando

de la doble enseñanza de su inmejorable Maestro ; aunque no tanto que no le dejase aprovechar abundosamente de sus insignes talentos y virtudes : pues , cuando ménos lo esperaba el santo estudiante, le ordenaron sus Superiores que volviese à Lima , á enseñar Gramática á los escolares de S. Pablo. A donde se trasladó en el acto gozosisimo , á pesar de lo mucho que semejante órden lo afligia y contrariaba , como un verdadero hijo de la obediencia , que nunca vése mas satisfecho y tranquilo , que cuando tan segura guia dirige totalmente sus acciones y sus pasos.



CAPÍTULO IV.

Enseña el Siervo de Dios Gramática en Lima, y hace sus estudios de Teologia en el Colegio Máximo de S. Pablo.

Llamado el celoso Francisco á la fructuosa y delicada tarea de la enseñanza, que lo es, sin duda, muy mas todavia cuando se refiere á niños de tierna edad; pues cuanto mas molesta y enojosa es entónces para el Maestro, es tambien mas fecunda y rica en felices resultados para la sociedad, por depender casi siempre de la buena ó mala direccion que se dé á los juveniles ánimos, su desgracia ó su ventura: se dió á ella el novel Jesuita con el mismo celo y aplicacion que desplegó como estudiante, y que lo distinguieron siempre en todas sus ocupaciones.

Pues no corria un solo segundo del tiempo consagrado á las Escuelas, sin que lo aprovechase escrupulosamente en el cultivo del interesante plantel que habia sido encomendado á su cura y vigilancia; ora explicándoles el texto ú oyéndoles las lecciones con singular cariño y paciencia; ora amonestando y corrigiendo, pero siempre con entrañable amor y mansedumbre, á aquellos á quienes no habia podido ganarse con el aliciente de su agrado, ó con los

premios baladis que de continuo les regalaba. Y qué frutos de bendicion lograse el Siervo de Dios de sus desvelos y fatigas cuotidianas en la enseñanza, lo predicaban demasiado alto à todos, la inquietud juvenil de sus discípulos trocada en asidua aplicacion, la viveza en compostura, y el desahogo en modestia: tanto, que por dó quier eran mirados con grandísima ternura; siendo el mayor elogio que pudiera hacerse en aquel venturoso tiempo á un jóven de Lima, el decirle que era, ó parecia ser de los « Castillos », con cuyo nombre honraba la Ciudad agradecida, á los devotos y aprovechados discípulos de Francisco.

Sin embargo de esta abundosa cosecha que, como Maestro de Gramática, hizo el Siervo de Dios en el espacio de ocho meses, tuvo que interrumpirla en lo mejor, por mandato de sus Superiores, y entrar luego al curso de Filosofía que dictaba en S. Pablo el P. Alonso de la Presa; y al cual fué, no, como tantos otros, llevado del solo deseo de llegar á ser sabio por medio del estudio de las sagradas letras, sino con la exclusiva y santa intencion de hacerse en la tierra un idoneo ministro de la gloria del Señor. Mas, desgraciadamente, por entónces hallábase Francisco sin el aliento que deseara, á fin de consagrarse con ahinco á tan espinoso estudio; porque sus austerísimas penitencias, el ejercicio continuo de oracion en que vivia, y el empeño infatigable de recojer escrupulosamente sus sentidos, amen de que por su corto ingenio no habia de salir bien con tan sublimes estudios, le descompusieron y descuadernaron de tal suerte la cabeza, que, sin agudos dolores é improbas fatigas, no podia poner en nada fijamente la atencion. De donde le vino al ánimo, para colmo de males, un gran

desconsuelo y amargura al juzgarse ya inútil para los empleos tan delicados de la Compañia, por atribuir á falta de capacidad, lo que era efecto exclusivo de sus muchas austeridades y de la delicadeza de su constitucion.

Pero la verdad es, que el Dispensador de todos los dones no queria sin duda que su Siervo descollara notablemente en la ciencias que por humanos medios se consiguen, sino que mas bien se elevase á un grado sublime en la ciencia de los Santos: y por eso negábale, al parecer, su ayuda y proteccion, y lo dejaba sufrir todo el peso de los crudos combates que le movian su humildad y sus temores, hasta privarlo de sueño y de reposo, y de todo alivio, si nó era, (como el mismo Venerable Padre nos lo dice,) el de volver, anegados en lágrimas, los ojos á la Madre de los afligidos, pidiéndole le obtuviera de Dios fortaleza y gracia, y una grande resignacion y conformidad con su divino querer.

Mas no tardó el Padre de las Misericordias, sin duda á ruegos de tan poderosa abogada como Maria, en recompensar abundantemente tanta paciencia y humildad. Pues estando en uno de estos dias turbulentos y sin luz, recojido su Siervo Francisco en sumisa y fervorosa oracion, sintió en una vision imaginaria, (que, segun lo enseña la seráfica Doctora, es mas cierta y clara que la corporal,) que haciéndosele presente el Señor, lo atraia á sí con una virtud tan poderosa y eficaz, que, sin saber el modo, se halló de repente en los brazos de N. S. Jesucristo, que lo regalaba con el divino licor de su Sacratísimo Costado: hartándose en aquella bendita llaga, abierta por el amor divino cual fuente de sus infinitas misericordias con el hombre, de

esa Altísima Sabiduria que viene solo de Dios, y que no consiguen las áridas lucubraciones de la inteligencia, sino la vivificante y humilde sinceridad del amor. Admirable y deliciosa vision de que gozó muchas veces el V. Padre, segun él mismo lo refiere, con grandes aprietos y ardores de su corazon, y provecho y recojimiento de su alma; y cuyos divinos, saludables efectos aumentaban prodigiosamente de eficacia, á medida que eran mayores sus trabajos, tristezas y desconsuelos.

Y con tan soberanos alientos, pudo ya Francisco, no solo emprender, sino continuar en lo futuro sus tareas escolares; y, no obstante sus dolencias, conducir á feliz término sus estudios filosóficos: pero recorriendo siempre y repasando en la memoria, como prudente operario de la viña del Señor, los ministerios tan múltiplos como santos de la Compañia, á fin de descubrir en cual de ellos era mas agradable al Altísimo que se ocupase. Con cuyas miras no cesaba jamas de pedirle humildemente en todas sus oraciones, diéraselo â conocer su paternal Misericordia: hasta que un dia, habiéndose encerrado el Siervo de Dios en lo mas íntimo de su alma, despues de recibir en su humilde morada á su Redentor Sacramentado, á fin de tributarle las mas fervorosas gracias de que era capaz su ternura y gratitud, por el insigne beneficio que haciale visitándolo en su miseria; oyó una voz regalada y sobrenatural que, interiormente, de un modo claro é imperioso, le decia: « Yo quiero que me sirvas en el Ministerio de los Morenos ». Favor que al instante comunicó Francisco gozoso á su Prelado, ofreciéndose desde luego, si asi lo juzgaba oportuno, á dar ma-

nos en seguida al ejercicio de tan alto cuanto humilde ministerio.

Pero, pareciendo mucho mas conveniente á juicio de sus Superiores que, antes de entrar en la vida activa, acabase sus dimidiados estudios, reservaron para mejor sazon y tiempo el permitirle que realizara tan bien nacidos propósitos. Por lo que, terminado que hubo felizmente sus años de filósofo, pasó Francisco, con la respectiva venia de sus Maestros, á oir, en el mismo Colegio, las lecciones de sagrada Teologia; en que le cupo la buena suerte de tener, entre otros sabios varones, por maestro á su padre de espiritu el ven. P. Leonardo de Peñafiel, tan aplaudido en toda América por su extraordinario ingenio y saber, como venerado por su sublime santidad. Así la Providencia, siempre admirable en las sendas por que encamina á sus Santos, con amante solicitud, prevenía á su Siervo Castillo á cada nuevo paso que daba en su carrera, quien le instruyese y adelantase no solo en los secretos mas raros de las ciencias, sino tambien, juntamente, en los mas sublimes y saludables del espiritu.

Y á tan santo y sabio maestro debió nuestro Francisco no solo una gran parte de cuanto supo de la altísima ciencia de Dios, sino lo que es mas todavia el sosiego y paz de su alma. Pues el Demonio que, á toda costa, trataba obstinadamente de cruzar las santas y apostólicas miras del Siervo de Dios, se desencadenó en perseguirlo por estos tiempos con suscitarle los mas molestos y penosos escrúpulos; que fueron tantos, y tales, que lo tenían consumido y fuera de sí, no dejándole siquiera donde asentar un paso sin recelo. Y así como el requerir una llaga, con frecuencia léjos de

remediarla encónala , asi con la repetida confesion y con todos los demas medios que ponia en obra entónces el humilde Jesuita para librarse de tan petulantes y encarnizados enemigos , en vez de mejorarse , no lograba sino agravar mas sus crecientes achaques, desconfianzas y temores. Mas de tan recia fortuna vióse libre, como por encanto, segun él mismo Siervo de Dios lo confiesa agradecido en sus Apuntes , merced á la obediencia solicita que prestó á los prudentes consejos que dicho P. Leonardo dióle por escrito para su gobierno y tranquilidad : que fueron tan del agrado de Dios , que se veia patentemente reprendido por él , siempre que en la mas pequeña cosa los contrariaba. Como si con ello quisiera darle á conocer N. Señor cuan cara le era en sus Santos una virtud de que tantos ejemplos nos legó en el mundo , hasta morir en un oprobioso madero , á fin de que se hiciese la voluntad de su Padre Celestial y no la suya.

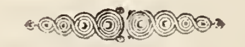
Asi , entre otras , una vez que veló hasta las doce sin licencia de su santo Director, parecióle al afligido Francisco ver, á lo vivo, delante de sí, con grandes temores y presuras del corazon , á un gallardo mancebo , muy grave y majestuoso, que ordenaba al Demonio lo ciñese por la mitad del cuerpo con un cinto de hierro , sembrado todo de agudísimas puas de acero: el cual solo cambió de semblante, é hizo suspender la ejecucion de tan tremendo castigo, cuando viòlo enteramente arrepentido y humillado por la mencionada ligereza.

Y aun non habia Francisco terminado sus estudios teológicos, cuando entre las personas de mas celo y satisfaccion que por entónces nombró la compañia para que asistiesen á

la juventud del Real Colegio de S. Martin, que le estaba encomendado, y donde formábanse, en aquel venturoso tiempo, en virtud y saber las primeras personas de la República, fué una de ellas el Siervo de Dios, de cuya santidad y aptitudes tenian todos la mas grande y bien merecida opinion. Y no es decible que golpe tan fiero fuese para su excesiva modestia, el que lo conceptuasen digno de dirigir á otros, cuando se juzgaba insuficiente aun para cuidar de sí propio; ni todo lo que medrara aquel famoso Colegio, en pocos meses, con su trato y con su ejemplo. Pues tal era la opinion de Santidad que gozaba entre todos aquellos jóvenes, que, imaginándoselo de continuo en estrecho comercio con Dios, y por lo mismo sabedor de sus mas ocultos pensamientos, nada omitieron por labrar entónces su completa reforma, á fin de no verse culpados á los ojos del « Santo », como entre ellos lo apellidaban.

Mas el Demonio á fin de no dejarlo un instante tranquilo, y de estorbar en cuanto pudiese el bien que diariamente hacia á aquellas tiernas almas, suscitóle de nuevo, y tal vez con mayor furia que ántes, una horrible tormenta de desalientos, dudas y temores á que dió por desgracia oidos su humildad, pareciéndole cosa imposible el servir de algo á la Compañia de Jesus por la escasez de sus recursos: lo cual le hizo caer en una tristeza y amargura tales, que, royéndole la paz del alma, le encendian en lo mas intimo una hoguera abrasadora, que lo devoraba á fuego lento y sin descanso. Pero habiendo entrado por su buena suerte un dia, cuando mas triste y afligido se hallaba su espiritu, en la interior Capilla de dicho Colegio, dedicada á la Virgen de Loreto, á fin de pedir á tan Soberana Señora, ane-

gado en llanto , y con toda la confianza de su amor y el aprieto de su congoja , que lo amparase en el grande abandono en que se veia , y que lo mirara con ojos de misericordia , sintió como que le flaqueaban las fuerzas dulcemente ; y , quedándose como dormido , vió , ¡ oh dulzura inefable ! con los ojos del entendimiento y con toda claridad y certeza , acercársele la SSña Vírgen con el Niño Dios en los brazos , que, vuelto á él , y mirándolo tiernamente , le dijo : « Bien has peleado , Francisco » ; á lo cual añadió á su vez la Madre dulcísima , con risueño semblante y ojos de cariño : « En lo que mas agradarás á mi Hijo , es en conformarte en todo y per todo con su Santísima voluntad ». Celeste favor , que hizo se recobrara entónces el Siervo de Dios á los alientos lleno de sobrenatural resignacion y alegría , y maravillosamente fortalecido para batallar de nuevo , y con mas ánimo que nunca , á fin de conseguir á fuerza de sudores y fatigas , aquel perdurable y rico premio , que no será de los tibios y perezosos , sino tan solo de los valientes y esforzados.



CAPITULO V.

Ordénase el Ven. Jesuita de Sacerdote, pasa á vivir al Callao, y, en lugar de ir á la conversion de infieles, sale para Valdivia en la Armada del Virey.

Aunque eran tan abundantes y escojidos, como queda expuesto, los frutos de bendicion que, á pesar de sus continuas dolencias, temores y desconsuelos, cosechaba el Siervo de Dios en el precioso huerto del célebre Colegio de S. Martin, adelantando en todo linage de virtudes á aquella juventud estudiosa, con el heroico ejemplo de su vida angelical; siendo sus Superiores de parecer que ya no debian enfrenar por mas tiempo las vehementísimas ansias que, una y otra vez, les habia manifestado Francisco de consagrarse del todo á los activos ministerios de su Religion, con daño quizas de innumerables almas, como con su palabra y obras encaminaria en breve á la celestial Jerusalen: mandáronle, finalmente, que interrumpiera sus estudios en el segundo año de Teologia, y se preparase á recibir sin mas demora las Ordenes sagradas. Las cuales, despues de haberse apercibido con grandes austeridades y rigores, á fin de recibirlas dignamente, (y no sin fuertes luchas con su vidriosisima humildad,) le fueron conferidas, en dos meses con-

secutivos, por el Illmo. Sor. Dr. D. Petro de Villa Gomez, Arzobispo de Lima, el año de la Redencion de 1642.; pasando de allí á poco el nuevo Sacerdote al Colegio del Callao, que le señaló la obediencia para que se perfeccionase en la Moral, á que tanto se inclinaba, y leyese, al propio tiempo, Gramática á los estudiantes seglares de aquel rico Puerto.

Mas, con cambiar de morada, no por eso dejaron de seguirlo las tentaciones, temores, arideces y angustias que tanto y tan terriblemente lo atribulaban, y que eran, por decirlo así, el crisol en que el Artífice Supremo dignóse purificar los quilates de la santidad del humilde Jesuita: pues tal vez crecieron, por el contrario; ya con el roedor gusano de su timidez y desconfianza, que, si le concedía alguna tregua, era como para volver despues con mas brio á atormentarlo; ya con los repetidos y tremebundos asaltos de los Demonios, que, interrumpiéndole de noche el breve alivio del sueño, procuraron una vez y otra arrebatarle el tesoro de su virginal pureza, con las mas feas representaciones que pueden concebirse, ó finalmente la vida, ahogándole la respiracion.

Tenía este Colegio del Callao un vasto corredor que caia al mar, del cual se enseñoreaba un espléndido horizonte y la salida y entrada de todos los bajeles; gozándose la noche, al propio tiempo que de las brisas mas blandas y saludables, de un cielo límpido y tachonado de clarísimas estrellas, que hacia mas encantador aquel ruido majestuoso y arrobante que acompaña al continuo quebrarse de las alteradas olas en la orilla, que recoje pederosamente los sentidos, y como que convida al hombre á dejar la tierra y

levantarse á la plácida contemplacion de la cosas superiores. Y allí era donde el angustiado Francisco, huyendo de la afliccion de su melancólica morada, iba á buscar cuotidianamente en la quietud encantadora de la noche, remedio á las inquietudes y amarguras de su atribulado espíritu; y donde permanecía sumerjido en dulce y extática contemplacion no pocas horas, encendiéndose á la vista de tan sublime espectáculo, en ardientísimos deseos de romper de una vez los lazos que lo ataban á la tierra, y volar, por fin, á la patria de los bienaventurados; que le hacían repetir no pocas veces, entre lágrimas y sollozos, aquella seráfica exclamacion de su Patriarca S. Ignacio: ¡ Oh cuan sucio es el suelo — Cuando fijo los ojos en el cielo ! ¡ *Heu, quam sordet terra, dum coelum aspicio* ! ¡ Así pasaba entre amorosas ansias y suspiros este Serafin terreno, casi todo el tiempo de su cortísimo descanso; y así acostumbraba dar treguas à sus fatigosas tareas y ejercicios del dia y disponerse á la Oracion de la mañana !

Tambien encontró el fervoroso P. Francisco en Puerto tan concurrido y negociante, como desahogar algo sus Apostólicos deseos; mientras sonaba la hora de que, con mas veras, se entregase al sublime ministerio de la salvacion de las almas, y en especial de los Morenos, segun el Cielo habíaselo advertido. Porque abundando dicho Puerto de gran número de negros que, ó servian en los bajeles, ó ganaban su jornal cargando ó descargando géneros en la playa, y sabiendo el Ven. Padre que estos infelices se desquitaban, sin pensar en lo que hacían, del trabajo de la semana con la libertad y holgura del Domingo, juntándose en sus rancherias á pasar las tardes en danzas y bailes poco honestos,

segun el uso de sus tierras : allí los iba á buscar su ardiente celo de Apóstol, con una Cruz en la mano, á fin de hacerles suspender al punto las danzas y los cantares, rezar con ellos las oraciones, y explicarles la Doctrina Cristiana en los términos mas usuales y adecuados á sus rudas inteligencias. Lo que hacia incansable el Siervo de Dios de uno en otro corrillo, persuadiendo á todos aquellos infelices, con la caridad de un Cláver, á vivir en adelante en el temor santo de Dios y miedo del Infierno y del pecado. Y otras veces, no hallando en la playa bastante pasto á su celo, embarcábase en la primera canoa que encontraba, é iba á consolar é instruir, del propio modo, á la gente facinerosa de Galera, y á los forzados, tal vez peores, que cortaban piedras en la Isla para las Obras del Gobierno : todos los cuales hallaban siempre en las caritativas pláticas del S. Padre Castillo, un poderoso freno á la temeridad, y, al mismo tiempo, un dulce consuelo en sus fatigas.

Estando en dicho Colegio el Siervo de Dios, y mientras daba cima á las tareas que hemos indicado, dióle á entender el Señor, con varios signos prodigiosos, que sería misionero y mártir : tales fueron, entre otros, ver brillar distintamente en su mano una cabeza cortada y sangrienta, y el figurarse un dia en la oracion, que se hallaba en una pequeña Inglesia, sita á orillas de un rio, trabajando ardorosamente, con otros de su Orden, en la conversion y salud de las almas. Y aunque no era la voluntad del Cielo que fuese mártir Francisco derramando su sangre por la fé, ni misionero convirtiendo infieles en las montañas, como llevado por su anhelo de conseguir la palma del martirio se lo imaginaba él entónces ; sino que fuese mártir con los

deseos y con todo linage de persecuciones, y misionero en la enseñanza y edificacion de la Ciudad de Lima, segun el tiempo lo averó despues; fueron tan ardientes sus ansias de ir á las mas temibles misiones y de dar allí la vida en defensa y confesion de nuestra Santa Fé, y tanto lo que rogó a sus Prelados para que lo enviasen á predicar el Evangelio á los infieles, que al fin lo obtuvo. Destinándosele, con tal objeto, la Provincia de S. Cruz de la Sierra, que era la mas retirada é indómita de todo el Vireinato.

No pensando ya el Siervo de Dios desde este instante venturoso, que colmaba asi los deseos mas vehementes de su corazon, que en apercibirse á la ardua empresa como un verdadero Apóstol, que no busca en todo sino la gloria del Altísimo, con aprender de antemano la lengua de aquellos indios, y proveerse de las armas espirituales necesarias para salir vencedor en su heroica demanda, bajo los santos auspicios del apostólico P. Antonio Ruiz de Montoya de su misma Religion, que tantos millones de infieles redujo al Reino de Cristo en las misiones del Paraguay; y con quien trabó desde entónces una amistad y comercio perdurables, en que se abrasaban mutuamente tan grandes siervos del Señor, á guisa de dos carbones encendidos, trasmitiéndose el uno al otro, con gran ganancia de entrambos, el divino fuego que ardia dentro de sus seráficos corazones.

Mas cuando ya tenia todo apercibido el V. P. Castillo para emprender su jornada, y cuando mayor era su alborozo por habérsele dado órden de partir en compañia de su tan querido compatriota el P. Montoya, hé aqui que, llegando á Lima en 1844. la triste nueva de la toma de Val-

divia por el Corsario Holandes, (á peticion del Exmo. Marques de Moncera, Virey á la sazon del Perú, el cual tenia gran fé en el valimiento del P. Castillo, y esperaba con su asistencia y oraciones atraer la proteccion del Cielo sobre su hijo, en la riesgosa empresa de recuperar aquel importante Puerto,) mandóle la obediencia deshacer por entónces su próximo viage á Santa Cruz, é ir á ofrecerse incontinenti al Virey, á fin de que dispusiera de su persona como mejor le pareciese en su servicio y el del Vireinato. Lo que hizo el Siervo de Dios, sin demora, y con la resignacion y gozo espiritual de quien sabia demasiado ganaba mas para el Cielo con hacer en todo, y por todo, la voluntad ajena, que con seguir los impulsos casi siempre lisonjeros de la propia.

Y con cuanta razon solicitase el prudente Virey la asistencia del Ven. P. Castillo, conocióse, de un modo evidente, desde la segunda noche que zarpó la real armada del Puerto del Callao. Pues habiendo cojido el 1.° de Enero de 1645. una de las naos que la componian, á consecuencia de la negra obscuridad que reinaba entónces en el mar, el barlovento á la Capitana, ésta, como gran velera, en ménos de un cuarto de hora, no solo dióle alcance, sino que se estrelló contra ella metiéndole por los árboles el bauprés, sin que pudiesen unos y otros evitar tamaño riesgo, ni, lo que era peor, salir de él despùes de conocido; por que los vientos de que eran ambas juguete, soplando con no usada furia, las arrebataban á una cierta perdicion. Grande fué entónces la vocería que alzaron los de la nave acometida; y viéndose casi perdidos sus navegantes, y que eran impotentes todos los humanos remedios para salir de

tal aprieto, clamaron, llenos de fé, al Siervo de Dios, á fin de que con sus oraciones los sacase con bien de tan terrible riesgo. Y no fué vana su esperanza; pues al solo invocar Francisco y hacer que todos invocaran el socorro de la Estrella de los mares Maria, obtuvo ¡ oh prodigio! que calmase repentinamente el furor del viento, de modo que pudieron desarbolar sin riesgo alguno la nao que peligraba, y retirarse mar ádentro sin el menor peligro.

Mas á fin de que los frutos de tan soberano favor no se perdiesen para las almas y produjeran duraderos resultados, á los pocos dias de conseguido, y de navegar ya con toda felicidad, publicó el Apostólico Padre el Jubileo que se gana en las misiones de la Compañia de Jesus. Lo cual hecho, convirtióse desde aquel mismo instante el bajel en que navegaba el Siervo di Dios, cuyo celo no dormia nunca, en una devota Casa de ejercicios; segun el número y regularidad de las piadosas distribuciones de que era el alma, y á que acudian, desde el General para abajo, todos, con ejemplar esactitud y devocion, y sumo provecho de sus almas: pues no hubo casi uno que, con grande consuelo y alegria del santo P. Castillo, no ganase santamente las gracias publicadas.

Por lo demas, ocupados de un modo tan ejemplar durante la travesia el Ven. Padre y sus piadosos compañeros de navegacion, en Febrero de 1645. se halló casi de repente toda la armada á vista del deseado Puerto de Valdivia; en cuyas aguas recibieron, al poco tiempo, de tierra, la fausta y no esperada noticia de cómo el Corsario Holandes habia desamparado precipitadamente aquella Plaza, temeroso de quo lo echasen de ella por la fuerza. Oido lo

cual, el Gefe español, despues de reparar y fortalecer de un modo respetable tan importante sitio, pudo, vencedor sin combatir, tomar muy en breve, y con toda seguridad, la vuelta del Callao: donde, despues da haber satisfecho todos en el viage el precepto Pascual, fondearon felizmente el seis de Mayo del mismo año. No habiendo quien no atribuyera el éxcito tan favorable y casi milagroso de la expedicion, á un favor especialisimo de la Divina Providencia, que quiso manifestarles asi cuan caros le eran el celo y oraciones de su fiel Siervo Castillo; que, cual Rafael á Tobias, los llevó con toda salud del Callao á Valdivia, y trajo del último punto al primero, de un modo tan portentoso é increible.



CAPÍTULO VI.

Enseña nuevamente Gramática en Lima el Ven. Padre Castillo, y especiales mercedes que recibe entónces del Cielo.

Apénas vióse de regreso en Lima este infatigable operario de la viña del Señor, sin pérdida de tiempo, (pues nunca consentíala su ardiente y apostólica caridad,) pidió al P. Provincial, quien le había empeñado palabra de que en volviendo de Valdivia lo dejaria partir á la conversion de los Indios Chiraguanas de Santa Cruz de la Sierra, que colmase al fin sus deseos con dar cumplimiento á la mencionada promesa. Pero ni aun entónces pudo conseguirlo el Siervo de Dios, porque la mision que solicitaba, había sido ya deshecha; por cuanto en nueve años de continuos trabajos y sufrimientos, no habían podido los Padres mas fervorosos reducir á la fé de Cristo á los Indios de aquella Provincia, respecto de la cual se mostraban, al contrario, cada dia mas traidores y rebeldes.

Por lo cual, habiéndosele frustrado esta vez mas al futuro Apóstol de Lima las esperanzas de sellar con su sangre el Evangelio de su divino Maestro, pareció oportuno á sus Superiores, en cuya voluntad veia siempre el Ven.

Padre la voluntad de Dios, que, mientras se proporcionara nuevo campo á su celo, fuese á tener su tercera probacion en el Colegio del Callao, que, en dos veces anteriores, habia santificado son su presencia y edificado con su ejemplo y sus virtudes. Y, una vez en él, de nuevo entregóse el santo Jesuita, con indecible ardor, á todos los ejercicios del espiritu; vacando sin estorbo alguno á la continua oracion, y á la penitencia y mortificacion de sentidos mas rigurosas: hasta que, cuando lo creyeron conveniente sus Superiores, lo sacaron de la santa paz y tranquilidad en que alli vivia, á fin de que tornase á Lima á léer nuevamente Grámatica en el Colegio de S. Pablo; donde habia hecho ya cosecha tan abundosa y grata á los ojos del Señor, y dejado un nombre tan querido como venerado no solo de sus discipulos y colegas, sino tambien de todos sus compatriotas.

Mas, por este tiempo, el Demonio, que no perdia jamas una sola coyuntura de maquinar la ruina de nuestro futuro Apóstol, suscitóle de nuevo, juntamente, y con mayor furia que nunca en el ánimo, todas las tempestades y amarguras que tanto lo habian perseguido en lo pasado. Las cuales lo sumergieron en esta vez, como de golpe, en un occéano de congojas, arideces y tentaciones, sin fondo y sin abrigo; en el que bien habria podido exclamar el afligido Jesuita con su angustiado Maestro: « Señor, traspasa de mi este cáliz, » *Pater, si vis, transfer calicem istum a me*;) Luc. C. 22. v. 42.) segun eran entónces de crueles el desconsuelo, la afliccion y las sequedades de su alma.

Pero, como el Señor del Universo tiene siempre prontas en sus misericordiosas manos, que hieren para sanar, no

solo cercos de espinas que afligen y atormentan, sino tambien coronas de rosas que regalan y galardonan; cuando mas perdido se veia el Siervo de Dios en noche tan obscura y tempestuosa, acudiendo una ocasion, despues de la quiete del medio dia á la Iglesia, al rezo en comun de las letanias de los Santos, al pasar por la puerta de la Sacristia, oyó ¡ oh inefable consuelo! una voz clara y distinta que, una y otra vez, le dijo: « yo te ilustraré »; la cual, regalándole el oido con no usada suavidad y dulzura, y penetrándole hasta lo mas íntimo del alma, le desterró de ella, cual por arte májica, todas las aflicciones y desconsuelos que acibaraban su atribulada existencia; como el claro sol disipa, con solo mostrarse, las mas foscas nieblas del firmamento. Quedando desde aquel mismo punto el Siervo de Dios largamente enriquecido con una esperanza y seguridad inefables en tan divina promesa, que el Señor, siempre mucho mas liberal en cumplir que en prometer, satisfizo en lo futuro, no solo ilustrándolo en tantas y tan maravillosas obras como ejecutó su celo, sino tambien en la grande veneracion en que lo tuvo siempre la Ciudad de Lima y el Perú entero, y en que, segun esperamos, lo tendrá la Iglesia toda, cuando se digne acordarle culto en sus altares.

Y no hallando el generoso pecho del Ven. Padre como corresponder á tan divina merced, cual la que acababa de recibir del Dios de las Misericordias en medio de sus mayores angustias y congojas, pues la asistencia repetida á la lectura de Gramática le ataba, por decirlo asi, los piés para darse enteramente, segun anhelábalo, á la cura de las almas; confundiase y anonadábase ante el Señor, noche y dia, excusándose con su deficiencia y pequeñez de no

poderle retribuir lo mucho de que era deudor á su infinita liberalidad : cuando, de puertas adentro, halló muy pronto con que apagar de algun modo, en su propria casa, la gratitud y caridad en que rebosaba su corazon ; y en el servicio de los Morenos, al cual se sentia especialmente llamado par el Padre de todas las lumbres.

Había en ese entónces en el Colegio de S. Pablo un número considerable de esclavos que, ó trabajaban en las oficinas de la casa, ó habiendo venido enfermos de las heredades medicinábanse allí en una enfermeria particular : y á unos y á otros se propuso ser útil el celoso P. Francisco, tomando a su cuenta sus almas y sus cuerpos. Con tal intento, congregaba á los sanos y haciales exhortaciones frecuentes y adaptadas á su ruda capacidad, á fin de que huyeran á toda costa del pecado, y si por desgracia habian caido en sus temibles redes, no dejasen para otro dia el salir de situacion tan peligrosa : y, con el proprio, cuidaba tambien de los enfermos con especial cariño, hecho enfermero y padre de cada uno ; sin que la hediondez del sitio, ó los espectáculos desagradables y asquerosos que ofreciansele constantemente á los ojos, fueran parte jamas á retraerlo de visitarlos varias veces al dia, y de servirles con sus propias manos en todo lo que necesitaban.

Cuando amenazaba riesgo de muerte á uno de estos infelices, creciendo en celo, al punto multiplicaba el Siervo de Dios sus visitas y atenciones ácia él ; y al prevenirlo con la terrible noticia de su próxima partida de este mundo, lo alentaba de tal modo á confiar en la sobrepujante Misericordia del Señor, que puede decirse que, hecho un hombre nuevo, no veia ya la hora de morir y de que se

cumpliera en él su santísima voluntad. Confesábalo, luego luego, con muestras de gran ternura; fortalecíalo él mismo con el Santísimo Viático y Extrema-Uncion para el último combate; y, mientras le era posible, no se desprendia de su cabecera, guardándole el sueño mientras estaba dormido, y, si despierto, haciéndole prorrumpir con las ardientes jaculatorias que le repetia, en dulcísimos actos de amor y de arrepentimiento, hasta encomendarle finalmente el alma en las manos de su Creador. Santa ocupacion á que consagraba, de continuo, el caritativo Jesuita una gran parte del dia y las noches de claro en claro; teniendo por todo sueño y único descanso de las arduas tareas de la enseñanza, el cuidado y asistencia incesante de sus queridos Morenos.

No escaseándole el Cielo al Ven. Padre en recompensa de tanta abnegacion y bien de aquellos infelices, sus mas sublimes mercedes; pues era fama constante en toda Lima que muchísimos sanaron exclusivamente por sus oraciones, mas eficaces que los mas eficaces remedios. Y á fin de no fatigar al lector con la enumeracion prolija, y quizas extemporanea, de mil y mil hechos que comprueban semejante aserto, mencionaremos aqui uno solo; pero que por sí basta para probar hasta la evidencia, lo agradables que fueron á los ojos del Altísimo las pias tareas y oraciones del Apostólico Padre Francisco en pró de sus menesterosos Morenos.

Trajeron una vez al Colegio de S. Pablo, mientras atendia el Siervo de Dios á sus lecciones, un Negro de mucho peligro: y no habiendo servido de nada para llamarlo á la vida todos los remedios que sin pérdida de tiempo le aplicaron los enfermeros, avisaron el caso al Ven. Padre, tan

luego como fuéles posible hablar con él. Y no obstante de acudir con gran prisa entónces en ayuda del moribundo, cuando se llegó á él, encontrólo ya sin habla, y tan mortal que batallaba visiblemente con las últimas agonias de la muerte.

Al ver al infeliz en tan terrible estado, vecino á entregar el ánima á Dios sin haber podido siquiera confesarse, partiósele el corazon de dolor al Ven. Jesuita; y, retirándose á parte, se puso de rodillas á pedir al Omnipotente la salud del alma de aquel mísero, tomando por intercesor á su gran devoto el Patriarca S. José. Y aun no habia pasado media hora desde que retiróse á orar por él el Siervo de Dios, cuando, por un milagro visible, el enfermo que estaba ya fuera de sentido y casi muerto, volvió como repentinamente en si, pidiendo á gritos « Confesion ». A tal voz, lleno de gozo y de ternura acude sin demora el caritativo Padre á su cama, lo confiesa despacio, le hace luego luego recibir el Sñō. Viático entre actos fervorosos de contricion, y ¡ oh prodigio inefable! en sus amorosos brazos pierde, incontinenti, otra vez el habla, para no recobrarla ya mas: pero dejando á todos los presentes con un gran consuelo, y mayor veneracion que nunca ácia el santo Padre Castillo, cuyo valimiento acababan de experimentar de un modo tan palmario y milagroso.

Entónces tambien, como una gracia no ménos especial, el Altísimo, que habia escojido en sus misericordias á este gran Siervo suyo para celador de su gloria y predicador de su Evangelio, iluminólo, como al Apóstol de los Gentiles en aquel lienzo misterioso que vió descender del Cielo, segun se narra en los Hechos de los Apóstoles, (Cap. II. v. 11.)

poniéndole ante los ojos del espíritu en varias visiones intelectuales, tan claras como ciertas, la deformidad del pecado mortal, las horribles congojas del pecador agonizante, y el tormento y agonias indecibles que siente en el alma al caer, para siempre, en las garras del Demonio; de una manera tan patente y pavorosa, que el mismo Siervo de Dios dice « que no halla términos, ni palabras para encarecer y significar el temor, la angustia, congojas y presuras de corazon, que sintió su alma cuando tuvo tan terribles visiones ». Á las cuales, sin duda alguna, debió nuestro Francisco aquel santo horror con que huia siempre de toda sombra de pecado, su lástima, no ménos grande, ácia los pecadores, y su ardiente deseo de socorrerlos y rescatarlos de tan triste servidumbre: asi como la viveza y eficacia de razones, y la elocuencia prepotente y sobrehumana con que pintaba despues en el púlpito, cuando mereció el nombre de Apóstol de Lima, lo miserable é infeliz que es el pecador en esta vida y en la otra; causando tan extraordinario pavor y estremecimiento en su auditorio, que no hubo casi uno que le oyera, que no partiese dispuesto á sacrificar todo en lo futuro, dineros, honra y vida, ántes que hallarse en tan deplorable y peligroso estado.

Mas, puesto que tantos y tan señalados favores del Cielo, y tan santo tenor de vida como hemos hecho por narrar hasta aqui, parezcan no ser ya susceptibles de crecimiento alguno; sin embargo, por los sublimes Ministerios que ejercitó despues el Ven. P. Francisco durante su glorioso Apostolado, (que son el mejor libro que pueda escribirse de su vida,) y por las maravillosas mercedes que el Omnipotente, á manos llenas, le hizo entónces, se verá en lo

sucesivo , con edificacion y maravilla , á pesar de la tibieza de nuestro decir , que, cuanto hemos apuntado hasta ahora sobre tan ilustre Limeño , no es mas que un pálido anuncio de lo que llegaria á ser en lo futuro ; asi como lo es la luz del alba de la claridad del sol.



LIBRO SEGUNDO.

Del largo y glorioso Apostolado

del Venerable Padre Castillo en Lima

y en sus alrededores.



CAPITULO I.

Comienza á predicar en Lima el Ven. Padre Francisco y funda una Mision continua en la Feria del Baratillo.

En el espacioso Barrio de S. Lázaro , y á poca distancia del soberbio puente de Montes Claros, que lo enlaza con la otra parte de la Ciudad de Lima , se abre una Plazoleta bastante animada y capaz , adonde todos los Domingos del año concurría , sin interrupcion , un numeroso gentio de toda suerte de individuos , así españoles , como negros é indios , por celebrarse allı una gran Feria de géneros á menor precio que el corriente , que ha dado al lugar el nombre de Baratillo. Y este fué el sitio en que dió principio nuestro Ven. Jesuita á su glorioso Apostolado , y el verdadero teatro de sus innumerables triunfos y conquistas.

Pasando por dicha plaza el Siervo de Dios un Domingo de Cuaresma de 1648. con una cruz de leño en la mano, á hacer la Doctrina en la Parroquia y Hospital de S. Lázaro , lleno de vehementes deseos de contribuir á la mayor honra y gloria de Dios y bien de sus prójimos , reparó en lo poblado de gente que estaba aquel lugar ; y , viendo á todos tan divertidos en sus ventas y cambios , parecióle

favorable coyuntura á su celo para hacerles un corto razonamiento sobre la necesidad de pensar, sin reposo, en nuestra eterna salvacion. Y, con tan santo propósito, movido sin duda de superior impulso y arrebatado de su fervor, abrióse paso al punto por entre el apiñado gentio; y puéstose, como pudo, sobre una alta piedra, al arrimo de una humilde peana en que estribaba una Cruz de groseros mangles, comenzó á levantar la voz con aquel propio tema y palabras misteriosas con que resonara el Bautista orillas del Jordan, y con que el Verbo encarnado dió tambien principio á su saludable predicacion: « Haced penitencia, por que se os ha acercado el Reino de los Cielos. *Poenitentiam agite, appropinquavit enim Regnum Coelorum* ». Y como á la novedad del grito y del predicador, movida de la devocion ó de la curiosidad, se agrupase luego la gente mas cercana á su alrededor, y viérase ya el Ven. Padre al frente de un crecido auditorio; acomodando con suma diligencia su exhortacion al comercio y tratos de ella, dijoles: que si aquel Baratillo lo habia sido hasta ahi de géneros, el venia á hacerlo tambien del Cielo, que daba á todos, sin privilegio de sexos ni personas, en cambio de una lágrima ó de un suspiro con dolor de haber ofendido á la Divina Majestad; estando asi solamente en el querer de cada uno, el adquirir, por nada, el mayor de los tesoros. Poniendo fin é su fervorosa plática con moverlos á hacer un tierno acto de contricion, narrándoles ántes un ejemplo tan adecuado á las circunstancias, como eficaz.

Hecho esto, se puso nuevamente en camino para S. Lázaro; y el Domingo siguiente, de acuerdo con sus Superiores, repitió la misma diligencia y discurso, con ánimo de

convertir, si podia, aquella feria mundana en feria celestial: correspondiéndole entónces el auditorio con manifestaciones de piedad mucho mayores que las que habia obtenido su celo el Domingo antecedente. Por lo cual, reconociendo el Ven. Padre el gran fruto que se seguiria de aquella mision semanal á toda Lima, determinó, con el beneplácito de la obediencia, el frequentarla asiduamente en lo futuro. Acrecentándose mas y mas cada vez el concurso, no solo de comerciantos y compradores, pero de todo linage de personas, ansiosas de oir tan celestiales exhortaciones.

Asi perseveró predicando sobre una humilde mesa en el Baratillo el Siervo de Dios por espacio de cinco años; hasta que en 1653. se enarboló allí, con gran solemnidad, una nueva Cruz, sobre una hermosa peana de piedra adornada de bellos azulejos, y con un descanso á dos varas del suelo, capaz de que se acomodase en él una silla para alivio del predicador. Al pié de dicha Cruz colocó el Ven. Padre un devoto lienzo de la SSña. Virgen Dolorosa recibiendo en sus brazos el cuerpo difunto de su Santisimo Hijo: y, pórque el sitio quedaba expuesto á la intemperie de las estaciones, con cinco mil y mas pesos, que reunió de varias limosnas, levantó una ramada bastante á dar abrigo á un numeroso concurso, cercándola de gruesas maromas, para impedir el tráfico de bestias por un lugar destinado á ser en lo sucesivo escuela de la palabra de Dios.

Desde entónces, todos los Domingos del año y las festividades de la Santisima Virgen, ántes de dar principio á su plática el Santo Jesuita, compuesto el local con el mayor aseo posible, hacia poner sobre un bufetillo una imágen de Cristo Crucificado, cubierta con un velo, y sacar á la vis-

ta , con el objeto de mover de antemano fuertemente el ánimo de su auditorio , dos grandes lienzos de pintura : de los cuales el uno representaba al pecador sojuzgado de los siete vicios capitales que, vendados los ojos y con un freno en la boca, lo encaminaban como à bruto á los abismos infernales ; y el otro las horribles penas de sentido que padecen los réprobos en el infierno , burlados por los demonios , en la voracidad inplacable de sus llamas , ceñidos de víboras y de serpientes , y quebrantados, sin cesar, por una pasadísima rueda, que nunca suspendia su eterna rotacion.

Hechos estos preparativos preliminares , y al golpe de las tres , poblado ya el lugar de mas de tres mil personas , entre las que se veian muchissimas de las mejores y mas nobles de la República , se daba principio al ejercicio, como haciendo tiempo al Sermon , con una media hora de lectura en un libro espiritual , y otra media de explicacion de la Doctrinca Cristiana : pasadas las cuales, subia el celoso Padre Francisco al descanso de la peana , y , hecha breve oracion delante de la S. Cruz y de la Imágen de Maria Sñia. Dolorosa , comenzaba á predicar con esa dulce y extraordinaria elocuencia que posée la llave de todos los corazones , y que no se aprende , sino es inspirada por el Cielo.

El estilo de sus sermones (á pesar del mal gusto y amaneramiento del siglo , que tendia mas bien á divertir , que á edificar á los oyentes , sustituyendo á la verdad y al fervor una estéril y pomposa muestra de humana sabiduria ,) era enérgico , natural , claro y corriente, como convenia á la seriedad de los argumentos que trataba , y sus expresiones tan ardientes y llenas de espíritu y confianza en la Divina Misericordia , que , á guisa de agudas flechas , herían

y traspasaban los corazones ; valiéndose á cada paso de lugares oportunos y nervosos de la Sagrada Escritura y Santos Padres , y de adecuados eficacísimos ejemplos , que hacian muy mas irresistible el trueno celestial de su elocuencia.

La materia y asuntos que escojia el Siervo de Dios para tema de sus apostólicas exhortaciones, eran siempre los mas importantes y conducentes á la reformacion completa de la sociedad : pues nunca predicaba sino de los misterios de nuestra Santa Fé , de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia , de la gravedad y malicia del pecado , ó de la necesidad de la confesion y de las obras satisfactorias. Procurando siempre , á ejemplo del inspirado Apóstol de los Gentiles , (Cor. I. c. 2. v. 4.) que su predicacion no fuese en meras palabras persuasivas de humano saber , sino en demostracion de espíritu y virtud , para que la fé de sus hijos en N. S. J. C. no consistiera en subiduria de hombres , sino en virtud de Dios. « *Sermo meus, et praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis , sed in ostensione spiritus , et virtutis , ut fides vestra non sit in sapientia hominum , sed in virtute Dei* ».

La voz del Ven. Padre , aunque no muy alta ni corpulenta , era clara , flexible y tierna , por lo que iba derecha al corazon ; y se adaptaba con tan indecible destreza á todos los afectos, que, con suma facilidad, movia al auditorio ora al terror y ora á la confianza ; siendo tan grande la ternura que despertaba en él al hablar de las misericordias divinas , como el espanto que ponia en todos los corazones cuando ponderaba las penas del infierno por toda una eternidad. Viéndosele no pocas veces, con el calor del

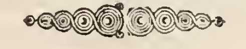
espíritu y la agitacion del cuerpo, cual otro Moises al descender del Sinai, bañado de celestial esplendor, que hacia á todos ritirar los ojos de su semblante, por no poder resistir tan grande claridad.

Al entrar en el último tercio del sermon, tomaba el Ven. Padre en manos, indefectiblemente, la Imágen del Crucifijo, y, postrado ya de rodillas todo el auditorio, iba recorriendo, poco á poco, el velo que cubria el divino emblema de nuestra redencion, comenzando por los sagrados piés, con gran vehemencia de afectos y mayores incendios de amor á cada paso: hasta volverse, al descubrirle el cárdeno y augusto rostro, implacable contra sí mismo, como causa de muerte tan sangrienta, segun eran de crueles y repetidas las bofetadas y golpes que entónces se daba. Santo fervor que en tal manera encendia los corazones en amor de Dios y odio del pecado, que arrancaba de todos los presentes, si no mas duros, por lo ménos iguales tratamientos y muestras de dolor y contricion, á que solo ponian fin para arrojarse á los piés del confesor.

De este modo terminaba constantemente sus fervorosas exhortaciones el Ven. Padre Castillo, y en echando la bendicion al pueblo, invocaba de rodillas el auxilio de la Madre de las Misericordias con esta devotísima salutacion, que iba repitiendo á una con él todo el auditorio: « Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo de la Santísima Trinidad. Madre admirable, Consoladora de los afligidos, Reina de todos los Angeles, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosísimos, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen ».

Pidiendo en seguida á sus devotos oyentes, con sumo afecto, que se encaminasen procesionalmente à la Capilla de la Sña. Vírgen de los Desamparados, que estaba á su cargo; en donde les descubria, con singular devocion, la santa y milagrosa Imágen del Crucifijo de la Agonia que allí se venera, y terminaba el pio ejercicio, ya de noche, con cantar il Miserere y decir en coro algunas tiernas oraciones en obsequio de las benditas Animas del Purgatorio.

Edificante práctica que continuó el Ven. Padre Castillo en su cara Lima por espacio de veinte y cinco años no interrumpidos, y con un celo siempre creciente por la salud de las almas y honra y gloria del Señor: quien lo asistia en ella de un modo tan eficaz, que unas veces, segun el mismo Ven. Padre lo refiere, lo impulsaba á cambiar incontinenti de argumento, viendo al instante con sus ojos el fruto de tal mudanza; y otras auxiliábalo con una luz tan especial, máxime cuando no habia tenido tiempo de preparar sus exhortaciones, que le alumbraba el entendimiento y encendia la voluntad de manera que entónces predicaba mejor y con mas acierto que nunca.



CAPITULO II.

Sucesos milagrosos en que hace ver la Divina Providencia lo agradables que le eran las Apostólicas fatigas del Ven. P. Castillo.

Cuan agradables fuesen á los ojos del Señor los trabajos Apostólicos de su buen Siervo Francisco en el Baratillo, y cuan abundante la cosecha de almas, que alli hacia constantemente para el Cielo, lo predicaban á gritos en Lima los Claustros Religiosos poblados de todo linage de personas desengañadas del mundo al trueno de su voz, el hogar doméstico santificado, y el celo y devocion tan grandes que en ese venturoso tiempo notábase en toda la Ciudad. No faltando, y con razon, personas no vulgares que creyesen oir á un nuevo Bautista, ó á otro S. Pablo, siempre que oian predicar al santo P. Castillo: tan grande era el divino espiritu que lo movia, y tales las conversiones milagrosas y continuas que operaba con su voz.

En confirmacion de lo dicho, y para no alargar demasiado este Capitulo con enojo del lector, apuntaremos solo, y á la ligera, aquellos hechos que, por sus singulares y extraordinarias circunstancias, hagan mas especialmente á nuestro propósito, y puedan ser mas provechosos al que los leyere.

Un hombre, afligido de un accidente agudo, mandó á prisa por el Siervo de Dios, y, al verlo á su lado, deshecho en lágrimas le dijo: « Rescate V. P. esta alma de las garras del Demonio, que ha veinte años que estoy en pecado mortal, y aunque me he confesado despues, ha sido sin el propósito de abandonar una amistad que causa mi ruina; pues desde una tarde que oí á V. P. en el Baratillo, se ha compunjido tanto mi corazon, que no deseo ya sino cambiar de vida y morir en gracia de Dios; quien, sin duda en pena de mi dureza, me ha mandado la presente enfermedad». Confesólo al punto el Siervo de Dios, con grandes muestras de dolor y arrepentimiento, y, con igual fruto, confesó tambien á la muger que lo habia traido á tales términos: los cuales, de ahí á poco, recibieron el Sacramento del Matrimonio; viviendo en adelante, merced al P. Francisco, como buenos casados á los ojos del Señor.

Otra persona, gravemente enferma, ocurrió tambien por el Ven. Padre, y, ántes de confesarse con él, dijole: « Cómo desde un Sermon que le oyó, se habia sentido fuertemente aguijoneada à confesarle algunas faltas vergonzosas, que callado habia en varias ocasiones; y que resistiendo, segun su costumbre, á los avisos del Cielo, habiasele aparecido finalmente la Sma. Vírgen á reprocharle, con severidad, su obstinacion é impenitencia ». Acabando la mal aconsejada por descubrir esta vez al santo Padre, con gran consuelo de entrambos, aquellas feas culpas que no se habia atrevido á fiar de las palabras hasta entónces.

Habiendo oido una muger de mala vida ponderar al Siervo de Dios una tarde, el riesgo de condenarse en que estaban los mal amistados, por ser una señal de eterna repro-

bacion el permanecer largo tiempo en tan destestable comercio; salió tan arrepentida de semejante plática, y con tan firme propósito y resolucion de apartarse para siempre de la peligrosa correspondencia en que vivia, que, solicitada de ahí á poco por su galan, tuvo ánimo bastante, no solo para resistir enérgicamente á sus caricias y promesas, sino tambien á su enojo y amenazas; prefiriendo mas bien verse odiada, y aun herida, como fuélo, por su despechado amante, que culpada á los ojos de su celestial Esposo.

Enredado en otra amistad escandalosa de muchos años, dormia uno en el letargo de sus culpas; cuando en tremenda y formidable vision dióle el Señor á conocer la fealdad de su pecado, y el riesgo tan grande que corria de perderse para siempre. Pero, ensordecido á este aviso misericordioso por la vieja costumbre del pecar, no hizo nada por mejorar de vida, hasta que sintió, patentemente, otra noche, que le daban de empellones, diciéndole: « que se fuera á confesar, sin demora, con el Padre del Baratillo »; segun lo puso en obra á la mañana siguiente, viviendo en lo futuro con singular virtud y recojimiento.

Noticioso de los opimos frutos que el Siervo de Dios cosechaba de sus Sermones, un hombre que atendia á la administracion de una heredad sita á dos leguas de Lima, y que habia ocultado por vergüenza en varias confesiones un pecado mortal, entró en vehementes deseos de oirlo, esperando tener valor para declarárselo y salir, al fin, de la congoja y riesgo en que traíalo su silencio. Con tal ánimo fué á la Ciudad un Domingo de mañana, y apeóse en casa de un amigo suyo, esperando sonase la hora de dirigirse al Baratillo. Mas al ir á montar en su Caballo á las tres,

para llenar sus deseos, se halló con que el bruto no se podia mover, por habérsele desconcertado un pié, sin saber cómo, de repente. Quien viendo en ello, (como era la verdad; pues al cabo de un rato no tuvo ya nada el animal,) una nueva traza del Enemigo para alejarlo de su bien, se hizo prestar otra cabalgadura, en la que llegó al Baratillo, y tan à tiempo, que pudo oir al Ven. Padre en circunstancias que platicaba, lleno de santo celo, sobre la integridad de la confesion y la grave ofensa que hacíase á Dios con faltar á ella y convertir en nocivas las saludables aguas de la penitencia. Coincidencia casi milagrosa, que dejólo atónito y fuera de sí, y persuadido de que á él solo se dirigían las palabras del santo predicador: á cuyos piés se echó, sin mas demora, el dia siguiente, para descubrirle el misero estado de su alma, y aquella culpa que le habia hecho perpetrar tantos sacrilegios.

Platicando una tarde el Ven. Jesuita sobre el remordimiento y sobresaltos continuos que padece el pecador, dijo, entre otras ponderaciones, con tanto fuego: « que quien estaba en pecado mortal, traia en su conciencia un Infierno portátil », que uno de los del auditorio, iluminado repentinamente por tal verdad, dejó luego y para siempre el siglo, a fin de consagrarse á Dios; haciéndose Coadjutor de la Santa Compañia de Jesus, donde tuvo la dicha de morir con la muerte de los justos.

Pero lo mas admirable es, que no solo el santo fervor y celo del Ven. P. Castillo obtenian tan salutiferos y maravillosos efectos, sino tambien el mismo lugar que santificaba semanalmente con su asistencia y su palabra.

Un individuo, determinado á hacer una gravisima ofensa

á Dios, cruzaba una tarde la Plazuela del Baratillo. Pero al pasar cerca de la Peana donde predicaba el santo Jesuita, sintió, (segun él propio lo depuso despues,) tan gran sobresalto y miedo en el corazon, que le hizo volver atras, y cambiar entónces de propósito, y en adelante de vida.

Acompañada de su lascivo amante, volvia á su casa una muger, encendidos ámbos por el fuego de la mas desordenada concupiscencia; cuando al hallarse improvisamente con la Santa Cruz del Baratillo, experimentó en sí el hombre tan extraordinario pavor, que se le erizaron las cabellos; oyendo al propio tiempo en su conciencia una voz aterradora que le decia: « Fulano, ¿ cómo me menosprecias? Anda, que cuando quieras, no querré yo ». Con lo que conoció al punto su ceguedad, y, echando de sí á la muger con quien iba, fué á confesarse muy arrepentido de sus pasados extravios.

Y si se mostró grande el Señor con los que quisieron dar oidos á las exhortaciones de su Siervo, no lo fué ménos, por cierto, tampoco, en descargar sobre la obstinacion y dureza de los que despreciaron sus amorosos avisos, tremendos é inmediatos castigos.

Platicando una tarde el V. Padre en el Baratillo, un hombre que pasaba entónces por allí, con diabólico atrevimiento, dijo, en alta voz, para que todos lo oyeran: « A qué vendranos á predicar ahora este Padre? Faltará, acaso, quien nos predique en el Infierno » ? Pero muy en breve sintió sobre sí todo el peso de la mano del Señor: pórque á media noche se despertó sobresaltado con los horribles ahullidos de un mastin, que forcejaba obstinadamente por entrársele de puertas á dentro. Ruido y susto que lo persiguie-

ron, el primero de noche, y el otro de dia, hasta que, ¡ oh caso terrible! como trabase una tarde, por cierta ocasion, una pendencia con otros, pagó, y muy caro, el arrojo de su temeraria boca; pues le quitaron en ella violentemente la vida.

A una jóven que, por condescender con su galan é irse á pasear con él, dejó una tarde la plática del Siervo de Dios; apareciósele esa misma noche el Enemigo malo, en forma de un fiero y horrible javalí, que, acometiendo á ella, le decia: « Porqué dejaste el Sermon? ahora la pagarás ». Entónces fué el dar gritos desesperados la mal aconsejada, y el pedir misericordia, hasta que acudió en su socorro la familia: saltando de la cama en el momento, llena de inquietud y de temor, á esperar en piè la aurora, para irse á echar á la plantas del P. Francisco y pedirle remedio á su congoja; segun lo hizo con extraordinario dolor de todos sus pecados y paz de su alma.

Mas bien por curiosidad, que por devocion, acercóse una tarde de Cuaresma un hombre á oir al santo P. Castillo, que tronaba entónces, segun su costumbre, contra los amancebados, diciendo: « que eran reses destinadas á las hogueras infernales ». Y, sintiéndose herido aquel, donde mas le dolia, volvióle con enfado las espaldas diciendo: « váyase el Padre á predicar de este modo á los Infiernos ». Pero Dios no le dejó largo tiempo sin castigo: pues no habria caminado aun dos cuadras, cuando armándose entre unos mancebos una encarnizada pendencia en la esquina del Puente, por ir á meter paz entre ellos, recibió ¡ oh terribles decretos del Señor! sin saber cómo, un valiente puntazo en la boca, que le atravesò la lengua y dió en tierra con el miserable blasfemo.

Teniendo el Ven. Padre noticias del ilicito y público comercio de un hombre casado con una muger de igual condicion, entróse un dia por sus puertas; y, con palabras llenas de caridad y espíritu, ponderóle el peligro que corria su existencia y salvacion, y el escàndalo que daba á los vecinos con tal correspondencia: refiriéndole, para persuadirlo con mas eficacia á que cambiase de vida, un castigo ejemplar que Dios había hecho, no hacia mucho, en otro pecador semejante. De pronto, compunjióse y dió muestras de enmendarse el infeliz; pero no perseveró largo tiempo en el bien, sino que de ahí á poco, despreciando tan santos consejos, volvió de nuevo, y con mayor descaro, á las andadas. Mas no tardó mucho el Señor en atajarle los pasos, y reconvenirlo de un modo terrible por tamaña ceguedad. Pues al atravesar de noche una silenciosa calle de la Ciudad, se le puso delante la Muerte, cual una seca armazon de huesos, que deteniéndole el paso, le dijo: « A donde vas »? « no sabes que todo ha de parar en lo que ves »? Aterradoras palabras y vision que hicieron caer en tierra, sin sentido, al miserable, que recojióse, no bien recobrado todavia del susto, atónito á su casa. Pero, aunque se abstuvo de pecar entónces por algunos dias, fué solo mientras duróle el miedo; pues de ahi á poco volvió á enredarse, y mas adentro que nunca, en la misma comunicacion. Hasta que al fin cansada ya la Misericordia Divina de las demasias de tan insolente y obsecado pecador, sin darle tiempo de arrepentirse, ni de invocar siquiera el nombre de Jesus, quitóle una noche repentinamente la vida, en los brazos de su amada y del pecado. Lo cual refirió la propia muger cómplice de sus maldades, aterrorizada por tal

castigo, en la misma mañana, al Ven. Padre, quien confortóla con el eficaz bálsamo de la penitencia y redujo á mejor vida en lo futuro.

Ni es ménos pavoroso el siguiente caso. Sabiendo el santo Jesuita que un caballero mozo, de los que entienden no haber castigos en el Cielo para sus demasias, difamaba públicamente á una honesta Señora, que no lograron ablandar sus continuos galantèos; acercósele, por fin, un dia el Siervo de Dios y amenazólo severamente con la ira de lo alto, si no enfrenaba en adelante su temeraria lengua. Pero, lejos de hacer caso el mozo de tan tremendo aviso, añadió entónces al deshonor de la doncella, el desprecio y mofa del Siervo de Dios; lo que sabiendo este último, volviólo á amonestar de nuevo, diciéndole: « que temiese un grande é inmediato castigo, si no reformaba luego su criminal conducta ». Y, ¡ oh caso tremendo! no pasó mucho, sin verse cumplida la terrible amenaza. Pues estando el Ven. Padre una noche en oracion, abriósele de repente con espantoso estruendo la ventana, y vió, por los aires, en un carro de fuego, y cercado de demonios, que con garfios le despedazaban la lengua, al infeliz mancebo; el cual, habiéndose acostado, segun se supo despues en toda Lima, bueno por la noche, fué hallado muerto, en su misma cama, al amanecer, sin recibir auxilio alguno.

Y de estos trágicos sucesos referia muchos el Ven. Padre, que ahora, por brevedad y por parecerse bastante á los anteriores, silenciamos: pues aunque su celo no distinguia jamas personas; sin embargo, la costumbre de pecar, mas poderosa que la razon en muchos, los precipitaba, por fin, á la última ruina y perdicion. En lo cual tenia tambien,

sin duda alguna, no poca parte, el Infierno, que, como lo veremos en seguida, no dejaba de maquinar incesantemente contra el Siervo de Dios, para estorbarle, en cuanto le era posible, el gran fruto que consechaba por dó quier en Lima, con su ejemplo y su palabra.



CAPITULO III.

Persecuciones que arma el Demonio contra el Ministerio del Baratillo, y cómo se convierten todas en su mayor vergüenza y vilipendio.

Ciego de furor, y ardiendo en rabia el Espíritu infernal contra el Apostólico Padre Castillo, que tantas almas rescataba diariamente de su horrible esclavitud, y temiéndose mayor quebranto en lo futuro, si le permitía seguir en paz sus prácticas saludables; ya que no pudo perderlo, cual se lo prometía, con las tormentas crudas que suscitóle repetidas veces en el ánimo, no dejó traza que no se diese el Malignō para desacreditar, á lo ménos, la mision del Baratillo, é impedirle que sacara allí, con el trueno de su inspirada elocuencia, á tantos infelices de las tinieblas de la ignorancia y corrupcion en que yacian: ora ocultándose, una y otra vez, rabioso, bajo los disfraces mas indignos de inteligencia tan sublime; ora suscitando contra tan santa institucion, la humana malignidad, á las veces muy mas temible todavía que la diabólica.

Como lo dijimos en su lugar, había levantado el Ven Padre en la Plazuela del Baratillo una Ramada espaciosa, á cuyo abrigo se acojiese su auditorio, resguardada en derre-

dor por robustas maromas, que lo defendian de qualquier ataque externo. Pero, tal era de numeroso el gentio que concurria á oirlo, que, aunque el cercado era asaz grande, quedaba siempre de fuera igual y aun mas crecido número de personas, que en escaños, mesas, coches o cabalgaduras escuchaban, á la intemperie, las exhortaciones que el Ven. Padre haciales allí, indefectiblemente, como lo apuntamos, todos los Domingos del año, y las festividades de la Sma. Virgen.

Una tarde de Cuaresma, el Siervo de Dios, arrodillado ya el auditorio, movialo, segun su usanza, á singular ternura y detestacion del pecado; cuando, sin saber cómo ni por donde, entróse arrebatadamente en la Ramada, por el lado de las mugeres, un caballo desbocado; con tal ímpetu y estruendo, que todas se temieron quedar allí, cuando ménos, mal heridas ó atropelladas. Alborotóse luego luego el concurso á tan temible novedad; interrumpiendo, como era consiguiente, las lágrimas, el susto, y el silencio, los gritos mas desgarradores. Pero el Ven. Padre, asegurado al punto con lúz divina del ardid y traza de que habíase valido el Demonio para estorbar el fruto que cosechaba de la devocion de su pio auditorio, encarándose sin, pérdida de tiempo, al diabólico animal, con el Crucifijo en la mano, exhortó impávido á sus oyentes á que se quietasen y conociesen ser aquel bruto un disfraz del Espíritu de tinieblas, para divertirlos con el miedo y el estruendo de sus saludables ejercicios. Con lo cual clamaron todos incontinenti al Cielo por misericordia, hiriéndose los rostros y pechos, sin piedad, para alcanzarla; y el diabólico animal, corrido entónces y despechado de verse descubierto, (sin que el api-

ñado gentio le sirviera de ningun estorbo,) salióse á prisa de la Ramada, y ¡ cosa extraña !, sin haber hecho el mas lijero daño á persona alguna, ni roto por ninguna parte las maromas de la cerca.

Y no bien hubo conseguido tan completa victoria del Espíritu maligno, el Ven. Padre, lleno de gratitud ácia la Divina Misericordia, volvióse á encarecer, sin pérdida de tiempo, á sus oyentes, con mayor instancia y elocuencia que ántes: « que, para acabar de confundir del todo al Infierno, que ya habian develado, se dirigiesen á Cristo Crucificado, á fin de darle gracias por la merced alcanzada, y pedirle fervorosamente, una y mil veces, perdon de lo que le hubieran ofendido ». Lo que hicieron, luego luego, todos, anegados en tiernas lágrimas de dolor y gratitud; palpándose á la siguente mañana el fruto de tan fervorosa y oportuna exhortacion: pues mas de una persona de las que tal hecho presenciaron, corrió á echarse entónces á los piés del Siervo de Dios, pidiéndole, desehecha en llanto, remedio para su alma.

Ni mas airoso salió tampoco el infernal Enemigo en otras ocasiones en que, ora como un rabioso mastin, ora cual un feroz toro, ó bajo otras formas indignas de su alta inteligencia, trató de estorbar asi mismo, que siguiesen adelante el dolor y las lágrimas del devotisimo auditorio del Siervo de Dios: pues iguales, si no mas grandes, fueron sus nuevas derrotas; é iguales tambien los frutos de penitencia, que supo sacar el último de cada una de sus milagrosas victorias.

Pero lo que por si no pudo conseguir el Demonio, tratò de obtenerlo, à toda costa, por medio de los hombres;

que, cuando se lanzan en el resbaladizo pendiente del crímen, no se horrorizan de hacer cosas que al mismo infierno quizas no se le ocurririan. Y sabedor de ello el Maldito, instigó astutamente á un gran número de personas, notables por su calidad y bienes de fortuna, á que se opusiesen á la predicacion del Ven. Padre en el Baratillo, con alegar, como lo hicieron los mal aconsejados: « que, con ella, destruia aquel el comercio de la Ciudad, impidiendo la Feria del Domingo con su palabra; y que ya que era tan celoso del bien de sus prójimos, hiciese sus misiones en cualquier otro paraje mas oportuno, en donde al procomun ménos daño se irrogara ». Llevando su ceguedad estos infelices, hasta ofrecer al Cabildo seis mil ducados por el sitio; á fin de destruir en un momento, lo que el Ven. Padre habia logrado cimentar, para la salud de innumerables almas, á costa de tantas fatigas, con el sudor de su rostro.

Mas nuestro Apóstol, que en Dios solo ponia toda su confianza, ni se desconcertó al saber tan malignas pretensiones, ni valerse quiso, (como pudiera,) de humanos medios para cruzarlas; dejando tal encargo á la Divina Providencia, en cuyas misericordiosas miras estaba el sacarlo airoso de semejante aprieto. Y ya todo parecia humanamente perdido, (pues no les faltaba á sus perseguidores sino entregar el dinero y suscribir la escritura,) cuando, encontrándolos el Siervo de Dios una tarde en el Baratillo, casualmente cerca de la Peana teatro de sus glorias, animado de superno espiritu y con el fervor y celo de un profeta, les hizo ver en un inspirado razonamiento cuanto se oponian á la gloria del Altísimo sus diabólicas pretensiones: y, despues de amenazarlos con su tremendo y

justo encono, si no cambiaban inmediatamente de propósito, exhortó al afligido pueblo , que se habia apiñado á su alrededor , á no recelar se hiciese allí mudanza alguna ; pórque estaba cierto de que el Señor de todo lo existente , abogaria por su causa , defendiendo de todos los ataques del Averno y de los hombres , aquel fértil campo , en que tan profundas raices echaba diariamente en los corazones la celestial semilla de su Evangelio.

No tardando mucho el Omnipotente en averar cuanto habia profetizado entónces su Siervo : pórque , con estupendo prodigio , de ahi á poco , comenzó á sacudirse de un lado á otro la pesada Cruz del Baratillo , cual un bejuco azotado por el viento ; durando tan extraordinarios vaivenes cerca de tres dias consecutivos , con grande alboroto de toda la Ciudad , que no atinaba á qué atribuir tan extraña maravilla Tanto, que noticioso del caso el Illmo. Sr. Arzobispo D. Pedro de Villagómez , cometió inmediatamente á su Provisor y Juez ordinario la averiguacion de tan portentoso suceso : quien atribuyólo , como no podia dejar de ser , á una causa sobrenatural ; pues habiendo examinado tanto la Cruz , cuanto la Peana , con particular esmero y solicitud , encontrólas tan seguras y unidas como si hubiesen sido labradas ámbas de una sola y ferrea pieza.

A la verdad , no esperaron los perseguidores de las prácticas del Baratillo á tan extraña demostracion de la cólera Divina, para mudar completamente de propósitos ; pues el amenazante razonamiento que les hizo el V. Padre en la propia Plazuela blanco de sus tiros , causóles tan gran pavor , que no fueron ya capaces de seguir en su maligna demanda : obteniendo el Siervo de Dios que , sin mayor de-

mora, le prometieran, por medio de un tercero, que todo se compondria brevemente como su santo celo lo anhelaba. Propósito en que se confirmaron desde luego, mas y mas, al ver la prodigiosa oscilacion de la Cruz; llegando aun a ofrecerse à cooperar en lo que pudieran al fomento de aquella mision, y á cederle mayor sitio, si lo conceptuaba necesario. Desenlace en que tuvo tambien, no poca parte, la piedad del Exmo. Conde de Alba, Virey è la sazon del Perù, quien, noticioso de tan patente milagro, ordenó al Cabildo: « que no se hiciese en lo futuro ningun contrato sobre la Ramada del Ven. Padre Castillo, sino que quedase para siempre destinada á la predicacion de la Doctrina Evangélica, de que percibia tan grandes bienes la República ».

Mas, aunque vencido nuevamente el Demonio, no por eso consintió en desistir de su infernal propósito; sino que, al cabo de poco tiempo, cual si reconcentrado hubiera su cólera hasta mejor oportunidad, sirviéndose de la desvergüenza y atrevimiento de ciertos hombres, osó profanar la Peana de la Sña. Cruz, con ascos tales, que la pluma se resiste á describirlos. Pretendiendo el Maldito enfriar con tan torpes medios la devocion del pueblo ácia un sitio tan venerado de toda la Ciudad, como fuente de los favores mas especiales del Altisimo, y poner asi, finalmente, término á los piadosos ejercicios del Apostólico P. Castillo, que tanto lo desconcertaban.

Pero, aun en esta vez, léjos de salirse con las suyas el irreconciliable Enemigo del linage humano, hubo de padecer una nueva y mas vergonzosa derrota. Pórque no bien llegó á oidos del M. R. Arzobispo desacato tan diabólico,

junto con el dolor que habia producido en el ánimo de sus queridas ovejas, cuando, por templar el justo enojo del Cielo, satisfacer su propia devocion, y dar un refrigerio á la angustia de sus fieles, ordenó, con públicos avisos: Que, desde la tarde del Domingo siguiente, se principiasen en la Iglesia Metropolitana « los Desagravios de la Sñia. Cruz del Baratillo. » Abriéndose dicho dia, en conformidad con el querer del celoso Pastor, con procesion solemne de tan soberano Madero, llevado en hombros de un gran número de Sacerdotes, y asistencia de la nobleza y demas pueblo, que con luces lo alumbraron desde su Plazuela hasta la Iglesia Catedral; donde se le hizo un espléndido y devotisimo Novenario. Despues del cual fué restituido al Baratillo, ya desagraviado, con tanta devocion, como lucimiento, por toda la flor de Lima, con intervencion del Illmo. Sr. Arzobispo y su Ven. Cabildo, del Exmo. Virey con los Señores de la Real Audiencia, y demas Caballeros particulares, que rivalizaban en pompa y en piedad.

Quedando asi completamente burladas, y con edificacion de la Ciudad entera, todas las maquinaciones del Infierno contra la mision del Baratillo por la Divina Providencia, quien convirtiólas, como lo hemos visto, en su mayor gloria y vergüenza del Demonio. No permitiéndole siquiera á este último, para mas vilipendio suyo, la diabólica consolacion de acibarar y henchir de luto el alma del Venerable Padre, con hecho tan nefando; pues dignóse prevenirle su Misericordia de antemano á tal golpe, confortándolo con una celestial Vision, que llenólo de tanta paz y serenidad, que no pudieron alterarlas en modo alguno los torpes manejos del Enemigo.

Reposaba el Siervo de Dios aquella funesta noche en su

penitente lecho, sin mas regalo que un jergon, sobre que se recostaba mas para quebrantar el sueño que con el fin de conciliarlo; cuando dispertándose por un impulso sobrenatural, y bien recobrado ya á los sentidos, vió claramente, con los ojos de la inteligencia, vecino á sí, á Cristo Crucificado. Sintiendo en el corazon y en la voluntad los dulcísimos efectos de tan divina presencia, y hallándose, sin saber cómo, de repente, entre sus divinos brazos, penetrado por él, del mismo modo que una materia diáfana por el sol, y, en tal manera transfigurado en su Humanidad Sacratísima, que si hablaba veía ú oia, no era ya por su boca, ojos ú oidos, sino por los de N. S. Jesucristo; y tan rendido y muerto de amor por él, que, como nadie, decir podido hubiera entónces con el Apóstol: (Gal. c. 2. v. 19.) ¡ Estoy enclavado en la Cruz juntamente con Cristo: y vivo ya no yo; mas vive Cristo en mí! « *Christo confixus sum Cruci. Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* ».



CAPITULO IV.

Ministerios que ejercita el Ven. Padre Castillo en prò de los Morenos, en la Ciudad y en sus alrededores.

Sobre modo notoria, segun lo hemos apuntado ántes, érale al Apostólico P. Castillo la voluntad del Altísimo de que se dedicara á abrir el camino del Cielo á los Morenos: gente que, por su color y escasa capacidad, es en el Perú la mas humilde y despreciada; y que venia de sus distantes tierras tan cegada por las tinieblas de la ignorancia, é imbuida de los errores de la gentilidad, que era tarea muy árdua, y que muy pocos acometian, el ilustrar su obtusa inteligencia con las verdades mas necesarias de nuestra santa Fé. Y á estos infelices, como encomendados especialmente por la Divina Misericordia á su vigilancia y proteccion, era á quienes, con mayor solicitud, buscaba por dó quiera en Lima su infatigable celo, para ministrarles ó el pan del alma ó el del cuerpo.

Llevado de tan santo espíritu el Siervo de Dios, todas las mañanas, no bien salia del Colegio de S. Pablo, con una Cruz de leño en la mano, era su primera estacion en una de las esquinas de la Plaza principal; donde se agrupaban

diariamente tropas de Morenos jornaleros , de todas condiciones y oficios , esperando poder hallar alguna ocupacion. Y allí rezaba con ellos las oraciones de la mañana ; explicábales con gran paciencia y amor , adaptándose á sus rudas inteligencias el Catecismo ; y persuadíalos , con grande eficacia de razones , á servir con toda fidelidad á Dios y á sus amos , como representantes suyos en la tierra : terminando el razonamiento con un acto fervoroso de contricion. Hecho lo cual , despedíase de ellos hasta el dia siguiente , y encaminábase , sin pérdida de tiempo , á hacer , por el mismo estilo , otras breves pláticas á las Morenas , que , asi á la Plaza grande , cómo á las menores de la Ciudad concurrian, á vender , de asiento , diversos comestibles : repitiendo incansable en todos los puestos la distribucion que dejamos referida.

Lo restante de la mañana, si no era llamado el Siervo de Dios á asistir á algun enfermo ó á hacer algun otro acto de caridad , empleábalo , indefectiblemente , en la visita de Hospitales ; que recorria por turno, y con especial satisfaccion el de S. Bartolomé , de Negros libres que no tienen medios bastantes para medicinarse en sus casas.

Al entrar en cada sala, era siempre su primer cuidado preguntar, en alta voz: « si había alguno que deseara confesarse;» y, satisfecho deber tan importante , pasaba entónces á exhortar á cada uno de los pacientes, con inefable encarecimiento , á sufrir con resignacion y paciencia los dolores de su enfermedad , presentándoselos como particulares gracias del cielo , que no eran de desperdiciarse ; pues bien aprovechadas , les darian un ingente tesoro para la eternidad. Y si hallaba á alguno moribundo , animábalo luego al último trance de la vida, con

las pababras mas tiernas y consolodaras que pueden salir de humanos labios : hecho lo cual , le recomendaba incontinenti el alma ; dejándolo así al irse con grandes alientos para el postrer combate , y eficaz confianza en su eterna salvacion.

Pero donde se mostraba , sin duda alguna , en todo su brillo la heroica caridad de este gran Siervo del Señor , era en el Hospital de S. Lázaro : refugio constante de un crecidisimo número de infelices Negros , víctimas del terrible y contagioso azote de la lepra ; que , royéndoles poco á poco las carnes , los afea de un modo extraordinario , y háceles despedir de sí una fetidez insoportable. Y tal era, sin embargo , el lugar y los individuos que , mas á menudo , frecuentaba el caritativo Padre Francisco ; y , con tal gozo y complacencia , como si la hediondez del aire y los nauseabundos espectáculos que , constantemente y por doquiera , se le afrecían á los ojos , fueran , mas bien que ofension de la humana naturaleza , un gran incentivo para su alma. Pues á todos se les acercaba con tanto interes y ternura , como apénas hubiera podido hacerlo la madre mas amorosa ; y despues de asearles en persona sus asquerosas llagas , y de servirles en cuanto se les ofrecía de mas bajo , con las lágrimas en los ojos , exhortábalos á llevar en paciencia su tan largo y penoso martirio. No habiendo entre ellos pecador , por duro que fuera , que , vencido por tamaña caridad, no le abriese las profundidades de su corazon, cifrando en sus benditas manos el alivio de sus cuerpos y la salud de sus almas.

Y , cuan grata fuese á los ojos del Altísimo esta ardiente caridad de su Siervo en servir y consolar á sus prójimos enfermos , diólo á conocer á toda Lima su misericor-

diosa Omnipotencia , sobradamente y muy á menudo , con los repetidos prodigios que operaba por las manos del humilde Francisco ; ora al puro invocar este último sobre ellos la proteccion de la Sña. Vírgen y del glorioso Patriarca S. José , ó con la señal de la Cruz ó aplicar al enfermo la que traia siempre en la mano , y , muchas veces , con solo echarles la bendicion ; segun por extenso se verá en sitio mas oportuno.

Tambien visitaba, frecuentemente , el Apóstolico Jesuita, los obrajes sitos en lo mas distante y apartado de la Ciudad ; á donde mandaban los amos á sus Negros mas facinerosos á fin de corregirlos y castigarlos, y evitar el que fuesen aprehendidos por la justicia : lo que hacía de tales oficinas una colmena de gente triste y despechada. Y , sin embargo , ninguno hubiera dicho que eran tales , al verlos al lado del celoso Padre Castillo. Pues con las tiernas expresiones de amor y de consuelo que á cada cual decia , aliviaba de tal modo sus pesadas cadenas , que haciales poner luego enteramente en olvido sus miserias y trabajos , y no pensar sino en la enmienda y dolor de sus culpas , y en pedir al Dios de las misericordias que la tuviese de sus criminales vidas.

Todos los Domingos y dias de fiesta, ántes de encaminarse á la Feria del Baratillo , iba indefectiblemente primero el Siervo de Dios en busca de los Morenos, que en grandísimo número se reunían , ó en la Plaza mayor de la Ciudad, ó en la de S. Francisco de Asis , á pasar la tarde en diversos bailes y juegos , segun el uso de sus tierras. Y tal era la autoridad de que gozaba entre ellos el santo Jesuita, que no bien lo reconocian , cuando suspendiendo à una sus

danzas y cantares, agolpábanse en torno suyo, para rezar con él: quien exhortábalos entònces á dar de continuo mil y mil gracias á la Divina Providencia por haberlos traido á tierra de Cristianos, sin lo cual nunca hubieran sido merecedores de la eterna bienandanza, y aconsejábales que al divertirse de las tareas de la esclavitud, lo hicieran siempre con moderacion, y sin ofensa del Señor; concluyendo por arrodillarse en tierra y hacer con todos ellos fervorosos actos de caridad y contricion. Práctica que tambien repetía en otros barrios apartados de la Ciudad, á donde retiràbanse maliciosamente algunos de estos infelices en busca del juego y de la bebida, pasiones funestas que, á no pocos de entre ellos, arrastran de continuo á su ruina y perdicion.

Así adoctrinaba y asistía infatigable el Apostólico P. Castillo en Lima á esta pobre gente, que, reconocida á tamaña caridad y agasajos, lo veía y acataba como á su única providencia en el mundo; ocurriendo á él de continuo por remedio y alivio en todas sus necesidades, y, principalmente, á fin de que les sirviera de padrino y rogador para con sus amos, ó cuando estaban fugitivos de sus casas, ó cuando no habian completado su jornal, (cosas que acaecian con frecuencia,) temerosos del castigo que se les esperaba. Desembarazándose siempre el bendito Padre de cualquier negocio que tuviera entre manos, por importante que fuese, para acudir sin demora al consuelo de sus desvalidos esclavos, y sin reparar en el tiempo que hacia ni en las distancias. Y así vez hubo, entre otras, en que al recojerse el Siervo de Dios al Colegio, despues de las doce del dia, fatigado de la andanza y del calor, encontrando á las puertas un esclavo, que le aguardaba para que lo lle-

vase á su dueño, de quien temia un injusto maltratamiento; al punto , sin que la hora , ni el sol , ni el cansancio fueran parte á detenerlo , llevó él mismo al infeliz á su Casa, que era en el Cercado, á unas catorce calles de distancia del Colegio , diciendo á su compañero , que le replicaba que mas tarde podria acompañarlo con menor incomodidad : « ¿ Qué nos dirá la Sña. Virgen á la hora de la muerte, si no acudimos luego luego al consuelo de sus desamparados ? »

Pero no se limitaba el caritativo celo de este nuevo Apóstol al dilatado recinto de la Ciudad ; sino que , como si en ella pasto suficiente no encontrara , siempre que le era posible , y , sobre todo , al avecinarse el tiempo de cumplir con el precepto pascual , poniase en camino para las casas de campo y heredades de la comarca , con el fin de adoctrinar y hacer que cumpliesen con la Iglesia los infelices Morenos que en ellas trabajaban , y que , de otro modo, sino los busca algun ministro del Señor , se quedan sin hacerlo , y en la mas supina ignorancia de sus deberes de cristianos. Y , sabedor de ello el P. Francisco , no habia fatiga , ni obstáculo que no superase , á fin de sacarlos de tan triste situacion. A pié , con su saco á cuestas , y acompañado de algun piadoso Moreno , de los muchos que habia ganado ya para el Cielo , que , con el objeto de no herir la codicia de los administradores , ocupaba el lugar del esclavo que se disponia á confesarse ; pasaba de puerta en puerta , haciendo noche en los campos , expuesto á todas la inclemencias del cielo y demas privaciones consiguientes á semejante vida , hasta que al fin , á fuerza de industria y de fatigas indecibles , lograba catequizar de uno en uno, á todos suficientemente, y ministrarles los Santos Sacramentos.

No siendo de ningun modo ponderable por lengua humana, el inmenso é inmarcesible fruto que cuotidianamente recojía la caridad del Apostólico P. Castillo, del ardiente celo con que se daba á instruir, sin descanso, en las doctrinas de nuestra santa Fé, á la multitud desvalida de Morenos, que inundaba la Ciudad, y en reformar sus viejos y deprabados hábitos. Baste saber, que, al poco tiempo de haberse consagrado el Siervo de Dios, del modo indicado, á su enseñanza y mejora, era ya grande el cambio que se advertía en sus costumbres; y que, al fin, edificaba á todos la ejemplar devocion con que frecuentaban los Santos Sacramentos y demas piadosas prácticas de la Iglesia: llegando muchos de ellos, así hombres, como mugeres, á una sublime perfeccion de vida; de los que algunos, como el santo Negro Miguel, y el H Juan, cuyos despojos se enterraron en la Iglesia de N. Sa. de los Desamparados, con grande veneracion de toda Lima, murieron, como habían vivido, en singular olor de santidad.



CAPITULO V.

Hace el V. P. Francisco del Castillo su Profesion solemne : entra á cuidar de la Capilla de los Desamparados, y dále entónces la Vírgen prodigiosa salud.

En tan santos ejercicios como los narrados, pasaba llenos de méritos á los ojos del Señor sus dias el Apostólico P. Francisco, vencedor del demonio, dueño de la carne, y hollando generosamente el mundo y todos sus honores, cuando el M. R. P. General, atendiendo al eminente grado de santidad en que resplandecia ya nuestro Apóstol, y al gran crédito y veneracion que con sus heroicos trabajos gabana diariamente la Compañia, juzgó, con satisfaccion de todos sus hijos en N. S. J. C. ser llegada la hora de admitirlo á la profesion solemne; puesto que, por sus vacilaciones y continuos escrúpulos y achaques de cabeza, no habia podido dar feliz cima á todos los estudios teológicos que, como requisito indispensable, se exigen para el caso.

Segun era de esperarse, mucho se opuso el humildísimo Francisco á que se le hiciera tamaña honra y se usase para con él de una dispensacion muy contraria á la indignidad de sus merecimientos; mas, triunfando al fin la obediencia de tan santa repugnancia, tuvo que resignarse, aunque no sin gran confusion suya, à lo que le mandaban sus Superiores. Haciendo el 6. de Febrero de 1650. (despues de haberse prevenido para funcion tan sagrada con muchos dias de retiro y de ejercicios espirituales y extraordinarios ayunos

y penitencias ,) en manos del P. Francisco Zurbano Lupercio , Provincial entónces del Perú , su Profesion solemne , con tanta humildad, reverencia y ternura , que no hubo á quien no diese singular consuelo el verlo y grandísima edificacion. Y atado que fué el Siervo de Dios con tan sagrados vínculos , púsose en mas vivos empeños que nunca , de procurar con todas sus fuerzas y potencias la mayor honra y gloria del Señor , la salud de las almas y veneracion ácia los ministerios de la Compañia de Jesus : y , si supo conseguirlo , ó no , nos lo dirán las nuevas empresas que acometió su celo , y que añadieron mas ricas joyas aun á su apostólica corona.

Tiempo hacia que este gran Siervo de Dios deseaba ardientemente poseer un sitio cercano al Puente , á donde , como centro de la Ciudad , concurrir pudieran de todos sus ángulos las Morenas esclavas , á escuchar de vez en cuando la palabra divina , y recibir en comun la santa Comunion. Y la Divina Providencia , siempre propicia á sus hijos amorosos , proporcionóselo entónces de una manera extraordinaria , y cuando él ménos se lo esperaba , moviendo de un modo sobrenatural á Doña Ursula Calafe, matrona de gran piedad y virtud , á traspasar el dominio que tenia en una pobre Capilla , fundada orillas del Rimac , en la Plazuela de los Desamparados , y que por falta de recursos no podia sostener con el debido decoro , á los infatigables Padres de la Compañia de Jesus. Quiénes , á pesar de las contradicciones que de pronto suscitáronse , sin duda por obra del mismo Demonio , tomaron al fin posesion de ella en Octubre de 1650. con sumo gozo del Padre Castillo ; á cuyo cargo , para colmo de la merced que le hacia el

Señor , dispusieron que corriese en un todo en adelante, segun deseábalo tambien la mencionada Señora.

Y no bien vió colmados sus deseos el Venerable Padre de un modo tan prodigioso , hallándose de la noche á la mañana con un local tan á propósito para sus miras , tan cercano al Baratillo y de tanto tráfico y concurrencia de Morenas vendedoras , como dicha Capilla ; al punto , con su acostumbrada solicitud , y el auxilio de algunas personas pias , púsose á asearla y componerla , á fin de comenzar en ella , lo mas pronto que pudiese , su nuevo Apostolado. Pero , cuando mas fervoroso consagrábase el Siervo de Dios á la ejecucion de sus santos proyectos , el Padre de las Misericordias , sin duda para purificarlo y fortalecerlo mas y mas en su servicio ; permitióle al Demonio que lo inutilizase, al parecer irremediablemente , para el logro de sus miras , afligiéndolo con una asma horrible : la cual le ocasionó tales ahogos y fatigas , que , con el sueño , le quitaron absolutamente las fuerzas para llevar adelante los empleos que habia comenzado á ejercer. Tanto , que viéndose ya sin remedio para su molesto y pegajoso mal , é inutilizado para seguir en Lima sus antiguos ministerios , se resolvió á rogar por escrito á su Provincial , (que lo era el Siervo de Dios Padre Leonardo de Peñafiel , ausente entónces en la visita de la Provincia ,) que le acordara licencia á fin de ausentarse de la Capital , é ir á cualquier otro Colegio del interior , en donde pudiese trabajar en bien de los almas en lo futuro , sin tantas contrariedades como en Lima.

Mas , para mayor congoja de nuestro Apóstol , dicho Padre , que lo era tambien de su alma y en quien cifraba todas sus esperanzas , se le apareció por entónces , de un

modo clarísimo, en vision intelectual, dos veces en su celda y una en los corredores de S. Pablo, sin pronunciar siquiera una palabra. Como diciéndole con el silencio mismo, segun interpretólo el P. Castillo: « Ya yo soy muerto; ya acabé de ser Provincial; y así, hijo mio, no puedo determinar cosa alguna á cerca de tu solicitud; Dios dispondrá lo que fuere de mas gloria suya ». Y, como quedase el Siervo de Dios no ménos confuso que cuidadoso con tan inesperada vision, vacilando si daria ó no crédito á semejante anuncio de la muerte de su querido Padre Leonardo; otro dia, al dar gracias despues de misa, lo certificó de ello enteramente el mismo Padre difunto, mucho ántes que el correo, con aparecérsele de nuevo y decirle, dándole una blandisima palmada en el hombro: « Que desde el Cielo le ayudaria mejor ». Con lo cual entró inmediatamente su alma en ciertas esperanzas de que el Señor que, para muestra de su gloria y confusion de los sabios de la tierra, se vale de lo mas abatido y despreciable, (segun lo dice el Apóstol á los Corintios,) le habia de dar salud y fuerzas bastantes para llevar finalmente á cabo sus comenzados empeños.

Y asi fué: pórque sabedora la buena Doña Ursula de la incurable enfermedad que sufria su venerado Padre Castillo, que lo imposibilitaba del todo para servir en su Capilla, y temerosa por demas de que se le ausentara de la Ciudad, y con su partida descaecieran los santos ejercicios que su fervor alimentaba con tanto bien de las almas; arrojóse un dia llorosa y con el corazon abrasado por la ardiente caridad que la traia fuera de si, á los piés de N. S. Jesucristo y á la presencia de su Santisima Madre, en

su propia Capilla de los Desamparados, instándolo con eficaces lágrimas y ruegos, á fin de que se sirviera restituir, por su intercesion, la salud á su Siervo Francisco, que tanto, y con tanto fruto, incesantemente trabajaba por su gloria; y suplicándole al propio tiempo, que, si era su voluntad que se immolara alguna víctima, aceptase en cambio de la utilísima salud de aquel, su inútil salud y vida.

Oyó benigno el Señor la voz del llanto de su afligida sierva, como oyera poco tiempo ántes en Quito, la de su Beata esposa Mariana de Jesus, ofreciéndosele cual víctima por la bienandanza de su pueblo. Pues, aun ántes de levantarse Doña Ursula del lugar que regara con sus lágrimas, reconoció, con certeza, llena de indecible gozo y gratitud ácia el Padre de las Misericordias, que su súplica había hallado gracia á los ojos del Altísimo, sintiéndose herida y asaltada, subitáneamente, por los ahogos de una asma incomportable: no dudando un solo punto de que su Padre Francisco se hallase ya bueno y sano, y sin aquella pension y afan que lo sofocaba por momentos, y que lo hacía inhábil para todo. Y en efecto ¡ oh prodigio de la Divina Omnipotencia! así aconteció: pues, en el propio instante en que la pia Doña Ursula vióse por primera vez en tal aprieto, que la puso muchísimas veces despues en los últimos trances de la vida, el Apostólico Padre Castillo hallóse absolutamente libre de aquella muerte continua que padecía; sin que en el resto de sus agitados años, volviese á tener el menor susto, ni asomos siquiera del pasado accidente.

Esta sanidad repentina del Siervo de Dios fué tan pública y notoria á los ojos de toda Líma, que asì los de casa, como

los de fuera, que habíanle visto batallar mil y mil veces con los fieros ahogos del asma, y no pocas a las puertas de la muerte, reconocieron, á una, ser su salud milagrosa; y que, como era la verdad, se la habia concedido el Señor de las Misericordias à ruego de su Santísima Madre, a fin de que la emplease toda, (segun lo hizo asiduamente en lo futuro,) en el acrecentamiento de su santa Capilla de los Desamparados, donde habia de ganar mas tarde innumerables almas para la celestial Jerusalen. Y por tan singular merced, era por lo que confesábase siempre que podía el Siervo de Dios, lleno de ternura y de gratitud, como esclavo de la Santísima Virgen, á quien no llamaba de agradecido, sino su ama y su Señora y dueño de la vida que vivia. Y de aqui aquel olvidarse el Venerable Jesuita de todo, y desvivirse por honrar y servir con nuevo fervor y abnegacion a tan Soberana y Misericordiosísima Madre; quien, como bueña pagadora, no cesó tampoco de corresponder en lo futuro, con nuevas gracias y mercedes, el encendido amor de su Siervo, hasta el último momento de su vida mortal.



CAPITULO VI.

Dá el santo Jesuita principio á sus ministerios en la Capilla de los Desamparados, y funda en ella una Escuela de Niños y otra de Cristo.

Luego que se vió remediado el Apostólico P. Francisco con tan milagrosa salud por la Santisima Virgen, sin la menor pérdida de tiempo, (que no permitiala nunca su ardiente é infatigable caridad,) reparadas las ruinosas paredes de la Capilla de los Desamparados, como la urgencia de las circunstancias y la escasez de los recursos con que contaba se lo permitieron, puso manos á abrir á su heroica Compañia en este nuevo teatro de sus virtudes y sudores, nuevos caminos para que se cubriese de mayor prez y gloria en lo futuro.

Mas como su primer cuidado lo llamaba imperiosamente al servicio y bien de los Morenos, comenzó nuestro santo Jesuita por establecer que en épocas fijas hubiese en ella confesiones y comuniones generales de esclavas; á cuyo fin salia él mismo anticipadamente á invitar en persona á cuantas podia á la frecuencia de los Sacramentos, máxime en los dias diputados al efecto. No dejando nada por hacer su caridad y angélica dulzura, á fin de reducir la inhabilidad

de tales gentes al justo aprecio de tan sublimes misterios de nuestra santa Fé.

De pronto, fueron pocas las tímidas ovejuelas que obedecieron al reclamo de su amoroso Pastor. Pero en breve tiempo, alentadas las demas por el ejemplo de las primeras, y atraidas grandemente todas ellas por la compostura del sitio y armonia de los instrumentos, (pues nada omitia en este órden el Siervo de Dios, á fin de ganarles los corazones, sabiendo cuanto influjo ejercen los sentidos en el alma aun de las personas mas espirituales,) fué tan crecido el número de las que acudieron á la benévola llamada del V. Padre, que no bastaban diez celosos sacerdotes á confesarlas en el espacio de cuatro horas. Las cuales terminadas las confesiones, oían luego en comun la santa Misa con tanta piedad y devocion que parecían de piedra; cautivándoles durante ella los oidos las arrobadoras dulzuras de la música sagrada, y los ojos una multitud de luces y de flores artísticamente combinadas, que convertían aquel lugar en un padazo de los Cielos. Y, tan luego como recibian en sus humildes moradas al Cordero sin mancilla, tributaban ardientes gracias al Dios de las Misericordias por tal merced, con una fervorosa oracion que el mismo P. Castillo les rezaba en alta voz, y que ellas, igualmente, en coro repetian.

A este Ministerio en pró de las esclavas, añadió en seguida el Siervo de Dios, allí mismo, otro, no ménos agradable á los ojos del Altísimo, en bien de la Morenas Criollas y Pardas libres; que, por su natural desahogo y poco honesta educacion, pasada la costumbre del vicio á naturaleza, eran la constante tentacion y ruina de un sin

número de incautos, que se dejaban cojer en sus infernales redes, y el escándalo de toda la Ciudad.

Y, á fin de reducir á estas infelices al conocimiento de la verdad y temor santo de Dios, valióse el celo del P. Castillo de algunas, que habia sacado ya de las garras del demonio, para que llevasen á las otras los Jueves á sus pláticas: dias exclusivamente diputados á manifestar á semejantes mugeres, el gran peligro de condenarse en que se hallaban, hechas por su ceguedad y lascivo desenfreno, torpes instrumentos del Demonio, quien, por su medio, poblaba todos los dias de innumerables incautos el infierno. Industria que fué muy poderosa para traer á mejor vida en adelante á muchas de estas infelices, y operar en todas ellas una gran reformacion de costumbres.

Ni fué tampoco de ménos gloria del Señor y utilidad para la República, la fundacion que hizo el Ven. Padre, en el propio local, de una Escuela destinada á instruir en el temor santo de Dios y buenas costumbres á los niños mas pobres de la Ciudad, al paso que se les enseñase á leer y escribir sin ninguna remuneracion. Obra pia de cuya urgente necesidad se convenció el Siervo de Dios por su propia experiencia; pues, mas de una vez, tuvo que habérselas en el confesonario con infelices que no tenian ni aun las mas escasas nociones de la doctrina cristiana, por incuria, pobreza ó ignorancia de sus padres; y que habianse retraido de frecuentar el Sacramento de la penitencia, unos avergonzados de su ignorancia, y otros temiendo los injustificables reproches de algunos confesores imprudentes.

Grandisima fué, sin embargo de esto, la contradiccion que, al principio, tuvo que arrostar pacientemente de los

vecinos y Autoridades civiles el V. Jesuita, para salirse con su caritativa empresa: sabiendo, muy bien, ser práctica obligacion de su fervorosa Compañia el rogar, cual una tierna madre a su hijo enfermo, á fin de que beba la salud, á los individuos particulares y á las Naciones para que se aprovechen de su celo y su doctrina; y sufrir, consiguientemente, todo género de contumelias por el nombre de Jesus. Pero su incontrastable constancia y caridad, y los repetidos prodigios obrados entónces por la Santísima Vírgen, en cuyas manos habia puesto el Siervo de Dios la defensa de su causa, triunfaron definitivamente de sus ciegos opositores: llegando á saborear, muy en breve, el dulce consuelo de tener bajo su direccion mas de trescientos niños juntos, que, á su tiempo, vió complacido salir de su viña, tan devotos como aprovechados, á consagrarse á las diversas ocupaciones á que eran llamados por la necesidad ó por la propia inclinacion.

Y para que la pia nobleza participase tambien de los frutos de su celo y no se diese por quejosa de su predileccion ácia los Morenos, deseoso de aprovechar á todos y de ganar á todos para el Cielo, destinó los Sábados à las comuniones de Señoras, en obsequio de la Vírgen titular: y à fin de que los Caballeros no careciesen tampoco de algun ejercicio espiritual, que, separándolos de tiempo en tiempo del mundo, les ayudase a conseguir la eterna bienandanza, instituyó en la misma Capilla, la célebre Confradia que se conoce con el nombre de Escuela de Cristo. La cual, puesto que no contara en su origen por miembros, sino a tres sujetos de los mas nobles y ejemplares de la Ciudad, de tan exiguo principio como este, creció pronto y de tal

modo en número y crédito, que todas las Iglesias de la Ciudad, así parroquiales, como religiosas, siguieron con santa emulacion ejemplo tan santo, que extendióse despues á todo el Vireinato.

Todos los Viernes del año por la tarde, congregábanse en dicho local los individuos de la nobleza, miembros de la Confradia; sin negarse por esto la entrada á ningun pechero: y, mientras comenzaban las distribuciones, leiase un rato en un libro espiritual; dando así tiempo á la reunion de todos los Cofrades. Terminada la lectura, descubriase con gran veneracion la hermosísima Imágen de Nuestra Señora de los Desamparados, el devoto Crucifijo de la agonia, y el Santísimo Sacramento; y, hecho el exámen de conciencia, pasaba luego el Ven. Institutor á ponderarles la materia de la meditacion, que era de tres cuartos de hora: durante la cual no se oía otra voz, ni ruido, que el de una harpa y un órgano, que, cautivándoles los sentidos, les suspendía fácilmente el ánimo á la quieta contemplacion des las cosas superiores; cerrándose el ejercicio con recitar, en comun, una devota salutacion á la Santísima Vírgen titular.

Ademas, cada mes, fuera de las comuniones de entre semana, debian comulgar todos los discípulos por reglamento; y desde el 14. de Setiembre hasta el 21. asistir á la celebracion de los Desagravios de la Santísima Cruz; empleando las mañanas en confesarse, comulgar y atender á la oracion, y las tardes en lectura espiritual, meditacion y plática análoga á las circunstancias, que terminaba siempre con amantes coloquios á nuestro Bien Crucificado, y ferventísimos actos de contricion. En los dias pecaminosos del

Carnaval debian reunirse tambien con el fin de celebrar los Desgravios de N. S. Jesucristo, que, por inspiracian divina, instituyó entónces el Siervo de Dios; y, terminados, acompañaban la devota procesion que se dirigía de preferencia al barrio de Malambo, como el mas necesitado, para dispertar con tal industria la piedad de los fieles, é impedir el que se dieran á juegos ofensivos á la modestia y á la Religion. El Mártes Santo asistian á la Memoria que el V. Padre celebraba, en dicha Escuela, de la agonia de N. S. Jesucristo; empleando la mañana en varios ejercicios de piedad, y la tarde en acompañar con luces en la mano, por las calles de la Ciudad, la procesion del Santo Crucifijo: lo que practicaban con tanto recojimiento y tales penitencias públicas, que producían gran ternura y edificacion en todos los espectadores. Finalmente, el Viernes Santo, desde las doce del dia hasta las tres de la tarde, concurrían tambien todos los Hermanos á acompañar al Santo Crucifijo, durante las tres angustiosísimas horas que estuvo el Redentor agonizante en el leño de la Cruz; meditando entónces, segun dejólo establecido el Jesuita Peruano Alfonso Mesia, las siete sublimes palabras que salieron de sus Sacratísimos labios al consumar la Redencion del mundo.

Y para dar por entero, aunque á prisa, idea de tan santa Institucion, no parácenos de mas el decir que, al fenecer de esta vida alguno de los cofrades, fuera de la indulgencia plenaria, Concedida por la Santidad de Alexandro VII. lucraba tambien el difunto las buenas obras hechas por los Hermanos en su obsequio; cuya edificante relacion, para estímulo y consuelo de los vivos, se leía pú-

blicamente el primier Viernes de los en que se congregaban por Reglamento, como queda ya apuntado.

Por todo lo que era tal el crédito que gozaba á los ojos de lo mejor de Lima semejante Escuela, que, frecuentemente, asistian á sus piedosas distribuciones los mismos Señores Vireyes; no pocas veces el Exmo. Conde de Santistéban, y de continuo el de Lémus, que tanto la engrandeció despues. No honrándose ménos que con tan nobles discípulos, de contar entre sus miembros al generoso mártir de Cristo Pedro de la Concepcion, hijo espiritual del P. Castillo, y que tanta parte tuvo en sus adelantos y en los inmensos bienes que produjo en las costumbres de la nobleza, cambiando en modesta compostura lo que era ántes una vana ostentacion y superfluidad, y en alegre retiro é interior recojimento las danzas y los paseos cortesanos.



CAPITULO VII.

De cómo aplacó el P. Castillo á la Justicia Divina cuando los terremotos de 1655. *y* 1664.

Si hay lugar en el globo que, con razon, merezca llamarse rico y delicioso, es, sin duda, la Ciudad de Lima: pues en nigun otro es tan benigno el cielo, que no truena ni lanza rayos jamas, ni mas risueña la natura, ni mas frescos y agradables los aires, ni mas templado el ardor canicular. Mas para que nada sea completo en esta vida, tantos y tan mágicos atractivos como posée la joya del Pacífico, vénse asombrados y descompuestos por los frecuentes y alguna vez destruidores terremotos que la combaten, y le roban de continuo la quietud y la seguridad. Puesto que, por la misericordia del Señor, especial beneficio de la Santísima Virgen é intercesion de los Santos que florecieron en su seno, aunque ha padecido en varias ocasiones grandes ruinas en sus soberbios edificios, no ha llorado nunca considerables estragos en las vidas de sus piadosos habitantes.

Entre otras veces, que no hacen á nuestro propósito, el Sábado 13. de Noviembre del año del Señor de 1655. á

las dos y media de la tarde, fué sacudida la tierra por uno de estos terribles azotes, con tal violencia, que no habia quien no tuviese ya la muerte ante los ojos, al ver en medio del universal alarido y del estruendo que armaban solas las campanas, las paredes mas sólidas mecerse y doblegarse y dar al suelo, como débiles cañas al embate de los vientos; y la tierra rajada por mil y mil partes, abrirse en profundas y anchas grietas, como para sumir en sus abismos las moles que desplomábanse de los aires con un ímpetu espantoso.

Grandísimos y casi irreparables fueron los daños que recibió en aquel aciago dia la Ciudad de los Reyes en sus mejores edificios: y, como dieron en repetirse despues los sacudimientos y vaivenes de la tierra en los consecutivos, asustados y con razon temerosos los vecinos, huyendo de los inseguros caseríos de la poblacion, se retiraron unos, en busca de seguridad, á las quintas y huertas de los alrededores, y otros acudieron en monton á las Plazas y Arrabales, donde pasaban, como podian, las noches, al abrigo de improvisados pabellones, cuya lijereza y aislamiento los preservaba, por lo ménos, de verse sepultados durante el sueño en las ruinas de sus fábricas.

Mas llevado solo del ardor de su caridad, y sin temer los innumerables peligros que por dó quiera lo amenazaban, la misma tarde que castigara Dios á Lima con el primer terremoto, dejó á prisa el Apostólico P. Francisco el Colegio de S. Pablo, á fin de ver por sí mismo, de que modo podria hacer menores los sufrimientos de sus prójimos, y aplacar la cólera Divina que tan terriblemente amenazábalos. Y, como al pasar por delante de la Iglesia Catedral,

que ocupa uno de los lados de la espaciosa Plaza mayor de Lima, se viese seguido por un numerosísimo gentío, que á su sombra buscaba seguridad y defensa de las iras del Cielo; movido de superior impulso, á la vista de momento y lugar tan favorables para sus intentos, subióse sobre una mesa contigua á uno de los Portales: y, cual otro Jonas en Nínive, exhortólos, lleno de celo, á que hicieran penitencia, y á que, con buenas obras, aplacasen, sin demora, el justo enojo del Altísimo, á fin de impedir en tiempo que sus amenazas y advertencias se trocaran en rigores, por su descuido y culpable ceguedad.

Divinas palabras, que movieron á cuantos las escucharon, que eran innumerables, á tan extraordinario temor de Dios y detestacion de sus pasados extravíos y fragilidades, que, con voz interrumpida por los sollozos y ahogada por los crueles golpes que se daban, comenzaron á pedir á una « Misericordia », haciendo firmísimos propósitos de cambiar de vida y hacer penitencia en lo futuro. Actos saludables de dolor y arrepentimiento que fueron repitiendo en pos del Siervo de Dios, en cada esquina por donde pasaba, hasta entrar, con él, en la Iglesia de S. Pablo; donde volvió á exhortarlos eficazmente á la penitencia y contricion, delante de Cristo Sacramentado. Funcion que redundó en tanta gloria de Dios, que fueron innumerables los que á consecuencia de ella se confesaron luego luego de todas sus culpas pasadas, y redujeron á mejor vida en lo venidero: pasando de quinientos, segun consta de mil declaraciones fidedignas, los amancebamientos que se trocaron entónces en santos matrimonios, merced al celo del Ven. Predicador.

El dia siguiente al de que hemos hablado, que fué Do-

mingo, á fin de enternecer al Dios de las venganzas, que aun mostrábase enojado, y alcanzar misericordia para la amenazada Lima, hizo el Ven. Jesuita que se llevase en devota procesion, desde la Capilla de los Desamparados, hasta la Iglesia Catedral, la prodigiosa Imágen de Cristo Crucificado que en aquella se veneraba. Donde el infatigable Apóstol de Lima, con su fervor y fruto acostumbrados, pusóse luego á exhortar á la penitencia y arrepentimiento de sus culpas y omisiones, á uno de los mas numerosos y contritos concursos que se hallan visto jamas; como único medio de esquivar el tremendo castigo que amenazaba la entera ruina de la Ciudad.

Mas como continuasen aun los amenazantes remezones de la tierra en los dias consecutivos, y no hubiese ya seguridad ninguna en la Catedral, y si mucho peligro para los fieles; por mandato del I. S. Arzopispo Don Pedro de Villagómez, volvió á predicar el Siervo de Dios á sus afligidos compatriotas, asistiendo entre ellos todas las notabilidades de la Ciudad, así eclesiásticas, como seculares, debajo de una gran Ramada, que habian levantado precipitadamente en medio de la Plaza Mayor, á fin de que celebráranse en ella, con menor riesgo, los Oficios divinos en adelante.

Siendo tal entónces la eficacia de razones, dictadas sin duda por el Espíritu vivificante, con que el Apóstolico Padre ponderó á su afligido auditorio, cual otro inspirado Jonas: « Que todos lo azotes que Dios enviaba á los hombres, eran atraidos exclusivamente por sus culpas: que expiasen sus muchos pecados, y cesaría el castigo que los amenazaba; y que procuraran ganarse el patrocinio de la

Madre de las Misericordias , con ayunar en su obsequio el próximo Sábado , hacer una comunion general en la mañana del Domingo , en su tarde una procesion devota y penitente por la calles de la Ciudad , y por nueve dias continuos plegarias y rogativas en todas las Iglesias , á fin de hacer violencia a Dios , é inclinarlo á usar de misericordia con su pueblo » : que decirse puede con verdad , que no hubo quien no se partiera de oirlo con un propósito firme de ajustarse en todo á tan santas prescripciones, y lleno de confianza en la prometida Misericordia.

Eficaces disposiciones que se vieron á las claras , muy en breve , en la demonstracion que hizo entónces la piadosa Ciudad de Lima , afervorizada por el extraordinario celo de su Apóstol ; que fué tan llena de fè y de ternura , como digna de la conmiseracion del Altísimo. Pues habiendo ordenado incontinenti su Ilustrisimo Arzobispo , que conocia muy bien cuan caro era el Ven. P. Francisco á los ojos del Señor , por medio de un público edicto , que se llevasen , en todo y por todo , á cabo sus santas prescripciones, acudieron á la voz del amante Pastor tantas personas el próximo Domingo á comulgar bajo la Ramada que servia entónces de Catedral, que repartièronse, solo en ella, mas de diez mil formas , fuera de las consumidas en las demas Iglesias de la Capital.

Consiguientemente , salió de la misma Ramada , por la tarde , en medio del lúgubre clamor de la campanas , y del alarido universal de los afligidos habitantes de la Ciudad , una devotisima Procesion de N. S. Jesucristo Crucificado; asistida de toda la vecindad , asi de la nobleza , como de la plebe , y lo mismo de los hombres que de las mugeres,

que en varias suertes de horrorosas penitencias, vestidos de ásperos sacos unos, y otros cubiertos de cilicios, cual con pesadas cruces sobre los hombros, y quien arrastrando por tierra gruesísimas cadenas, cual con los brazos puestos entre afiladas cuchillas, y quien regando el suelo á rios con su sangre, iban pidiendo con gemebundas voces « Misericordia » para la penitente Lima, al que sostiene el mundo con su diestra, y manda á él, segun sus sabios consejos, las lluvias ó el granizo, las suaves brisas ó fieros aquilones.

Y ¡ oh gran valor de los méritos de Francisco, y de esa fé que, segun el Espíritu Santo, trasporta los montes al seno de los mares! y ¡ oh grandeza inefable de la misericordia del Altísimo para con sus hijos humillados! Al octavo dia de haberse puesto en obra los proféticos consejos del Siervo de Dios, cayósele al Justo Juez el azote de las vengadoras manos; cesando absolutamente desde entónces aquellos espantosos estremecimientos y vaivenes de la tierra, de tal modo, que el último del prescripto Novenario, entrada ya la noche, restituyóse el Santo Crucifijo á su Capilla de los Desamparados: quedando toda la Ciudad con entera confianza en su perdon, que de hecho obtuvo; pues no volvió á verse amenazada entónces de ningun otro terremoto, y con mayor veneracion que ántes ácia la virtud del nuevo Moises por cuyo medio habia logrado reconciliarse con el Omnipotente, y obtener que suspendiera el castigo que ya descargaba sobre ella su brazo justiciero.

Prácticas tan edificantes como agradables á los ojos del Señor, que, poco mas ó ménos, aunque quizas en circunstancias mas providenciales, repitió tambien el Ven. Padre

nueve años despues, cuando á 12. de Mayo de 1664. tuvo lugar en San Gerónimo de Yca el tremendo terremoto, que asoló, al amanecer de dicho dia, aquella hermosa poblacion; y cuyos estallidos y estremecimientos sintiéronse en la misma madrugada en Lima, aunque sin ocasionarle daño alguno: en reconocimiento del sublime favor que el Dios de las Misericordias hizo entónces á su Patria, librándola de los estragos de semejante azote, que tenia bien merecido de la Divina Justicia, á no haber alcanzado con tiempo el patrocinio de la Vírgen Santisima; segun le fué revelado al Siervo de Dios, y lo profetizó una tarde en el Baratillo, un mes ántes de que arruinara á Yca tan espantoso castigo. Favor en verdad inefable, cuyo aniversario celebró siempre en Lima el Ven. Padre, mientras tuvo vida, lleno de ternura y gratitud ácia tan Soberana y Misericordiosa Señora, á 12. de Mayo, con Misa solemne, plática adecuada à la circunstancias, y comunion general de todos sus devotos.



CAPITULO VIII.

Auxiliado del Exmo. Sor. Conde de Lémus funda el V. P. Castillo una Casa de Recojimiento para mugeres arrepentidas.

Llorando á mares su triste suerte, con frecuencia echábanse á los piés del compasivo Apóstol de Lima, muchas infelices mozas, que, arrastradas de funestas circunstancias, por no morirse de hambre, ó no tener fuerzas bastantes para soportar la tilde de pobres las unas, y no poder salir á tiempo las otras del abismo que las solicitaba á su ruina, habian vendido ¡ óh humana miseria ! el celestial tesoro de su inocencia á un infame seductor : Quienes, palpando al fin, con sus mismas manos, el propio desengaño, y sabiendo que nunca es tarde para él que pide al Dios de las Misericordias perdon de sus extravios, deseaban vehementisimamente hallar un medio cualquiera de verse libres para siempre de tan sucia mancha y ominosa esclavitud.

Sobre modo compadeciase de estas pobres Magdalenas el tierno corazon del caritativo P. Castillo, quien, despues de llorar con ellas todas sus miserias y caidas, trataba de consolarlas, usando todos los recursos que le ofrecia su ardiente caridad : ora administrándoles los socorros de dinero

que podia , y ora exhortándolas con su acostumbrada benevolencia , al amor de la virtud , y á que confiasen firmemente en la Divina Misericordia , que cuidaria de ellas , permaneciendo firmes en la fé , con mayor solicitud que la con que alimentaba por dó quiera las aves del cielo y las flores de los campos. Pero como las limosnas que la caridad de los Limeños ponia en manos suyas , aunque cuantiosas, no eran bastantes á remediar la suerte de tantas infelices que las habian menester , y no en todas ellas echaba siempre sólidas raices la fecunda semilla de la Divina palabra : con harta frecuencia acontecia, y con gran desconsuelo del Siervo de Dios, que hubiera dado mil y mil veces su existencia á fin de librarlas de la mas pequeña caida, que , olvidados los antiguos remordimientos y sus lágrimas y propósitos, volvianle de nuevo las espaldas á la virtud , para continuar en el mismo comercio y torpe servidumbre , con mayor peligro que ántes de sus almas.

Razon por la que deseó siempre con toda su alma y procuró tambien con todas sus fuerzas el caritativo P. Francisco fundar en Lima una Casa de Recojimiento , donde vivir pudieran con toda seguridad en adelante , las infelices jóvenes que , huyendo en tiempo de las mundanales tentaciones , quisieran atender por entero en lo futuro á la sola cosa que sea necesaria , la propia salvacion. Pues bien sabia él , y mejor que nadie , que de otro modo, mientras estuviesen en al siglo expuestas á verse á cada paso entre las redes del Mundo , del Demonio y de la Carne, era casi imposible perseveraran por largo tiempo en el áspero camino de la virtud. Y varias veces , con tal propósito en el corazon , movido del ardientísimo celo que lo ani-

maba, habia hablado tambien sobre el particular el santo Jesuita á los Exmos. Señores Vireyes Conde de Alba, y de Santistéban, dóciles acatadores de sus consejos; sin que á pesar de la piedad insigne de tan nobles personajes, hubiera logrado la dulce satisfaccion de ver realizados sus deseos en ninguna de las dos Gobernaciones indicadas.

Sin duda porque reservaba el Omnipotente tan gran mérito al piisimo Conde de Lémus, Virey de los mas ilustres que mandó España á nuestro rico suelo: quien, noticioso de los filantrópicos intentos del Siervo de Dios, de cuya Santidad tenia formada desde Europa un elevadísimo concepto, ó movido quizas de superior impulso, razonando cierto dia con aquel, al poco tiempo de su llegada al Perú, sobre las Obras de gran servicio del Señor y bien de los prójimos, que podian plantearse en Lima, díjole, entre otras cosas: « deseaba mucho, y aun promoveria con todo su valer, si era de su aprobacion, el que se instituyese en dicha Ciudad, una Casa de Recojimiento para mozas arrepentidas de sus pasados extravios; donde disfrutasen de las ventajas del estado Monástico en adelante, estas infelices que no tenian hasta ahí ningun seguro techo bajo que guarecerse de las mundanas tempestades ». Coyuntura feliz, y como deparada por el Cielo, de que valióse incontinenti el celoso patrocinador de todos los necesitados, Francisco, para llevar á cabo sus propósitos, asegurando sin demora al ilustre Conde: « Ser tan santos deseos una clara inspiracion del Espíritu Santo, á fin que de consuno emprendieran ámbos tan benéfica Obra; pues tales habian sido tambien siempre las mas ardientes aspiraciones de su alma, que solo habia dejado dormir hasta

entónces, por falta de un Príncipe, que las fomentase con su poderoso brazo ».

Y no se quedaron en puras palabras las promesas del magnánimo Virey; pues á los pocos dias de tan providencial coloquio, hizo llamar nuevamente al infatigable Jesuita, á fin de que buscase, sin demora alguna, un sitio à propósito para la acordada fundacion: que ponia desde luego bajo el patrocinio de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, y encomendaba, en todo y por todo, á su vigilancia, y al indefectible celo de su heroica Compañia. Y habiéndolo hallado finalmente tal como era de desearse la activa solicitud del Siervo de Dios, cerca del Colegio de S. Pablo y del de S. Martin; en Junio del año de gracia de 1668. dióse principio á la fábrica, y con tal empeño, que, en poco ménos de dos años, con las larguezas del Virey y las limosnas de muchos personajes y del pueblo, estuvo enteramente terminada. Tanto, que en Marzo de 1670. hízose, con una pompa y grandeza extraordinarias, asistiendo todas las autoridades eclesiásticas y civiles, la solemne dedicacion del nuevo edificio: diputándolo, bajo el nombre de « Casa de Amparadas de la Purísima », á ser en adelante el seguro refugio y la Arca de salud de las infelices mozas, que desearan salir del inminente riesgo de perdicion en que habíalas puesto su llorosa fragilidad, acojiéndose, voluntariamente, al amparo de la Vírgen Inmaculada, para servirla, en todo, segun las prudentes reglas que el mismo V. Padre Castillo dictóles para su gobierno y su mejora.

Mas, enfurecido horriblemente el Demonio contra semejante fundacion, que libraba de su negra servidumbre á

tantas infelices que creia ya seguras en sus redes ; aprovechándose de unas malignas fiebres , que imposibilitaron por entónces al apostólico P. Francisco para ocuparse en sus santos Ministerios , no hubo ardid de que no se sirviese su infernal astucia , á fin de desprestigiar obra tan pia y provechosa : ora excitando en algunas infelices mozas una excesiva vergüenza, que les hacia ver la entrada en tal casa como un eterno padron de infamia para ellas y sus deudos ; ora persuadiendo á otras que lejos de serles útil para darse á la virtud semejante modo de vivir , seríales por demas perjudicial , atento el género de personas con quien continua y exclusivamente debian de tratar para siempre en lo futuro. Y tanto prevalecieron estas diabólicas asechanzas en los mugeriles ánimos , que , despues de un mes y mas de haberse abierto el Recojimiento bajo los mejores auspicios, no se hallaba todavia una sola persona que quisiera entrar en él.

Pero el Omnipotente , que permitió , sin duda , semejantes sujestiones , solo para ejercitar por medio de ellas la humildad y paciencia de su Siervo , disipólas , en breve , por entero , con volverle misericordioso la salud , y mover eficazmente á algunas infelices jóvenes , desengañadas del mundo , y heridas de su amor ; que , atropellando , con varonil resolucion , por todos los respetos mundanales , se declararon , al fin , pretendientes de tan santo retiro. A las cuales, como suele acontecer en casos parecidos , se siguieron bien pronto tantas , que fué ya necesario elegir de entre ellas las mas beneméritas de merecer la dicha de fundadoras y columnas de semejante instituto.

Estas, segun lo aconsejaba la prudencia, fueron al principio tan solo nueve : quienes entraron á vivir en el Recojimiento en Mayo de 1670. y á los pocos dias recibieron el Hábito, de color blanco, en obsequio de la Vírgen titular, y en prenda de la vida inmaculada que iban á vivir bajo su patrocinio. Celebrándose tan fausto hecho con una pompa extraordinaria , que bien decia con la grandeza de la Reina à quien dedicábase , y con la magnificencia y piedad del Virey que la patrocinaba. Exiguo número que creció en brevo espacio á mas de veinte , aumentándose mas y mas cada dia , y que llegó en 1687. incluidas las educandas y algunas reclusas por públicos escándalos , (que , contra el primitivo espíritu del instituto , vivian bajo el propio techo , bien que con separacion de las verdaderas recojidas), al crecido número de doscientas : sin que les faltase jamas una descansada sustentacion , á pesar de no poseer bienes ningunos y de vivir exclusivamente á expensas de la pública caridad. En lo que bien se reconocia que hallábanse al amparo de la Reina de todo lo creado , Maria Santísima , y cuan válida fuese la intercesion del V. P. Francisco á los ojos de tan soberana Señora ; como lo publicaron tambien en Lima , de una manera incontestable , los evidentes prodigios que obró en favor de ellas el Siervo de Dios , despues de su glorioso tránsito de esta vida mortal, y de que hablaremos despacio en sitio mas oportuno.



CAPITULO IX.

Elige el Exmo. Conde de Lemus al V. Padre Castillo por su Confesor, y acciones de insigne piedad que ejercita bajo su sabia direccion.

Privilegio propio de la virtud es atraerse sin solicitarla, y ántes bien despreciándola, la estimacion de los hombres: pues sucede al virtuoso con las continuas trazas que pone en obra para esconder á los demas el riquísimo tesoro guardado en su corazon, lo que aconteciera al que pretendiese extinguir una llama echándole encima materias combustibles: que solo lograría hacerla muy mas clara y resplandeciente. Y esto fué lo propio que pasóle á nuestro humildísimo Francisco; pues sin embargo de cuanto hacía constantemente por arrastrase á los piés de todos, á fin de que lo mirasen como un « muladar asqueroso é inmundo », fuè tan crecido y universal el aprecio que le granjearon sus heroicas acciones, no solo en Lima, sino tambien en la remota España, que, muy á pesar suyo, hubo de verse por su virtud, y en fuerza de la obediencia, de árbitrio y dispensador de los destinos del Perù.

Señalado para su Virey, en la misma Corte de Madrid, señora entónces de la tierra, tuvo el Exmo. Conde

de Lémus informes tales de la prudencia y santidad del Ven. Jesuita, que, allí mismo, ardia ya su corazon en vehementes deseos de conocer y tratar con inmediacion á un sujeto tan Apostólico: que bien mostró despues en Lima el generoso Príncipe lo veraces que eran, con las públicas manifestaciones de sumision y rendimiento que tributaba dó quiera á su persona, aun ántes de confiarle el gobierno de su espíritu. Mas cuando con ir frecuentemente, llevado de su insigne piedad, á la Capilla de los Desamparados, y muchos Domingos al Baratillo, llegó á mirar, por sus propios ojos, el fruto tan abundante, que, en bien de las almas y daño del infierno, rendian los apóstólicos Ministerios del Ven. Jesuita; quiso ya ser, no solo su admirador, sino tambien, con la mano y grandeza de Virey, cooperar y tener parte en lo futuro en su glorioso Apostolado. Comenzando, como hace poco lo dijimos, por ayudarle á abrir, con llave de oro, una Casa de Recojimiento para las desgraciadas mozas, que, arrepentidas de sus pasados extravios, quisieran acojerse en adelante á la proteccion de la Purísima Madre de las Misericordias, y labrar su mejora bajo la vigilancia de tan santo institutor.

Y tales eran ya, y tan profundas, las simpatias y veneracion del piadoso nieto de S. Francisco de Borja ácia la ciencia y virtud del santo P. Castillo, cuando, viéndose sin confesor, por haberse ausentado de la Ciudad y del Vireynato, en busca de quietud, el que tenia; deseoso de hacer, en lo futuro, árbitro, no solo de sus acciones, sino tambien de su conciencia, al Siervo de Dios, sin pérdida de tiempo, solicitólo para que aceptase semejante cargo, que era de los mas honoríficos y codiciados. Pero tal

fué la resistencia que abiertamente le opuso entónces su humildad y apartamiento, que viendo al fin el devoto Conde que mas facilmente moveria un peñasco con su brazo, que la voluntad del humilde y retraido Jesuita con todo su poder, á aceptar un puesto que se conceptuaba en Lima tan honroso y comprometido, se valió, como de un último y seguro medio, de su influencia para con el Padre Provincial de la Compañia de Jesus, de la cual fué siempre larguisimo benefactor, á fin de que lo obligase á ello bajo obediencia, por importar asi, no solo á la salud de su alma, sino tambien á todo el Vireynato.

Mas llegado el caso, y oida la voluntad de su Superior, fué tanto lo que hizo el V. P. Francisco por eximirse de tamaño honor, diciendo, con las lágrimas en los ojos, y arrojado en tierra: « Que el Palacio no era para su cortedad, ni la direccion del Príncipe para su insuficiencia, y que mas bien lo mandasen á la mas ardua mision de infieles, que imposibilitarle con tal honra el logro de sus ministerios »; que juzgaron de comun acuerdo sus medidos Superiores, que seria inferirle demasiada violencia el contrariarlo abiertamente, imponiéndole por precepto lo que tanto repugnaba su humildad; abrazando como mejor partido, que el mismo P. Francisco fuera á recabar en persona del bondadoso Conde la admision de sus excusas. Lo que hizo el Siervo de Dios luego luego, y como un verdadero humilde, que vé siempre en su individuo faltas que nadie diria tales, dándole contra si mismo al noble Príncipe el informe mas afrentoso que pudiera imaginarse, con decirle: « Que al peso de tamaño honor eran muy flacos sus hombros: Que si por no conocerle le escojia, supiese

que era á la verdad un sujeto indigno, ignorante é idiota; que como á hombre inútil lo toleraba y sustentaba la Religion, sin hacer de él mas confianza que para rezar las oraciones y hacer la doctrina á los Morenos: Que mil sujetos tenian todas las Religiones, de quien con mas satisfaccion pudiese fiar su conciencia; y que á él le hiciera así sobre la excesiva honra de elegirlo, el favor sumo de excusarlo de un empleo, que exigia tanta ciencia y gravedad ».

Edificado y suspenso quedó el piísimo Virey al ver tan estupenda muestra de humildad. Pero, como nadie mejor que él, que, en tanta altura, no se desdeñaba de servir de rodillas á los enfermos de los hospitales, podia apreciar debidamente sus quilates; informe tan injurioso, lejos de disminuir en lo mas mínimo el alto concepto que siempre tuvo de la virtud de tan venerable Varon, fué para tan cristiano Príncipe la mas clásica recomendacion que hacérsele pudiera de la insigne santidad del que lo profería. Así es, que replicóle, incontinenti, con suma veneracion y afecto: « Que estaba bien advertido de todo; pero que no tratara de negarle el consuelo que le merecia un Negro, que se le echaba á los piés. Pues él, léjos de divertirlo en lo menor de sus santos Ministerios, nada deseaba mas ardientemente que poder cooperar, con todas sus fuerzas, al gran bien que hacia con cada uno de ellos á la República ».¡ Respuesta digna en todo de la piedad y magnificencia de un Príncipe tan cristiano, como poderoso, concedido al Perú por una especial merced del Omnipotente, y que tanto habia de hacer en pocos años por su Dios, por su Rey y por sus prójimos en las vastas regiones que tuvieron la dicha de gozar de su benéfica gobernacion!

Como era natural, á tales palabras, hijas del espíritu celeste que ardía en el pecho de su ilustre favorecedor, no tuvo ya que responder el humildísimo Francisco; así es que bajó la cabeza diciéndole, con santa resignacion, por toda respuesta: « Que, pues así lo quería S. E., se cumpliese en él la órden de sus Superiores y la voluntad de Nuestro Señor; haciéndose en él, en todo y por todo, segun su palabra ». Y he aquí cómo quedó anudado entre estos dos grandes siervos del Altísimo, aquel comercio indisoluble en Cristo Nuestro Señor, que tan agradable fué á sus divinos ojos, (conforme manifestóselo varias veces al Venerable Padre Castillo, para consuelo de su desconfianza y humildad,) y que segun los misericordiosos y sabios consejos de su Divina Providencia, había de contribuir eficazmente al ejercicio de su mortificacion, aprovechamiento de tan piadoso Príncipe, y bien de todo el Vireynato.

En efecto, no es en manera alguna ponderable, lo que sufrió el encojido natural del humilde Jesuita en los pocos años que estuvo en Palacio de confesor del Exmo. Conde; pues al propio tiempo que las ocupaciones, se le multiplicaron tambien allí los sinsabores: Ya ocasionados por los malévolos, que, por envidia, ó por despecho, no cesaron de calumniarlo y perseguirlo cruelmente; ya por los continuos cumplimientos de tanto ocioso cortesano como sin cesar lo asediaba, sabedores del cariño y veneracion que el buen Virey le tenía, y que, si no la paciencia, al ménos la quietud y el tiempo le robaban. Costándole tambien al Siervo de Dios no pocas desazones y molestias, el mantenerse enteramente alejado de las provisiones del Gobierno, á pesar de cuanto hacían deudos y extraños por que se implicase en ellas, bajo mil especiosos pretextos.

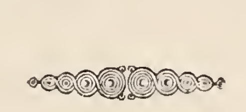
Y tal fué la severidad de principios del santo Jesuita en este particular, que no solo vióselc siempre inflexible á todas las insinuaciones de sus amigos ó parientes, á fin de que se interesara en pró de ellos; sino que opúsese aun constantemente, y con todas sus fuerzas, á que se les agraciase en lo menor. Dándoles por toda excusa de tan extraña conducta á los ojos del mundo: « Que mas gustaba de ver á los suyos pobres que bien acomodados ». Por lo que no debe sorprender ya, si, con semejante espíritu de abnegacion y desprendimiento, todas las honras y consideraciones humanas, dejaron siempre al Siervo de Dios, (segun nos lo testifican mil testigos contemporaneos), tan ajeno de la Corte y de sus vanidades, cual si habitara en un desierto; y tan humilde y penetrado de su propia nulidad, como si nunca hubiera salido de los pobres muros de su Convento.

Mas, con el trato íntimo y frecuente de tan santo Varon, cuya sola presencia enamoraba á todos de la virtud, el piadoso Virey sintióse al instante lleno de un nuevo espíritu, que empeñábalo cada dia en las mas heroicas y cristianas acciones, cuya sola enumeracion llenaría mil páginas, tan gloriosas, como consoladoras. Pues en su tan corta y benéfica gobernacion, debióle la Yglesia, ademas de mil consideraciones de todo género, y de la institucion del Recojimiento de las Amparadas, de que hemos dado ya idea, ver el humilde domicilio de la Reina de los Angeles de los Desamparados, convertido por sus larguezas, de pobre Capilla, en un suntuoso y magnífico Santuario; amen de otras pias fundaciones, en distintos puntos de la República, incesantes pregoneras de su piedad y de su po-

der. Pues fué tan extraordinario el celo que desplegó siempre en el Perú por la honra de Dios, y la salud de las almas, que entraba, sin lisonja alguna, á competencia en méritos con los mas fervorosos misioneros; así por la ardiente caridad con que alentábalos por escrito á proseguir en sus fatigas apostólicas, como por las gruesas limosnas con que continuamente contribuía á la conversion de los infieles en todos los ángulos del vastísimo territorio que gobernaba. Llegando á tales extremos su devocion y filial deferencia ácia su venerado consejero y confesor, que, á fin de que no se interrumpiesen un solo dia los ministerios que desempeñaba con tanto fruto de las almas en la antigua Capilla de los Desamparados, (mientras se ponía en estado de servir al culto la nueva Yglesia que emprendió á levantar, á toda costa, desde los cimientos, en 7. de Junio 1669.) cedióle ¡ oh noble y católico hecho! la propia Capilla de Palacio, para que hiciese en ella sus consuetas distribuciones: que, desde entónces, merced á la presencia continua del P. Castillo en él en calidad de Capellan, y á la devocion creciente de los pios Vireyes, parecia mas bien una casa de Oracion, que de gobierno; segun el gran concurso de todo linage de personas que diariamente acudia á las diversas distribuciones, y el ejemplar recojimiento que en él reinaban por dó quiera.

Así el Apostólico P. Castillo, no obstante su humildad y alejamiento del mundo, y puesto que viviese en Palacio como en medio de un desierto, lo mismo que Arsenio en el de Honorio, fué sin embargo el alma de todas las grandes empresas que se acometieron entónces en el Perú por el poderoso é infatigable brazo de su Católico Virey: pues

el Omnipotente en sus sabios y ocultos designios habia dispuesto para su gloria y bien de aquellas vastísimas y necesitadas regiones, que su fiel apóstol hallase en el generoso nieto de S. Francisco de Borja el desempeño de su fervor y ardiente caridad, y éste en aquel la paz de su conciencia, y el mas fuerte y dulce estímulo de su piedad y devocion. Santo y envidiabilísimo comercio, que solo tuvo fin con la santa y prematura cuanto llorada muerte de tan edificante Príncipe, acontecida en 1672. en manos del V. P. Castillo, á quien fuéle revelada anticipadamente, un año ántes de su glorioso tránsito á la mansion de los bienaventurados; donde volvieron á unirse bien pronto sus fervorosos corazones en el seno del eterno Amor, y para no separarse jamas uno de otro en los siglos de los siglos.



LIBRO TERCERO.

De las heroicas virtudes que fueron inseparables compañeras de la santa vida del Venerable Padre Castillo.



CAPITULO I.

De la heroica fé y esperanza en Dios
del Ven. P. Castillo.

Vistas en el precedente Libro, las portentosas obras que llevó á cabo el apostólico celo del V. P. Francisco del Castillo, es ya llegado el dulce instante de decir algo sobre las heroicas virtudes que hermosearon su alma privilegiada, moviéndolo á emprender, tan grandes cosas en bien de sus prójimos y honra y gloria del Señor. Y aunque á ninguna de ellas pueda darse legítimamente la preferencia en grado sobre las demas, por no poderse discernir en tanta sublimidad cuya es la primacia; sin embargo, por ser fuente y raiz de todas las otras virtudes, fundamento del mistico templo del Espíritu Santo, y dar, en fin, vida al justo, segun lo dice el Apóstol, hablaremos, ante todo, de la heroicidad de la Fé con que creyó siempre y profesó generosamente tan gran siervo del Señor cuanto la Santa Madre Yglesia nos manda creer y profesar á los que nos gloriamos de pertenecer a su mistico redil.

Desde que tan venturoso infante tuvo la sin igual dicha de verse alistado bajo las banderas del Nazareno por las

regeneradoras aguas del Bautismo , decirse puede que no hizo otra cosa en su tránsito por el mundo , que ofrecer una constante prueba de la divina fé que profesaba ; en cuyos mas sublimes misterios todo convencía de que hubiese sido ilustrado internamente por el Espíritu de verdad , aun mucho ántes de que llegara al uso de la razon. Que solo así puede explicarse en alguna manera , cómo , siendo todavia de pechos , pasase el tierno Francisco las noches de espaldas en la tierra y con los ojos clavados en el Cielo , y que durante los años de su angélica niñez , (en la cual no hubo quien no viera, con anticipacion, que no había nacido para el mundo,) no tuviese otras miras que la eterna bienaudanza , ni otros pasatiempos que rezar , hacer devotas imágenes para sus Capillas , é instruir á los niños de su edad en las mas santas verdades de nuestra augusta religion.

Privilegiadas disposiciones de la naturaleza , y portentos inefables de la divina gracia que, en buena hora , para colmo de las bendiciones de Dios , fueron cultivados con eficaz diligencia y cuidado por las dos santas mujeres que le dió el Cielo por Madres , y que, con el licor de sus pechos, le pasaron tambien la celeste llama de la fé que ardía sus abrasados corazones ; y mas tarde , con su consabida solicitud y esmero , y , si se quiere , con mas opimos frutos , por la fervorosa Compañia de Jesus. Pues siendo aun muy niño, por especial gracia del Altísimo , corrió á guarecerse á la benéfica sombra de árbol tan robusto y salutífero ; y bajo de ella, y dirigido sucesivamente, segun los sabios designios de su misericordiosa Providencia , por ángeles en virtud y saber , como los Venerables varones Alloza , Peña-

fiel, Ruiz de Montoya y otras glorias de la Provincia Jesuitica del Perú y de la Iglesia, llegó á adquirir muy pronto con el estudio de las Ciencias Sagradas, y la luz de la Oracion, aquella firmeza y sublimidad de fé con que habia de triunfar completamente de todos sus enemigos en la tierra, y ceñirse en el Cielo la corona de los Comprensores bienaventurados.

Pero, si como nadie puede negarlo, el testimonio mas luminoso y seguro del firme asenso que cada cual presta á las verdades reveladas, es el deseo ardiente de que todos las profesen, y, mas que el deseo, el ardor infatigable en propagarlas y en hacer, aun á costa de la propia vida, que los demas las acaten: ninguno creyó nunca en la tierra mas firme, inmutable y generosamente que nuestro Apostólico Jesuita; pues ninguno tampoco mas legitimamente que él, decir pudo con el Apóstol Santiago: (C. 11. v. 18.) *Ostendam ex operibus fidem meam* »; mis obras manifestarán la excelencia de mi Fé.

Niño aun, su mas grata ocupacion consistia, como ya lo hemos dicho, en predicar á los pequeñuelos de su edad, las verdades que habia oido de boca de su madre, ó en las Iglesias que continuamente frecuentaba; devorado por el ardiente deseo de que todos conociesen y amasen á su Dios y Señor como era debido. Y tan santa ambicion, sin la cual es imposible agradar á Dios, fué tambien siempre, si bien se mira, el constante y exclusivo blanco de todas las acciones de su apostólica y afanosa vida. Pues ¿ cual otro objeto tuvieron, si nó, sus continuas predicaciones en el Baratillo y en los Desamparados ? ¿ cual su diario adoctrinar á los Morenos por dó quiera, en la Ciudad y en sus alrededores ? y ¿ cual,

9

en fin, la institucion tan benéfica de una Escuela para niños pobres, y cuantos ministerios desempeñaba cuotidianamente, desde que salia el sol, hasta mucho despues que se ponia; sino hacer que echara en todos los corazones profundas raices la preciosa semilla de la Fé, y custodiarla solicito, hasta verla convertida finalmente en un árbol corpulento é inconmovible?

Y armado de esta arma victoriosa, con que, al decir del Discípulo predilecto, triunfa el cristiano y se rie de los enemigos mas encarnizados: *Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra*, no satisfecho su fervor de Apóstol con quebrantarles la cerviz en Lima, con lo mucho que trabajaba todos los dias en la mejora de las costumbres y propagacion de la doctrina de Cristo, deseoso de poner cima á mayores hazañas, siempre anheló vehementemente el penetrar las montañas mas intransitables y peligrosas del Gentilismo, para extender á los ángulos mas remotos é inaccesibles el Evangelio de su Divino Maestrò, ó morir generosamente en la demanda, si tanto no le era concedido, rubricando con su sangre la confesion de su santa Fé y la inmensidad de su amor. Lo cual, sin duda alguna, hubiera puesto en obra, mil y mil veces, gozoso nuestro Apóstol, segun queda apuntado, á no habèrselo impedido sus Superiores, cuyas órdenes ciegamente veneraba como la expresion mas palmaria y terminante de la voluntad de Dios sobre la tierra.

Mas si no pudo partirse Francisco de la Capital á convertir á la Fè del Nazareno á los Indios mas rebeldes, no por eso dejò de saborear la inefable consolacion de atraer à ella á no pocos infelices, que yacian en las tinieblas mas foscas del error. Pues aunque la devota Lima hubiera sido

preservada en el Siglo XVII. por especial providencia del Altísimo de los delirios de Ultramar; sin embargo, de tiempo en tiempo, no dejaban de albergarse en su recinto algunos hombres de perdicion, puesto que sus corruptoras máximas no hallasen acojida en la piedad de sus católicos habitantes. Asi, entre otros, en el año de gracia de 1670. vinieron de Valdivia à Lima tres herejes anglicanos, tan imbuidos de su error, que imposible parecia, humanamente juzgando, el que llegasen á abjurarlo en algun tiempo. Pero fué tanto lo que hizo entónces el celoso P. Francisco por arrancarles la diabólica benda que los cegaba, y tal la ternura é interes sobrehumano con que los veia y amonestaba de continuo, que al fin tuvo su alma el indecible júbilo de que dos de ellos abjurasen públicamente la herejía y reconociesen por única Religion verdadera la Católica Romana.

Por último, contra la tenaz y declarada oposicion de los hombres y del Infierno á todas las empresas del Siervo de Dios, y la falta absoluta de humanos medios para llevarlas á cabo, solo la firmeza incontrastable de esa Fé, que, segun el Divino Espiritu, arranca los montes de su asiento, y los transporta al seno de los mares, pudo fortalecer bastantemente el ánimo de nuestro Apóstol, tan combatido en toda su carrera del Mundo y del Demonio, y darle alientos para debelarlos mil y mil veces y seguir impávido en sus apostólicas tareas, haciéndole, á fuerza de cuotidianos prodigios, hallar recursos mas que suficientes donde ménos esperaba y cuando en mayores congojas se veia. Pues en efecto, solo ella, (para no hacer mérito aqui de los muchos milagros que por su virtud obró el Ven. Padre Castillo en vida, y que narraremos en mejor

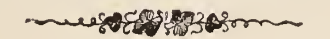
tiempo,) pudo hacer que habiendo entrado el Siervo de Dios á cuidar de la Capilla de la Sña. Vírgen de los Desamparados sin un real, y con solo el manteo sobre los hombros, hubiera percibido providencialmente, segun léese en sus Apuntes, en el espacio de ochos años, 49,000. y mas pesos para su ornato, culto y conservacion; y que en muchisimas ocasiones, que no individualizamos por brevedad, y que obran en los Procesos, viérase auxiliado de una manera milagrosa en las circunstancias mas críticas, con el dinero y materiales de que urgentisimamente necesitaba para cubrir sus deudas y llevar adelante sus heroicos proyectos.

Y si, como lo dice el melifluo San Bernardo, « en la propia medida con que cada uno crée, espera »: *Quantum quisque credit, tantum sperat* ¿ Cuanto no esperaria en las promesas del Eterno, este peregrino Serafin, que creyó, segun queda apuntado, tan generosa y firmemente, y el cual solo de su heroica Esperanza pudo haber sacado alientos para vencer todos los obstáculos y peligros que encontró en su tránsito, á fin de volar impávido á dó la Fé lo llamaba ?

Así, y bien claro, pregonábanlo, en verdad, el despego y desprecio con que miraba el Siervo de Dios los pasajeros y engañosos bienes de la tierra, que lo hacian vivir en ella como un Angel desterrado del Paraiso, mas bien que como humana creatura : y mas claro, si es posible, todavia, el enajenamiento en que continuamente andaba, aun por las calles de Lima, tocando apénas, por decirlo así, el mundo con los piés ; todo él embebido en la santa contemplacion de las dulzuras eternales : y su continuo y ardiente suspirar, fijos los ojos en el cielo, desde niño, por romper al fin, y para siempre, las graves prisiones que lo

alejaban de la posesion de tamaños goces, y fruir eternamente de su Sumo Bien, sin la menor zozobra, ni riesgo de perderlo en los siglos de los siglos. Como prometiaselo nuestro generoso Francisco, no fundado en sus propios méritos (que siempre juzgóse el mas ruin de los pecadores,) sino en el occéano sin fondo de la Divina Misericordia, y en los infinitos de la pasion y muerte de nuestro Bien Crucificado, que siempre tuvo ante los ojos, cual arras seguras de su salvacion.

Esperanza sublime, que, sin tregua, ni descanso alguno, haciale anhelar á todas horas la gloriosa palma del Martirio; dándole, entretanto la obtenia, (si no con la efusion de su sangre, cual corona de sus deseos de derramarla,) esa incontrastable fortaleza, fruto de su almo seno, con que emprendió en Lima tantas obras imperecederas, y al juicio humano imposibles de ser llevadas á cabo, no solo por uno, pero por cien de los mas celosos operarios de la viña del Señor: segun más de una vez lo dijo, entre otros, hablando de las apostólicas fatigas del Ven. P. Castillo, el sabio y Ven. P. Juan Alloza, de quien algo hemos apuntado en el primer Libro de la presente Historia.



CAPITULO II.

De la caridad y amor del Ven. P. Castillo para con Dios.

El místico templo que todo cristiano debe hacer por levantar en su corazon al Espíritu Divino, segun lo enseña el sublime Obispo de Hipona, ha de fundarse en la fé, erigirse con la esperanza, y perfeccionarse por la caridad: *Domus Dei credendo fundatur, sperando erigitur, diligendo perficitur.* Y así lo comprendió felizmente desde muy temprano el fervoroso Padre Francisco del Castillo, que habiendo puesto por firme basa al espiritual edificio de su alma en buena hora la excelencia de su fé, y encumbrádolo á sublime excelsitud con la mas incontrastable esperanza, lo hermoseó despues é hízolo las delicias del Eterno por la heroicidad de aquel amor cuya benéfica llama dá ser y vida á las demas virtudes, y hace de los hombres que lo poseen como otros tantos dioses sobre la tierra.

Mas ¿ qué mucho que así fuese, si prevenido del celeste impulso de la Divina Gracia, para su alma privilegiada fué lo mismo llegar á conocer á Dios con la luz de la fé, que amarlo con todos sus sentidos y potencias? Pues

desde que tamaño bien fuéle acordado á nuestro Francisco, del modo sobrenatural que hemos dicho no hace mucho, prendiò con tanta fuerza y brio en su tierno corazon la ardiente llama de la caridad, que eran tales en su venturosa infancia los amorosos ardores qua sentia en su interior, y vivos los deseos de que todos los hombres no solamente conociesen, sino que ademas amasen con todas veras á su Sumo Bien, que le faltaba muchas veces la respiracion, y aun el sentido; arrebatado todo él por la vehemencia sobrepujante de tan vehemente y eficaz afecto. Ynstándolo tanto entónces la intensidad del amoroso fuego encendido de un golpe en su volcánico corazon, que bien podía haber exclamado á gritos en el fervor de sus caritativos transportes con las ardorosas expresiones del Apóstol: « La caridad de Cristo me arrebata. » *Charitas Christi urget nos.*

Y, si bien se mira, semejante amor seráfico fué el único ejercicio de toda su Apostólica y santa vida y de cada unò de sus instantes: pues ninguno de sus multiplicados y afanosos Ministerios, divertia jamas un solo momento á este Serafin terreno de tan sabrosa ocupacion. Absorto en ella andaba por las calles y las plazas de la Ciudad, sin dejar nunca que por los ojos ú oidos le entrase nada que lo distrajese de su dulce empleo, ni abrir la boca si no era para desencadenarse contra el pecado y evitar aun la mas leve ofensa de Dios, ó bien para promover la virtud y bendecir enajenado las misericordias del Señor, à quien tendian exclusivamente todas sus acciones y todos sus afectos. Y preguntándosele cómo podia estar siempre tan unido á Dios y ajeno del Mundo, no obstante sus muchas y complicadas ocupaciones, mas de una vez dió por respuesta el Venerable Jesuita: « Que era porque en ellas mismas le

hacia el Señor tan singulares favores, que nunca dejaba de tenerlo presente y de amarlo con todas sus potencias; y que habria visto como una grandísima pérdida, si el tiempo que gastaba en beber un sorbo de agua, no empleábalo en hacer interiormente muchos actos de amor á Dios. Amor en verdad íntimo y vivificante, del cual asi como mil verdes y hermosas ramas de su arraigado tronco, recibian vida y robustez todas las demas virtudes que florecieron en alma tan privilegiada.

Mas si es cierto, como á todas luces lo es, que la caridad es una luz fecundísima, que, como el sol en el firmamento, no puede dominar nunca en una alma, sin manifestarse incontinenti en todas sus obras, palabras y deseos; en nadie mostróse jamas tan ardiente y generosa su llama como en Francisco, quien no supo hacer en toda su larga vida mas que amar á Dios, y procurar su mayor honra y gloria con todos sus sentidos y potencias. Pues ¿ qué otra cosa, si no, publican en muda, pero elocuente voz sus increibles y cuotidianas fatigas en el acrecentamiento y cultivo de la viña del Señor. ? ¿ Qué la paciencia y fortaleza tan heroicas con que sufrió impávido tantas íntimas tormentas, crudas persecuciones del Infierno, y calumnias de los hombres ? ¿ y que, finalmente, las crueles penitencias y àsperas mortificaciones con que aflijía y humillaba su delicado cuerpo; sino un corazon tan desposeido de su amor como lleno del de Dios, y atento solo á bendecir y glorificar en todo y por todo al sublime término de sus seráficos amores ?

Pero, donde tal vez se manifestaba mas particularmente esta divina caridad del Venerable Padre Castillo, era en

aquel heroico celo del honor de Dios , que desplegaba á toda hora , aun á riesgo de su propia vida , y odio contra el pecado y las mas mínimas acciones que ofender pudieran en algo á su Esposo celestíal. Ardiente y bien entendido celo , que movióle á declarar cuotidianamente una guerra encarnizada é implacable no solo á los vicios descarados y diversiones peligrosas de sus conciudadanos ; sino tambien á los bailes y cantares poco honestos , que , á fuerza de constancia y de fatigas indecibles , desterró enteramente de la Ciudad y de sus alrededores ; y á emprender á costa de su salud y descanso, tantas y tan grandes y benéficas obras en obsequio de su amado : valiéndose para todo ello cuando de la santa devocion que profesábanle sus reconocidos compatriotas , y cuando de la autoridad que ejercía justamente en el ánimo de sus católicos Vireyes.

Pero , indudablemente , lo mas prodigioso y admirable es , que , ni aun durmiendo , (cuando sentidos y potencias parecen dar treguas al afan de las vitales tareas , y diríase dormir todo en el hombre , mientras el cuerpo duerme ,) interrumpiese el Venerable Jesuita su sabroso y continuo ejercicio de amar á Dios : Pues aun entónces , (segun el mismo lo narra en sus Apuntes ,) tenía tan presente á Dios en su corazon , que experimentaba con toda certeza una union particular con él , amando á su Divina Majestad con amorosos vuelos de amor , y haciendo actos continuos de propio abatimiento y desprecio , mediante una vivísima luz de sus grandezas y mercedes ; viéndose no pocas veces en tan dulce ocupacion , como el hierro en la fragua por voraz fuego , tan penetrado , rodeado y cercado por Dios , que le parecía quedarse en la nada ; sin que existiese ya ni hu-

biera otra cosa en él sino solo Dios, quien lo vestía é informaba. Velando asi con el amor mas puro esta alma seráfica las breves horas de su quebrantado reposo, para ni aun en él separarse un solo momento del celestial objeto de sus amores; mientras sus miembros dormían el misterioso sueño de la enamorada Esposa de los Cantares, con quien no dejaria de exclamar, una y otra vez, en medio de tan dulces enajenamientos: « Amado mio, yo duermo, pero mi corazon vela ». *Ego dormio, et cor meum vigilat.*

Y de esta sublime y voraz hoguera de amor, que ardia mañana y tarde, incesantemente, en el enamorado pecho de Francisco, y que purificàndolo mas y mas cada hora de todo afecto mundano, transformábalo tambien mas y mas en Dios, que es la misma caridad; provenia esa íntima é inenarrable union suya con él, de que hablaremos por extenso en lugar mas oportuno, que hizo de ámbos Señor y Siervo un solo espíritu, y que el último no viera ya, como el apasionado Apóstol de los Gentiles, el feliz momento de disolverse, para unirse perdurablemente con Nuestro Señor Jesucristo en la gloriosa Jerusalen.



CAPITULO III.

De la admirable caridad del Apostólico Padre Francisco ácia sus prójimos, así en las necesidades espirituales como en las temporales.

La Caridad para con Dios y, por amor suyo, la caridad para con el prójimo, que, segun el Apóstol, es el resúmen de toda nuestra santa Ley: (*Omnis lex in uno sermone impletur: dilige proximum tuum sicut te ipsum.* Gal. V. 14.) han sido siempre tan inseparables en todos los justos, que no es dado concebir como posible la existencia de la segunda, sin referirla á la primera como á su centro, ni la de ésta sin aquella como su necesaria consecuencia. Y así viéronse tambien íntimamente unidas, con celeste nudo, en el seráfico corazon del Apostólico Francisco, que otro empleo no tuvo en toda su larga carrera, que el dulcísimo de amar á Dios sobre todas las criaturas, y, por amor suyo, al prójimo como á si mismo, socorriéndole amoroso é infatigable con el pan del alma y el del cuerpo en todas las necesidades espirituales y temporales.

El fruto mas noble y mas precioso de la caridad fraterna, es ciertamente el celo en procurar á todo costa el sumo bien del objeto amado: y tal era este en el caritativo pecho

de Francisco, que decirse puede, sin nota de exageracion alguna, que así como hubiérase vendido gozoso en pública almoneda, y dado contento hasta la última gota de su sangre por evitar la mas pequeña ofensa de Dios; así tambien lo hubiera puesto mil y mil veces en obra por hacer que todos lo conociesen y amasen dignamente. Y de aquí aquel ingeniarse sin descanso ni aceptacion de personas, en ilustrar la inteligencia y dirigir la voluntad de sus prójimos, á fin de que abriesen los ojos del alma y llegaran sin peligro de extraviarse al suspirado término de nuestra temporal peregrinacion; siendo tan grande la actividad y paciencia que para conseguirlo desplegaba á todas horas, que en Lima no se le conocia ya por otro nombre, que con el de « padre y refugio de todos los necesitados ».

En efecto, cuan solícito fuese nuestro Apóstol del bien espiritual de sus semejantes, nos lo dicen con muda, pero incontestable elocuencia, los multiplicados ministeries que, á costa de su delicada salud, desempeñaba diariamente en la Ciudad, y que otro fin inmediato no tuvieron que el de encaminar á sus hermanos por la oculta via que conduce al Cielo, haciéndoles amable sobre toda cosa la virtud y aborrecible el vicio; á lo cual alentábalos, como hábil y experto capitan, con la voz y con las obras. En el Baratillo, en los Desamparados, por las calles y las plazas, movido de esa ardiente caridad para quien no hay imposibles ni distincion de personas, no cesaba nunca de llamar y atraer á todos, blancos, y negros, pobres y ricos, nobles y pecheros, (ora tierno y con las lágrimas en los ojos, ora amenazante y lanzando de ellos rayos y centellas,) al servicio y amistad del único Señor de todo lo criado;

rogándoles que abriesen al fin los ojos del alma á la luz de la verdad, y mirasen siquiera una vez el riesgo espantoso que corrían á cada instante, con dormirse voluntariamente en la boca de un abismo sin fondo, ni salida, como el del pecado.

Y llevado de este heroico celo de la salud de las almas, que tanto asemejólo al Divino Pastor, sin mirar jamas en persona, ni en tiempos, ni en distancias, ni en lugares, á la menor indicacion que haciasele, corria luego luego el caritativo Jesuita á la cabecera de los agonizantes, á quienes consolaba incansable, en sus dolores, con esas dulces palabras de fé y amor, que solo salen de la boca de los discípulos del Crucificado, hasta encaminarlos, finalmente, cual ángel tutelar, á la tierra prometida. No siendo pocas las veces en que el Padre de las lumbres, en premio de tamaña caridad, le hizo leer en el corazon de algunos moribundos los feos pecados que ocultábanle, y disponerlos asi á una santa muerte; ni las en que le dió virtud bastante para llamarlos milagrosamente á la vida, como en su lugar lo declararemos. Por lo cual, no es ya de maravillarse si, como innumerables testigos deponen, en aquella época venturosa entre las diligencias necesarias que haciανse en Lima á fin de que un enfermo se Sacramentase y muriese bien, era una de las primeras el llamar en su socorro al santo Padre Castillo: siendo tan grande el desconsuelo en que quedaban los Limeños si alguno de sus deudos no había conseguido morir en tan santas manos, como la seguridad y confianza en su salvacion, si logrado habia tan codiciable dicha.

Este propio celo de la salud de las almas, movíalo tambien á visitar con frecuencia las cárceles de la Ciudad, para hacer, á costa de increibles fatigas, que volviesen a la senda de la virtud, aquellos miserables que la habian perdido casi enteramente. Y si alguno de ellos era condenado al último suplicio, tan luego como lo sabia, volaba á él, y arrodillándose sobre sus cadenas, exhortábalo de tal modo al dolor y aborrecimiento de sus culpas, que las tiernas lágrimas que él vertia, deplorando cual propias las ajenas faltas y amarguras, sacábanlas al fin á mares del corazon del doliente; á quien abría asi como de golpe las puertas de la gloria, cuando todas las de la tierra se le cerraban despiadadamente. Sonada la fatal hora de marchar al suplicio, no solo acompañábalo lado á lado por las calles, á fin de hacerle perseverar en sus buenos propósitos y de infundirle á cada instante mayor fortaleza y compuncion con sus ardorosas palabras; sino que tambien ¡ oh virtud de la cristiana caridad! subia junto con él hasta el patibulo, de donde no partíase jamas sino despues de ayudarlo á entregar el alma en las manos del Dios de las Misericordias.

Asi es que, convencidos intimamente, como lo estaban todos los Limeños, de las milagrosas conversiones que operaba diariamente el celo de su Apóstol, cuando á alguno de estos desgraciados no veíasele muy dispuesto á bien morir, el último recurso de que echaban mano, era entónces el infatigable Jesuita, á fin de que con la celestial dulcedumbre de sus palabras, le disipase las inquietudes de su espíritu ó venciese la dureza de su corazon. Y si era fundada, ó no, esta santa expectativa, entre otros, lo dirá el siguiente caso.

Condenado á muerte, y á muerte de garrote, D. Pedro de Bohórques, como traidor á su Rey, fué tal la desesperacion á que entregóse luego que supo su horrible condena, que mas que hombre parecia una rabiosa fiera, por la furia que en sus facciones retratábase, y las iras que vomitaba por su boca; no por miedo de la próxima muerte, sino por no ver medio alguno de morir de su furor, ántes que ahogado por tan infame dogal. Y así se le acercaba al infeliz con raudo paso la terrible hora del suplicio; sin que ninguno de los celosos sacerdotes que acudieron en su ayuda, hubiera podido commover su corazon de piedra, ni, mucho ménos, confesarlo. Pero ¡ oh portento! lo mismo fué ir á él el apostólico Padre Francisco, llamado como el último recurso de sacar al rebelde de las garras del demonio; decirle con la ternura de un santo: « ¿ Que es esto amigo? ¿ el amor de Dios no ha de vencer el amor á la vida? vea que no hay mas honra que el salvarse, y que si no aprovecha este instante, se pierde por toda la eternidad »; y puesto de rodillas en frente de una imágen de Cristo crucificado, suplicarle, hecho un mar de lágrimas, diera á aquel hijo suyo conocimiento de sus extravios, y contricion bastante á vencer su ceguedad y su dureza; que deshaciéndose en salutífero llanto el obstinado D. Pedro, herido de tan tierno amor, cayó á los piés del caritativo apóstol de Lima, demandándole á gritos « confesion », y repitiendo conforme aquellas sublimes palabras, que dan tanto gozo á los Angeles y celestiales Comprensores: « Se haga en mí la voluntad de Dios, y si es gusto suyo que yo muera, que muera ántes del dolor de haberle tan locamente ofendido ». Quedando todos los testigos de tan pal-

pable portento , no ménos admirados de la repentina mudanza del obstinado Don Pedro , como de la eficacia de las oraciones del Padre Castillo : quien no se apartó de aquel, segun su santa costumbre , hasta que le dieron garrote y viólo entregar gozoso el alma á su Señor.

Pero sabedor nuestro Francisco de que para hacer amable una doctrina , es preciso se haga ántes amar el que la profesa , y que el modo mas seguro de lograrlo es dirigirse al alma por medio de los sentidos , no perdió nunca ocasion ninguna de servir con sus propias manos ó con su prestigio , á cuantos se decian menesterosos , en todas sus temporales necesidades : sin saberse cómo un hombre solo , y de la escasa salud y medios del Venerable Padre Castillo , pudiese ser bastante á tan diversos y laboriosos ministerios como desempeñaba en Lima , y á socorrer diariamente á tan considerable número de necesitados ; haciendo solo él , al decir de muchas pias personas , el bien que no hubieran hecho diez celosos operarios en doble espacio de tiempo , ni segun el Venerable Padre Alloza , toda la Compañia de Jesus ; á pesar de que , cual nadie , era él sabedor de los humanos imposibles que , en fuerza de su celo , realizaba diariamente en la Provincia Peruana.

Ya hemos visto , en otra parte , la constancia con que el caritativo Padre Francisco asistia por turno todos los dias de Dios á los numerosos hospitales de la Ciudad , y el entrañable amor con que auxiliaba, hecho padre de todos , á cada uno de los pacientes , y en especial á los Negros , como mas humildes y repugnantes. Mas decirse puede, y sin ninguna exageracion, que, en cada casa de la populosa Lima,

repetía iguales, si no mayores prodigios de caridad diariamente : pues no se daba en ella casi un solo enfermo, que no ocurriese al buen P. Castillo en busca de alivio para los dolores de su cuerpo, ó de consuelo para el alma : sin que à nadie, por infeliz que fuera, y lejos que viviese, dejase jamas burlado en sus esperanzas, y si á todos abundantemente pagados de la devocion que le tenian como á universal refugio y padre de pobres y dolientes. Llegando la portentosa caridad de este Siervo del Señor, hasta asistir ¡ cosa increible ! por doce años consecutivos, á una pobre Señora, agoviada á un tiempo mismo de los mas crueles azotes, vejez, pobreza y enfermedades; á quien dejaba diariamente, junto con la limosna para el sustento del cuerpo, provechosisimas lecciones de conformidad y paciencia evengélicas para el alma : por lo que era conocida en toda la Ciudad con el exclusivo nombre de « la pobre del P. Castillo ».

Ahora bien, los socorros pecuniarios con que continuamente auxiliaba el caritativo Padre á los innumerables pobres que ocurrían á su caridad, eran tan cuantiosos y repetidos, que, segun voz comun, sin un continuo prodigio del Omnipotente, que multiplicase en sus dadivosas manos el dinero, era imposible que un pobre Jesuita, como él, se alcanzara á socorrer tan largamente á tanto nenecesitado. Que innumerables fueron los presos por deudas no pequeñas, que sacó de las públicas cárceles, satisfaciéndolas por ellos sin el menor interes : muchisimas las mujeres que mantuvo su caridad en el camino de la virtud, dándoles cada dia el necesario sustento : y, sin cuento, las desvalidas jóvenes á quienes ántes de que sintiesen los

dobles peligros de la hermosura y de la edad, remedió en tiempo, ora buscándoles dotes para que pudieran entrar de Religiosas ó casarse, ó bien encomendándolas al vigilante cuidado de familias respetables; todo segun la distinta vocacion que habian recibido del Cielo.

Y, no ménos que el necesitado, hallábale tambien propicio el aflijido, que iba á él por consolacion en sus congojas: pues era en Lima el paño de lágrimas de todos los que lloraban: y nadie se partió jamas de su presencia, sin sentirse sobreabundantemente consolado. Sobre todo, en aquellos lances en que peligraba la honra ó la vida de alguno, y con la del cuerpo, la del alma, cuando humanas diligencias poco, ó nada, podian conseguir, cual ángel pacificador, nada descuidaba á fin de restituir la quietud á los ánimos alterados, con la dulce persuasiva de su caridad; ó, si esta, por desgracia, no era bastante, ocurriendo solícito al favor de que gozaba con los Vireyes. Complaciándose el Señor, como en premio del celo tan ardiente y generoso de su Siervo por extinguir las enemistades y disgustos, máxime de los casados, en revelarle con frecuencia sus domésticos desabrimientos y pesadumbres mas ocultas: por lo que de continuo, sin que nadie hubiera podido darle la menor noticia, se entraba con suspension de los peleados por sus puertas, á ponerlos en paz y consolar eficazmente al que sin causa alguna padecía, con las mas sublimes consideraciones que presenta para ello nuestra santa Religion.

Pero lo que mas ilustra quizas tan sobrepujante caridad, es el ver el ningun cuidado que, cuando podia servir en algo á sus prójimos, le daba al Siervo de Dios la propia

salud y alivio. Pues mientras todos sus compañeros, aunque robustos, se rendian, uno despues de otro, al excesivo trabajo consiguiente á tantos y tan afanosos ministerios, él solo, cual si fuera de fierro ó estuviese exento del cansancio, que agovia muy a pesar nuestro nuestros miembros, estaba siempre pronto á acudir á todas partes, por hartas que hubieran sido sus fatigas del dia, y sin que lo desconcertaran la hora ó la distancia, ni lo arredrasen jamas las aguas del invierno ó el sol canicular; ni admitir, y eso en pura fuerza de la obediencia, otro alivio en sus viajes, que el de un asno, que mas le mortificaba que servía de comodidad. Y no solo su descanso y su salud, pero no habia cosa alguna en el mundo que no pospusiese el Apóstolico Padre al servicio de sus prójimos; sin siquiera excluir las mas santas ocupaciones. Asi cierto dia iba ya á exponer en Palacio los puntos para el santo ejercicio de la Oracion mental de sus confrades, cuando, teniendo noticia de que una infeliz Morena, por librarse de ser castigada de sus amos, habiase abierto con un cuchillo la garganta, no titubeó en atropellar incontinenti por la distribucion y clausura de los ejercicios, á fin de acorrer inmediatamente á la mayor necesidad de aquella alma desamparada, que solo por un milagro pudo quitar de las uñas del Demonio.

Ahora bien, para dar el último toque á cuadro tan bello y consolador, como el que hemos hecho por describir fielmente hasta aqui, solo fáltanos agregar, que el Apostólico Padre Francisco no hizo al darle cima, mas que mostrarse dócil á la misericordiosa voz que lo llamara á tan sublimes ministerios: pues, en mas de una coyuntura, dio-

le á conocer patentemente la Divina Bondad, que no lo quería sino en el ejercicio práctico de su amor, conquistando con los inagotables recursos de su celo , multitud de entenebrecidas almas al verdadero conocimiento y observancia de su santa Ley.

Asi , entre otros , estando un dia de Carnaval recojido el Ven. Padre en fervorosa oracion , en presencia del Santísimo Sacramento , oyó salir de aquel trono augusto de N. S. Jesucristo , una voz penetrante é irresistible , que le decía : « ¿ Es bien que cuando las ovejas peligran entre lobos , estén los pastores retirados , gozando de tanta paz y descanso » ? Lo propio que significóle tambien despues , pero de una manera mas prodigiosa todavía , con motivo de haberse retirado el Siervo de Dios al Noviciado de la Compañia , á fin de pasar en él una Semana de Ejercicios espirituales , segun costumbre de su Religion : pues , en la misma tarde que entró por sus puertas , vióse asaltado repentinamente de tan fieros dolores de hijada , que puso á todos en grandes sustos y sobresaltos por su salud ; los cuales , con suma maravilla de cuantos se hallaban presentes , no le cesaron hasta que abandonó el Noviciado , y púsose en camino para San Pablo , sujetándose al querer de su santo Provincial , P. Gabriel Melgar , quien , asegurado con luz divina de lo que el Señor deseaba de su Siervo , díjole : « Ea , Padre Francisco , Dios no quiere aquí á V. R. sino que tenga sus ejercicios por las Calles de Lima : váyase luego á San Pablo , y mañana salga á sus ministerios, que estará bueno ».

CAPITULO IV.

De la devocion del Ven. P. Castillo á Nuestro Amo Sacramentado, y de la con que celebraba diariamente el incruento Sacrificio de la Misa.

Cuan sublime era la fé del Ven. Padre Francisco del Castillo en las promesas del Eterno, otro tanto era profunda y ternísima la devocion con que lo veia, como con los ojos de la carne, presente en el milagro de amor, y compendio de todos los prodigios, que la majestad del Humanado-Verbo operó la noche de la Cena, en prenda de su amor al hombre, con quedarse entre nosotros, aunque triunfante á la diestra de Dios-Padre, hasta la consumacion de los siglos, en el Eucarístico Sacramento, bajo el humilde y misterioso velo de pan y vino, es decir, de las especies mas cándidas y comunes.

Mañana y tarde, cual sediento gamo en busca del límpido manantial dó acostumbra refrigerarse, corria el fervoroso Francisco, con el encendido amor de un Serafin, á calmar los santos ardores de su espíritu, con la vista y contemplacion de tan augusto y sacrosanto Misterio; en cuya presencia permanencia arrodillado, cuotidianamente, muchas horas del dia y de la noche, en tan regalada suspen-

sion , y de tal suerte enajenado de los sentidos , que no veia ni oia nada de lo que pasaba á su alrededor : siendo necesario llamarlo reciamente, y aun sacudirlo no pocas veces , para que diera acuerdo de su persona , y se separase de tan dulce empleo. Y de seguro que quien hubiese sorprendido entónces á esta alma apasionada contemplar embebida las grandezas y bondades de su Esposo Sacramentado, al ver la angelical compostura y extática inmovilidad de todo su cuerpo , y los celestiales resplandores que le brotaban del amoroso semblante , hubiéralo tomado , sin la menor duda , por un Serafin ante el trono del Altisimo , nadando en un piélago de consolaciones y dulcedumbres infinitas.

Amor que fué tan fino y obsequioso en el Venerable Padre Castillo ácia su Bien Sacramentado , que , jamas salia de casa , sin pedirle primero con la respetuosa sumision de un amoroso hijo , licencia y ayuda , adorándolo de rodillas; ni tornaba tampoco de sus cuotidianos ministerios , sin darle asi mismo mil y mil gracias afectuosisimas por los innumerables beneficios que durante su ausencia no habia cesado de recibir de su infinita liberalidad. Cual si del augusto Trono de Cristo Sacramentado, sacara juntamente el generoso Levita alientos y armas, no solo para combatir sin desventaja las lides del Señor, sino tambien para triunfar completamente de todos sus furibundos enemigos ; y , al volver , ofreciérale reconocido , á imitacion del Rey David ; los agradables despojos de sus continuas y señaladas victorias.

Pero en lo que tal vez descubria mas particularmente el bendito Padre su tierna y obsequiosa devocion ácia el San-

tísimo Sacramento, era en el indecible celo con que se afanaba por adelantar y extender mas y mas cada dia en Lima culto tan saludable. Pues á este santo fin obtuvo con sus instancias, por medio del Exmo. Conde de Lémus, (de quien tan largamente hemos dado ya noticia en el II.° Libro de esta Historia,) que todos los dias de la semana estuviese de manifiesto Nuestro Amo Sacramentado en alguna de las numerosas Iglesias de la Ciudad: con el propio hizo imprimir un Librito de devotísimas oraciones y ardientes jaculatorias en su obsequio, que, en la de los Desamparados, despues de la Misa y Comunion ya mencionadas, el mismo Venerable Padre, puesto de rodillas ante su Trono, leia en alta voz, para que las repitiesen todos los presentes: y al mismo se dirigia tambien, por último, aquel exquisito esmero y prolija diligencia, con que adornaba con sus propias manos, no solamente el Altar en que estaba expuesta á los fieles la Sacramentada Majestad del Verbo-Encarnado, sino ademas la Iglesia toda; y el amoroso desvelo con que excitaba siempre que podia á sus devotos á hacer lo mismo, segun sus facultades, repitiéndoles al efecto un ejemplo sacado de la Seráfica Doctora Santa Teresa, á quien reveló Nuestro Señor Jesucristo lo agradables que eran á sus ojos los que por su culto se tomaban tan fino cuidado é interes.

Ahora por lo que hace al incruento Sacrificio de la Misa, eran tales los extremos y diligencias de su respetuoso amor para apercibirse á celebrarlo dignamente, y la devocion y ternura indecibles con que lo celebraba, que hacia enternecer á todos los asistentes, y aficionarse de un modo extraordinario á tan santa y saludable ceremonia.

Jamas acercóse el Ven. Padre al Altar, con tal objeto, (lo que hacia, á no ser que estuviese enfermo, diariamente,) sin reconciliarse primero, despues de un largo y escrupulosísimo exámen de conciencia, con muchas lágrimas, firmes propósitos de enmienda y grandes muestras de dolor, de algunos leves defectillos, que fueron todos los pecados de su penitente vida; pero que consideraba, sin embargo, en su nimia humildad, como enormísimas ingratitudes ácia su buen Jesus, dignas solo de las llamas abrasadoras del Infierno: y, lo que es mas aun, sin haber satisfecho cumplidamente á la Divina Justicia, no solo con la pena medicinal impuéstale por su confesor, sino ademas con los rigores y penitencias que, a su juicio, merecian sus muchas iniquidades.

Llegando á tal punto la vidriosa escrupulosidad de la conciencia del santo Jesuita en esta parte, que, por haber despedido una vez, á consecuencia de algunas importunidades, al sacristan de los Desamparados, rogándole casi que le hiciera el gusto de no cuidar mas de aquel oficio, temeroso de haberlo injuriado con su mal aire, no se atrevió á decir Misa la mañana siguiente ¡ quien no se suspende al oirlo! hasta que no fué en busca suya á su propia casa, con la sonrisa en los labios, á pedirle perdon, postrado humildemente en tierra, de haberle hablado la víspera con algun desentono en la voz; y á suplicarle que le hiciera la caridad de volver de nuevo á su destino: como se supo despues, con general maravilla, por el mismo sacristan, quien haciase lenguas ponderando á todos, lleno de confusion y gratitud, lo caritativo y humilde que se habia mostrado para con él el santo Padre Castillo.

En el acto de decir la Santa Misa , (lo que hizo el Siervo de Dios, mientras vivió en el Colegio de S. Pablo , en el Altar de S. Francisco Javier ,) era tan grande su devocion, y tales los incendios amorosos de su inflamado pecho, que todo él se inmutaba entónces visiblemente , cual si estuviera en la presencia de Dios; jurando muchas personas que le oyeron su edificante Misa, haberlo visto durante ella una y otra vez rodeado de hermosas luces y resplandores , y aun levantado en el aire mucho mas de media vara sobre el suelo.

Ni podia ser à la verdad de otra manera ; pues, segun lo que el propio Ven. Padre Francisco nos dice en sus preciosos Apuntes, eran tantas y tan grandes las consolaciones y dulcedumbres que sentia su corazon al ofrecer el santo Sacrificio de la Misa , que , como se refiere del buen Apóstol de Roma San Felipe Neri , necesario era que él se estudiase diligentemente entónces en divertir el pensamiento del dulcísimo misterio que celebraba, ó que estuviese muy en si, para no acabar por descubrir á la ávida curiosidad de los asistentes, el océano de delicias en que se veia durante él sumerjido , y los grandes , celestiales y regalados afectos que entónces comunicaba el Cielo mas que nunca á manos llenas á su seráfico corazon.

Terminado el augusto Sacrificio del Altar , é inmediatamente despues de despojarse el Siervo de Dios de las sagradas vestiduras , cuando se le veia aun como adormecido y de todo punto inhábil á la comunicacion de los hombres , se encerraba por largo espacio á dar gracias , ó mejor dicho , á recibir nuevas mercedes , en el Camarin de la Virgen de los Desamparados , y , mientras estuvo en San Pablo , en una tribuna alta , que caia al altar mayor , de-

pósito del Santísimo Sacramento; á fin de que nadie llegara á interrupirle tan dulce ocupacion, ó sorprender pudiese los desahogos de su enamorado pecho.

Y allí, tan luego como veíase libre de importunos, y á solas con su amado, daba rienda suelta á sus ansias de amor, en tiernos coloquios con el Rey de la gloria y con su Madre Santísima; y entonces tenian tambien lugar sus mas frecuentes y sabrosos extásis y arrobos: que, á pesar de las exce sivas diligencias puestas en obra por el Siervo de Dios para no ser visto de ningun ojo mundano, sorprendieron sin embargo muchos, picados de la curiosidad de ver lo que hacia en tales escondites, cuando ya no los podía él absolutamente sentir, por estar fuera de los sentidos, inmoble como de mármol, y bañado en lágrimas y esplendores celestiales.

Dulcísima situacion, en que, como lo deponen testigos fidedignos, permanecía endiosado horas enteras nuestro seráfico Apóstol, hasta que lo llamaban á comer, no teniendo algun negocio particular á que acudir; y mas de una hora diaria, por lo ménos, si alguna necesidad muy urgente de sus prójimos, cuyo esclavo se decía, mas que con la boca, con las obras, no lo obligaba á correr ántes à su soccoro.



CAPITULO V.

Del fino culto que tributó el Siervo de Dios á la Santisima Virgen, al glorioso Patriarca S. José, y á otros Santos de la Corte Celestial.

Casi la misma dulcísima y ardiente devocion, que, dia y noche, segun acabamos de ver, llevaba con suave violencia al seráfico Padre Castillo, cual mariposa enamorada de la luz, ante el igneo trono de Cristo Sacramentado, arrastrábalo tambien de continuo á los piés de la Madre del verdadero amor y Reina de los Angeles, Maria Santisima; á fin de invocar humilde, pero con toda la confianza y sumision de un hijo amante y respetuoso, su prepotente ayuda en todos sus desconsuelos y necesidades. Siendo tan tierna, profunda y llena de fé la gratitud que le profesaba, y que no perdia ocasion alguna de manifestarle por las muchas y escojidas mercedes que recibido habia de sus manos misericordiosas, aun mas allá de sus esperanzas, que, cuantos tuvieron la envidiable suerte de conocer á tan gran Siervo de Maria, no titubearon en ponerlo, á una, en la esfera de un San Bernardo, San Anselmo, San Bernardino y demas Santos insignes devotos y fovorecidos de tan divina y sobenara Señora.

No es decible cuan temprano se desembolviese en el bienaventurado Francisco devocion tan saludable ; pues consta, y evidentemente , que , de pechos , no probó jamas una sola gota de alimento el Sábado , dia de la Virgen : que siendo aun simple estudiante le notaban ya sus compañeros de aposento que de noche tenía largos y dulcísimos coloquios con ella , y aun hay quien declara saber que no contando mas que cinco años de edad , mereciόle su ternura que la Reina de los Angeles le regalase con el licor de sus divinos pechos : y que, desde que fué Maestro de gramática y pudo influir en él ánimo de otros , no habló nunca con ellos una palabra, que no fuera á fin de promover su mayor culto y gloria. Con la cual mira, y la de desahogar de algun modo su amante pecho por medio de la escritura , compuso ademas una obra de la « Devocion á Maria » ántes de que el célebre Jesuita Nieremberg publicase la suya; amen de muchos versos latinos y castellanos en alabanza de las perfeciones de tan perfectisima Señora , tan digno todo de la alteza de su objeto , como de la sublimidad de su amor.

El cual fué siempre tan fino y desvelado en el Siervo de Dios ácia tan celestial Señora , que , máxime desde que se hizo su esclavo , no supo lo que era salir de casa sin pedirle de rodillas su bendicion y licencia , ni volver sin darle del mismo modo infinitas gracias por los beneficios que habia recibido afuera de sus manos liberalisimas. Fineza y amorosa esclavitud que lo hizo tambien ayunar á pan y agua toda su vida , y á veces sin probar bocado , no solo los Sábados , sino ademas las visperas de todas las festividades de la Virgen : que solemnizaba siempre , má-

xime la de su gloriosa Asuncion á los Cielos, con grandes fiestas, en las que platicaba él mismo con un fervor y afecto extraordinarios, sobre las celestiales excelencias de Maria, incitando eficazmente á todos á que se confesasen y comulgasen entónces en obsequio de tan Soberana y Misericordiosísima Señora.

Del Santísimo Rosario, oracion que mas que todas es grata á la Reina de los Angeles, segun ella misma lo ha revelado á muchos de sus siervos, era muy especialmente devoto el Ven. Jesuita; y tanto que, á no estar su rezo tan radicado en los corazones de los Limeños, merced á los esfuerzos de las hijos del glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzman, bastara su fervorosa predicacion y ejemplo, á generalizarlo en toda Lima. Pues nunca dejaba de ponderar sus excelencias en el Baratillo y en los Desamparados, y de pedir á todos sus oyentes que ántes de recojerse fueran á saludar con semejante salutacion á la Vírgen del Rosario, que, como fundadora de la Ciudad de los Reyes, venérase con gran pompa en la Iglesia de los Padres Predicadores; y, á todos cuantos podia, que lo llevasen siempre consigo pendiente del cuello, como el mejor escudo contra el Demonio, y arma y divisa de cristianos, dándolo gratis, sobre todo en las misiones, á los que no tenian como adquirirlo de otra suerte.

Varios y admirables eran los modos que este gran Siervo de la Vírgen Immaculada tenia de rezar su Santísimo Rosario, nacidos todos de los diferentes medios á que ocurria su piedad para inflamarse mas y mas en su santo amor y en el de Dios: causando maravilla al puro oirlos describir, cómo un Religioso tan ocupado, cual él, tuviese tiempo

suficiente para componer y practicar tan devotos y eternos ejercicios, que eran bastantes á consumir por sí el ocio santo de la soledad de un Anacoreta. Pues consta que unas veces consideraba el bendito Padre durante su récita, en lugar de los sólitos Misterios, las quince virtudes en que excede la Vírgen Santísima á todos los órdenes y estados de hombres y de Angeles; que otras contemplaba los divinos atributos fijando la penetrante vista de su alma en Dios, como centro de todo lo existente; y que en otras, por último, meditaba largo rato las mismas palabras de la angélica Salutacion, prorrumpiendo en cada una de ellas en fervorosisimos afectos de la voluntad para con la Reina y Señora de todo lo criado.

A cerca ahora del tiempo que el Ven. Jesuita empleaba diariamente en meditar tan prolijos Rosarios, que siempre rezó de quince Padre nuestros y de ciento cincuenta Ave Marias, y que, segun lo que él mismo escribe, era imposible decirlos en ménos de hora y media, solo se sabe con certeza, que, de niño, pasaba todo el tiempo de la siesta en esta ocupacion, arrodillado delante de una imágen de la Santísima Vírgen: mas cuando tuvo ocupados los dias enteros en bien de sus prójimos, y solo las noches le quedaron libres para su retiro y descanso, durante una parte de ellas cumpliria, sin duda alguna, con tan dulce devocion; probablemente mientras velaba, segun lo diremos en su lugar, en el Camarin de la Vírgen de los Desamparados, cual los Levitas y Sacerdotes de la antigua Ley, en torno del Tabernáculo santo del Señor.

Mas ¡ cuan delicado que es el amor en sus correspondencias é ingenioso en sus manifestaciones! Puesto que se

viese tan favorecido el Ven Padre, como el que mas, por la Virgen Santísima; con todo, hallándase en su nimia humildad indigno de sus favores, y mas aun de llamarse hijo de tan divina Madre; á fin de poderle pagar de algun modo aquellos, y tener en lo futuro un título con que ir á la Reina de los Angeles, que no lo sonrojase tanto como aquel, obligóse ¡ oh fineza sublime ! con carta de esclavitud, que rubricó, para mas autoridad, con su propia sangre sacada del lado del corazon, à servir á tan soberana Señora como el último y mas humilde de todos sus esclavos: cuyos amorosos términos transcribimos en seguida, cual prueba del extraordinario amor con que el Ven. Padre venerábala, para vergüenza de los tibios, emulacion de los fervorosos y mayor honra y gloria de la dispensadora do todas las gracias celestiales.

« Yo Francisco, aunque por todas partes indignísimo de parecer delante de vuestro divino acatamiento, con todo, movido de vuestra inmensa benignidad, y del deseo, que os habeis servido de darme de ser vuestro esclavo; humildemente postrado á vuestros sacratísimos piés, con todo el afecto de mi corazon, en reconocimiento, accion de gracias, recompensa y retribucion de las innumerables misericordias, mercedes y beneficios, que he recibido, aunque indigno, de la Divina Misericordia, y bondad, por medio de vuestras manos divinas, y soberana intercesion, me vuelvo á ofrecer y á entregar de nuevo por vuestro humilde y mínimo Siervo y Esclavo perpetuo; y como tal, prometo de serviros fidelísimamente toda mi vida, y procurar, en cuanto pudiere, que otros hagan lo mismo. Para esto os ofrezco, Soberana Reina y Señora mia, por medio de

la Santa Obediencia, todo mi cuerpo, toda mi sangre, toda mi alma, toda mi vida y todo mi corazon; el cual os quisiera ofrecer con todos los corazones del mundo, aunque me costara cada uno otras tantas vidas y géneros de martirios; y con el fuego de caridad y de amor, con que os han amado y aman todos los Bienaventurados del Cielo y Espíritus celestiales, y, si me fuera posible, con que vuestro Santísimo y Preciosísimo Hijo, y todo el Consistorio de la Santísima Trinidad os ha amado y ama ».

Oh! ¿ qué diran despues de esto, de amor tan entrañable y apasionado para con la Madre del verdadero amor Maria Santísima, Señora y Abogada nuestra, los amantes ciegos y verdaderamente gélidos del mundo, que juzgan en sus delirios y amenazadora ceguedad, árida y áspera, y sin consolaciones la virtud? ¿ Y qué, si tuvieran ojos para ver y alma para avalorar las tiernas y verdaderamente dulces y regaladas correspondencias de tan soberana y compasiva Señora, y el torrente de celestiales dulcedumbres que derramaba continuamente en el corazon de su enamorado Siervo Francisco?

A la verdad, cuan agradables fuesen á los ojos de la Santísima Vírgen esta suave devocion y fino afecto del Ven. Padre ácia ella, lo dan a conocer, de sobra, á quienes no tengan petrificado el corazon, los muchos y escojidos favores que sabemos, con certeza, alcanzó aquel de sus divinas manos. Pues no solamente consta que, nunca volvió á tan poderosa Abogada los suplicantes ojos por ayuda ó consuelos en sus necesidades y congojas, sin verse inmediata y abundantemente remediado por tan válida y liberal protectora; sino que es innegable que serviale de Consejera,

indicándole al salir de casa donde debia dirigirse ; y que mas de una vez favoreciólo tambien como á uno de sus hijos mas predilectos , con tan amorosas apariciones y celestiales dulcedumbres de Paraiso, que solo el que las experimentó podria dignamente describirlas.

Ni ménos filial y tierno y constante fué tampoco su amor al gloriosisimo Patriarca San José ; tanto , que aun llegó á sentir escrúpulos de que el ardiente afecto que le tenia fuese quizas excesivo : de los cuales no vióse libre su alma seráfica, hasta palpar en una clarísima vision , en que la Vírgen Santísima se dignó manifestarle que nada se hacía en las Alturas sin la voluntad de su amado esposo, todo el valimiento y poder de que gozaba en la Gloria tan soberano Patriarca. Diaria y prolijamente meditaba embebecido sus siete gozos y dolores ; bajo su saludable sombra y proteccion puso constantemente todas sus empresas y ministerios ; y siempre tuvo ante los ojos sus sublimes virtudes , como el mas hermoso dechado de la perfeccion cristiana : sin que jamas , cual lo refieren de sí la Seráfica Madre del Carmelo , y otros muchos Santos , hubiérase partido el Siervo de Dios de su augusta presencia , sin conseguir del Altisimo las mercedes solicitadas por medio de la poderosa intercesion de su Padre putativo.

Finalmente , fué tambien nuestro tierno Apóstol grandisimo devoto de su Patriarca San Ignacio de Loyola, de San Francisco Javier , cuyas heroicas hazañas hizo revivir en Lima con sus obras , de San Francisco de Asis , de Santo Domingo de Guzman y del Santo Angel de su guarda , de quien recibió , con especialidad , muchisimas atenciones y servicios delicados ; y en cuyas fiestas hacia siempre , lleno

de gratitud , especial conmemoracion de sus grandes excelencias y maravilloso poder , exhortando á todos sus oyentes á imitar sus virtudes , y á ponerse con tiempo bajo su válido patrocinio , a fin de reinar un dia con ellos en la tierra de promision.



CAPITULO VI.

De cuan elevada y continua fuese la Oracion del Ven. P. Castillo.

El único pero inefable consuelo de las almas justas en la tierra, que con luz divina conocen todo el valor y hermosura de la celeste patria de que se encuentran temporaneamente desheredadas, y por cuya perdurable posesion gimen y suspiran sin cesar en medio de este continuo combate que se llama vida, (*Militia est vita hominis super terram. Job. Cap. VII. V.* 1.°) es, sin duda, el de poder desatarse aun en medio de èl, en virtud de la fé y del amor que las conforta y sublima, de las viles cadenas de la materia; y libres, puesto que por poco, de su ominoso yugo, en alas de la oracion encumbrar triunfantes el vuelo a las regiones mas sublimes de la felicidad, á fin de fruir en ellas quieta y largamente del eterno y claro Sol que las preside y vivifica.

Y aunque por un milagro visible de la Divina Gracia, se nos presenta favorecido nuestro Francisco con don tan privilegiado desde la cuna, que dejaba cuotidianamente por la fria tierra, á fin de contemplar el Cielo mas á su sa-

bor; y aunque á los pocos años su apego á la oracion fuese ya tan grande, que lo impulsase á la generosa empresa de partirse del mundo para vivir con solo Dios en la soledad de los Amancaes; sin embargo, parece indudable que, en los principios, ninguna virtud le costó mas batallas alcanzar que la virtud de la oracion, hasta conseguir poner freno durante ella al continuo flujo y reflujo de sus pensamientos, y conservar ajena el alma de las mas mínimas distracciones. En lo cual no dejaria de tener mucha parte su portentosa humildad; que sabemos traíalo por entónces sobre modo acobardado, y lleno de sospechas y temores excesivos por las singulares mercedes que alcanzaba frecuentemente en aquella, no pudiendo llegar á persuadirse nunca, que favoreciese el Señor en tal manera, á quien tan poco como él lo merecia.

Mas, por la Misericordia Divina, que nunca desampara á sus hijos amorosos, y que tan especialmente complaciase en conducir á nuestro Francisco, como por la mano, á la mas alta cima de la perfeccion cristiana, luchas tan penosas tuvieron fin, de una vez, desde que el humilde Padre Castillo, por un amoroso impulso del Cielo, se llegó á dar prolija cuenta de las inquietudes de su vidriosa conciencia al Ven. Padre Antonio Ruiz de Montoya, que encontrábase por aquel tiempo en S. Pablo. Pues reconociendo tan gran maestro de espíritu, que el camino que llevaba el Siervo de Dios era un perpetuo quebradero de cabeza, enseñóle entónces el sublimísimo ejercicio de oracion mental que él tenia, y cuya esencia y sustancia, segun el mismo Ven. Padre Castillo lo declara en sus apuntes, no era otra que una simplisísima y continua vista de Dios, con actos fervo-

rosos y no interrumpidos de amor en la voluntad. Y desde aquel mismo instante, dejada ya para siempre la meditacion por medio de las especies sensibles, en que el entendimiento lleva como de la mano al alma á fin de hacerla subir poco á poco al monte del Señor, elevóse nuestro Apóstol, de un vuelo, á aquel sublimisimo grado de union con Dios, que á juicio de todos los Contemplativos es el mas perfecto, en que, vencidas completamente las pasiones mundanales y depurados todos los resabios de la mortalidad, entra el alma, victoriosa, á gozar en tranquila y pacifica contemplacion de las dulcedumbres y suavidades de su Amor, no ya como una extraña, que de todo teme, y á quien no poco se reserva; sino cual intima amiga, poseedora absoluta de las llaves de los divinos secretos, para abrir, como y cuando lo quiera, las aureas cerraduras que ocultan a los siervos de Israel el verdaderamente precioso é inagotable tesoro de las divinas misericordias.

Ahora bien: que de esta calidad tan alta de Oracion, á muy pocos concedida, fuese la de nuestro seráfico Jesuita, lo declaran, á una, todas las personas espirituales que tuvieron la inefable dicha de tratarlo con alguna intimidad; pues deponen: quien que su oracion era transportada y elevada en los atributos de Dios, de suerte que cuando lo llamaban á sus ministerios ó para alguna confesion salia de su camarin y retrete con un raro enajenamento de las cosas de acá abajo: y quien haberlo visto, ora delente del Santísimo Sacramento y ora de la Santísima Vírgen arrobado y en éxtasis y saliéndole del rostro resplandores apacibles. Declarando el Lic. D. Pedro de Landaverde, sacerdote de muy ejemplar vida, que trató estrechisimamente por

treinta años consecutivos al Siervo de Dios, que, habiendo entrado cinco veces distintas en busca suya al camarin donde tenia de ordinario su oracion, hallólo en todos ellas en dulcisimos coloquios con la Santisima Virgen, y tan fuera de si, que no dió en ninguna el menor acuerdo de su persona, por mas que lo llamaba á fin de que volviera á los sentidos, hasta media hora despues de terminados aquellos. Pero lo mas admirable es, que no solamente fué visto en tan dulce estado el Siervo de Dios en ciertos lugares y momentos, y por algunos; sino tambien en público, siempre que la ocupacion que traia entre manos, no divertiale lo bastante el pensamiento del divino objeto de sus seráficos amores. Que en igual éxtasis de amor veianlo todos continuamente en las solemnes adoraciones del Santisimo Sacramento; y en las Misas que se cantaban todos los Sábados en honor de la Reyna de los Angeles en S. Pablo, y en las cuales el Ven. Padre Francisco, por humildad nunca intervino sino de Subdiácono, eran tales y tan repetidos sus arrobos, que, para que ministrase la Patena, ó asistiese á las funciones del Altar, menester era no solo llamarlo, mas moverlo, y aun sacudirlo fuertemente, á fin de que volviese en si de sus sabrosos enajenamientos.

Sin embargo, no es esto todo; que puede decirse, y con toda verdad, de tan favorecido Jesuita, que su union con Dios era de todo tiempo y lugar, y tan intima como continua: pues no encontrando su voluntad libre de todo afecto terreno, en ninguna parte ù hora, el mas minimo obstáculo que le impidiese unirse intensisimamente á Dios, asi durante la noche, en el silencioso retiro de su camarin, como de dia, y lo mismo en la inmobilidad extática de la contem-

placion que en medio al complicado cúmulo de sus ministerios, nunca dejaba de ver á Dios un solo instante con los ojos del espiritu, y de volar a él con las alas de su corazon: cual leemos de los generosos Macabeos, quienes, puesto que ocupados en mil peligrosas batallas, combatian valerosamente con las manos, al paso que oraban sin cesar en el santuario de sus corazones.

Prueba de ello, é incontestable, es aquel éxtasis maravilloso en que andaba de continuo nuestro Apóstol por las bulliciosas calles de Lima, tan ajeno de lo que sucedía à su alrededor, cual si no tuviera ojos para ver, ni oidos con que oir; todo él absorto y endiosado hasta tal punto, que era necesario el que sus compañeros le previniesen de un modo brusco á cada paso, á fin de que evitase algun peligro inminente, que de cerca lo amenazaba, ó atendiese á las personas que acercábanse à saludarlo.

Dos casos, á cual mas extraordinario, se refieren por personas dignas de toda fé, ácerca de semejante enajenamiento. Es el uno, que, habiendo pedido prestadas el Siervo de Dios dos mulas á un amigo suyo, para ir al Puerto del Callao á hacer una obra de caridad, no advirtió, endiosado como iba, en las dos leguas castellanas que hay de dicho lugar a Lima, ni al subir, ni al descender, que el aderezo que tenía su cabalgadura era de lujoso terciopelo, y los estribos de luciente plata; adorno de ningun modo adaptable á la humildad y pobreza de un Jesuita. Y el otro, que habiendo tenido que asistir el Siervo de Dios una ocasion, bajo de santa obediencia, á una música recitativa que daba en Palacio el Conde de Lémus en honor de la Vírgen Maria, y à la cual quiso estuviera

presente la Compañia de Jesus, por ser uno de sus mas entusiastas devotos; aunque el aparato regio del local, la variedad de mutaciones, las dulzuras de la música, y lo sorprendente de los bailes convidaran á diversion honesta los sentidos de una manera casi irresistible: con todo, el Ven. Padre Castillo estuvo allí tan endiosado y ajeno de lo que pasaba á su alrededor, que, preguntado una y otra vez al salir del espéctaculo, qué le habia parecido fiesta tan magnífica, no pudo dar razon una ni ninguna sobre la mas mínima cosa de ella, como si hubiese estado, cuando ménos, á unas doscientas leguas de distancia.

Y, por esto mismo, no es tan fácil el determinar con fijeza, las horas que el Ven. Jesuita consagraba diariamente á tan sublime Oracion; pues cuando mas divertido ú ocupado parecia á los ojos de los hombres, estaba mas que nunca sumido en inmediata y dulcísima contemplacion de las adorables é infinitas perfecciones que resplandecen en el que es por esencia la belleza, la bondad y la verdad. Sin embargo, el Lic. Landaverde, íntimo amigo del Siervo de Dios y depositario de todos los secretos de su espíritu, nos asegura eran cinco las horas del dia que el Ven. P. Castillo empleaba en tan sublime ejercicio; y el Padre Jacinto de Leon Garavito, Rector que fué varias veces del Colegio Máximo de S. Pablo, y confesor algun tiempo de nuestro Apóstol, afirma que lo mas de la noche lo pasaba siempre en oracion, en el Camarin de Nuestra Señora de los Desamparados. Lo cual, no obstante su gran reserva, confirmó en vida el mismo Ven. Padre, respondiendo mas de una vez, á quien compadeciase de lo mucho que trabajaba diariamente, y de su continuo velar: « Que si el dia, por Dios,

era todo de los prójimos, la noche debia ser toda de Dios.» Y lo propio se colige tambien, con toda evidencia, de que, buscándolo muchas veces el Hermano portero, á diversas horas de la noche, para que acudiese à alguna confesion, siempre hallólo en vela, y ó de rodillas, ó en cruz, y tan absorto y fuera de sí, que ni el ruido que hacia la puerta al abrirse, ni su voz, eran jamas bastantes á sacarlo de su total enajenamiento de las cosas de este mundo.



CAPITULO VII.

De la invencible fortaleza y admirable paciencia del Ven. Padre Castillo.

No siendo la vida del hombre sobre la tierra mas que un combate continuo, del cual solo saldrá vencedor quien hubiese peleado varonilmente hasta el último momento, una de las virtudes mas necesarias al soldado de Cristo es, sin duda, la fortaleza: que, segun el Angélico Doctor, (2.ª 2.ª Q. 128.) no solamente consiste en emprender grandes cosas; sino, ademas, en llevarlas à cabo con una igualdad de espiritu incontrastable, y sin arredrarse ante ningun obstáculo ni peligro por invencible y grande que á los humanos ojos pudiera parecer.

Pero, como mas que suficientemente expuesto queda ya en la fiel relacion que hicimos arriba del admirable y glorioso Apostolado del humilde Padre Castillo, euan generosas y estupendas fueron las obras que, movido de celestial celo, emprendiò en honra y gloria del Señor en Lima, hasta entregar el alma en manos de su Esposo; y, por separado, hemos de hablar muy en breve de sus prodigiosas maceraciones; parécenos conveniente el concretarnos

ahora a referir tan solo , y con la posible solicitud , algunas de las innumerables contradicciones y fieras batallas que el Mundo y el Demonio unidos le suscitaron en este valle de lágrimas , y que otro fruto no obtuvieron , segun se verá en seguida , que hacer ver mas á las claras que el espíritu que lo animaba no nacia de la carne , sino de Dios.

Un santo horror se apodera del alma ménos sensible , al ver, por las relaciones mas fidedignas , las pavorosas é inagotables trazas de que se valió el Espíritu de tinieblas en el largo espacio de cincuenta y ocho años , para quebrantar á toda costa la virtud del generoso Francisco , ó privarle de una existencia que habia de moverle cruda guerra, disipando con la poderosa luz del Evangelio , y el esplendor de sus futuros hechos , las lóbregas tinieblas en que asentaba su maléfico trono sobre tantos millares de infelices , entenebrecidos por sus diabólicas maquinaciones. Y por eso, ya que en las entrañas maternales no pudo ahogarlo , como se lo prometia , y lo intentó , sin acordarse de que su poder no llega sino hasta donde place al que todo lo puede; cegado por la ponzoña de su satánica ira , no hubo ardid de que no se valiera , aunque siempre en vano , para traerlo á muerte , ó alejarlo al ménos á fuerza de sustos y peligros, de las nobles filas del ejército de Israel , en que tan generosa y tempranamente habiase alistado ; ora embistiéndole unas veces en forma de rabioso mastin ; ora presentándosele al frente de sus formidables legiones , con grande estruendo y voceria ; y ora , en fin , conjurando en su pérdida los mismos objetos inanimados , segun en el primer Libro de esta Historia lo expusimos.

Pero no por tantas y tan manifiestas derrotas cayéronsele al Soberbio las alas de su presuncion ; sino que , llevado,

cual víbora quebrantada, del exclusivo ardor de vengarse, trató, cuantas veces pudo en lo futuro, de hacer pagar caro al Apóstol, las confusiones que el niño habíale ocasionado. Y así como un mañoso Capitan nunca acomete una fuerte y bien defendida torre por una parte sola, ni con las misma armas, sino que las ensaya todas, y, por cien diversos sitios a la vez, trata de llevar el estrago y la ruina à su contrario: lo propio hizo contra el diligente Francisco el infernal Espíritu, amenazándolo de muerte juntamente en el alma y en el cuerpo, en el sueño y en la vigilia; ora con los incentivos mas poderosos de la sensualidad y las inquietudes mas terribles del espíritu; ora haciéndole probar en su delicada carne todas las torturas del infierno, y azuzando contra él, al mismo tiempo, á los diablos y á los hombres, para rendirlo y debelarlo por entero con todas las artes diabólicas y maquinaciones humanas.

Solo una alma del temple genoroso de la del Ven. Padre Castillo, vestida toda del espíritu de Dios, pudo salir siempre ilesa y triunfante, de las peligrosísimas y frecuentes batallas que el infernal enemigo movió, sin cesar, á su angélica inocencia, ó en el retiro de su solitario aposento, ó bien en lo mejor y mas ferviente de su oracion, ó cuando rendido à la fatiga, y casi exánime, se recostaba por dos ó tres horas sobre la basta jerga que le servia de lecho, á fin de espantar el sueño, mas bien que para conciliarlo. Pues entónces, con aquel tenaz ardor del que fia en la victoria que de todas veras codicia, acemetíale el Maligno, como en otros dias al penitente Antonio en los desiertos de la Tebaida, armado de las mas temibles sujestiones de la sensualidad y de la lascivia, presentándosele bajo

las figuras mas seductores y deshonestas, que, ya que no empañaran, ni en un ápice, el apacible y almo brillo de su virginal pureza, impedíanle, del todo, el breve reposo de la noche, por hacerlo vigilar entónces mas que nunca el tamaño é inminencia del peligro. Llevando el ignívomo Dragon su diabólica rabia contra el impertérrito Siervo del Señor, hasta echársele, una y otra vez, encima del frájil cuerpo, con un peso incomportable é insacudible, y haciéndole experimentar al acercársele, como lo dice el mismo Ven. Padre, aquella inquietud y turbacion indecibles, que siente el polluelo cuando se le acerca el milano, ó un animal, que se vé con otro muerto.

Pero no pararon aqui todas las maquinaciones del Averno contra el Apóstol de Lima; sino que, mas furioso mientras mas herido en su satánico orgullo, viendo que nada podian sus venéficos dardos contra el templado escudo de la virtud de Francisco, resolvió, en su ciego encono, traer à muerte siquiera su frájil cuerpo, ya que veíase del todo impotente á matarle el alma. Y cuales fueron los medios de que echara mano tan descomunal Enemigo para salirse con su maligno empeño, bien se lo imaginará quien conozca todo el alcance de sus fuerzas, al saber de boca del Hermano Francisco Revilla, compañero que fué del Siervo de Dios en la Casa de los Desamparados, que, todas las mañanas, al bajar el Ven. Padre del Camarin de la Santísima Vírgen, donde oraba por las noches, á la sacristia, veíale siempre el rostro acardenalado y sangriento, como si le hubiesen puesto en él violentamente las manos. Señales que, segun el mismo Hermano lo jura, por una especial gracia del Altísimo, verdadero curador y sanador de los

que se ponen en sus manos, desvaneciansele, en un abrir y cerrar de ojos, al solo ponerse el Siervo de Dios al amito sobre los hombros.

Sin embargo, á juzgar por los innumerables sufrimientos que sus hermanos ocasionaron al Padre Castillo, y que hincheron su ánimo de mortal amargura hasta el último momento de su existencia, con sobrada razon pudiera decirse, que lo que el mismo Demonio no pudo obtener por sí, llegó casi á lograrlo con la mediacion de los hombres. Pues tal fué la moneda en que la malignidad humana, segun su antigua costumbre, pagóle al Ven. Jesuita la virtud y abnegacion sin límites con que emprendiera en Lima tantas obras increibles en gloria de Dios y pró de sus prójimos, que prorrumpir pudo muy bien con el coronado Profeta en el Ps. 24. al verse tan injusta é implacablemente perseguido por aquellos mismos á quienes habia consagrado, sin reserva, su existencia: *Tribulationis cordis mei multiplicatae sunt.* ¡ Se me han multiplicado las tribulaciones de mi corazon!

Si; que no solo ¡ oh ingratitud judaica! procuraron los hombres cruzarle sus generosas empresas, y murmuraban de él en Lima à sus espaldas, tachándolo, quien de indiscreto é iluso introductor de perniciosas novedades, que echaba á los perros el pan de los hijos, con llamar á los Morenos mas humildes á la frecuenia de los Sacramentos, (como si hubiesen sido los infelices ménos regenerados que los Caucasianos con la preciosa sangre de la Cruz), y quien de no atender en todas las empresas, que acometia sin medios suficientes de llevarlas á cabo, mas que á su propio amor y vanidad; sino que llegó la impudencia de muchos

se sus enconados y ciegos enemigos , hasta apellidarlo de viva voz y en pasquines , y por las calles y las plazas: « hipócrita , embustero y quita honras ». Y aun hubo noche en que tropas de gente popular , envenenada por las medidas con que el Excmo. Conde de Lémus habia puesto un justo coto á su libertinaje en el vestir y bailar, dieron al Siervo de Dios estruendosa grita delante de sus ventanas , befándolo y ofendiéndolo con palabras de escarnio unos , y otros con coplas y cantares deshonestos ; sin que el pacientísimo Francisco , (a quien diríase haber dado Dios , como à su Profeta Exequiél , un rostro de diamante y pedernal , à fin de que hiciera frente a las culpas de su ingrato pueblo ,) prorrumpiese entónces en otras expresiones , que en las que siempre tenian prontas sus caritativos labios: » Sea por amor de Dios ». « Mucho mas merezco yo ». « Gracias á Dios por todo ». No faltándole tampoco a su rica corona de Apóstol , como para aseverar una vez mas aquel dicho del Espiritu Santo , « que nadie es Profeta entre los suyos , » quienes intentaran asesinarlo en medio de la Ciudad , segun á su tiempo lo narraremos.

Mas , si vivo el magnánimo Conde de Lémus , protector tan generoso y valente del Ven. P. Castillo , fueron tantas y tan grandes las persecuciones de todo género que padeció el último en el ejercicio de sus Apostólicos ministerios , muerto aquel cristiano Príncipe , multiplicáronsele de tal manera , que bien decirse puede : que , desde entonces , vióse su alma , así como la de su Divino Maestro , triste hasta la muerte. Pues á todas las graves causas de sus pasadas angustias , vino á añadírsele entónces la de verse lleno de considerables deudas , y como dejado de las ma-

nos consoladoras del Señor, y aflijido fuertemente, no solo por los extraños, que llevaron su impudencia hasta decirle que era « un ladron, que só capa de virtud quería quedarse con la hacienda de los pobres » ; sino, lo que es mas aun, de sus mismos Correligiosos, quienes comenzando á dudar al fin de la eficacia de su valimiento para con Dios, y temiendo por el nombre incólume de la Compañia, le instaban vehementemente para que cerrase las puertas de los Desamparados, y se volviese à su antiguo Colegio, á vivir en la obscuridad de su retiro, ya que no podian soportar sus hombros, por mas tiempo, la onerosa carga que se habia echado á cuestas.

Y aunque, para el bien de Lima, no llegó nunca tan lloroso caso ; sin embargo, no concedióle Dios al Ven. Padre, sin duda para acrecerle mayor gloria en las Alturas, con hacer que sostuviese hasta el último momento la causa de la Fé de N. S. J. C. (segun las palabras del Apóstol á los Corintios,) « en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias y en todo género de trabajos, » el que gozase, vivo, del dulcisimo consuelo de ver por fin a su predilecta Casa de los Desamparados libre de empeños ; como al breve tiempo de muerto él consiguiòse, à no dudarlo, por su poderosa intercesion y méritos abundantisimos.

CAPITULO VIII.

De la cristiana mortificacion y rigurosas maceraciones del Ven. P. Castillo

Asi como el pedernal nunca se baña de luces si ántes no es herido una y otra vez del eslabon, ni queda jamas bien templado el fierro que no pasó varias veces por la fragua y por el yunque; del propio modo el hombre caido, si no supo enseñorearse en tiempo de su cuerpo, y herirlo y probarlo con oportunas maceraciones, es imposible que llegue á verse iluminado por la luz del Cielo, y mas aun, que logre salir á cada paso ileso y siempre airoso de tantos y tan terribles combates, como tiene que sostener mientras camina arrastrándose por el suelo ácia el anhelado término de su dolorosa peregrinacion. Y por esto es por lo que el inspirado Apóstol de los gentiles, en la Epistola á los Gálatas, C. V. v. 24. parto digno de su generoso pecho, no reconoce por verdaderos hijos de Nuestro Señor Jesucristo, sino á los que crucificaron por amor suyo la carne con todos sus vicios y concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis* ». Tan opuestas son al augusto nombre de Cristianos que nos legó

12

el Hijo de Dios con su afrentosa muerte en un madero, la delicadeza y el regalo de la carne, y tan difícil acertar con la estrecha puerta que conduce á la vida perdurable, por otro camino que el áspero y angosto que han seguido de consuno todos los Santos que hoy reinan con él en la celestial Jerusalen; y que fué tambien el que con planta firme y generoso denuedo holló el Ven. Padre Francisco del Castillo desde que vino á este valle de lágrimas, hasta que partióse de él lleno de años y de méritos á los ojos del Señor.

Y para comenzar por algo, observando, si es posible, algun órden donde hay tanto y tan estupendo que decir, jamas en medio de las diarias é innumerables fatigas y privaciones de todo género, que asediaron su existencia, permitió el Ven. Jesuita á ninguno de sus sentidos el menor divertimiento ó refrigerio, que hubiera podido hacerle mas llevaderas las muchas y pesadas cruces que voluntariamente habiase echado á cuestas.

Los ojos parece no le fueron dados para ver otra cosa que la tierra de que habia salido, ó el cielo á donde habia de parar; pues nunca los fijó en ningun otro objeto creado. Llevando su rigidez en este punto, hasta negarles el que se recreasen un solo momento con la pompa y extraordinaria profusion de arcos, luces y otros adornos que la devota Ciudad de Lima desplegó en el extreno de la nueva Iglesia de los Desamparados: si bien el Señor, por quien asi negábase el penitente Padre á tan puras delectaciones de los ojos, le correspondiese con muy mas regaladas vistas, mostrándole á lo vivo, en vision imaginaria, dos ó tres

veces , todo el lujoso aparato de las calles y del Templo en celebridad de tan fausto suceso.

Tan cuidadoso anduvo siempre en mortificar sus oidos , que no solo huyó , como de una celada infernal , de las conversaciones mundanas , de que vienen constantemente tantos peligros al espiritu ; sino que aun esquivaba , en lo posible , el asistir á la breve recreacion en comun , con que á los Religiosos hácese ménos pesado el silencio de todo el dia , só pretexto de atender al servicio de los pobres : á quienes repartía en tal momento , con la misma reverencia y devocion con que servido hubiera á Nuestro Señor Jesucristo , el pan y la comida que sobraban del refectorio ; llevando personalmente las cestas y las ollas, y complaciéndose en servir de todo á todos con sus propias manos

Ni era tampoco ménos inexorable con el olfato : pues sobre probarlo y reprobarlo diariamente en medio del vapor nauseabundo que despiden de sí los hospitales y cárceles , máxime de Negros, ni aun para librarse de los báguidos de cabeza , que lo perseguian continuamente á consecuencia de la debilidad de su estómago , consintió jamas , puesto que muchos muchísimo se lo rogaran, en servirse del pronto alivio que dan ciertos buenos olores , respirándolos : temeroso de que le dismimuyeran sus mayores delicias, que puesto habia exclusivamente en padecer por Nuesto Señor Jesucristo.

La templanza en el alimentarse de este Siervo del Señor, que , desde la cuna , dió principio al rigor de sus ayunos y abstinencias , fué en adelante tan excesivo , que todos se maravillaban de que pudiese vivir tantos años , y tener buenos colores y mas que regular salud , un varon tan grácil,

penitente y laborioso en un Pais tan cálido como Lima. Pues á pesar de las muchas y santas trazas á que ocurria diariamente su humildad á fin de esconder á todos sus penitentes rigores, ora no asistiendo sino á las segundas mesas, debajo de las cuales solía comer para huir todo reparo; ó, segun lo hizo tan luego como vivió en los Desamparados, poniéndose a leer en alta voz en algun libro espiritual; y ora, por último, descomponiendo cuidadosamente con el tenedor, siempre que no podia faltar al refectorio de primera, ni ocurrir al subterfugio de la lectura, el plato que poníanle delante, que, en seguida, con el disimulo del Angel en la mesa de Tobias, apartaba de sí, sin probarlo siquiera: no faltáron intachables testigos, que, una y otra vez, sorprendiesen su santa industria; y medios de saber con entera certidumbre, para edificacion de propios y extraños y gloria del Altisimo, sus prodigiosos ayunos y rigurosas abstinencias.

Tres fueron siempre, entre semana, los ayunos á pan y agua de este gran Siervo de Dios, fuera de los que observaba extraordinariamente en obsequio de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santisima Virgen, de los Santos de la Compañia y otros de la Corte celestial, en las vísperas de sus festividades. Contentándose en todos los demas dias, con solo tomar cada veinte y cuatro horas, y por único alimento, cinco ó seis onzas de pan con alguna fruta de la tierra ó vitualla que no fuese de carne, que nunca la probó mientras vióse con salud; pues las mas de las noches, ó no probaba absolutamente bocado, ó con algunas pocas uvas pasas hacia su mas abundante colacion. Y al fin llegó á sujetar de tal modo el hambre, que tan poderosa es en

el hombre carnal, á su querer, que este pequeñísimo restauro ni aun siquiera procurábalo muchas veces a su cuerpo tan trabajado, ó por no fastidiar á los Hermanos de las Oficinas, y vengarse cruel de sus involuntarias tardanzas, siempre que por sus multiplicadas ocupaciones en pró de toda la ciudad no hallábase en el Colegio ántes de la hora de la siesta; segun mas de una vez fué notado acaso por los Hermanos estudiantes, y aun por alguno de sus compañeros de fatigas: ó cuando, como aconteció en el octavario de la solemne abertura del templo de los Desamparados, en que se estuvo sin probar bocado en toda la semana, habia algo que lo sacara fuera de los sentidos y del mundo.

A todo esto se agrega, que un sorbo de vino no lo bebió jamas; ni aceptó nunca, ni aun de manos del Virey, a pesar de cuanto lo instara, chocolate ni helado, dándole constantemente por excusa, ó la priesa con que estaba, ó que el chocolate lo enardecia y el frio lo destemplaba. Y, aun en aquello mismo que á sus horas tomaba en la comun mesa para vivir, éra tan mortificado, que nunca sazonó mas que con acibar ó ceniza las menestras ó yerbas sosas que le servian. Y asi como jamas apuró un vaso de agua fuera de las horas que señala la regla de su Instituto, tampoco bebióla, ni aun entónces, mas fresca de lo que permitia la estacion; puesto que en la fuerza del verano, la nieve mas bien que una delicia, es en Lima un medicamento casi necesario.

Pero lo que mas suspende y confunde nuestra poquedad y tibieza es ¡ oh prodigio del verdadero Amor, que toda cruz hace ligera! cómo con la vida tan activa y achacosa

que llevaba el Ven. Padre, y no comiendo, por lo visto, ni aun lo mas indispensable para poder vivir humanamente, tuviese sin embargo alientos bastantes, y desde los siete años de su edad, para castigar sin compasion ninguna á su delicado cuerpo, y reducirlo á servidumbre, segun las palabras del Apóstol; de tal modo, que bien puede decirse con toda verdad, que, si no excedió, á lo ménos igualó en sus rigores á los Santos mas austeros y contemplativos, de que se honran, a justo título, las fecundas entrañas de la siempre triunfante y siempre acongojada Esposa del Varon de los dolores.

Por lecho de reposo para el breve espacio de la noche en que se rendia al fin al sueño, si lo dejaban en paz entónces las confesiones de agonizantes, y si llegó á echarse en él, que muchos creen que no, por habérsele hallado siempre en pié y vestido á cualquiera hora que se le buscara, no tuvo toda su vida el Ven. Padre Castillo, en los tiempos de mas regalo, sino un jergoncillo de solos cuatro dedos de alto por colchon, y dos bayetas raidas por sábanas y cobertores. Cama tan intratable y dura, que una vez que fatigado de un largo sermon que acaba de echar, quiso recostarse en ella un rato el Padre Ignacio Arámburo, sin que lo advirtiese el Ven. Padre Francisco ó pudiera remediarlo, saltó al punto al suelo, quejándose grandemente de que aquel no era á la verdad un lecho, sino una tabla de bronce.

Cuanto varios, pavorosisimos fueron tambien los instrumentos que su ingeniosa mortificacion supo hallar para cómplices de sus santas locuras y crueldades; gran parte de los cuales, como que no habian de servirle ya mas, arrojó

su heroica humildad á las aguas del Rimac, cuando vióse cercana la muerte, á fin de que no fuesen en adelante mudos testigos de su recio y dilatado martirio. ¡ Como si en su santo cuerpo todo él herido de los punzantes cilicios con que lo vestía de piés á cabeza, y llagado por los agudos golpes de las crueles diciplinas que sobre él descargaba diariamente, no nos quedasen mil bocas pregoneras de sus rigurosas maceraciones !

Sobre el pecho, al lado del corazon, foco de nuestros afectos, trajo siempre enclavada en la carne el Siervo de Dios una cruz guarnecida de agudas puntas de acero, en memoria de la de N. S. Jesucristo, y como señal y prenda de entrañable gratitud por tantos beneficios como de él había recibido. En ambos los brazos dábase ademas cinco estrechas vueltas con unas cadenillas sembradas de aceradas puas, que le penetraban agudamente la carne : las mismas que, para no connaturalizarse con ellas, y sentir mejor sus efectos, sustituia cuidadosamente de tiempo en tiempo con unos cordeles de cerda ornados de sutiles garfios de alhambre, que le aflijían de un modo horrible mientras aquellas descansaban ; y tan apretados unos y otras, que hinchábansele las manos como si ya fuéranle á rebentar en sangre. Completando su ajuar *ordinario* de penitencia, una fuerte faja de laton claveteada de pequeñas espigas de fierro, que le ceñía la cintura ; dos nudosos y apretados cordeles de cerda con que se ligaba fuertemente los muslos ; y un armador de la misma materia, que le cubría por entero las espaldas, y cuanto la cruz le dejaba libre del pecho: pues en las vísperas de las fiestas de que hicimos mencion, era su mayor gala vestirse, de añadidura, con un áspero saco de

cordelillos de intratables cerdas, cruzados en forma de red, que le abrigaba lo restante del cuerpo hasta las rodillas.

Mas no considerando todavia el Siervo de Dios en su ansia de padecer por su Maestro Crucificado, suficientemente castigado y sometido al espíritu su inocentísimo cuerpo, á tan excesivas austeridades y maceraciones, como las enumeradas, añadia ¡ oh prodigio de penitencia ! el herirlo y ensangrentarlo todos los dias con las ferreas y tajantes diciplinas que hacia llover sin compasion sobre sus desnudas y despedazadas espaldas. Que dos y aun tres veces ordinariamente, al amanecer del dia, al entrar la noche, y en medio de ella, diciplinábase, sin piedad; ora en algun ángulo de la Iglesia, y ora en la Capilla privada del Colegio, mientras vivió en S. Pablo, ó en el Camarin de Nuestra Señora de los Desamparados: durando todas las mañanas, indefectiblemente, de tres á cuatro, segun declaracion del Padre Saavedra, Provincial que fué de Lima, y vecino del Siervo de Dios, una hora entera tan espantoso martirio; cuyo rimbombo se escuchaba á gran distancia, y en el cual perdia tanta copia de sangre, que siempre dejaba el suelo alagado, y las paredes salpicadas con el sanguinolento rocio que, á cada uno de los terribles y repetidos golpes que dábase, caiales encima.

Y, sin embargo de esto, se sabe, y con la mayor certeza, que las referidas no eran sino sus cuotidianas maceraciones: pues, extraordinariamente, en las vísperas de las festividades de Nuestro Señor Jesucristo, de la Vírgen Nuestra Señora, y de muchos Santos sus devotos en las cuales siempre doblaba el Siervo de Dios sus abstinencias y cilicios, diciplinábase à sangre, en pleno refectorio, publicando las que su humildad llamaba grandes faltas, y

pidiendo de ellas perdon con tiernas lágrimas á todos los presentes. Lo mismo que tambien solia hacer su celo ardiente, poco mas ó ménos , para recabar del Señor la enmienda desesperada de algunos grandes pecadores ; pues , imponiendo, á imitacion del sublime Apóstol del Oriente S Francisco Javier, á tales culpados una cortísima penitencia, reservaba para si la satisfaccion de toda la pena temporanea que sus maldades merecian.



CAPITULO IX.

De la escrupulosidad con que observó el Ven. Padre Castillo los votos religiosos de su Instituto, y el particular de hacer siempre lo mas perfecto.

Siendo ya hora de que sigamos, aunque sea por un solo instante, al interior del Claustro al que hemos visto ser sin reposo el consuelo y la edificacion de toda Lima, á fin de llegar los labios á la secreta y codiciable fuente de esos divinos tesoros que tan largamente derramaba, cual propios, por dó quiera; y, estribando enteramente la suma perfeccion de la vida religiosa, en la prolija y pronta observancia de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, que le dan el ser, no nos maravillaremos ya, á buen seguro, palpando con nuestras propias manos la eminente altura a que se encumbró en cada uno de ellos el valeroso Francisco, si lo oimos proponer al M. R. P. Andres de Rada, Visitador de las tres Provincias del Perú, Chile y Paraguay, igualmente grande en santidad que en letras, á imitacion de sus observantes Hermanos del Cuzco, como la Regla viva de S. Ignacio, el alma de su Instituto, y un perfecto dechado de Religiosos.

Pues comenzando por el de la *Pobreza*, ya que tan peregrina virtud es como madre de las demas, y verdadero maná del alma, segun la Seráfica Doctora, que hace que todas las cosas nos sepan bien; no solo vivió siempre separado el Ven. P. Castillo con el corazon de las mas inocentes vanidades del mundo, sino que, ni aun sò color de necesidad, quiso permitirse nunca, no digamos la posesion, pero ni siquiera el uso de mil y mil cosas que jùzganse como indispensables á la vida: á fin de echarse generosamente y con todas las veras de su alma, pues bien sabia su precio, en los desnudos, pero amorosos brazos de una pobreza absoluta, no solo afectiva, sino tambien en sumo grado efectiva.

Todo el gran menaje del reducido y modesto cuarto del Ven. Jesuita, componiase solamente: del humilde jerconcillo que le servia de lecho, de una viejisima mesa de escribir, y de una ó dos sillas, que no lo eran tampoco ménos. Ni otra cosa digna de estimacion tuvo jamas dentro de sus paredes, sino un Breviario viejo, y algunos libros que, de tiempo en tiempo, le prestaban; á no ser los cartapacios en que encerraba los apuntes de lo que pareciale mas á propósito para sus pláticas, y el rico tesoro de sus diciplinas y cilicios.

Aunque siempre viérasele asaz limpio, (pues puso sumo estudio en no afectar en su persona ni desaseo ni austeridad,) nunca cambiaba de hábito el Siervo de Dios, por mas remendado que estuviera el que poseia, sino por obedecer á sus Superiores: quienes, en razon de su tenacidad, y de los lugares y personas que por oficio frecuentaba, tenian de cuando en cuando que ordenárselo bajo formal pre-

cepto de Obediencia. Pues á cualquier otro que le aconsejara semejante cosa, le imponia al punto silencio, con decirle humildemente: « Que, á juicio suyo, un Religioso no debia tener mas que un solo vestido, tan remendado cuanto limpio, en que leyérase la pobreza y la mundicia de su corazon ».

A esto se agrega, como en sello de lo dicho, el que nunca dispuso en favor de su persona, ó de los suyos, de la mas pequeña suma de dinero; á pesar de que se sabe, y con toda fijeza, que corrieron gruesas limosnas, que montaron á mas de 40,000 duros, por sus benditas manos: que solo hizo servir de meros canales para derramarlas, tal vez multiplicadas, en pró del divino Culto, ó transmitirlas íntegras á sus pobres.

La *Castidad*, virtud cuyo elogio no es dado trazar dignamente á la humana flaqueza, por salir casi de la esfera del hombre, y hacer ángeles de los que la guardan, segun San Ambrosio, fué del todo angélica en el Ven. P. Francisco del Castillo; pues, conforme uno á uno lo deponen sus confesores, murió sin que en su tránsito de la cuna al sepulcro, el menor pensamiento impuro hubiese empañado el candor de su inocencia virginal. Privilegio á muy pocos concedido, que se admira mas fácilmente que pondérase, y que seria inconcebible en nuestra actual miseria y decaimiento, si no supiéramos que tan delicada flor creció en él bajo el benéfico influjo de una gracia sin cesar creciente, y celosamente escudada por las intronchables espinas de la mas austera mortificacion.

Pues tanto desvelóse siempre el Ven. Padre por reducir su cuerpo á una absoluta servidumbre, que, no satisfecho

de tratarlo con la santa crueldad que hemos narrado , esquivaba cuidadoso la menor sombra de peligro , en tal manera , que aun huía de dar la mano á los niños para que se la besaran, poniéndoles en su vez la Cruz que siempre llevaba consigo ; como púsose en claro por uno de ellos , que , al verlo tendido en el féretro , abalanzóse á él diciendo : « Santo Padre Castillo , mientras vivias , no quisiste que te besara la mano ; pues ahora me he de desquitar ». Ni mucho ménos habló jamas á solas con mujer alguna , bajo ningun pretexto ni motivo ; ni allanóse á confesarlas sin que estuviese á la mira alguno , que pudiera ver y no escuchar lo que pasaba. Procediendo , á no dudarlo , de semejante escrupulosidad , aquel peregrino don que concedió el Altísimo a este gran Siervo suyo , de hacer amable á todos virtud tan celosa y delicada ; de modo, que, segun lo patentizaron repetidas experiencias , bastaba que alguna persona poco casta pusiese en él los ojos ó lo oyera hablar , para que se avergonzara luego de su torpe proceder , y que quien se creia ya perdido en las tormentas de la lujuria , se echase á los piés del castísimo Jesuita , para hallar al punto el sosiego en vano ántes deseado.

Por lo que mira ahora á la *Obediencia* , que , segun Santo Tomas , es el mas noble de todos los votos ; por no haber sacrificio alguno , que iguale al de la propia voluntad , que hace en aquél la sumisa criatura á su Señor : parece , y muy fundadamente , que tambien fué el mas caro al alma del Ven. Padre Castillo , y el que , con mayor esmero y diligencia , guardó solícito hasta el postrer instante de su extraordinaria vida , empleada toda no en otra cosa , que en cumplir á ojos cerrados y con la son-

risa en la boca, la ajena voluntad; llenando, cual nadie, heroicamente, el mayor deseo de su glorioso Patriarca San Ignacio, que, sobre tan segura virtud, quiso erigir todo el sobrehumano edificio de la invencible Milicia de Jesus.

En efecto, tan grande era el amor del Ven. Padre á la Obediencia, que, segun lo declaran las personas mas fidedignas, nunca dió un solo paso, por insignificante que fuese, sin someterlo ántes á la voluntad de sus Superiores, en quienes respetaba á Nuestro Señor Jesucristo, y cuyo parecer exigia no solo en casos graves y arduos, pero aun en los mas indiferentes y sencillos: tanto, que el P. Luis Contreras, que fué su Provincial, decia siempre: « Que ningun Novicio era tan escrupuloso en pedirle licencia para todo, cuanto lo era el P. Francisco del Castillo ».

Ni ménos admirable que en este punto, fuélo el Siervo de Dios en la prontitud y resignacion indecibles, con que obedecía qualquiera cosa que se le mandaba, por contraria que fuese á sus mas santas intenciones, y por gran riesgo que corrieran en ello su honra ó su existencia misma; segun se desprende de los hechos que vamos á referir someramente á continuacion.

Todo lo tenia ya pronto el bendito Padre para partirse á la conversion de los Indios Chiraguanas, de que habia hecho el blanco de sus deseos mas ardientes; y, sin embargo, bastó una sola palabra de sus Superiores para que desistiese al punto de tal jornada, y se embarcase sumiso para ir á Valdivia; y lo que es mas, para que despues de su vuelta se conformase con permanecer en Lima de Confesor del Conde de Lémus, á pesar de las amarguras indecibles que puesto tan codiciado le ocasionaba diariamente.

Sabida cosa era de todos los de la Compañia, que, cuando el Ven. P. Francisco se retiraba tarde al Colegio en razon de sus muchas ocupaciones, no habia modo, si acaso sorprendialo álguien á su vuelta, de hacerle probar bocado, por mas que lo importunara con sus ruegos; pues só pretexto de no tener ganas, ó de que la comida habia de hacerle daño, siempre hallaba pronta alguna excusa para salir de apuros: y, esto no embargante, bastaba el que se le dijera entónces, que el P. Rector así lo exigia, para que, en obsequio á la Obediencia, dejase al punto cualquier ocupacion que tuviese entre manos, y se encaminara luego luego al Refectorio.

Pero, mas que ningun otro, el siguiente caso nos manifiesta con cuanta lucidez pudiera desearse, hasta que punto llevaba el Ven. Jesuita su amor á tan generosa virtud. Sabiendo el H. Sotoministro del Colegio un Sábado á la una, (dia en que el Padre Castillo tenia por costumbre pasarse sin probar bocado,) que aun estaba ayuno, movido del interés de su salud, sin mas ni mas, se fué á él, é hizo que bajase luego al Refectorio. Y, una vez que estuvo allí, por que dicho Hermano mandóle imperiosamente que comiera de lo que le presentaba, quien no cedia jamas á ruego alguno, por obedecer á aquella sombra de Superior, comió en seguida, sin mayor repugnancia, de dos platos, que aquel le puso delante. Dejándonos en semejante sumision un heroico dechado, no ménos de su humildad, que de su obediencia sin limites; pues si quebrantó entónces un ayuno enteramente voluntario, fué tan solo por atenerse al ajeno arbitrio, y hacer que una virtud rindiera justas parias á otra mas excelente.

La veneracion del Santo Padre Castillo ácia las sabias Reglas de su Instituto era tal, que el libro que las encerraba, curiosamente encuadernado, lo traía siempre consigo, como el mejor compañero y juez de sus acciones: no habiendo para él razon mas válida al hacer ó mandar algo, que el exigirlo así la Regla de su S. Padre Ignacio.

Y para entrar en algunos necesarios pormenores, en la observancia del Silencio, en que, como en fuente tranquila, se espeja toda la paz del alma religiosa, era tan extremado, que el P. Francisco de la Maza, varon de perdurable memoria por su virtud y sabiduria, jura: « Que, con especial cuidado, habló al Ven. Padre algunas veces en lugares en que lo prohibe la Regla; pero que, en lugar de responderle aquel una sola palabra entónces, el semblante se le encendia y sonroseaba, como si le quisiera reprender su indiscrecion ». Y el Hermano Diego del mismo apellido, que fué su compañero inseparable, dice: « Que con asistirle mas de seis años, y hacerle el P. Francisco mucha caridad, solo habló con él una vez, cosa de un cuarto de hora, una plática tan celestial, como superior á todo lo que habia leido, ó notado en otros varones; tanto, que le hizo formarse un concepto todavía mas relevante de su santidad ».

Ni con ménos escrupulosidad observaba tampoco nuestro Apóstol las demas Reglas de la Compañia, no obstante de que tocan muchas de ellas, *en ápices y sutilezas de perfecion*, (para servirme del dicho de un escritor de su seno,) sin obligar de modo alguno en conciencia al que por alguna consideracion no quisiere guardarlas.

El jergoncillo que servíale de cama, habia de recojerlo y

doblarlo indefectiblemte todos los dias de Dios , ántes de salir de su aposento; porque así se lo enseñaron en el Noviciado , á fin de no faltar á la Regla — Al primer toque de la Campana acudia á donde llamábalo, interrumpiendo aun la letra comenzada; para obedecer mejor à la Regla — Nunca dió , ni recibió un solo pliego de papel , sin pedir ántes permiso á sus Superiores; porque así se lo mandaba la Regla — Si al recojerse al Colegio despues de las doce , encontrábase con la porteria cerrada , aunque la puerta de la Iglesia no lo estuviese aun , por nada del mundo se allanaba á entrar por ella; sino que poniase á tocar muy despacio la campanilla , esperando al rigor del sol la venida del portero : porque la Regla decia que entrasen todos por la misma comun puerta por donde habian salido.

Así es que , de ningun modo causará ya maravilla , atenta tan escrupulosa observancia de las prescripciones al parecer mas insignificantes de quien sabia mejor que nadie cuanto importa ser fiel en lo poco para serlo en lo mucho , si 36. sujetos de la Compañia , á todas luces respetables , que deponen como testigos en la informacion de la vida del bienaventurado P. Francisco , juran todos , unánimente : « no haber notado nunca en él la menor falta contra alguno de sus estatutos religiosos »; ni , mucho ménos, que lo llamen unos : « espejo de la Cristiana perfeccion » , otros : « la Regla con vida » , y quien , por último : « el alma de su Instituto ».

Mas no contentóse nuestro generoso Jesuita con verse atado solamente por tales cadenas , aunque asaz fuertes y seguras , al continuo blanco de su amor ; sino que las quiso mil veces mas estrechas todavia. Pues cual la amante mari-

posa, que, cuanto mas cerca vése de la llama que la fascina y enamora, mas y mas procura acercarse á ella; asi él, que volaba con las alas de la gracia en pos de Aquel que, segun el Deuteronomio, es fuego consumidor de los corazones, (Deus ignis consumens est, C. 16. v. 24.) movido de superno impulso, á los tres heroicos votos que ya lo ligaban à su Amado, añadió, (cual la Seráfica Teresa al verse herida del igneo harpon del Serafin,) el verdaderamente arduo, y casi insuperable á la humana flaqueza, de hacer siempre lo que juzgase de mayor perfeccion y agrado del Altísimo. Voto sublime, que, (segun lo predica su carrera de Apóstol y lo declaran todos sus confesores,) cumplió el Ven. P. Francisco, aumentando cada dia los talentos que su Señor le habia puesto en las manos, con tal denuedo y abnegacion, de hacer palpar á cuantos por dicha suya lo avecinaron: « Que nada hay imposible para Dios, y para quien cifra en él generosamente toda su confianza ».



CAPITULO X.

De la profunda humildad del Apostólico P. Francisco del Castillo.

Célico ornamento y fuerte escudo de todas las cristianas virtudes es la humildad : pues con su modesto y amabilísimo ropaje no solo las embellece y hace caras á los ojos del Señor, segun lo del Eclesiástico (C. III. v. 20.) *Humilia te in omnibus et coram Deo invenies gratiam* ; sino que tambien con él las abroquela al propio tiempo, y esquiva y burla los replicados y crudos tiros que constantemente les descarga la infernal astucia. Siendo esta, y no otra, la razon de que véngaños recomendada tan expresa y encarecidamente su práctica por el mismo Salvador del humano linaje en el C. XI. v. 29. de San Mateo, donde dícenos : que aprendamos de él á ser mansos y humildes de corazon.

Ahora bien ; de que modo se conformase con su Divino Maestro, en una virtud que le era tan cara, nuestro Ven. Jesuita, bien á las claras se vé, en que su prodigiosa humildad no solo no le dejó traslucir el preciosisimo tesoro que tenia en su angélico corazon; sino que ademas lo hizo conceptuarse siempre como el último de los hombres, indigno de ser

honrado de ninguno, y merecedor únicamente del desprecio de todos

En efecto, tan arraigado estaba en el corazon del Apostólico Jesuita el convencimiento de su propia miseria y pequeñez, que todo en él, continente, ademanes, palabras y obras, era un espejo tersísimo en que veian de á legua los ojos mas miopes la profunda humildad de tan gran Siervo del Señor. Al andar por las calles de la Ciudad, hacíalo como si aun fuera indigno de ser sustentado por la tierra que pisaba: nunca se le vió sentarse delante de ninguna persona, sino cuando en virtud de la obediencia se lo mandaban, quedándose siempre que podia en pié y con la cabeza descubierta, no solo en presencia de sus Superiores, pero tambien de los mas infelices Morenos; cual si de unos y otros fuese el esclavo mas vil y despreciable: jamas oyóse salir de su boca la mas mínima palabra de propia estimacion; y si alguno, de cualquier modo que fuera, (lo que frecuentísimamente ocurria) le manifestaba el aprecio que su persona mereciale, juzgaba con tal sinceridad el bendito Padre que era por burla ó irrision, que de corrido se le salian los colores al semblante, y no atinaba en donde meterse para ocultar su confusion. La cual no conocia ya límites, cuando el humilde Jesuita juzgaba haber herido con sus palabras ú obras la delicadeza de alguno de sus prójimos: pues en casos tales, su alma de paloma no sabia lo que era un momento de paz, hasta no arrojarse á los piés del que conceptuaba víctima de su orgullo, y verse perdonado por él.

Ya vimos, en otra parte, la heroica muestra que dió el Ven. Padre de su vidriosa humildad, cuando, pesaroso en

extremo de haber despedido á su Sacristan con alguna aspereza, no tuvo ánimo para acercarse al Altar, sin pedirle ántes mil perdones, y que volviese á su antigua ocupacion. Y no ménos admirable, para silenciar otros casos semejantes, fué lo que le pasó otra vez, siendo ya Superior de la Casa de los Desamparados, con uno de los Legos Coadjutores, á quien hubo de corregir por cierta falta: pues, temeroso por demas de haberse excedido reprendiéndolo con poca discrecion, no pararon sus escrúpulos hasta que no echóse igualmente a sus piés, y rogóle, con las palabras mas humildes, que le perdonara sus demasias.

Mas ¿ qué no diremos de la heroica humildad de tan gran Siervo de Dios al saber que, á pesar de sus gloriosos hechos, hallábase indigno de estar en la Compañia de Jesus; y que recelaba constantemente, que, por inútil, lo echasen de una Religion en que habia hecho revivir el fervor de sus generosos fundadores? Y asi fué en verdad; y buena prueba es de ello la profunda gratitud que toda su vida profesó á los que tuvieron alguna parte en su ingreso á la Compañia, como á autores de un bien de que no era absolutamente merecedor; y los grandes recelos con que vivió siempre de que, como à trasto baladi y estorboso, lo desechase de su seno, y no reconociese mas por hijo suyo una Religion tan sabia y observante. Recelos, que bien manifestaron toda su energia cierta tarde, en que, con el fin de hacer que se distrajera un poco el Siervo de Dios de sus trabajos, mandóle el P. Ministro del Colegio: que acompañase al Hermano Procurador, sin decirle á donde, ni para qué. Pues llegado que hubieron à la Granja de San Juan, perteneciente á la Compañia, que era el térmi-

no de la jornada , temeroso de que ya lo echaban de la Religion por sus enormes pecados , no quiso pegar los ojos ; y toda la noche se la pasó en vela ante el Altar de la Madre de las misericordias , á fin de obligarla con sus lágrimas y propósitos de enmienda , á que le obtuviese de su Hijo Santísimo el que no lo despidiesen de su amada Compañia de Jesús , sin cuya defensa y auxilios parecíale imposible salir vencedor en adelante en las peligrosas batallas del espiritu.

Pero, en donde vése mas claramente el ningun caso que el Siervo de Dios hacía de las sublimes partes que adornaban su persona , y resplandecen , como con nuevo brillo , los quilates de su portentosa humildad , es en el santo candor con que se confesaba por la criatura mas vil y abominable de la tierra , y que , exagerándole desmedidamente sus nimias imperfecciones , (pues nunca cometió falta alguna , ni venial ,) haciale ver , cual un continuo portento , el que la Divina Justicia lo dejase aun en el mundo sin castigo , y no lo hubiera arrojado ya al Infierno por sus gravisimas ingratitudes. Sublime humildad , que , segun el P. Diego Alvárez Paz , célebre escritor de Mística de la Provincia Jesuitica Peruana , no reconoce ya otro superior ; y que hacia que el Ven. y Apostólico Padre Ruiz de Montoya , maestro de espíritu del Siervo de Dios , no vacilara en repetir á todos : « Que era tan humilde el P. Francisco del Castillo , que ni aun siquiera entendia lo mucho que el Señor lo favorecía y se recreaba en su alma ».

De todo lo cual, si bien se mira, nos ha dejado el mismo Ven. Padre el monumento mas espléndido que pueda apetecerse , en las razones tan humildes y llenas de abnegacion

y de desprecio , con que dá principio , en virtud de la Obediencia , (que tanto era menester para que desplegase sus modestos labios en causa propia ,) á la Relacion de los innumerables favores que habia recibido del Cielo, y que juntamente nos asombran y confunden. « Muladar asqueroso é inmundo soy (son sus propias palabras) por mis grandes pecados y vicios , mas que cuantos muladares hay en el mundo. Y quisiera se me hubiese dado licencia para que constase á todos esta verdad ; pero me han ordenado , que corra el velo al silencio para que se manifiesten y resplendezcan las luces y repetidas Misericordias con que el Soberano Sol de nuestro gran Dios y Señor , ha ilustrado y favorecido , no solo á los mas encumbrados montes , ricas minas , y hermosos prados de sus mas queridos y amigos , sino á este muladar asqueroso , sin merecerlo , sin que haya en mi cosa alguna digna de estimacion y alabanza , sino de vituperio y de desprecio ». ¡ Tan cierto es , segun leése en los Proverbios , que el justo es el primer acusador de sí mismo !

Y qué caso hiciese de todo linaje de distinciones y de honores , quien teníase en tan bajísimo concepto como el Siervo de Dios , bien se colige de la suma diligencia con que huyó siempre su humildad de los primeros lugares y mas lucidos concursos , á que lo llamaban de otra parte los títulos de Confesor y Consejero del Virey ; tanto que frecuentemente era necesario ir á buscarlo por los rincones , á fin de que ocupase el honorífico puesto que , como á tal, le correspondía , y que no aceptaba entónces sino en virtud de la Obediencia. Por cuyo amor tan solo , y no por ningun humano estímulo , aceptó , segun atras lo dijimos , el

noble cargo de Confesor del Exmo. Conde de Lémus ; lo propio que la gran honra de tener á su segundo génito en la fuente bautismal , y de que supo vengarse huyendo con pié lijero de los cortesanos plácemes , para irse á respirar de la congoja que tal muestra de acatamiento ocasionóle , á uno de los obrajes mas tristes del Barrio de San Lázaro , donde se encontraban reunidos los esclavos mas facinerosos de toda la Ciudad.

Pudiendo muy bien decirse , y sin ninguna exageracion, que, con la misma solicitud con que el Apostólico P. Francisco huia de la menor sombra de estimacion ácia su persona , procuraba tambien ser tratado de los demas como el último de todos : no habiendo consiguientemente nada mas caro á sus benditos ojos , que lo que hacialo aparecer tal ante la sociedad entera. Y de aqui ese santo anhelo de que en la Compañia lo tuviesen por incapaz , y despreciasen como inútil , que llevaba el buen Padre hasta el punto de rogar annualmente á sus Maestros que lo reprobasen en los Exámenes cual inhábil para los estudios , prometiéndoles tenerlos , mientras viviese , por sus mas grandes bienhechores: de aquí su tenaz empeño en no aceptar ninguna distincion honorífica , ni el título de Superior de los Desamparados , y de ser visto como súbdito aun del Hermano que lo acompañaba, sin cuya licencia nunca salia á la Calle: por esta razon buscaba siempre con tanto ahinco , cual centro de todos sus amores , á los Morenos mas infelices y asquerosos , que eran , segun él , sus mas semejantes, y los únicos á quienes podia ser útil en algo : por esto aquel afan de servir con sus propias manos á los pobres cuanto sobraba en el Refectorio : por lo mismo barria diariamente en per-

sona su Iglesia de los Desamparados, arreglaba los escaños, y aliñaba las alhajas del divino culto : y por lo propio , en fin , para poner algun término á nuestro decir , su empeño de no ocupar nunca el puesto honorífico que le correspondía cual Superior de los Desamparados , y de vestir como el último de todos los Hermanos.

Mas en vano procuró con tan heroicos medios rebajarse tanto á los ojos de los hombres , quien era tan caro á los de Dios ; pues como segun el Divino Espíritu , cuyas palabras no pasarán jamas : « El que se humilla será exaltado », esta misma humildad , que impulsaba al Ven. Padre á huir de la menor sombra de estima ácia su individuo , hízolo objeto , aun en este mundo , de la mas cordial é imperecedera veneracion de parte de los hombres , y , juntamente, de los favores mas señalados del Altísimo , que narraremos, con la posible prolijidad , para consuelo y emulacion de sus paisanos y devotos , en el siguiente Libro de tan gloriosa Vida.



LIBRO CUARTO



De los muchos y extraordinarios dones con que enriqueció el Padre de las misericordias á su fiel Siervo Francisco del Castillo.



CAPITULO I.

De los muchos y estupendos milagros que obró en vida el Siervo de Dios Francisco del Castillo.

El Padre de las misericordias, que, en sus designios de eternal sabiduria sobre sus hechuras, quiere no solo ser bendecido por sus Santos, sino ademas ser admirado en ellos de los hombres, mientras surcan aun el borrascoso piélago de la vida; ora en manifestacion de su poder sin límites, ora en sello de la santidad de sus escojidos, ó cual arras de la rica corona que apercibe á sus virtudes en la gloria, complácese tambien de continuo en hacerlos en cierto modo partícipes de su ciencia y de su poder: segun nos lo predican, á una, todos los gloriosos é innumerables heroes que la Iglesia Católica, única madre de Santos, con júbilo indecible, colma incesantemente de bendiciones sobre sus Altares.

Ahora bien, cuan liberal se mostrara el Omnipotente con su caro Siervo Francisco, al abrirle los tesoros de sus dones mas escojidos en pró suyo y de sus prójimos, de modo que fuese para el Cielo y para el Mundo un espectáculo digno de su gloria; es lo que, Dios mediante, nos propo-

nemos narrar, con la posible detencion, en el presente Libro: comenzando desde luego tan dulce tarea, por el sublime don de hacer milagros, que es el que mas alto habla á los humanos entendimientos, que páganse mas, comunmente, del fulgor externo que despide de sí algunas veces la virtud, que de la virtud misma.

Tantos y tan estupendos fueron los prodigios que en bien de los demas léese haber obrado el humilde y pobre Jesuita Francisco en el nuevo Mundo, ora invocando sobre el paciente, para ocultar su milagroso poder, el patrocinio de la Madre de las misericordias, ó con la señal de la Cruz, (de los cuales referiremos algunos de los mas extraordinarios;) que bien se le puede aplicar lo que el Evangelista San Lucas dice de Nuestro Señor Jesucristo: « Que pasó por la tierra haciendo bien á todos los necesitados, y sanando á todos los enfermos ». *Pertransiit benefaciendo et sanando omnes.* (Act. C. 10. v. 38.).

El Padre Juan de Goicochea, de una gran fuerza que hizo siendo estudiante Teólogo en el Colegio de San Pablo, se rompió una vena del pulmon; de cuyas resultas, despues de arrojar tal golpe de sangre, que todos temieron muriese en el acto, quedó afligido por una fiebre tenaz; sin que nada, ni aun los aires de la sierra, á muchos muy provechosos, fuera parte á libertarlo de su letal influjo. Tanto, que, restituido á Lima á los seis meses de enfermedad, y no dándole ya los Médicos sino pocos dias de vida, confortado con los últimos Sacramentos, esperaba por instantes la muerte, en uno de los violentos rebatos de que se veia de cuando en cuando acometido. En tan tristes circunstancias, segun acostumbraba hacerlo con todos los enfermos,

llegóse á visitarlo el Ven. P. Castillo, en junta del P. Pedro de Medina, estudiante entónces; el cual, lastimado del malogro de su querido Condiscípulo, díjole al Siervo de Dios: « Que le parece á V. R. esta lástima y pérdida de nuestro Hermano Juan? Ya el Hermano Espinosa, (que á consecuencia de un fiero tabardillo, veíase tambien en las últimas,) dicen los Médicos está mejor y fuera de peligro... » « Pues, Hermano Pedro, respondióle el Ven. Padre, cortándole el período, el Hermano Espinosa morirá, y el Hermano Juan espero en la SSma. Vírgen que ha de vivir ». Lo cual se cumplió en breve al pié de la letra; pórque recrudeciendo el mal y peligro del Hermano Espinosa, en pocos dias le quitó la vida: mientras que el Hermano Goicochea recobró milagrosamente la salud, segun se lo había asegurado el Siervo de Dios, con solo comulgar de sus manos en la Capilla de los Desamparados, y prometerle decir su primera Misa en aquel santuario; sin que en lo sucesivo, á pesar de haberse dedicado con ardor al ejercicio del púlpito, tan peligroso para quien padece del pecho, hubiera jamas sentido en mas de veinte años de fatiga, amenaza alguna de su pasada enfermedad.

Francisco Valdes, Músico de la Catedral, que asistía con amor y solicitud á las fiestas y Misas de la Capilla de los Desamparados, cayó enfermo con un tabardillo tan fuerte, que los Médicos ordenaron lo Sacramentasen sin demora. Atónito él á la repentina sentencia, y con el temor de la cercana muerte, hizo llamar al punto al Ven. Padre, para confesarse con él, y pedirle lo asistiese en tan doloroso aprieto — Pero no fué necesario lo último; pórque con su visita, el Siervo de Dios llevóle tambien la salud: que no fué otra

cosa el decirle « No temiese de nada; que diria una Misa á la Vírgen por él, y que luego veríase bueno, y podría acudir á cantar en los Desamparados, como acostumbraba »; pues al otro dia, en que el Siervo de Dios aplicó la Misa por su salud, hallóse el infeliz no solo libre de la maligna fiebre del tabardillo, sino ademas de tal manera sano, que á los dos dias pudo ir á cantar su agradecimiento a la Reina de los Angeles, que, por conducto de su Siervo Francisco, le había hecho tan singular favor.

Diego de Atienzo, platero célebre en los primores de su Arte, viéndose destituido de todo humano remedio para pasar la vida, por haber cegado, noticioso de que el Ven. Padre Castillo celebraba con solemne pompa la traslacion de la Vírgen SSma. del Colegio de la Compañia, á su nueva casa de los Desamparados, emvió á llamarlo, lleno de fé en sus méritos y oraciones, á fin de rogarle hiciese en su nombre un Novenario á la Madre de las misericordias; prometiéndole no faltar ningun Sábado á confesarse y comulgar en su santa Capilla, si tan liberal Señora le restituía la vista. Compadecido el Siervo de Dios de la amargura del triste Artesano, dióle gusto en lo que le pedia; y tan eficaces fueron sus plegarias á los ojos de la SSma. Vìrgen, que, yendo el caritativo Padre á visitarlo el último dia de la ofrecida Novena, tuvo el inefable consuelo de oirle decir: que comenzaba á ver la Cruz que siempre llevaba consigo; luego que lo veía á él con claridad; y, finalmente, cuanto lo rodeaba: de tal suerte, que despues pudo trabajar á la perfeccion, entre otras mil cosas, de reconocido, una joya muy rica de oro y diamantes para la Vírgen de los Desamparados.

Desahuciado por los Médicos de resultas de una arrebatada disenteria, y prevenido de los Sacramentos de nuestra santa madre la Iglesia, Francisco Velásquez, Sacristan del templo de Nuestra Señora de los Desamparados, se disponia ya á morir, cuando se allegó á su cabecera el Santo Padre Castillo; y, diciéndole: « Ea, en nombre de Dios, hijo, buen ánimo, que has de sanar », dióle un bizcocho y un poco de vino, que, hecha la señal de la cruz, le hizo luego comer y beber. Y ¡ oh portento ! al instante mismo le cesó al infeliz, con el desgobierno del estómago, todo peligro; y, recobrados, en breve, los alientos, pudo vacar de nuevo, muy pronto, á sus antiguas ocupaciones.

A Fray José Velásquez, H. Donado de Nuestra Señora de las Mercedes, hijo del susodicho Sacristan, no contando aun sino tres años de edad, mientras travesеaba en la plazuela de los Desamparados, le pasó por encima una carroza, de suerte que todos los circunstantes diéronlo por muerto en el acto. A los gritos que alzaron entónces, unos de lástima, y otros de enojo, acudió á él el Ven. Padre, que afortunadamente se hallaba allí; y con solo invocar en su ayuda el nombre de Jesus, y echarle en forma de cruz la bendicion, cuando llegáronse en tumulto á reconocerlo los presentes, lo hallaron, con maravilla universal, no solo vivo, mas sin lesion alguna en todo el cuerpo.

En el Hospital de San Bartolomé, de dolor de costado, tabardillo y lipidia juntamente, Francisca de Argote, Morena Criolla, recibido ya el Santo Viático y la Extrema Uncion, veiase cercana al último trance, sin que Médicos ni Enfermeros hallasen remedios que aplicarla, por no poder ya la paciente pasar bocado, ni gota de agua. Llevado de su cari-

dad, ó mas bien de su reconocimiento el Siervo de Dios, (pues de mucho le habia servido la moribunda en el Ministerio del Baratillo con sus limosnas y sus manos,) entró á consolarla, ó, por mejor decir, á pagarle con una sanidad milagrosa sus pasados servicios y asistencias. Pórque, sin mas que haberle puesto entónces el Ven. Padre la Cruz sobre el rostro y en el cuerpo, (que pareció á la enferma muy pesada,) y recojídose á hacer oracion por ella cosa de un cuarto de hora, diciéndole, al retirarse, que confiara en Dios; immediatamente se recobró de modo, que pudo luego hablar, comer, y dormir toda la noche, con tanta serenidad, que, al dia siguiente, (como lo jura ella misma,) vióse buena y sana, con gran suspension de los oficiales del Hospital y de los demas enfermos, que no tenian cuando acabar de bendecir al Señor por tan repentina como no esperada salud.

A Don Simon de Arellano, por asistir á una de las Procesiones que el Ven. Padre hacia todas las tardes de Carnestolendas, le cayó en la pierna izquierda una valiente erisipela; cuyo agudo dolor lo obligó á hacer cama, de donde no podia ya moverse. Acreciόle el mal la poca pericia del Cirujano, quien, viendo mas elevada la hinchazon en una parte, la calificó de apostema, abriéndole sin mas exámen á punta de lanceta, una gran boca, de que no sacó sino saagre, y el dejarle la pierna al infeliz paciente en peor estado que ántes. En esta afliccion fué á verlo el Siervo de Dios; y, con la risa en los labios, le dijo al entrar: « Ea, buen ánimo, que mañana irá á la Procesion del Baratillo á pedir la limosma del Santo Cristo; » y, acercándose á él, despues de echarle en la parte enferma el vaho de su boca, le puso encima la

Cruz que traia en la mano : con lo que, sin ser necesaria otra diligencia, al dia siguiente levantóse de la cama, como si tal enfermedad no hubiera padecido jamas ; y salió, para colmo del prodigio, á pedir por la Procesion la mencionada limosna.

El Alférez Diego de Mondragon enfermó con una lipidía mortal, á juicio de los Médicos, que no le daban ya sino dos horas de vida. Hecho su testamento, y recibidos los últimos auxilios de la Iglesia, hizo llamar al Siervo de Dios, á fin de morir en sus manos, y encomendarle su alma, y juntamente el cuidado de su esposa é hijos. Sin pérdida de instantes, acudió el Ven. Padre á su llamada, y con él la salud ; pórque habiéndole puesto sobre el rostro la Cruz que traia siempre consigo, y quedádose suspenso cosa de un cuarto de hora, cuando volvió del éxtasis, con semblante alegre lo consoló diciéndole : « No moriría de aquella enfermedad ; pues Dios lo guardaba á fin de que hiciese las puertas de la nueva Iglesia de los Desamparados ». Sucediendo una y otra cosa al pié de la letra : pues, desde aquel mismo instante, comenzó á mejorar el Alférez con tanta prisa, que en poco estuvo bueno ; y de ahi á tres años, cuando emprendióse la nueva fábrica de los Desamparados, hizo las puertas del templo, segun con luz profética se lo habia anunciado su salvador.

Y á una hija de dicho Alférez, llamada Polonia, muy enferma de unos tumores en la garganta, con solo ponerle encima el Ven. Padre su milagrosa Cruz, la dejó buena y sana : al paso que á un hermanito suyo, recien nacido, (habiéndose impuesto de que la madre, por escacez de leche y de recursos, no podia alimentarlo,) con igual expediente,

diciéndole : « Que Dios la remediaria , » dentro de dos horas lo hizo dejar de existir en este mundo , para que tomase asiento en el coro de los Angeles.

Habiendo ido como suplente á la Escuela de los Desamparados el H. Andres de Róbles , quien , desde mucho tiempo atras , padecia de terribles ahogos , ocasionados por una asma que traíalo constantemente sin respiracion, y en continuo susto de la vida ; viólo allí el Ven. Padre , por su buena estrella , en una ocasion en que fué á visitar á sus amados niños. Y como le dijese dicho Hermano , al darle el Siervo de Dios las gracias por la solicitud con que asistia á su enseñanza , que , aunque le doliese , le era imposible seguir atendiéndolos , por el terrible desasosiego en que lo tenia su enfermedad : « Encomendémoslo á la Santísima Virgen, (replicóle el Ven. Padre) que yo tambien padecí ese mal , y esta Divina Señora , usando conmigo sus misericordias , me lo quitó ». Asi prometióselo hacer el buen Hermano Andres; y , lo que hizo de su parte el bendito Padre , bien se conoció en que , desde entónces, no vióse ya mas aquél afligido por tan penoso accidente.

Doña Catalina Mesia, mujer del Capitan Francisco de Leon, y Sacristana de la SSña. Virgen de los Desamparados , cayó enferma de mucho peligro con un dolor de costado de los mas temibles , en circunstancias que la efigie de tal Señora habia de salir en Procesion para la extrena de su nuevo templo. Y sintiendo el Ven. Padre en el alma , que no se la vistiese y adornase Doña Catalina , como en otras ocasiones , se llegó á verla en el rigor de su mal ; y con su vista, y haberla dicho por dos veces : « Tuviese fé , que en breve sanaria ; pórque la SSña. Virgen habia de salir adornada

de sus manos », al instante comenzó á mejorar rápidamente; y en breve estuvo del todo buena : de suerte que pudo componer ella misma la santa Imágen para la próxima fiesta, como el santo Padre se lo profetizó.

El H. Juan Antonio Inga, Donado de la Compañia, jura : que, siendo aun seglar, estuvo enfermo de unas pegajosas calenturas; y que, encontrando al santo Padre Francisco por la calle, con solo besar entónces de rodillas la Cruz que siempre llevaba consigo, y ser signado con ella, quedó al punto bueno y sano.

Finalmente, para no hablar de otros muchos prodigios que obró en Lima el bendito Padre, atribuyéndolos siempre ó á tan soberano madero, ó á la sola intercesion de la Madre de las misericordias, pondremos punto á este Capitulo con referir el siguiente, que es al propio tiempo uno de los mas estupendos, que operara en vida el Siervo de Dios.

A Doña Agustina Vera, Señora venerada en toda la Ciudad por sus sublimes virtudes y trato intimo con Nuestro Señor, que era hija espiritual del Ven. P. Castillo, sobreviniéronle tan intensos dolores en todo el cuerpo, que no solo la obligaron á hacer cama por mas de seis meses, sino que ademas le afligieron la cabeza de modo que no era dueño de seguir sus ejercicios de oracion, ni de frecuentar, como ántes acostumbraba, los Sacramentos. En tan triste estado, peor para ella que la muerte, volvió sus afligidos ojos al Siervo de Dios, rogándole que le obtuviese de la SSña. Virgen, no la sanidad, sino alguna tregua en sus dolores, á fin de poder pedir al Señor misericordia de sus faltas, y recibirlo Sacramentado; aunque despues doblasen de energia é intensidad en atormentarla — Ofrecióselo hacer asi el Ven. P.

Francisco ; y volviendo otra dia á verla , aseguróle : « Que de alli en adelante podria ya levantarse , ir á la Compañia á sus ejercicios de Oracion , y frecuencia de Sacramentos , sin sentir ningun achaque ; pero que, en cambio , en lo demas del dia que le sobrase de sus prácticas piadosas , se revistiese de paciencia para sufrir de tropel sus antiguos dolores ». Y ¡ oh virtud portentosa de la mediacion de nuestro Francisco ! desde aquel mismo instante , con indecible maravilla de los Médicos , pudo la buena Señora renovar todos los dias de su santa vida , el gran prodigio de repetir sus idas al Colegio de San Pablo , sin experimentar el mas ligero dolor ; quedando desde que entraba en su casa tan postrada , que ni aun siquera tenia fuerzas para pronunciar una Ave.



CAPITULO II.

Del don de Profecia con que ilustró Dios al Venerable Padre Castillo

Sobre manera particular fué la luz, como todo don perfecto venida de lo alto, con que el Padre de las lumbres esclareció la mente de su Siervo Francisco, y á cuyos penetrantes rayos, ni los dobleces mas ocultos de los corazones, ni la distancia de los sucesos en el espacio, ni la contingencia de ellos en el tiempo, fueron parte á esconder unos ú otros á sus amorosas miradas: segun lo publican mil y mil hechos análogos, y á cual mas maravilloso, que obran en los Procesos formados para su solicitada Canonizacion.

Mas siendo por la abundancia y variedad admirable de ellos, casi imposible dar á conocer debidamente en un solo y reducido Capítulo, cuan extraordinario era el espíritu profético que animaba al bienaventurado Apóstol de Lima, trataremos á parte, con la posible brevedad, as del don de predecir las cosas futuras, cuanto del de ver las lejanas, y de escrutar los corazones, que, con tanta gloria del Señor, resplandecieron juntos, y como á porfía, en él, y

que tan merecidamente le granjearon nombre de Profeta en la opinion de sus conciudadanos.

Y como mas que suficientemente hemos hablado hace poco, de las sanidades desesperadas, predichas por el Siervo de Dios, y conseguidas como por encanto cuando la humana ciencia se juzgaba mas impotente para obtenerlas, y la muerte mas segura de su víctima: daremos, sin otro preámbulo, principio á nuestra relacion, con la de las muertes asi repentinas, como naturales que, á mas de uno, con luz prefética, anunció el Ven. Padre Francisco, y que tan á la letra realizáronse á su tiempo.

Fuera del inesperado fin del H. Espinosa, predicho por el Siervo de Dios al propio tiempo que la milagrosa sanidad del P. Juan de Goicochea; predicando en el Baratillo, profetizó tambien no pocas muertes desastrosas, con escarmiento de todos los que presenciaron ó supieron el terrible anuncio y su puntual ejecucion. Entre otras, ponderaba una tarde el Ven. Padre, lleno de santo celo, el descuido tan grande en que viven los hombres, sin acordarse de la rapidez con que se les acerca la muerte; y señalando ácia el lugar donde le oia el L. D. Juan Mesia: « Uno me está oyendo, (dijo,) que ántes de las ocho de la noche, habrá ya dado cuenta á Dios ». Asustóse muchísimo el Licenciado á tal anuncio; y volviendo el rostro atras para averiguar mejor con quien hablaba, reparó en que tenia á sus espaldas un Pardo cedacero; el mismo que ¡ oh asombro ! un momento despues de la hora indicada, supo habia sido muerto á puñaladas en la puerta de su casa.

» Una de las personas que me escuchan, dijo otro dia, dirigiéndose á un grupo de mujeres, (las cuales mi-

ráronse unas á otras con espanto) no sabe cómo al subir el puente , la han de matar á puñaladas ». Poco tardó en cumplirse el terrible pronóstico ; pues , como lo depone una de dichas mujeres , no bien acabóse el sermon , cuando supo que en el puente había sido asesinada pocos momentos ántes , una mujer , que reconociò por sí misma ser de las que estaban con ella en el Baratillo ».

Mas no solo en este teatro de sus glorias , pero tambien en muchas otras circunstancias, hizo el Siervo de Dios análogas predicciones : pudiendo servir de ejemplo las siguientes.

El L. D. Pedro de Landaverde , que , bien sabía cuanta era la virtud del Siervo de Dios, rogóle, pidiese al Todopoderoso la salud de una Negra que tenía muy enferma de dolor de costado. Mas , contra su expectativa , le respondió el Ven. Padre : « Encomiéndela V. Md. á Dios , que no tiene remedio , y no se ha de levantar de la cama » ; como sucedió , palabra por palabra , sin que ningun auxilio humano fuera potente á darle la vida.

Cuando todos los Médicos juzgaban fuera de peligro al ilustre Limeño Dn. Alvaro de Ibarra, intempestivamente se allegó el Ven. P. Francisco al P. Pedro López , que lo asistía , y le dijo : (con tal seguridad , que este no puso un momento en duda fuera una profecía) « Aconseje V. R. al Sor. Dn. Alvaro que salga pronto de la Ciudad, porque si no lo hace , ciertamente ha de morir. » Hízolo así el P. López : mas habiéndose opuesto los Médicos á que cambiara aires , y quedádose el enfermo en Lima , á pesar del aviso del Siervo de Dios , muy en breve reconocióse que, mas que la humana ciencia,

vé la divina ; pues volviéndole con mayor fuerza el mal, apresuradamente le arrebató la vida.

Don Francisco de Castro, indio, Músico de la Catedral, en circunstancias que los jueces se proponian castigar severamente una rebelion de los indígenas contra la corona de Castilla, temiendo ser tratado como rebelde á pesar de su inocencia, expuso sus inquietudes al V. Padre Francisco; quien no solo le dijo entónces: que no se afligiera, pues no lo molesterian absolutamente; sino que ademas le aseguró que, de todos los que iba prendiendo la justicia, solamente ocho moririan. Como en efecto aconteció; porque sustanciada la causa, ese solo número fué condenado á la horca, como principales maquinadores de la frustrada revolucion.

Finalmente, á un inmundo lujurioso, que, al pasar el Siervo de Dios por el puente, de vuelta del Baratillo, sacó, ciego de ira, la daga para apuñalearlo, pórque habia librado de sus asquerosas garras á muchas infelices Magdalenas; asi, con luz profética, avisado sin duda por su Angel, lo reconvino terriblemente el santo Jesuita: ¿ « Qué intentas hermano? Teme á Dios, y prevente, que dentro de tres dias habrás ya muerto ». Y tan espantosa fué la voz del Ven. Padre al amenazarlo de esta suerte, y tal el espiritu que le dictó semejante amenaza, que hizo temblar como un azogado á su asesino, de guisa que al punto cayósele el acero de la sacrilíga diestra, incapaz aun de empuñarlo; y, lo que es mas asombroso todavia, ántes de expirar el breve plazo, quitóle al menguado la vida, para escarmiento de la impiedad, Quien nunca deja sin castigo,

y sin un castigo tremendo, la paciencia maltratada de sus Santos.

Mas no se juzgue por esto, que á tal género de predicciones se limitasen las profecias del Siervo de Dios en lo tocante á sucesos cuanto futuros, contingentes; pues tambien predijo, con luz idéntica, á quien el estado religioso, á quien empleos y dignidades eclesiásticas, y á quien, por último, otro muchos acontecimientos prósperos: segun se verá en lo restante de este casi dimidiado Capítulo.

Desconsolado el Maestro de Campo Dn. Francisco Mesia, por haber sabido, de buen origen, que la Vireyna queria á toda costa para otro Caballero el Corregimiento de Guánuco, que él solicitaba del Virey Conde de Santistévan, fuése á confesar cierto dia con el Ven. Padre Castillo. Quien, ántes de que el dicho Maestro de Campo le hubiera abierto su corazon, ni soltado palabra alguna acerca de la congoja en que se hallaba, le comenzó á decir, como impuesto de todo: « No se desconsuele V. Md. que el Señor Virey le ha de dar el Corregimiento de Guánuco, y ha de ir á él, porque así lo quiere la SSña. Vírgen ». Y declarándole entónces Dn. Francisco el empeño de la Condesa, y cómo el otro Caballero se apercibia ya á partirse para el mencionado Gobierno. « No obstante todo ello, respondióle el santo Padre, V. Md. esté cierto que ha de ir allá ». Y así se verificó contra toda humana probabilidad: pues llegado el dia de proveer aquel Corregimiento, llamó el Virey á dicho Maestro de Campo, é hízolo Corregidor de la Ciudad de Guánuco, conforme el Siervo de Dios se lo habia profetizado.

A Don Miguel de Vilches, que mostrábale un decreto

Supremo , en que se le encargaba de la curacion de los Indios del Hospital de Potosi , ya dispuesto todo para su partida , le dijo el Siervo de Dios , sonriéndose : « Pues no há de ir V. Md. á Potosi , que el Señor le quiere salvar en la Compañia de Jesus[1] ». Mas Don Miguel , que , atento solo á buscar medios de vivir mejor, en nada pensaba ménos por entónces que en hacerse Religioso , despidióse del Ven. Padre sin dar crédito alguno à sus palabras; que pronto se realizaron sin embargo puntualisimamente. Pues , deshéchose el arreglado viaje , entró el dicho caballero en la Compañia , de su Coadjutor : estado en que murió , sirviendo ántes con mucho edificacion en el Colegio de Trujillo.

Una cosa parecida , aconteciòle tambien à Don Juan de Vergara, mas tarde Religioso del Orden Seráfico. El cual , como hubiese ido de la Ciudad de Potosi , donde estaba acomodado , ganando cada dia 205. pesos, à la de Lima , con el único fin de emplear su caudal , que pasaba ya de 20,000. oyó por acaso al Siervo de Dios en el Baratillo; con tanto fruto de su parte , que , movido de la eficacia de las palabras del Ven. Jesuita , decidióse á hacer con él una confesion general de toda su vida , á fin de mudar de costumbres y aviarse por el camino de la eterna salud. Pues pidiéndole dicho Caballero al Ven. Padre un dia de los en que acostumbraba ir á buscarlo , que le echara su bendicion , porque partiase de ahi á poco á Potosi , decididamente dijole : « V. Md. no volverá á Potosi , sino que acá se quedará ». Mas Don Juan , no obstante tal dicho , y la fé que le merecia varon tan santo [2], juzgando no era posible deshacer su viaje , puso en obra todos los medios à fin

de realizarlo luego luego. Pero sin llegar nunca á conseguirlo, ni por mar, ni por tierra; cual si todos los elementos conjurado se hubiesen en impedirle la vuelta. En tales circunstancias, volvió á ver otro dio al Ven. Padre Castillo, el cual á renglon seguido, le dijo: « Ea, no se canse V. Md. que no ha de volver á Potosi: tenga unos ejercicios en nuestro Noviciado, para lo que el Señor dispusiere de su persona ». Hízolo asi entónces Dn. Juan; y ¡ oh asombro! salió de ellos tan cambiado y otro, y con ideas tan distintas de las que ántes abrigaba, que, diciendo « adios » al Mundo, vistióse el Hábito de Franciscano en Lima: donde terminó su mortal carrera, segun por dos veces el Ven. P. Castillo se lo habia profetizado.

Al P. Fray José de la Madre de Dios, Religioso de N. Señora de las Mercedes, siendo muy niño, le dió el santo Padre Francisco, en premio de lo bien que respondido habia un Domingo á las preguntas que hízole sobre la Doctrina Cristiana, una imágen del Ven. P. Fray Pedro de Urraca, insigne gloria de aquel Orden, diciéndole: « La guardase y estimase en mucho, y tuviera gran devocion con él; pórque habia de ser Religioso de su mismo Orden ». Conforme se verificó despues, ál pié de la letra, á pesar de que entónces como él mismo lo declara, no se le pasáse tal cosa por el pensamiento.

En la primera probacion de la Compañia de Jesus, hallábase el H. Antonio Gonzáles de Acuña; cuando viéndolo acaso el Siervo de Dios entre los Novicios, con profética luz le dijo: « El Señor no te quiere para Jesuita, sino para Obispo y Prelado de su Iglesia ». Quien, habiendo comunicado al P. Rector semejante anuncio del Ven. P. Fran-

cisco, (tal era la fé con que se oian sus palabras ,) dejó al punto la Compañia de Jesus por la Religion de Predicadores ; ó mejor diriamos por el Obispado. Pues habiendo sido el desempeño de la Provincia Dominicana del Perú , y solicitado en Roma , como su Definidor , los honores y culto de Santa á su ilustre Compatriota Rosa de Santa Maria ; en remuneracion de sus claros méritos , fué , de ahi á poco , exaltado á la Silla Episcopal de Caracas , segun el Siervo de Dios habiaselo predicho largos años ántes.

Dos dias ántes de la celebracion del Capitulo de los Religiosos de N. Señora de las Mercedes , encontrando el Ven. Padre Castillo , á Dn. Francisco Mesia Ramon , le dijo : « El P. Maestro Fray Francisco Mesia , hermano de V. Md. ha de ser Provincial en este Capitulo ». Imposible pareció á dicho caballero tal cosa ; tanto por constarle que su hermano habia hecho una peticion en que renunciaba sus grados , privándose de voz activa y pasiva en las elecciones ; cuanto pórque el Conde de Alva , (entónces Virey del Perú ,) tenia hecho empeño con el P. Vicario General para otro P. Maestro : y asi declaróselo , sonriendo , al Ven. Padre. Quien , despues de callar un rato, no replicóle otra cosa , sino : « Todo lo puede Dios ». Y los hechos comprobaron, una vez mas , que solo el Todopoderoso es el único árbitro y dispensador de cuanto existe; pues, contra todas las humanas probabilidades, fué electo unánimemente Provincial el P. Maestro Mesia , por la voluntad del Señor. Segun lo confesaba á todos el mismo P. Vicario , asegurando : que la eleccion no habia sido suya, sino de lo alto ; pues aun cuando ántes inclinábase á complacer al Exmo. Conde de Alva , desde que se recojió á las funciones Capitulares , no habia

tenido arbitrio para pensar en otro que en el P. M. Mesia, por el cual, á una simple indicacion suya, declaráronse tambien luego todos los P. P. vocales.

Al P. Fernando Tardio, mientras era Ministro del Colegio de S. Pablo, repitiòle varias veces el Siervo de Dios, cómo en acabando el oficio, habia de ser su Compañero en los Desamparados: lugar que le desagradaba tanto á dicho Padre, que ántes preferia irse à Sta. Cruz de la Sierra que á él; por lo mucho que le atemorizaba, atentos sus achaques de cabeza, la vecindad del Rio. Mas vióse cojido providencialmente entónces en tal estrecho, ó de continuar el cargo de Ministro, que le era incomportable, ó de ir á los Desamparados, que tuvo que optar por esto último y ponerse à las órdenes del P. Castillo, no obstante su antigua repugnancia, que cambióse despues en singular contentamiento.

Mas de trece años, contaban ya de casados el Capitan Juan del Pando, y Da. Isabel de Acevedo, sin haber logrado en tanto espacio un solo fruto de su enlace; á pesar de desearlo ámbos ardientemente, y de pedirlo Da. Isabel con mil rogativas al pródigo Dispensador de todas las gracias. Cuando encontrándola un dia el Ven. Padre en Palacio, de buenas à primeras, y con insólito aire de gozo, preguntòle: ¿ « Cómo le vá à V. Md. de Preñado » ? A lo cual ella, (que sentía en lo vivo el verse infecunda,) con algun enfado, le respondió: « Y quien le ha dicho á V. R. que lo estoy » ? Tenga fé (replicóle el Siervo de Dios,) y esté cierta de que lo está: pues por intercesion de la Sma. Vírgen, ha de parir V. Md. un hijo con toda felicidad, que llamaráse José, en honor de su Santo Esposo,

á quien lo voy á ofrecer ». Cumpliéndose en la nueva Ana, puntualmente, la profecia de estotro Embajador celeste: pues, à los pocos meses, dió á luz aquella, sin el mas mínimo contratiempo, un hermoso niño á quien pusieron por nombre José, y que mas tarde fué Contador Mayor del Tribunal de cuentas de la Capital.

Subiendo una ocasion el Ven. Padre por la escalera pequeña que lleva al Coro alto del Convento de N. Sra. de las Mercedes, en busca del Rmo P. M. Fray Francisco Mesia, inmutado el semblante de repente, y ardiendo en divinas llamas, prorrumpió en estas proféticas expresiones: « Aquí está Dios, y en este lugar tiene un gran tesoro escondido ». Lo propio que, poco mas ó menos, repitió otra vez al bajar, diciéndole á aquel Prelado, con igual espíritu: « P. Maestro, por esta escalera voy con tanta veneracion, que quisiera besar sus escalones, uno por uno ». Y aunque de pronto no lo comprendiesen los que lo escuchaban, reconocieron despues el espíritu que lo movia, al ver una celdica, que cae debajo de la mencionada escalera, convertida en Oratorio nocturno de la Religion, y todo aquel lugar en místico teatro de los ejercicios de penitencia mas diversos y rigurosos.

Ni fueron tampoco, finalmente, ménos ilustres que las anteriores, las Profecias que el Siervo de Dios hizo á cerca del templo de los Desamparados, doce años ántes de que se pensara en erigirlo. Pues estando un dia á la vista del sitio que ahora ocupa, se lo describió, tal cual existe, parte por parte, como presente, á su hijo de espíritu y amigo Don Francisco Mesia; lo propio que la suntuosísima procesion que habia de hacerse, cuando se ultimase, bajo los auspicios del gran Virey, cuya venida dejó profeti-

zada el V. P. Fray Pedro Urraca; terminando por decirle: (pues dudaba Don Francisco tener vida para entónces) « Lo veremos todo y lo gozaremos, y V. Md. muchos años ». Profecias, que se cumplieron al pié de la letra, en 1672., gobernando el Vireynato el Exmo. Conde de Lémus; digno é ilustre vástago del glorioso San Francisco de Borja, por su grande alma y su piedad, y por los inmensos bienes que hizo al Perù en su tan corta cuanto benéfica gobernacion.



CAPITULO III.

Vé el Ven. P. Castillo las cosas lejanas como si presentes estuvieran á sus ojos

Que el Ven. Padre Castillo que tan extraordinario fué, segun lo hemos visto no hace mucho, en predecir lo futuro, poseyese tambien con igual plenitud, el otro don profético de ver las cosas distantes con la misma claridad que las cercanas sometidas del todo á la accion de los sentidos, máxime cuando iba en ello la gloria de Dios y el bien de las almas; en alta voz lo publican, á cuantos no quieran cerrar los ojos á la luz de la verdad, los siguientes é incontrastables hechos, bebidos en las fuentes mas claras y fidedignas.

No bien arribado á Portobelo, el Exmo. Conde de Lémus, que venía de España para Virey del Perú, escribió al P. Provincial de la Compañia de Jesus de Lima, á fin de que á su Confesor, que lo era el P. Juan Ignacio Dávila, se le dispusiese aposento en la Casa de los Desamparados, por ser la mas inmediata al Palacio de los Vireyes. Dijéronselo al Ven. P. Castillo; é inmediatamente se brindó á ceder al instante su humilde celdita, á fin de

que al efecto se le diera nueva forma y mayor capacidad, allanándose á trasladarse á S. Pablo, desde donde seguiría yendo como ántes, mañana y tarde, á sus ministerios. Mas habiéndose dado órden de que comenzasen los trabajos luego que el Siervo de Dios saliera de los Desamparados; y pasándose los dias sin que lo verificara, cual si olvidado hubiese lo que habia prometido; el P. Ignacio de las Roelas, Rector entónces de S. Pablo, extrañando su demora, le dijo un dia: « P. Francisco ¿ cuando nos venimos, al fin, para que haya tiempo de disponer el Aposento? » Ya no es menester, (respondióle el último) porque el P. Juan Ignacio no ha de vivir en los Desamparados ». Perfectamente entendió el P. Rector lo que queríale significar con semejantes palabras su santo hermano; asi es que no instó mas. Y si hizo bien, á no, en creerle, el hecho manifestóselo muy pronto; pues ántes de un mes, le llegó el aviso, de cómo en Portobelo, (distante de Lima mas de 500 leguas,) habia entregado ya el alma á Dios dicho P. Juan Ignacio Dávila, á consecuencia de unas furiosas sincopales.

Cuando en el año de gracia de 1656. á vista de Cádiz, mandó el Almirante dar fuego á cinco bajeles españoles, salidos de Cartajena; y ántes morir como honrados, que enriquecer con el tesoro de España al enemigo Inglés: á la misma hora en que acontecia tan lastimoso extrago, violó patente el Siervo de Dios, por su divina misericordia, que lo empeñaba asi á ayudar con sus oraciones y sufragios á quienes tan honradamente perecieron; segun súpose despues por Don Francisco Mesia Ramon, á quien el mismo V. P. comunicóselo, como á amigo suyo é hijo espiritual.

Hacia tres dias que faltaba de su casa un hijo del Alfé-

rez Don Diego Mondragon , sin que , por mas diligencias que hicieran sus Padres , hubiesen podido tener la menor noticia suya ; cuando , en lo mas duro de su congoja , la madre Doña Clara Bermúdez , que era hija de espíritu del Siervo de Dios , acudió á él , como á su oráculo mas cierto y último recurso , emviándole á decir la larga ausencia de su hijo , y el desasosiego en que la tenía , y que lo encomendase á Nuestro Señor. Pero no fué necesario tanto ; porque al punto contestóle el V. P. : « Que no se afligiesen, y mandasen al Puerto del Callao , donde hallarían á su hijo , que quería asentar plaza de soldado ». Y fué así en verdad ; pues partiéndose , sin demora , el Alférez Don Diego al indicado lugar , encontró á su hijo en las circunstancias que el Siervo de Dios les había descrito con espíritu profético.

La Madre Juana Teresa de la Cruz, Supriora primero en en el Cármen Antiguo de Lima , y despues Fundadora y Supriora en el de Guamanga , encontrándose sobre modo afligida , á consecuencia de la nueva que llegó á la Capital, de que sus padres habían muerto en la Provincia de Arriba , llamó al V. P. á fin de desahogarse con él en tan vivo dolor , y ver si con la uncion sus palabras , le volvia la perdida paz del alma. Oyóla el Siervo de Dios narrar su amargura desecha en lágrimas , y con gran serenidad y mayór certidumbre le dijo : « No se me desconsuele , hija mia , que sus padres viven , y en breve vendrán á esta Ciudad , y tendrá el gusto de verlos y abrazarlos » ; y así lo vió por sus propios ojos cumplido en efecto dicha Madre Supriora , mucho ántes de lo que se imaginaba.

Rogó al Siervo de Dios , Don Francisco de Castro , Músico de la Catedral , que ofreciese un Novenario á la SSma.

Virgen por la salud de un hijo que tenia en Guacho sin esperanzas de vida. Prometióselo hacer así el Ven. Padre, y al tercero dia le dijo : « Que no se afligiese , por que ya su hijo estaba bueno , segun al dia siguiente lo veria por una carta de su mujer » , que en efecto recibió , anunciándole quedar el niño en completa salud.

La Hermana Gertrùdis de los Reyes, de las primeras fundadoras del Recojimiento de las Amparadas , que tenia el cuidado de asistir á las mujeres que de fuera entraban á prepararse con algunas dias de ejercicios para la Confesion general , prestó á una de ellas su diciplina y cilicio , á fin de que se mortificara un poco en aquellos dias de salud ; la cual , terminados estos , llevóse consigo dichos instrumentos , ó por olvido , ó para tener con que defenderse afuera de las insidias del Mundo. Pues no bien tuvo lugar este hecho , cuando hé aqui que el Ven. Padre Francisco llama á dicha Hermana, y la reprende por haber dado su diciplina y cilicio , diciéndole : « Que el buen soldado nunca deja las armas de las manos ; y que ahi le traia otras á fin de que se previniese pórque el Demonio (como sucedió) la habia de perseguir mucho por echarla de la casa de Dios ».

En casa de Doña Isabel Caicedo Maldonado , tuvieron una noche tan tremendo disgusto Don José Carillo y Doña Ana Maria de Andrade , su esposa , que , sin que bastara á sosegarlos Doña Isabel , determinaron descasarse. Ambos eran muy devotos del Ven. Padre Castillo , quien , no hay duda , tuvo luz de aquel rompimiento ; porque el dia siguiente , muy de mañana , ántes de que nadie hubiese podido informarle de lo sucedido , se les entró por sus puertas , y hablando á solas con cada uno de ellos , reprendiólos con tal

suavidad y eficacia de razones, que acabó por dejarlos del todo conformes y pacíficos.

Tambien compuso igualmente, y no solo una, sino en tres distintas ocasiones, á dos criadas de dicha Doña Isabel Caicedo, que en otras tantas veces habian reñido ántes entre sí, y tratádose muy mal; llamándolas, cuando ménos esperaban ser descubiertas, y haciéndoles se pidieran mutuamente perdon de la poca caridad con habianse tratado, y que reconciliasen, por amor de Dios, las encontradas voluntades.

Pero sobre todos los expuestos, admirables son los casos que ponen fin á este Capítulo; así por las prodigiosas circunstancias que fueron compañeras de la extraordinaria y clarísima luz de la vision que tuvo de ellos el Ven. Padre Castillo; cuanto por los saludables efectos que de ella se derivaron en bien de algunas infelices almas, que ya tenia por suyas el infernal Enemigo de nuestra especie.

Al ir á visitar un dia el Siervo de Dios á los enfermos del Hospital de S. Bartolomé, se puso á hacer oracion delante del Santísimo Sacramento, en la vecina Iglesia. Mas no habian corrido aun sino unos pocos minutos, cuando levantándose de ahí sobre manera sobresaltado: « Ea, vamos, Hermano, (díjole á su Compañero,) que otro dia visitaremos los enfermos ». Y, sin perder tiempo, encaminóse á un obraje sito en el otro extremo de la Ciudad, cerca de la Alameda, donde halló á un miserable Negro, (cuyas pésimas intenciones habia descubierto sin duda en la oracion) que, habiéndose apretado, por insidias del Demonio, un dogal en el cuello, batallaba con las agonías de la muerte; y al cual volvióle al punto el santo Jesuita no solo la vida

del cuerpo, quitándole de la garganta los cordeles que aceleradamente le iban hurtando la respiracion; sino tambien la de la alma, mil veces mas preciosa, con darle á conocer el ciego engaño, que lo arrebataba al Infierno, y lograr la inefable victoria de confesarlo con muchas lágrimas y sinceros propósitos de vivir cristianamente en lo futuro.

En otra ocasion, oraba el Ven. Padre ante el trono de la Reina de todo lo criado, cuando por luz que recibió de aquella fuente de claridad divina, partióse luego, como un rayo, al obraje del S. D. Gil Cabrera, Presidente despues de la Real Audiencia del Nuevo Reyno de Granada, donde sorprendió tambien á otro infeliz Negro, que trataba de ahorcarse con unos delgados cordeles, por huir de la prision y tareas del Obraje, imaginándose que en el Infierno no sería ya esclavo de ninguno. Y de tal modo supo ganarle el Siervo de Dios la extraviada voluntad, con aquellas dulcísimas palabras que el Espíritu Divino pone en boca de sus Santos, que, arrepentido el mísero de su infernal conato, acabó por confesarse muy satisfactoriamente con él, y echarse luego á los piés del Mayordomo, á quien hasta entónces aborrecido habia de muerte; transformado ya, gracias al santo Jesuita, en un mansísimo cordero.

Por último, en la Cárcel de la Capital, un Indio, condenado á la horca, se atrevió á esconder en su seno, con mano sacrílega, la santa Forma en que le dieron la comunion; juzgando, en su ignorancia, salvar su amenazada existencia de las garras de la Muerte, con sacarla al dia siguiente al pié del patíbulo, y apellidar allí la Iglesia en su socorro. Mas no bien cometiera tan atroz delito el desaconsejado Indio, cuando hé aquí que sale á prisa el Ven. Padre

Castillo de los Desamparados , y encontrando en los portales del Cabildo al Alguacil Mayor Don Nicolas Torres : « Véngase , (dijole) véngase conmigo Señor Don Nicolas ». Siguiólo en efecto el Alguacil, y entró con él en la Capilla interior de la Cárcel ; donde , haciendo ántes despejar de gente la pieza , arrodillóse el Siervo de Dios á los piés del Indio ; y , despues de reprenderle su gran temeridad , pidióle le entregase la Sacrosanta Forma que tenia oculta. Mas no consiguiendo nada el Ven. Padre del renitente Indio con sus caritativos ruegos é instancias, le dijo entónces al Alguacil Mayor : « Pues , Señor Don Nicolas , dentro del pecho tiene este miserable escondida la Hostia que , al comulgar esta mañana , atrevióse á sacársela de la boca, y la ha guardado ». Aquí fueron las formales amenazas del Alguacil, asegurándole á aquel: que, si no le entregaba la Forma por buenas, llamaria gente , á fin de que lo atasen de piés y manos ; y el declarar el infeliz su pecado , y pedir perdon de él al Ven. Padre. Quien en el acto le sacó del seno el lienzo en que la tenia envuelta ; logrando, en seguida, la dulce satisfaccion de confesarlo nuevamente , y disponerlo á bien morir. Insigne caso, que repetia por dó quiera dicho Alguacil Mayor , confirmando siempre que ofreciasele alguna oportunidad favorable , el concepto en que todos estaban de que Dios revelábale al Ven. P. Castillo las ofensas que en Lima se le hacian , á fin de que su caridad de Apóstol las remediase oportunamente.



CAPITULO IV.

Del don de escrutar los corazones que poseyó el Ven. P. Castillo.

Aquel, que, al decir del coronado Profeta, es el único escrutador de los corazones, de tal suerte se dignó ilustrar á su humilde Siervo Francisco con don tan alto, que, sin ofensa de la verdad, muy bien decirse puede: que, ante la poderosa vista de sus ojos, de nada aprovecharon á los recónditos libros de las humanas conciencias sus misteriosas cerraduras; segun fueron de innumerables, extraordinarios é incontrovertibles los casos en que el Ven. P. Castillo en bien de las almas y gloria del Señor, mostró conocer perfectamente no solo los deseos, sino aun los pensamientos mas ocultos de sus prójimos.

Un Novicio de la Compañia de Jesus, batallaba internamente con una fiera melancolia, que traíalo sin gusto ni consuelo en la Religion; cuando he aquí que en medio de esta tormenta, lo viene á buscar el Ven. P. Francisco: y, sacándolo á divertir por los calles de la huerta interior del Noviciado, sin que aquel le descubriese la mas mínima cosa sobre el combate que internamente experimentaba, de tal

suerte hablóle el Siervo de Dios al alma, y deshizo las ra-
zones con que le hacia guerra el Demonio, diciéndole: « Qu
la virtud en los principios era áspera y desabrida, y qu
en la primera resistencia á las tentaciones estribaba la vi
toria »; que, persuadido el melancólico novicio de la lu
sobrenatural con que el V. P. supo la oculta congoja de s
pecho, desde ese instante halló quietud y serenidad en s
espíritu; siendo mas tarde unos de los sujetos mas grav
de la Compañía, en cuyo seno perseveró despues gozoso ha
ta la muerte.

A la Madre Ana Catalina de San Joaquin, Carmeli
Descalza del Cármen Antiguo, le vino una noche el d
seo de hablar al Ven. Padre sobre algunas cosas de esp
ritu: pero no atreviéndose á distraerlo de sus ocupacione
decidióse finalmente á quedarse en su desconsuelo, por
serle importuna. Mas no pudo conseguirlo; porque, á
mañana siguiente, acudiendo el Siervo de Dios al Cármen
al solo deseo de la Madre, la hizo llamar al Confesonari
donde la oyó despacio sobre todo lo que se le ofrecia.

Hallándose un dia muy disgustado y desabrido el Ind
Francisco Velásquez con verse de Sacristan de los Desamp
rados, por la mucha fatiga y ninguna retribucion que a
canzaba, llamólo á parte el Siervo de Dios y le dijo :
Francisco, sabe que agradas mucho á Dios con servir en
oficio de Sacristan, y que de su mano poderosa, y de
de su SSma. Madre tendrás la paga muy cumplida. Así
te dejes llevar de conveniencias, y pasatiempos; pues
perderás absolutamente nada de lo que haces ». Palabra
que, como era de esperarse, lo confortaron de tal modo
que perseveró en adelante gustoso en la Sacristia de la Vi

gen , atribuyendo á sugestiones del Demonio sus pasadas veleidades.

Estando una ocasion de rodillas Don Sebastian de Navarrete , Caballero del Orden de Calatraba , en la Iglesia de N. Señora de los Desamparados , delante de Nuestro Amo Sacramentado , que estaba descubierto , directamente se vino á él , desde su Confesonario , el V. P. á decirle : « Señor D. Sebastian , eso no se piensa aquí , que está el Señor descubierto y la SSma. Virgen ». Atónito quedóse al punto dicho Caballero al oir la no esperada voz del P. Francisco ; y mas , aun , al reconocer que le habia leido en su pensamiento ; arrastrado entonces á no muy decentes ideas por algunas mujeres que tenia delante.

Platicaba un Sábado el Siervo de Dios en dicha Iglesia, cuando , como entrase á oirle un hombre mal amistiado con una sobrina suya , movido de superior espiritu , cambió al instante el tema de su comenzado discurso ; y habiéndose puesto á hablar , con gran vehemencia de razones , contra el desordenado amor de los parientes entre si , en voz amenazadora , vuelto ácia donde aquel se hallaba , dijo : ¡ « Ah Fulano , teme si no te enmiendas y haces penitencia ! » . Quedando dicho incestuoso tan herido á la voz del Ven. Padre , que , por no encontrarse con sus escrutadores ojos, se tapó la cara con las manos ; y , terminada que fué la prédica , ausentóse de la Ciudad , remediando ántes á su sobrina.

¿ « A donde vá tan descaminado » ? (díjole el Siervo de Dios á un hombre que encontró un dia por la calle) « Vuélvase luego ; pórque si no lo hace asi lo ha de llorar despues por toda la eternidad ». Palabras , que le atrave-

saron de tal guisa el corazon, que no tuvo ya fuerza ni alientos para proseguir su camino; que le llevaba á una grave injuria de Dios. Y con volverse á su casa, halló en ella la vida; pues por la mañana supo atónito, que si hubiera perseverado en sus malos intentos, habríanlo muerto seguramente á puñaladas. Lo cual refirió entónces agradecido al Siervo de Dios; y confesándose generalmente con él de todos sus pasados extravíos, se levantó de sus piés para entrarse de Religioso en la Recoleccion de N. Señora de Guia, perteneciente á los PP. Agustinos.

Del Puerto del Callao, con ánimo de buscar á un hombre para satisfacer en él una sangrienta venganza, vinieron á Lima un Domingo, el Alférez D. Luis de Gadea y D. Pedro Garcia de S. Roque; y, juzgando encontrarle en el Baratillo, prevenidos de armas y caballos, metiéronse entre el concurso, que oia al Ven. Padre, para acertar mejor el golpe. Mas no bien se habian acercado, cuando revolviéndose el Siervo de Dios á donde estaban, y encarándose con ellos, (como si les leyera en los corazones,) de tal suerte los reprendió por sus culpables intentos, que, llenos de confusion y bañados en lágrimas, mudados de lobos en corderos, se partieron al punto de la Capital, perdonando sinceramente á su enemigo.

Habiéndose juzgado herido cierto temerario en una de las pláticas del Siervo de Dios, ciego de ira lo siguió un dia para matarlo: pero, al ir á ejecutar ya el sacrílego golpe, como avisado del Cielo, volvióse á él el V. Padre; y con dulce voz le dijo: « Que haces hijo?» Pregunta, que bastó para hacerle mudar en el acto de propósito; en tal manera, que al siguiente dia fué á buscar al Siervo de Dios para hacer con él una confesion general. Concluida la cual, se

ausentó de Lima á la Ciudad del Cuzco, donde se hizo Religioso en la Recoleccion del Seráfico P. San Francisco.

Una Señora de las principales de la Capital, entenebrecida por aquel humo tan espeso que levanta, máxime en los mujeriles corazones, el fuego de la ira, resuelto habia, interiormente, ahorcarse. En estas circunstancias entró el Ven. P. á verla. Y sin que el Compañero que estaba á la vista lo pudiese oir, le dijo: « Cómo una Señora de sus obligaciones, nobleza, y entendimiento queria ejecutar una accion tan indigna de sus prendas, y ajena de un corazon cristiano, cual la que meditaba ». Atónita entónces la mal aconsejada de escuchar por la boca de otro, lo que solo su conciencia y Dios sabian, y no pudiendo contradecir lo que le reprobaba el Ven. Padre; confusa y anegada en lágrimas de arrepentimiento, descubrióse á él sin reserva. Despues de lo cual, el caritativo Apóstol de Lima no solo deshizo uno por uno sus temores y nublados, sino que la dejó del todo consolada, con aquellos santos expedientes de que su discretísima prudencia sabia echar mano en casos tan apretados.

Confesando el Siervo de Dios una ocasion á una Criada de D. Francisco Mesia, enferma de mucho cuidado, que, ó por vergüenza, ó por miedo, ó quizas por ámbas causas, callaba, advertidamente, algunos graves pecados, diciendo no tener mas de que acusarse; el V. Padre, despues de reprenderla por tal sacrilegio, segun lo requeria su incapacidad e ignorancia, le dijo: « Pues esto, y esto que ocultas ¿ no es pecado? ¿ Porqué no lo confiesas? » Con lo cual le hizo completar la confesion; y dejóla tan consolada, y confusa al mismo tiempo, que tan luego como en-

tró su Amo á verla, lo primero que hizo fué contarle punto por punto lo sucedido, diciéndole: « Señor, gran Santo es el P. Castillo; pues me ha dicho mis pecados, y visto en lo mas oculto de mí corazon cosas que solo Dios y yo sabiamos.

Una mujer, que en la declaracion dice su nombre, jura: « Que, habiendo callado durante muchos años, por vergüenza, una grave culpa, al oir al P. Castillo tronar contra los que en la confesion silencian algo, describiéndole todas las circunstancias de su falta, y las batallas y remordimientos de su conciencia, quedó tan acongojada, que enfermóse gravemente de dolor; y habiendo pedido entónces le llamaran al P. del Baratillo á fin de confesarse con él, asegura que, al descubrirle todas las miserias de su alma en una confesion general, el Siervo de Dios, con extraordinaria luz de lo alto, le iba numerando muchas culpas, de que ella ya no se acordaba, con todas las señas, y circunstancias precisas para que las trajese clara y distintamente á la memoria.

Pero, entre las infinitas almas que sacó el Ven. Padre de las tinieblas horrorosas del pecado á la luz de la gracia, con descubrirles los secretos de sus corazones, dos, sin duda, añadieron (y por singular coincidencia Margaritas,) las mejores piedras á su rica corona de Apóstol; por el sublime grado de santidad á que se elevaron despues, sin mas que mostrarse dóciles á la inspirada voz que llamólas de la esclavitud del Demonio al tálamo del Rey de la gloria.

Margarita de Cristo (segun llamóse despues de su conversion) que, engolfada en el mundo, huia, cual de la

peste, de las pláticas del Ven. Padre, por haber oido decir que escrutaba los corazones de sus oyentes, y les reprendia los pecados mas ocultos: sin saber el cómo, se animó una vez á oirlo en el Baratillo; pero tapándose enteramente el rostro con el manto para no ser descubierta. Mas el penetrante ojo del Ven. Padre, á pesar de todas sus diligencias, dió con ella; y, entre otras cosas, le dijo: « Y tú ¿ porqué huyes de mi y te escondes, como si pudieras huir de Dios y esconderte de su justicia, viviendo, como vives, de esta y de estotra suerte? » Tanto, que habiendo oido entónces Margarita, con puntos y comas, su conducta entera de boca del Siervo de Dios, salió del sermon tan avergonzada y arrepentida, que, á la mañana siguiente, hizo con él una confesion general de sus feísimas culpas; y, desde aquella feliz hora, mudó talmente de vida, que, á pesar de sus pasados extravios, fué aclamada y venerada despues de su muerte por gran Sierva de Dios.

A Doña Margarita de Luzan, entónces tristemente célebre en Lima por su hermosura, galas, y donaires, que eran red de muchísimos corazones, y el escándalo de la Ciudad, invitóla un dia una amiga suya á oir una plática del Ven. Padre en los Desamparados. « A buena comedia me convidas, (respondióle la mundana Margarita) á ese Padre no se le puede oir, que luego sale con el Infierno, actos de contricion y bofetadas ». Pero no por esto se acobardó la buena amiga; sino que otra vez tornó á instarla diciéndole: « No era así; pues los Sábados siempre platicaba el Padre Castillo de la Misericordia de Dios y del amparo que presta la SSma Virgen á los mas grandes pecadores; que se animase por una vez siquiera, y veria cuan bien

se hallaba despues. » Y, fuese obra de la instancia de la amiga, ó de la interna voz de la gracia, lo cierto es que animóse al fin la pecadora á hacer lo que su buena amiga le aconsejaba : entrando ámbas á la Iglesia, en circunstancias que ya subia al púlpito el inspirado predicador. Y ¡ oh portento! comenzó su plática y la comenzó así, hiriendo cual con aceradísimas saetas, el pecho de la Limana Magdalena: ¡ « Ay, alma engañada, que así gustas de llevar contigo tantas almas al Infierno! Revuelve sobre tí y mírate con lástima. Te comvidan á oir la palabra de Dios, y tienes ánimo para decir : « A muy buena comedia me comvidan ; luego sale el Padre con el Infierno, actos de contricion y bofetadas? » ¿ Pues no es mejor que oigas el Infierno, y no que lo padezcas? ¿ No tienes ánimo para oir las penas del Infierno un rato, y tendrás valor para sufrirlas por toda una eternidad? Los actos de contricion son tu remedio ¿ tan desperada está la salud de tu alma, que hasta los remedios aborreces? Las bofetadas y lágrimas borran la culpa y apagan el Infierno : este es el único remedio que tienes para no condenarte ; *lágrimas* y *penitencia* ». Continuando el Ven. Padre, poco mas ó ménos, en estos términos, su inspirada plática hasta el fin. Mas ya era de carne entónces el corazon ántes lapideo de Margarita, segun la saludable y larga vena que salia de sus ojos lo mostraba. Tanto, que, concluido que hubo el discurso, quedóse aun en la Iglesia, pidiendo, con los gemidos de la tórtola, misericordia para sus enormes culpas á la Virgen refugio de pecadores, hasta confesarse de todas sus graves caidas con el Siervo de Dios. Formando allí á sus piés la heroica resolucion de no volver ya mas á casa suya ; y de trocar sus joyas y sus

masen ó arrojasen al Rio , por un grosero saco de penitencia , que cubriese , al propio tiempo que mortificase su regalada carne. Resolucion que llevó á cabo , con la divina gracia , en 1672. tomando ; despues de unos ejercicios espirituales muy fervorosos , el Hábito de monja en el Convento de Santa Rosa , con el nombre de Juana de Jesus Maria : donde habiendo vivido dos años en las prácticas mas heroicas de penitencia , mortificacion y humildad cristiana , murió al fin de ellos, tan santamente , que lo mas escojido de la Ciudad acudió en cuerpo á venerarla en su cadáver.



CAPITULO V.

De otros sobrenaturales dones, concedidos por Dios al Ven. P. Castillo en bien de sus prójimos.

Amen de los singulares favores gratis dados, referidos prolijamente hasta aquí, el Dispensador de toda gracia perfecta concedió ademas á su nuevo Apóstol Francisco del Castillo otros tres; como el de que su voz pudiera ser oida á grandes distancias; el de bislocarse, ó duplicar sus presencias; y, por último, el de poner en vergonzosa fuga á los Demonios: no ménos escojidos que los anteriores, y de los cuales vamos á tratar á continuacion.

Dos casos, á cual mas extraorninario, que leémos en los Procesos sobre su Vida y Milagros, manifiestan, hasta la última evidencia, que el Ven. Padre gozó del singularísimo privilegio de que su voz hiriese clara y distintamente los oidos de los pecadores en lugares muy distantes del en que predicaba, y á donde era de todo punto imposible concebir que llegase, siquiera confusamente, con solo el impulso y aliento natural.

En las Cuevas y Zaucedas de N. Señora de Guia, Santuario de mucha devocion en Lima, servido por Religiosos

Agustinos de singular observancia y virtud, distante casi dos millas de la Plazuela del Baratillo donde predicaba el Siervo de Dios, entregábanse un Domingo ciertos disolutos mancebos, en compañía de otras tantas mancebas mas disolutas que ellos, como Sátiros lascivos, entre la amenidad de las flores que vestían aquel silencioso lugar, á los mas torpes deleites de la carne; cuando ¡ oh maravilla ! á traves de aquellas lóbregas grutas diputadas á Vénus, sintieron sonar á sus oidos la severa voz del Ven. Padre Castillo, amenazándolos con la ira del Todopoderoso, si no cesaban luego de ofenderlo. Suspensos, y como atónitos á tan terrible y repentino asalto los disolutos jóvenes, dejaron incontinenti las Cuevas: y al percibir entónces, con mayor claridad que ántes, las inspiradas razones del santo Jesuita, fué tal el horror y el miedo que de ellos apoderóse, que, cambiando inmediatamente de intentos, se volvieron luego luego á la Ciudad, mas muertos que vivos del espanto y del terror.

A mayor distancia del Baratillo se halla todavia el risueño Valle de los Amancáes, lugar que, en cierta época del año, convida á la cercana Ciudad á ir á recrearse desde que luce el sol hasta que se pone, en dansas y banquetes bulliciosos, á la vista de las amarillas y olorosas flores con que se visten periódicamente en los meses de Junio, Julio y Agosto los empinados cerros que, por todas, ménos por una parte lo abrigan y circundan. A lugar tan encantador había llevado á su amiga un hijo de la carne, buscando el retiro y juntamente las seducciones de la naturaleza, para el logro de sus depravados intentos. Mas, cuando ménos se lo esperaba, hiriólo, cual un rayo, la pene-

trante voz del Padre Francisco; que, una y otra vez, co-como si lo estuviera oyendo en el Baratillo, entre otras cosas, le decia: « Hombre, mira lo que haces; no peques ». Palabras que le pusieron tal espanto en el corazon, que, poseido todo él de insólito pavor, desprendióse incontinenti de los dorados lazos en que lo tenia cautivo el Demonio de la lujuria, para mudar enteramente de vida, y no caer mas en ellos en lo futuro.

Mas si fué singular favor de lo alto, el que gozase la voz del Ven. Padre Castillo de tan eficaz virtud; no fuélo ménos tampoco el de replicarle, en mérito de su obediencia y de su caridad sin limites, las presencias; á fin de que al propio tiempo se hallase en diversos lugares, y no se diera el caso de que, por acudir en ayuda de sus prójimos, faltara, en lo mas mínimo, á la escrupulosa observancia de las sabias constitutiones de su Instituto.

Cierta pobre, acongojada por no tener un solo pedazo de pan con que alimentarse en su casa, y, mas aun, por no haberlo podido conseguir con sus ruegos en la calle, determinó apelar finalmente, como á su último remedio, á la caridad del Ven. Padre Castillo, indefectible refugio de todos los necesitados. Y, viniendo tan afligida á él, era fuerza que lo hallase para su consuelo. Y asi fué en verdad; pues en persona la socorrió al punto el Siervo de Dios con dos pesos de plata. Mas, por permision divina, al alejarse la pobre de la Iglesia de los Desamparados, donde dejaba á su benefactor, sin saber cómo, encontróse con él, que venia de la Plaza, por la calle de la Pesqueria; (términos tan opuestos, que hacen humanamente imposible la asistencia de un mismo hombre en tan distintos lugares.)

Y como al verse cerca de él la socorrida, le dijese toda maravillada: « ¡ Padre mio! » — el buen Jesuita cortó ahí las voces á su admiracion, y juntamente las alas à la publicidad, diciéndole: « Ea, hija, compre su pescado, y calle por Dios ». Quien, si entónces hubo de callar un tal prodigio por respeto àcia él, publicólo despues, de agradecida, para su veneracion y gloria.

Y mas admirable, tal vez, es el siguiente caso; por encerrar á un tiempo varios prodigios en uno. No pudiendo conformarse Doña Francisca Saavedra con morir jóven, y con la espantosa idea de dividirse, quizas para siempre, de su esposo é hijos, deseaba ardientemente, á fin de apercibirse como Católica a tan terrible separacion, la asistencia del Ven. P. Castillo. Así es que hízolo llamar sin pérdida de tiémpo, y con la mayor urgencia, una y otra vez. Mas grande era su desconsuelo, y el de su familia, al ver que aquel, que á todos, aun no llamado, asistía, llamándosele varias veces no pareciera. En tales circunstancias, como al pasar el Siervo de Dios un dia por la casa de la paciente, se encontrase con un hermano de ella, despues de excusarse con él, atentas sus muchas ocupaciones, de no haber aun acudido à consolar á su hermana, y decirle no entraba entónces á verla, por irse al lado de uno que estaba para morir; dióle una pequeña estampa de la SSma. Vírgen de los Desamparados, á fin de que la entregase á la enferma, asegurándole: « Acudiría, sin falta, á asistirla ». Cuando hé aquí que, como á la hora de haber recibido aquella la estampa, llama á sus hermanos, y les dice (con gran maravilla de ellos, pues no habíanse movido un instante de la sala): « Que ya moría contenta, pórque habia logrado ver y ha-

blar á su sabor al santo Padre Castillo ». Relacion que, á pesar de verla morir de allí á poco, muy otra de lo que ántes era, no acabaron de creer hasta que el mismo Ven. Padre, reconvenido agriamente por una hermana de la difunta, no confirmó cuanto la última habiales narrado, con decirle, sonriéndose: « Y cómo sabe V. Md. que no he asistido á su hermana? Estuve con ella, y dé muchas gracias al Cielo de haber tenido semejante hermana ».

Y, si bien se mira, solamente aceptando que el Siervo de Dios pudiera hallarse presente en varias partes al mismo tiempo, véncese la dificultad, de otro modo insoltable, de que un hombre solo pudiese asistir diariamente á tantos y tan distintos é incompatibles Ministerios: como confesar en su Iglesia, y asistir á la cabecera de innumerables enfermos; explicar en los obrajes y por las calles la Doctrina á los Negros, y hallarse en el Colegio á todos los actos de la comunidad: segun lo daban por indudable PP. de muy grande autoridad en la Compañia, como el santo P. Leonardo de Peñafiel, Catedrático de Prima, Calificador del Santo Oficio y Provincial de la Provincia Peruana; y el P. Felipe de Paz, varon tan santo como consumado en todo linaje de letras, pues llegó á ser catedrático en todas la facultades.

Por lo que hace ahora al soberano imperio que el Ven. Padre ejercia sobre los ministros infernales, ademas de cuanto dijimos en el Cap. 3. del Lib. II. de esta Historia, nos lo atestiguan tambien paladinamente, y sin necesidad de comentario alguno, los pocos, pero incuestionables hechos que á narrar vamos en seguida.

Por el Portal de los Escribanos, que forma uno de los

lados del gran cuadrilátero de la plaza mayor de Lima, encontróse una vez el Siervo de Dios, cara á cara, con el Maldito: el cual si tuvo el descaro de responderle, que estaba esperando sus ganancias, al preguntarle el Ven. Padre lo que hacia allí; no tuvo sin embargo alientos para tenerse en pié, cuando el Siervo de Dios ordenóle en nombre de la Cruz que llevaba consigo, que se partiese de aquel lugar: pues púsolo en obra al punto, escapándose por uno de los adyacentes callejones.

En otra ocasion, mientras explicaba el Siervo de Dios la Doctrina á algunos Morenos en la Calle de la Pescaderia, descubriólo escondido en un rincon, sin duda con el intento de estorbar el gran fruto que sacaba aquel de su enseñanza: y no bien le dijo: « Què haces allí? No es ese tu lugar »; cuando tomó el cobarde las de villadiego, con grande ignominia y vilipendio suyo.

Finalmente, ó llamado en los momentos mas apurados, ó conducido únicamente de su iluminada caridad, entró el Ven. Padre un dia á la Casa de un misero agonizante; quien, mas que con las agonias de la muerte, luchaba desesperado con dos horribles demonios, que, á guisa de furiosos alanos, habiansele prendido de las orejas, para negar toda entrada en su corazon à la voz de la Penitencia y de la Misericordia. Y no bien mirólo el Siervo de Dios en tal congoja, cuando acudiendo en su socorro, ora con la Cruz que traia en la mano, ora con el Rosario de la SSma. Virgen, y ora con invocar el dulcísimo nombre de Jesus, comenzó à moverles cruda guerra. Pero tan hambrientos y seguros estaban de su presa aquellos enemigos encarnizados de la humana especie, que no bien ponia el Ven. Padre en ver-

gonzosa fuga al uno, cuando volvía á recobrar el otro el puesto que un momento ántes habia desamparado. Largo duró de este modo indecisa la desigual batalla. Mas al fin salióse el Siervo de Dios con la victoria, y con la victoria mas completa que pudiera apetecer: pues no solo consiguió auyentar finalmente de allí á los casi vencedores Demonios, sino que ademas introdujo la paz y el consuelo en el ánimo inquieto del enfermo.



CAPITULO VI.

De los singulares dones con que enriqueció el Omnipotente el alma de su fiel Siervo Castillo.

A tantos y tan claros favores dirigidos inmediatamente al bien espiritual y temporal de sus semejantes, admirados hasta aqui en el humilde P. Castillo, y que fueron como el esplendor de su santidad, complacióse el Padre de las lumbres en ponerles, por decirlo asi, el sello de su infinito amor, colmándolo internamente de los dones que mas nos enamoran y suspenden en los héroes mas famosos de la Iglesia; y con cuya enumeracion vamos á cerrar, como con llave de oro, el presente Libro de tan portentosa vida.

No contento el Todopoderoso con haber encumbrado á su humilde Siervo Castillo, en alas de la oracion, al grado tan sublime de unitiva caridad que vimos al referir sus heroicas virtudes, quiso ademas introducirlo, como á la casta Esposa de los Cantares, en lo mas intimo de la bodega de sus vinos, para hacerle saborear alli, en medio de éxtasis, raptos y arrobos inefables, las delicias todas de su amor, y descubrirle juntamente los mas arcanos secretos de su ciencia y de su gloria. Y tan frecuente era en el Siervo de Dios tan delicio-

so regalo, que no solo en lo interior de su apartado retiro, ó en la celebracion de los divinos misterios se le veía arrobado y fuera de sus sentidos; sino lo que es aun mas extraordinario, en medio al bullicio de la Ciudad, donde todo parece que conspira eficazmente á romper el interno recojimiento del espíritu.

Así lo confirman, en efecto, mil y mil venerandos testigos de su Religion y de fuera, que lo trataron muy de cerca, y deponen con juramento: quien haberlo visto repetidas veces enajenado de sus sentidos en la oracion, é inmoble cual de mármol; de modo que ni aun sacudido fuertemente daba acuerdo alguno de su persona: quien arrebatado largo tiempo en el aire delante de una imágen de la SSma. Vírgen que venerábase en lo interior del Colegio; ó elevado palmo y medio sobre la tierra, mientras celebraba el incruento sacrificio de la Misa: y quien, finalmente, haberlo tenido que gritar y sacudir varias veces, ó para que respondiese á las personas que le dirigian la palabra, ó para que se libertase de algun peligro inminente, que lo amenazaba en el camino, y que su total arrobamiento y suspension del uso de los sentidos le impedian ver ú oir.

El cual santo y total enajenamiento de las cosas de acá abajo y apego á las invisibles, hacia que, con frecuencia, fuese tan poderosa en el caritativo Francisco la inmensa hoguera de amor que vigilantemente protegía de todo aire mundano en el Santuario de su pecho, que, no obstante su heroico deseo de pasar ignorado entre las gentes, veíase vendido por ella, que, de improviso, á guisa de luz clarísima le brotaba unas veces del semblante, ciñéndole la cabeza de una diadema luminosa, y otras de todo el cuerpo, rodeándolo de

piés á cabeza de una atmósfera resplandeciente : como repetidas veces lo observaron, con tanta suspension cuanto consuelo espiritual, muchas personas de ámbos sexos y de todas condiciones; máxime cuando platicaba en el Baratillo, segun su pia costumbre, y durante la celebracion del santo sacrificio de la Misa, de que era devotísimo.

Mas, como corona de tan varios y escojidos favores, tambien mereció nuestro Apóstol el verse regalado temporánea, y frecuentísimamente con un sin número de visiones celestiales, así externas como imaginarias é intelectuales, que no solo disiparon las arideces y tinieblas que de vez en cuando lo trabajaban; sino que inundáronlo ademas en un piélago de luz y dulcedumbres de Paraiso, que solo el que las experimentó podria dignamente describir.

Ya referimos, oportunamente, y excusado nos parece el repetirlo ahora, cómo el Ven. Padre Francisco en su santa infancia vió á su Angel de Guarda militando contra el Demonio en su defensa; cómo el Niño Jesus, en la Capilla del Colegio de S. Martin, desde los brazos de su Madre Santísima le dijera : « Bien has peleado »; y cómo, en fin, la SSma. Vírgen dióle á beber la leche de sus divinos pechos, y, en mas de una ocasion, le hablase amorosa para que acorriese al socorro de sus infelices Negros.

Ahora bien : entre otros muchos favores que debió el Ven. Padre al Santo Angel de su Guarda, y que por brevedad silenciamos, es singularísimo el de servirle de puntual despertador, llamándolo cortes á la oracion, siempre que á la hora sólita no se hallaba aun en pié el Siervo de Dios. Por lo demas, cuán fiel compañero le fuera en su destierro, y con cuanta familiaridad lo tratase continuamente, se co-

lige muy bien de las urbanas cortesías que, al entrar ó salir de su aposento, sabemos le hacia el Ven. Padre, á fin de que entrara ó saliera el Angel primero; segun hízolo siempre este último mientras fué simple estudiante aquel: pues el dia que se ordenó el Ven. Padre de Presbítero (caso es de la mayor atencion) por nada quiso ya pasar por delante, diciéndole: « Que, puesto que era ya Sacerdote, era debido el mayor acatamiento á su nueva dignidad ».

Muchisimas fueron tambien las visitas con que lo honró la Reina de los Angeles, en pago de la entrañable ternura con que el agradecido Jesuita la veneraba. Entre otras, una vez mientras decia la Santa Misa aquel en la Capilla de la Virgen de los Desamparados, á fin de obtener de tan liberal Señora la salud de un enfermo desesperado, se le vino el Niño Jesus á los brazos; y al ofrecérselo él, no á la Virgen del Altar, sino á otra, que allí se le representaba, y suplicarla se dignase obtenerle la gracia solicitada, oyó de los propios labios de la tierna Madre: « Qué me pides, Francisco, si tienes en tus mismas manos la salud » ? Y puesto que no viese con los ojos del cuerpo, ni á tan hermosisimo y dulce Niño, ni á su SSma. Madre, experimentó en sí entónces el caritativo Jesuita todos los efectos de su soberana presencia, con celestiales regalos, y viva y clara fé, que no dejóle duda alguna acerca del buen despacho de su súplica.

Pero mas que ningun otro, nos dará á conocer cuanto regalaba la SSma. Virgen con su celestial presencia y cariño al Siervo de Dios, el siguiente hecho que, con juramento, depone una persona fidedigna. Quien asegura: Que estando una mañana, como á los ocho del dia, hincado de rodillas detras de la puerta de la Iglesia de los Desamparados, sin

que hubiese entónces allí ninguna otra alma viviente, vió ¡oh expectáculo sublime! que la Santísima Virgen con su dulcísimo Hijo en los brazos, dirigiase (sin saber de donde) ácia la puerta del Templo; y que, habiéndose acordado en aquel instante de que habia oido decir, que todas la veces que el Siervo de Dios tornaba de sus ocupaciones de la Ciudad, la Santísima Vírgen salia obsequiosa á recibirlo, al asomar la cabeza para salir de dudas, se halló en efecto con que el Siervo de Dios entraba entónces de la Calle. Y, siguiendo con los ojos lo que hacia, vió que al allegarse á la SSma. Vírgen, que aguardábalo cerca de la entrada de su Templo, hincóse aquel devotamente de rodillas delante de ella: hecho lo cual, se entraron paso á paso, juntos á la Iglesia. Atencion, que solo cabe, á la verdad, en la dulzura de una Madre tan amorosa como Maria, que nada, nada omite á fin honrar y favorecer á sus finos amadores.

Pero quien mas largamente favoreció al Apóstol de Lima, y con las visiones mas íntimas y regaladas que pueden concebir humanas inteligencias (como hijas del sublime y amistoso comercio que entre ámbos mediaba) fué, sin duda, Nuestro Señor Jesucristo: pues asi lo pregonan á los mas sordos, sin necesidad de pálidos comentos, los inefables favores que siguen; sacados de los Apuntes del Siervo de Dios, lo mas á la letra que nos ha sido posible.

Y para comenzar por alguno de ellos, (sin repetir los que en el II. Libro de esta Historia hemos ya apuntado, por exigirlo asi el hilo de nuestro discurso,) con frecuencia experimentaba el seráfico Jesuita una particular union con su Humanidad crucificada, cuya presencia sentia intelectualmente, y amaba, lo mismo que sintiera y amara la de una persona á

quien tuviese grande afecto y amor, si oculta se hallase detras de alguna cortina, ó en algun aposento obscuro, que, á pesar de no poder verla con los ojos de la carne, sabía de cierto que estaba allí; no faltando sino el que se corriera un velo muy sutil, para que dijese: « Aquí estoy ». Sintiendo muchísimas veces en tan delicioso trance, que se abrazaba estrechamente, y con un recíproco amor, á su Divina Majestad, uniendo los ojos con sus ojos, la boca con su boca, y las manos con sus manos; quien penetrábalo finalmente en tal manera, que así como el alma toda, está en todas las partes del cuerpo dándoles ser y vida, así Cristo crucificado en él, dándole la vida subrenatural de la gracia.

Mientras rezaba el Siervo de Dios un dia en la Iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados, parecióle (así se expresa su humildad) que Cristo Señor Nuestro crucificado se unia todo con él, y que él quedaba transformado en su Divina Majestad; sintiendo en el corazon un amor encendido y grande ácia N. S. Jesucristo, el cual decíale: « Que un amigo, que quiere á otro mucho, procura en todo ser *alter ego*; y que asi habia de procurar él en toda su vida ser *alter Christus* ».

Otra ocasion, dando gracias el Siervo de Dios despues de la Misa aparecióscle tambien el mismo Señor Crucificado; quien, echándole los brazos al cuello, y llegándolo á su costado sacrosanto, le hizo gustar de su preciosa sangre, diciéndole: « Aquí regalo yo á los que por mi trabajan, y cuidan de mis pequeñuelos ». Favor que lo dejó por mas de quince dias como fuera de si, con la locura de la Cruz, y con grandes júbilos y regalos indecibles: confesándonos el mismo Ven. Padre, que hasta cinco veces distintas mereció acercar

sus amorosos y sedientos labios al sacro costado de Nuestro Señor Jesucristo, y beber, sin hartarse, de esa fuente de dulzuras y consolaciones incnarrables.

Favores, en verdad divinos, á que pone el sello el siguiente, que, á fin de no disminuir en nada su precio, referiremos, en conclusion, con las propias modestisimas expresiones que emplea el mismo Ven. P. Castillo: « Cuando voy por la Calle andando, (son sus pababras) se me representa vivamente, muy de ordinario, Cristo Señor Nuestro, llevando á su Majestad por delante, á vista, como un Señor Arzobispo su Crucero; sintiendo muy celestiales y divinos afectos con esto ». Merced maravillosa, que nos explica y hace ver ahora como debido, aquel singular enajenamiento con que andaba siempre el Siervo de Dios por las Calles de la bulliciosa Lima, sin ver, ni oir nada de cuanto pasaba á su alrededor.



LIBRO QUINTO.

De la envidiable muerte del Ven. Padre Francisco del Castillo, y de los repetidos prodigios en que ha hecho vèr el Todopoderoso la gloria de que goza ya en el Cielo.



CAPITULO I.

De la última enfermedad y preciosa muerte en el Señor del Ven. P. Francisco

Cumplido ya el glorioso curso que el dedo del Omnipotente trazara en sus misericordias al nuevo Astro que le plugo hacer lucir en el purísimo cielo de su Iglesia, sonó al fin el relox de la eternidad aquel momento tan aterrador para los que cifran en el Mundo todas sus esperanzas, y tan ansiado de los que no miran en él sino una cárcel insorportable que ciérrales la entrada á la tierra prometida, en que el Ven. P. Castillo debia recibir de manos de su Esposo celeste la corona de sus virtudes y apostólicas fatigas; único blanco de sus miradas y centro de todos los deseos de su seráfico corazon.

Pero ántes de que narremos la fortaleza y conformidad heroicas que desplegó en sus últimos momentos, y con que puso, por decirlo asi, el sello á su santísima vida el Apóstol de Lima, necesario es que expongamos, para mayor gloria de Dios, los innegables hechos, que hacen creer fundadamente que el Divino Esposo, segun acostumbra hacerlo con sus almas mas predilectas á fin de que aperciban con

tiempo los mejores atavios para la fiesta de sus bodas, revelóle tambien á Francisco, con mucha anticipacion, el dia y la hora de tan venturosa solemnidad: que, de otro lado, natural era supiese quien mereció tan anticipadas luces de las ajenas muertes.

Asi en efecto lo confirman, ademas de la Hermana Gertrúdis de los Reyes, del Recojimiento de las Amparadas, quien asegura supo del Ven. Padre el dia y la hora en que habia de morir: el haberse despedido el Siervo de Dios de sus oyentes en la última plática que hizo en la Iglesia de los Desamparados, diciéndoles, que ya no los podria asistir mas en adelante, pórque tenia un viaje muy dilatado que hacer: las palabras proféticas con que recibió á su hijo espiritual Don Pedro de Landaverde, (quien viéndolo achacoso, sin decirle una sola palabra, habia ofrecido una Misa por su salud) que fueron las siguientes: « Buena ha sido la diligencia con Nuestra Señora por mi salud; pero no sé que tenga remedio »: el arrojar al Rio la misma mañana en que se retiró á San Pablo sus cilicios y diciplinas, que ya no le habian de servir mas, y esconder á los piés de la SSma. Vírgen de los Desamparados los cuadernos de su Vida, á que nada podra ya agregar: y, por último, el haberse trasferido entónces voluntariamente el Siervo de Dios al Colegio de San Pablo, cuando nunca lo habia hecho, sino forzado de la Obediencia; y haber dicho al S. D. Juan de Loaiza y Quiñones, que, al hallarlo por la Calle, preguntóle de paso por su salud: « Que ibase á morir á S. Pablo »; segun todo ello consta por extenso en los Procesos sobre sus virtudes y milagros.

Y asi persuadiéronselo tambien, á una, tanto los Padres

de los Desamparados, cuando supieron la extraña resolucion del Ven. P. Francisco; como los de S. Pablo, al verlo entrar el Sábado 8. de Abril de 1673. por sus puertas, de por si: no obstante de que los síntomas que en él se veian no eran otros, que los de un valiente resfriado, que suele curarlo, casi siempre, la misma calentura que trae consigo.

Pero la verdad, puesto que dolorosa, era: que, al hacerse el Siervo de Dios todo para todos, sin recatar hora ni tiempo, durante una epidemia, fatal por lo traidora, que entónces grasó en Lima, llamada vulgarmente *Cordellate*, por el quebranto que producia; fué tambien, al postre, herido él de muerte por ella, cual bueno, en el Campo de sus apostólicas batallas.

Acomodado que se hubo el Siervo de Dios en uno de los aposentos de la Enfermeria del Colegio, inmediatamente comenzaron los Médicos su curacion, y á hacerle sufrir congojas indecibles: pues engañados de las apariencias del mal, que se presentaba como un simple resfriado, y no sospechando siquiera, fuese un maligno Tabardillo, ordenáronle, con el fin de cocer el resfrio, bebidas ardientes, que le abrasaban las entrañas tal vez mas que la misma fiebre. Mas lejos de dar un ¡ ay ! el paciente Jesuita, venciendo toda su repugnancia interior, tan solo decia, cuando se las presentaban: « Obedezcamos, pues el Médico así lo manda: vengan en buena hora, aunque no han de aprovechar ». Siendo muy de notarse que, en toda su enfermedad, no obstante el desasosiego y congojas indecibles en que lo ponia la continua calentura, jamas sacó un brazo fuera de la cama, ni pidió un sorbo de agua fria para calmar el in-

cendio que lo devoraba interiormente : dándonos , aun entónces , lecciones de modestia y mortificacion. Ni abrió , como varon santísimo, la boca, sino á fin de dar á Dios gracias por todo y hacer actos de conformidad con su divino querer ; decir á los que lo asistian que hiciesen cuenta de que cuidaban á un pobre del Hospital ; y rogar á cuantos entraban á verlo , que lo encomendasen á Dios , para que lo perdonase y le diese una buena muerte.

Así corrieron los dos primeros dias , Sábado y Domingo; hasta que habiéndose manifestado al fin el mal el Lúnes en toda su gallardia , y como enteramente superior á las fuerzas de la natulaleza y á los remedios de la Medicina , pidió , de por sí , los santos Sacramentos , previniendo la mas mínima indicacion del Médico. A quien , como se mostrase muy sorprendido de verlo de un dia á otro mortal , con rostro entero , le dijo : « Que no se afligiera , ni tuviese mas esperanzas de su vida , porque era voluntad de Dios el que muriese ; el cual le pagaria la caridad con que lo habia visitado ».

Reconcilióse , en seguida, para recibir mas dignamente al Amado de su alma , con la detencion y serenidad con que siempre lo hacia ántes de llegarse al Altar ; y cuando , como es costumbre , se lo trajeron en Viático , pidió humildemente licencia para arrojarse de la cama al suelo , y adorar y recibir de rodillas á su Señor Sacramentado : súplica á que no accedieron absolutamente los Superiores por la gravedad de su estado. Pero si obtuvo el poder hablar por la última vez , siquiera un rato , á su cara Comunidad ; que , de rodillas y con las lágrimas en los ojos , cercaba su pobrísimo lecho , mientras lo fortalecian con el Santo

Viático. Pidiendo á todos y á cada uno con palabras de gran confusion y ternura, « le perdonasen los malos ejemplos que habíales dado, y que de caridad, (puesto que por sí no merecia sino el Infierno,) lo encomendasen á Dios, á fin de que tuviese misericordia de su alma »: con lo que desató en un mar de lágrimas á todos los Religiosos, testigos oculares de su inocente y santa vida.

Una vez armado ya y vestido el Ven. Padre de la carne del Cordero sin mancilla, solicitó que lo dejasen un momento á solas con él, para decirle sus amores: pero fué imposible poder negar la entrada al crecido concurso de personas, que al saber el grande riesgo en que se hallaba su maestro y bienhechor, volaron á encomendarse por la última vez á sus válidas oraciones. Asombrando á todos la paz y serenidad inefables con que, cual amoroso amigo, respondia y consolaba á cada uno en tan solemne momento; sin olvidarse de sus Amparadas, cuya asistencia encomendó muy eficazmente al Alguacil Mayor de la Ciudad, pidiéndole las mirase como á hijas de la Purísima Reina á cuyo amparo vivian.

En la tarde de este mismo dia, le trajeron el Santo Niño que se venera en brazos de la SSma. Vírgen de los Desamparados; y, al regalarse con él en dulcísimos coloquios, en presencia de todos los que lo asistian, se arrebató de los sentidos en éxtasis, como un cuarto de hora; vuelto del cual, dijo lleno de alegria: « Gracias á Dios, mañana será esto; ya está ajustado ». Profecia que acompañó en el acto el Siervo de Dios de otra no ménos singular; pues habiéndole pedido entónces su enfermero el H. Antonio Ormijo, (que estaba de rodillas delante de su cama, finjien-

do componerle la ropa, por no hacer ofensa á su humildad,) « le obtuviera del Señor el perseverar en la Compañia, y una buena muerte »; despues de un momento de suspension, le dijo el Ven. Padre: « Ea, Hermano mio, ánimo, que presto nos veremos ». Y fué así; que á los ocho dias de muerto el Siervo de Dios, víctima de su misma enfermedad, que comenzóle luego que lo hubo colocado en el ataud, murió tambien dicho Hermano, con la muerte de los justos, y lleno de fé, desde el principio, en las proféticas palabras del santo Padre Castillo.

Llegada que fué la noche, tomó tal cuerpo el maligno achaque, que asaltóle la cabeza; é ídosele al Siervo de Dios con la furia de la fiebre el sosiego de los sentidos y la luz del alma, comenzó á desvariar: ó, por mejor decir, á dar, sin pensarlo, la mas elocuente prueba de la sublime caridad que aun en el desacuerdo lo animaba, é impelía á procurar, ante todo, el bien de las almas, máxime en el Tribunal de la Penitencia. « Ea, hijo, (estos eran sus desvarios) tén confianza con la Misericordia de Dios, que te ha de perdonar. Dí conmigo: Dios y Señor mio, Criador y Redentor de mi alma, en tí creo, en tí espero, à ti amo de todo corazon, por tí perdiera mil vidas; pésame una y mil veces de haberte ofendido por ser quien eres, yo propongo enmendarme, Padre y Señor mio, no te ofenderé jamas. » Dicho lo cual, con gran fervor, añadia: « Ahora te absolveré de tus pecados para que no vuelvas á ofender mas á este Señor tan misericordioso ». Ego te absolvo á peccatis tuis etc.

Tan luego como la calentura dejóle otra vez libre la cabeza, clavó amorosamente los ojos en un lienzo de la SSma.

Virgen de los Desamparados y el Niño Jesus, que tenia delante. Y, como para no tener testigos de los favores que ámbos iban á prodigarle en los últimos momentos de su vida, rogó con vehemencia á los asistentes lo dejasen un rato á solas. Quienes, sospechosos de lo que habia de ser, saliéronse del aposento incontinenti; pero juntando cuidadosamente la puerta, de modo que pudiesen acechar, sin ser descubiertos, lo que tanto deseaba esconderles la humildad del Siervo de Dios. Y, una vez allí, repararon en lo interior una grande y extraordinaria claridad, como reverberacion del soberano sol, y lo oyeron hablar con una Señora, que no era ciertamente otra que la Reina de los Cielos y Madre de las Misericordias Maria Santisima, que habia querido regalarlo y confortarlo ántes de su tránsito, con su celestial presencia. De todo lo cual certificáronse mas plenamente aun los susodichos, cuando al entrar á verlo, luego que cesó de hablar, lo encontraron muy risueño, y mas deseoso que nunca de que sonase al fin la hora de romper las prisiones que lo ligaban á la tierra, y de ir á gozar para siempre del amor de su Esposo.

Al amanecer del Mártes, dia señalado por el Siervo de Dios como el de su muerte, su amigo é hijo espiritual D. Francisco Mesia Ramon, que por estar enfermo en cama hasta entónces, no lo habia podido asistir personalmente, por no perder el consuelo de verlo otra vez en el mundo, y de recibir de tales manos la bendicion, como pudo, voló á él. Mas como lo hallase tan postrado, de rodillas ante su cama y deshecho en lágrimas, apenas alcanzó á decirle: « Padre mio ¡ ay ! que trabajo es este tan grande para todos nosotros »; porque los sollozos no le dejaron continuar su

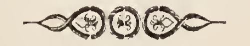
discurso. Ni el Siervo de Dios ; pues , sin alterarse á tal vista , y con la paz de un Job, lo consoló diciéndole: « Hijo mio , no hay porqué afligirse ; esta es la voluntad de Dios. ¿ Para cuando es , pues , el ánimo y la conformidad de los amigos ? » Y como viese á la una del dia, mientras regalábase él en suave suspension, invocando los dulces nombres de Jesus y de Maria , que , olvidado aquel de su accidente y de si propio , continuaba aun acompañándolo, por hallarse en sus últimos momentos, tal vez con daño de su delicada salud ; movido del cuidado del amigo , y como quien sabia perfectamente el tiempo y la hora de su partida , le dijo amoroso : « Que bien podia irse á comer ; mas que no tardara mucho ».

Hizolo así en efecto Don Francisco ; y cuando sonadas las tres de la tarde estuvo de vuelta en el aposento del Siervo de Dios , hallólo ya de tal modo acongojado y decaido , que se hubiera dicho lo esperaba , fiel á su promesa, para los últimos oficios. Tanto que , sin demora , le administraron entónces el Sacramento de la Extrema Uncion , á fin de que se apercibiese con mayores brios al postrer combate de la muerte ; respondiendo el Ven. Padre con voz entera y extraordinaria confianza y afecto, á cada una de las oraciones de tan solemne funcion : despues de la cual comenzó á apagársele la vida, tan apresuradamente , que , por instantes , se veia con evidencia , que se acercaba ya para el santo muribundo el feliz momento de disolverse de los vínculos del cuerpo , y de volar á los brazos de su Amado.

Por lo que la Comunidad juzgó ser llegada la hora de decirle , segun costumbre, la recomendacion del alma: durante la cual tuvo siempre el Ven. Padre clavados los ojos en un devoto

Crucifijo , y con tan viva atencion, que si D. Francisco Mesia (que se lo ayudaba á sostener) inclinábalo á algun lado , allí inclinábanse tambien luego luego los ojos del Siervo de Dios . Y , terminadas que fueron tan sublimes oraciones , y no dando ya el moribundo sino débiles asomos de vida , comenzaron á ayudarlo á bien morir con encendidisimas jaculatorias; á que el Ven. Padre , (ya que no le era posible de otro modo ,) respondia con una blanda inclinacion de párpados , y vertiendo copiosas lágrimas , que , con suspension de todos , le caian en arroyos por las venerables mejillas.

Y con esta santa paz, que no conoce el mentiroso mundo , dando tiernos ósculos y repetidos abrazos á su Señor Crucificado, el Mártes 11. de Abril de 1673. á las cuatro y media de la tarde , entregó por fin placidísimamente el Ven. Padre Francisco del Castillo en tan misericordiosas manos su espíritu , á los 58. años de edad , 40. de Compañia , y 26. de Profesion.



CAPITULO II.

Honores extraordinarios que tributaron los habitantes de la Ciudad de Lima al Siervo de Dios, despues de muerto.

Tan luego como voló al Cielo la privilegiada alma del Ven. Padre Castillo, los primeros en venerar su cadáver cual despojos de un Santo, y sus pobres alhajas como reliquias del mayor precio, fueron todos los sujetos de la Compañia de Jesus, desde el Provincial hasta el último Hermano: quienes, de rodillas, besáronle los piés y las manos, anegados en tiernas lágrimas por la pérdida de un varon tan eminente; á quien, en vez de sufragar con las acostumbradas oraciones, mudado el ruego, se encomendaban á porfia como á santo habitador del Paraiso

Mas apénas las campanas anunciaron á la piadosa Ciudad la muerte del Siervo de Dios, cuando, mientras el menudo pueblo lamentaba por dó quiera tal falta, multitud de personas de las mas notables de la Iglesia y del Estado, corrieron al Colegio, á fin de entrar á saco el cuarto y cuanto le habia pertenecido; cargando quien con una cosa, y quien con otra, hasta no dejarle un solo hilo de ropa, ni una tira de papel: siendo preciso ponerle un nuevo vestuario,

para trasladar sus despojos de la Enfermería á la Capilla interior del Colegio.

Luego que el venerable cuerpo del apostólico Jesuita se expuso en la Capilla de la Congregacion, Lima toda, avisada por el doble general que hicieron sus ochenta Iglesias, voló, como una sola alma, â la Compañia, á fin de venerar los despojos de su nuevo santo. Y entónces fué el ver la devocion y ternura con que unos besábanle los piés y con que otros le tocaban sus Rosarios : las lágrimas con que unos lamentaban pérdida tan irreparable, y la reverente admiracion en que otros prorrumpian al palpar por sus ojos la prodigiosa docilidad del cadáver del Siervo de Dios , y la hermosura venerable y esplendor apacible de su rostro.

Entrada ya la noche , y libre por lo tanto del concurso exterior la Capilla, volvió á llenarse entónces de los Religiosos de la Compañia , que no acertaban á partirse de su santo Compañero de peregrinacion , y padre dulcísimo para todos ; ahondando tiernamente todos ellos las heridas de su alma , con la suave y dolorosa memoria de los ejemplos y amparo que habian perdido en este mundo. No contándose uno solo , que ántes de recojerse á dormir , no hubiera querido tener el consuelo de besarle otra vez las manos ; y sí muchos , que se turnaran voluntariamente las vigilias , á fin de velarlo toda la noche , y dar así algun desfogo á la especial devocion que sentian ácia el Siervo de Dios.

Desde que amaneció el Miércoles , á las diez de cuya mañana determinaron los Superiores de la Compañia que fuera el entierro , madrugó tambien la devocion de los fieles , máxime de los Artesanos y Negros, á venerar los santos despojos de su Apóstol , ántes de emprender sus coti-

dianas labores. Y , con anticipacion , tambien fueron sucesivamente entrando á dicha Capilla interior del Colegio , los Prelados de todas las Religiones de la Ciudad , con sus numerosas Comunidades, á cantarle Misa de cuerpo presente; postrándose todos de rodillas, desde el mayor al infimo, ante el santo cadáver , para besarle de uno en uno , con singular ternura , los piés y las manos : de los cuales no pocos se quedaron para el tiempo de los Oficios.

Entónces los enfermos de la Compañia que pudieron levantarse de sus camas, arrastrándose del mejor modo posible, entraron à su vez à venerar al glorioso difunto. De este número fué el P. José Buendia , quien , aunque fatigado de terribles calenturas , á hurto de los Médicos y enfermeros, se hizo vestir, y, sostenido por otro Religioso , besóle primero los piés , y luego las manos , encomendàndose vivamente á su intercesion y patrocinio : lo que bastó para que al despedirse luego, y muy á su pesar, del Siervo de Dios, se despidiese tambien de él la calentura pegajosa que lo consumia.

Ni será tal vez desagradable à nuestros lectores, que refiramos aquí otro milagro , obrado por el Siervo de Dios pocas horas despues de su feliz tránsito de este mundo á la patria perdurable. El Rmo. P. M. F. Francisco Mesia , Provincial del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes , tan luego como oyó el doble que le anunciaba la muerte del Ven. P. Castillo , hincándose de rodillas sobre la cama en que yacia enfermo de un mal de gota agudisimo, encomendóse à él , con la misma certidumbre y devocion con que pudiera á un santo. Y, hecho esto, mandó á dos Reli-

giosos de su Orden al P. Provincial de la Compañia , pidiéndole , con el mayor encarecimiento , una Reliquia del santo difunto. Recibida la cual , que fué un Denario , (segun declaracion jurada del mismo P. M.) instantaneamente se le quitó el doloroso mal de que se hallaba enfermo, con suma admiracion del Médico que lo curaba , y de todos los Religiosos que lo asistian.

Cuando sonada la hora de las exequias , se trasladó por fin á la Iglesia de San Pablo , llena mucho tiempo ántes de gente , el cuerpo del Siervo de Dios, espantoso fué el alarido, máxime de las mujeres, que, por no poder abalanzarse, como se lo prometian , al venerable cadáver , lloraban unas á lágrima viva , mientras que otras apellidando « al Santo » , « al Padre de pobres » , « al Apóstol », acometian impertérritas , una y otra vez , aunque sin éxcito favorable , á romper por enmedio de la Comunidad, que les cerraba cuidadosamente el paso á los santos y queridos despojos. Pero cuando terminados los Oficios , trataron de hacer levantar el féretro, para llevarlo al sepulcro ; imposible fué ya el defender por mas tiempo el venerable cadáver del atropellado gentio de hombres y mujeres que , cual impetuoso torrente, se arrojaron á una , quien á abrazarse de los piés del Siervo de Dios , quien á cortarle algun jiron de la sotana , y todos á tocar sus Rosarios , regando con tiernas y copiosas lágrimas las vestiduras sacerdotales de que iba revestido.

Y , despues de desfogada asi un tanto la ardiente devocion de los fieles, al fin se pudo conseguir que, en hombros de ellos mismos , (pues con vehementes ruegos lo pedian) se trasladase el sagrado cuerpo á la bóveda comun. Donde , con maravilla universal , repararon todos los circunstantes

(ya atribúyase al dolor de ver poco respetada la Casa de Dios , ya á su excesiva modestia y humildad ,) que el plácido rostro del Ven. Padre , lo mismo que despues de la ardua fatiga del predicar , estaba cubierto de abundante sudor : asombrando aun mas , todavia , á los atónitos expectatores , el ver que , á cada nuevo esfuerzo que hacia el Padre Aranzeaga á fin de estancarlo con un pañuelo, brotase mas y mas copioso nuevamente.

Y , enfervorizados con este gran prodigio , ó por no quedarles ya otra ocasion á que apelar , ántes de devolverse á la tierra el cuerpo del Siervo de Dios , fué entónces mayor todavia que en la Iglesia , el encendido anhelo de adquirir nuevas Reliquias suyas , asi de los seculares , como de los eclesiásticos presentes. Quienes, despues que á porfia le hicieron alli pedazos la sotana y las vestiduras que tenia , llevaron su piadoso atrevimiento hasta cortarle con tijeras los cabellos de la cabeza : que no parara ciertamente ahí, (á pesar de las reiteradas reprensiones de los Padres,) si estos últimos no hubiesen apresurado entónces con la mayor solicitud el entierro del venerable cadáver, y puesto asi oportuno coto á la piadosa osadia de todos los circunstantes. Sagrada funcion á la que tan solo permitieron asistir á algunos Sacerdotes extraños de los mas graves , para mayor solemnidad ; y que terminóse , merced á este oportuno recurso , con tanta paz como prontitud, señalándose el lugar de la sepultura del Siervo de Dios con sobrescribir en el muro modestamente el nombre , año y dia en que fué depositado en ella , á fin de poder reconocerla con toda certeza cuando se tratase de trasladar sus preciosas cenizas á mas noble y digno puesto.

No pareciéndonos enteramente fuera de propósito, narrar aquí, en conclusion, otro portento que, siete meses despues de enterrado el cadáver del Siervo de Dios, tiempo mas que suficiente para que quedase reducido á puro polvo, advirtióse en él, con gran maravilla de los expectadores, y mas tarde de todos.

Es á saber; que entrando entónces á la mencionada bóveda, con ocasion de darse sepultura á otro Religioso recien muerto, algunos de los Padres de la Compañia, movidos estos de la piadosa curiosidad de ver en qué estado se encontrasen los sagrados despojos del Ven. P. Castillo, contra toda humana probabilidad, halláronlo entero, sin mal olor alguno, y de tal modo incorrupto, que, habiéndose animado el P. José Salazar á cortarle un pedazo de yema del dedo pulgar, quedóse atónito, y asi los demas, al ver que brotaba por la reciente herida sangre viva. Que conservada en algodones por muchos piadosos Padres, á fin de tenerlos como otras tantas reliquias del Siervo de Dios, despues de pasados dos años, no solo se conservaba aún perfectamente fresca é incorrupta, (segun lo certifica, entre otros, el M. R. P. José Buendia) sino que, para colmo del prodigio, despedía de sí un olor muy agradable.



CAPITULO III.

De las Apariciones con que el Siervo de Dios ha favorecido á muchos de sus devotos.

Mil veces bienaventurada puede con razon llamarse la Ciudad que el Padre de las Misericordias diputó para cuna de un Siervo suyo; pues si en vida la honran é instruyen con sus virtudes y ejemplos, muertos son su firme amparo, y como el canal por donde le llueven sin tasa los mas ricos dones de lo alto: segun lo ha experimentado, y experimenta cada dia, la priviligiada Lima, merced á los gloriosos hijos que ha dado para el Cielo; y, en modo especial, al Ven. P. Francisco del Castillo, quien, despues de haber sido durante 25. años enteros su Apóstol, es ahora uno de sus mas válidos favorecedores ante el trono del Altisimo. Que así lo pregonan poderosamente, prescindiendo por el momento de otras innumerables mercedes obtenidas por el Siervo de Dios á sus devotos paisanos, las benignas Apariciones con que á muchos de ellos ha favorecido, cuando á llevarles consuelos para el espíritu, y cuando la salud del cuerpo.

Gertrúdis de los Reyes, hija espiritual del Siervo de Dios, y una de sus Amparadas, cómo se hallase muy afligida y

casi sin consuelo alguno, por la pérdida de su Padre y bienhechor, recomendóse á él una noche eficacísimamente ántes de ir al lecho, tres dias despues del de su santa muerte, diciéndole, en sus angustias: « Padre mio, no me niegues ahora tu amparo, ya que vivo tanto me favoreciste; pues ¿ qué seria de mi en lo futuro, sin tu proteccion y ayuda »? Y apénas se habia adormecido la buena Hermana, cuando entre sueños aparecióseIe el Siervo de Dios, como si estuviera aun vivo, con su Cruz en la mano; pero muy resplandeciente. El cual, despues de abrirle las cortinas de la cama, y de sentarse en esta, le preguntó, apretándole fuertemente la mano con el Rosario que llevaba: « ¿ Qué quieres, Gertrúdis? Aqui me tienes; no te aflijas ». Y habiéndole respondido entónces ella: « Padre mio, me veo muy perseguida y desolada, y ya no puedo perseverar aqui mas largo tiempo », el Ven. Padre le dijo: « No hagas tal, hija, por Maria Sña.; dile á la Madre Abadesa: que me recen un Rosario entero á la Sña. Virgen; y á Fulana que presto será Religiosa: Y de parte del Sor. Cónde de Lémus te encargo, que seas muy devota de Sn. Pedro de Alcántara, y que cada dia le reces un Padre nuestro y un Ave Maria, y se lo deposites para la hora de tu muerte; pidiéndole te alcance y otorgue entónces lo que Dios concedióle al Santo ». Dicho lo cual, desapareció el bienaventurado Jesuita como un rayo de luz resplandeciente, que casi fué visto por la agraciada al despertarse. Quien, aseguróse en seguida mas y mas de la verdad de tan prodigiosa y consolante visita, al ver abierto el pabellon, que ella habia cerrado con solicitud al acostarse; las cuentas del Rosario hondamente impresas en su mano adolorida; y entrar en breve

de Religiosa la misma á quien el Ven. Padre le hizo decir que lo seria.

El Hermano Melchor Freyre, Coadjutor de la Compañia de Jesus, acometido por una pasion melancólica, que lo agitaba horriblemente, haciéndole juzgar no era á propósito para la Compañia; con motivo de haber copiado la Vida del Ven. Padre Castillo, y las batallas interiores que le movieron su humildad y sus escrúpulos, acojióse á su patrocinio, esperando que, por sus méritos, el Señor le iluminaria al fin la inteligencia para salir con bien de los aprietos en que se hallaba. Y asi fué: pues, mientras se recomendaba eficazmente una noche al Siervo de Dios á cerca de las diez, pidiéndole socorro en sus aflicciones, he aqui que, estando á obscuras dicho Hermano, vé pasar ante sus ojos una luz como relámpago, que esclareció todo el aposento: y cómo lleno de pavor á semejante claridad, solicitara de nuevo la intercesion del santo Padre, al relampaguear otra vez la luz, vió (y no solo él, mas tambien otro religioso que dormia en su cuarto) distintamente entónces en el aire á un sujeto de la Compañia, que, pasado un instante, encáminóse ácia el techo. Prodigio que, por ámbos y despues por todos los Religiosos, fué atribuido al Ven. P. Castillo; asi por estarse recomendando entónces el Hermano Freire á él, como pórque en lo futuro no volvió á verse afligido jamas por las pasadas tentaciones.

Muchas veces gozó tambien de tamaña dicha, con gran consuelo de su alma, la Sierva de Dios Margarita de Jesús, beata Dominicana, conocida vulgarmente en Lima por el sobrenombre de la *Sicasica*: quien, en cambio, numeraba al Ven. Padre Castillo entre sus Santos protectores, y

como á tal se recomendaba á él todos los dias. Y, en singular modo, el Negro Miguel, esclavo del Capitan Don Fernando Bravo de Lagunas, muy favorecido del Cielo, é hijo espiritual del Siervo de Dios: quien, al volver en sí de un regalado éxtasi que tuvo en una grave enfermedad, dijo al P. Mesia, (que por haber acudido entónces á confesarlo fué testigo ocular de tal favor): « Que varias veces habiasele aparecido muy hermoso y resplandeciente su santo P. Francisco, cuyo lienzo tenia enfrente de la cama, en el mismo traje en que andaba cuando vivo; y que, poniéndole la mano sobre la cabeza, le habia dicho palabras de muchísima edificacion y consuelo ». Jurando, ademas, el Licenciado Don Gregorio Fermin de Ibarra: « Que, antes de entregar su alma á Dios dicho santo Negro, en el Colegio Real de San Felipe, tuvo cuatro extásis ó raptos; y que, forzado de la Obediencia y mandato de los Sacerdotes que lo asistian, dijo: que en ellos habia visto á la SSma. Vírgen de los Desamparados, con el Señor San José al lado derecho, y á los piés al P. Francisco del Castillo; aunque no podia decir cómo, porque era tanta la gloria de que estaba adornado, que no hallaba palabras con que poderlo expresar: y que todos tres le hicieron muchos favores, y dijéronle el dia de su muerte ».

Pero no solo mostróse el Ven. Padre Castillo liberal de sus amorosas visitas con tales amigos, y solícito en acallar las congojas espirituales de sus devotos; sino que tambien acudió, una y otra vez, á sacar personalmente de las garras de la Muerte, á los que en lance tan terrible ponian en él sus rsperanzas, invocando su intercesion y patrocinio.

Doña Clara Bermúdez, que había parido el dia en que murió el Siervo de Dios, á quien veneraba como á padre, tuvo tan gran sentimiento al saber su muerte, que, acometida al punto, y juntamente por una furiosa calentura y por un fuerte dolor de hijada, vióse ya á dos dedos del sepulcro; sin que ninguno de los muchos remedios que le aplicaron, lograra otro resultado, que empeorar mas y mas el no conocido y terrible accidente. En tan apretada situacion clamó la enferma por una Reliquia del Ven. Padre Castillo. Y, habiéndosele traido como tal la almohada en que expiró el Siervo de Dios, púsosela debajo de la cabeza, pidiéndole: « Que por el amor que le babía tenido en el mundo, la sanase, ya que tanto podía con la Divina Majestad ». Hecho lo cual, quedóse la enferma ni del todo dormida, ni muy despierta; sino, á su parecer, algo trasportada: cuando he aquí que se le presenta delante el Ven. P. Castillo, como si aun estuviese vivo; y, despues de ponerle sobre el cuerpo su prodigiosa Cruz, le dice: « Que beba agua de borrajas, y que pronto se hallaría enteramente sana ». Llena de fé Doña Clara en lo que había visto y oido, pide la agua prescrita: y ¡ oh insigne favor ! recibirla, beberla, y quedar sana, fué todo uno. Lo que oido de su boca por el Médico, exclamó: « ser un milagro manifiesto la repentina salud, y mayor, todavia, el no haberle ocasionado la muerte la apurada bebida ».

Viendo Doña Catalina de Cárdenas y Don Tomas Bermúdez, que ninguno de los remedios que hacian á su hijo Felipe, de 4. años de edad, gravemente enfermo de un dolor pleurático, que durante muchos dias lo tuvo sin poder

pasar una gota de agua, ni dormir; como última diligencia, clamaron los afligidos consortes al Cielo por remedio, encomendando tan cara vida á los Siervos de Dios Ven. P. Castillo y Ven. Nicolas de Dios, (Indio Chiclayano) cuyas estampas le pusieron en el pecho y costado adolorido. Y no fué en vano el piadoso recurso : pues luego luego dió el niño señales de mejoria, quedándose dormido tranquilisimamente; y cuando dispertó les dijo con júbilo : « Que ya estaba del todo bueno, pórque el P. Castillo, cuya estampa señaló, habia estado con él, y, con ponerle su mano en la cara, lo habia sanado.

Don Pedro Dominguez, herido de muerte en un desafio, y desahuciado de los Médicos, confesóse, para morir en gracia de Dios, con el Lic. Don Pedro de Landaverde : quien, lastimado de verlo tan afligido, lo exhortó á que se recomendase de veras al santo Padre Castillo; pues esperaba le valiese en el Cielo su poderosa intercesion. Hízolo así el enfermo; y al punto aparecióseele el Ven. Padre á prometerle la salud, y aconsejarle que mudara vida, entrando de Religioso en la Recoleccion de San Francisco. Lo cual, sanado en breve de sus mortales heridas, verificó Don Pedro sin tardanza en el Cuzco; donde tomó el Hábito de Recoleto Franciscano, y á los tres años entregó santamente su espíritu al Señor.

Favor igual recibió tambien del Siervo de Dios Doña Francisca de Mendoza, que mortalmente enferma de un fiero tabardillo, y desahuciada ya de los Médicos, volvióse de corazon á él. Pues aquella misma noche, se le apareció á decirle : « No temiera morir de aquella enfermedad, de la cual en breve estaria buena; y que fuese muy devota

de la Vírgen Nuestra Señora ». Sintiéndose desde aquel instante Doña Francisca muy mejorada, y enteramente fuera de peligro; y en breve, segun prometióselo el Siervo de Dios, del todo buena.

Y mayor, finalmente, que las anteriores, fué la gracia que obtuvo del Ven. Padre Castillo, el Indio Valentin de la Cruz, Hortelano en el Colegio de la Compañia de Trujillo. El cual, desahuciado ya de los Médicos, y confesado y Sacramentado, á consecuencia de un fiero dolor de costado, esperaba por instantes la muerte; cuando el Hermano Melchor Freire, (que debía su quietud de espíritu al santo P. Castillo, y que á la sazon se hallaba alli,) deseoso de dar á conocer en dicha Ciudad à su santo bienhechor, le puso en la cama un Compendio de la Vida y milagros del Ven. Padre, que había copiado para tenerlo siempre consigo, exhortándalo á encomendarse á él; (mas sin que el moribundo, por la suma postracion en que se hallaba, lo notase ni oyese nada de cuanto le decia). Pero no fué necesaria la aquiescencia del infeliz Indio, para que acudiera el Siervo de Dios en su socorro: pues de repente sintió que un Padre de la Compañía, despues de despertarlo del letargo en que se hallaba moviéndole la cabeza, lo tomó de la mano; y alzándolo de la almohada le dijo: « Levántate, que ya estás bueno ». A cuya imperiosa voz sentóse en la cama el ya moribundo, y pidió de comer, refiriendo maravillado cuanto le había sucedido; aunque sin atinar aun á quien atribuir semejante gracia. Mas no tardó mucho en conocer á su bienhechor; pórque habiendo acudido los Padres del Colegio à la noticia de su milagrosa salud, supo Valentin lo habian recomendado à la intercesion del Ven.

P. Castillo , poniéndole al efecto en la cama una copia de su Vida. Y viniéndosele entonces á la memoria distinta y claramente su semblante y voz , tuvo por cierto no ser otro el Padre que lo habia sanado tan prodigiosamente , que el santo Padre Castillo : y, de agradecido á tal merced, pidió la sotana de H. Donado , para morir en la Compañia, á la cual era deudor de tamano bien ; donde fué largos años un vivo testimonio de la eficaz virtud del santo P. Castillo.



CAPITULO IV.

Milagros obrados por las Reliquias del Ven. Padre Castillo.

La misma virtud de sanar enfermos que, en el Libro de los Hechos Apostólicos, (Cap. XIX. v. 12.) refiere San Lúcas haber concedido el Todopoderoso en Asia al Sudario y Cíngulo de su Apóstol San Pablo, acordó tambien en América á las Reliquias del Apóstol de Lima Francisco del Castillo: pues, segun aparece de los mas seguros testimonios, casi no hubo cosa que él santificase en vida usándola, que, despues de su dichosa muerte, no hubiera sido operadora de estupendos y repetidos prodigios; y de la cual no podamos decir, fundadamente, con San Lúcas: « Que, á su aspecto, huian las enfermedades », en vista de los maravillosos hechos que vamos á narrar á continuacion.

Con motivo de haber acompañado al Siervo de Dios en su última enfermedad el Hermano Domingo Flórez, al verlo asaltado de una recia calentura el dia siguiente al de la muerte de aquel, se persuadieron todos de que era tabardillo. Pero, felizmente, no sucedió así; porque al oir tal cosa el Hermano, armóse de fé, y sin esperar á que la

fiebre corriese sus términos, invocando en su favor la ayuda del Ven. Padre Castillo, se ató la cabeza con un jiron de la *Camisa* con que habia muerto; seguro de conseguir de este modo la sanidad. Y su fé le valió: pues al punto apagósele enteramente la calentura; y casi á un tiempo mismo corrió en la Casa la noticia de su enfermedad y la de su milagrosa salud.

Un retazo de la misma Reliquia, despues de haber sanado instantaneamente á Doña Juana Garay de un agudo y penetrante dolor de garganta y á su hermana Doña María de unas valientes calenturas, sanó tambien en la propia Casa, y de la misma manera, á una niña de once años, llamada Teresa de la Rosa; en cuyo semblante, á los tres dias de continua y recia fiebre, veíanse ya claras señales y pintas de viruelas, en circunstancias que este terrible azote hacia grandes extragos en toda la Ciudad.

Y, con igual expediente, sanó por último Doña Maria Centeno, que retirado habíase, á fin de llenar de méritos sus últimos años, al Monasterio de Santa Catalina, donde eran Religiosas dos hijas suyas. Pues estando una ocasion enferma de muerte, y ya fortalecida con el Viático y Extrema-Uncion, con solo aplicarle sus hijas un pedazo de aquella, é implorar el patrocinio del Siervo de Dios, inmediatamente comenzó la moribunda á mejorarse, y en breve estuvo del todo buena.

El Maestre de Campo Don Francisco Mesia aplicó, cual último remedio, la *Sotana* del Siervo de Dios á una Negra, esclava suya, que se iba consumiendo lentamente, sin que los Médicos atinasen con su misterioso mal; pidiéndole al santo Jesuita, ó que la sanara del todo, ó que se declarase

el accidente que la consumia , á fin de poderla curar con acierto. Y no lo engañó su amistosa confianza: pues ese mismo dia , declaróse la sorda enfermedad de la acongojada Negra en un fiero tabardillo , á que acudiendo los Médicos con prontitud , en breve estuvo enteramente y buena sana.

Y Gertrúdis de los Reyes , Recojida de las Amparadas , que por espacio de un mes estaba padeciendo de calenturas atabardilladas , con ramo de tiricia ; sin mas diligencia que aplicarse un pedazo de la misma Reliquia , vióse en el acto buena y sana y libre de mal.

Estando ya á las puertas de la muerte el Maestre de Campo Don Pedro Alfonso Garces , de resultas de un agudo dolor de hijada , que durábale ya dos dias ; despues de Confesarse como buen Cristiano , y mientras trataba de disponer finalmente de sus cosas y recibir los demas Sacramentos , acordóse, por su buena suerte , que tenia un *Cíngulo* del Siervo de Dios. Pues sin mas que hacérselo poner sin demora , invocando muy de corazon al santo P. Castillo, instantaneamente estuvo bueno : reconociendo todos , incluso el Médico , por un prodigio , tan repentina y completa sanidad.

Sor Antonia Ygnacia de Santa Rosa , Monja profesa de Santa Catalina , acongojada por un vehemente dolor de higado, y sin que los muchos remedios que en el largo espacio de tres semanas se le aplicaron , le trajesen alivio alguno, volvió al fin de ellas los ojos al V. P. Castillo, poniéndose en el lado dolorido una *Diciplina* que habia logrado del despojo de sus venerables Reliquias. Y tan eficaz fué su accion , que al punto mismo se le quitó completamente

el dolor: quedando desde entónces tan sana como reconocida á su poderoso bienchechor.

El *Decenario* del Siervo de Dios, despues de haber sanado del mal de la gota al P. M. F. Francisco Mesia, aplicándolo dicho P. M. en tres ocasiones diversas á otras tantas mujeres que herían de piés y manos con mal de corazon, dos en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, y la tercera en la Calle de Mercaderes, al momento se les quitó el mal, con grande maravilla de los circunstantes, que se abalanzaron á besar tan insigne Reliquia.

De resultas de un fiero dolor de costado de quince dias, un Negro bozal llamado Pedro llegó á perder de tal manera el juicio que, á fin de que estuviese en quietud, y no se dañara ni dañase á los demas, fué necesario ponerlo en un cepo: donde finalmente perdió el habla y el sentido; sin que le sirviesen de nada los muchos y violentos remedios que por mas de 30. horas le aplicaron. En circunstancias tan aflictivas, encomendáronselo al Siervo de Dios, aplicándole su *Rosario*. El cual fué su remedio y su salud; pórque al punto volvió á los sentidos el moribundo y loco Negro, comenzó á hablar corrientemente, y quedó bueno y sano, sin que se le hiciera ningun otro medicamento.

El Licenciado Don Juan Pacheco de los Reyes, Abogado de la Real Audiencia de Lima, con solo ponerse al cuello la misma Reliquia, vióse instantaneamente libre de una terrible cólica, que habia hecho frente á los remedios mas eficaces; y sin que le entrase despues la mas lijera calentura, como se lo pronosticaban los Médicos.

Finalmente, al Capitan Don Juan de la Huerta, acometido de un pasmo, que lo privó del habla, sin que los

remedios que en el espacio de 24. horas se le ministraron tuviesen eficacia alguna contra él, aplicóle una Parda, llamada Isabel de Castro , dicha Reliquia , encomendándolo muy de veras al Siervo de Dios. Y no fuè necesario mas Médico ni medicina para que huyese el letal accidente : pues incontinenti volvió en sí el enfermo , invocando agradecido al Ven. Padre , que tan milagrosamente habiale restituido la salud.

Asaltada una noche por un repentino dolor en la rodilla derecha , de cuya vehemencia se le formó un tumor del tamaño de una naranja que le impedía dar paso, la Madre Clemencia Teresa de San Bernardo , Carmelita descalza , á quien cupo en suerte la *Cadenilla* de acero que traía pendiente al cuello el Siervo de Dios , como insignia de esclavo y cautivo de la Santísima Vírgen ; y viendo con espanto que los remedios que la oportunidad le ofrecía , lejos de alivio, daban mayor dureza á la hinchazon , acordóse , en buena hora para ella , de la Reliquia del santo Jesuita. Pórque con solo ponérsela sabre la parte enferma é invocar su auxilio , diciéndole con viva fé : « Padre mio Francisco del Castillo , ahora veré yo si sois Santo , como todos lo publican , si alcanzais de Nuestro Señor que me sane del todo, para declararlo así en la Informacion que se está haciendo de vuestra santa vida y milagros » ; inmediatamente sintió que se le habia aliviado , y como dormido el dolor. Pero no contentándose la Madre con el simple alivio alcanzado , si no conseguia del todo la sanidad , volvió á decirle : « Que, para que ella lo pudiese declarar , habia de quitársele totalmente el dolor , y quedar tan buena como ántes ». Y ¡ oh consuelo ! á la medida de la amorosa exigencia de la

enferma, hizo el Siervo de Dios el milagro: pues habiéndose quedado ella dormida en suave y quieto reposo, despues de reconocer disipada la inflamacion y de sentir un extraordinario temblor en todo el cuerpo, cuando disperto por la mañana, encontróse no solo sin dolor, mas sin vestigio alguno del mal antecedente.

Estando en la Villa de San Clemente de Pisco el H. Diego de la Maza, le acometió un dolor muy grande á la rodilla, que el Cirujano llamado á asistirlo reconoció ser apostema, con la complicacion de que desde la ingle le corria un rayo de humor, que inflamábale todo la tabla del muslo. Cuatro dias, en cada uno de los cuales fué cobrando el mal mayores fuerzas para llegar á su madurez, pasó el buen Hermano sufriendo anticipadamente las penas del Purgatorio. Cuando acordóse, por su bien, de una *Medalla* que el Ven. Padre le habia dado siendo Maestro de la Escuela de los Desamparados: la misma que se puso en el acto donde era mas vivo el dolor, pidiendo á la Santísima Virgen que, por intercesion de su gran Siervo Castillo, le concediese la salud. Bastando este solo remedio y súplica para que las materias que tanto lo affigian se resolviesen incontinenti; de tal suerte, que al buscarle al otro dia la apostema el Cirujano, y no ver siquiera rastro de ella, dijo á voces: « que era un patente milagro ».

En circunstancias que Doña Beatriz Ares Verdugo esperaba por momentos la muerte de una Esclava suya llamada Brigida, que habia sido enteramente desahuciada de su Médico á consecuencia de un fiero dolor de costado unido con una incorregible disenteria, entró á verla el Presbitero Don Juan Mateo Mendoza: quien, apiadado de la afliccion y

desconsuelo de Doña Beatriz, ocurrió, sin pérdida de instantes, por un *Papel* de letra del santo Jesuita, que guardaba como una preciosa Reliquia. Y á la media hora de habérselo puesto á la moribunda sobre la frente, encomendando su vida al Siervo de Dios con rezar á honra suya una Estacion del Santísimo Sacramento, quitósole á la infeliz, como con la mano, la calentura y la disenteria: segun, entre otros testigos, lo jura el mismo Médico que la asistia, asombrado de tan patente prodigio.



CAPITULO V.

De los milagros que ha obrado el Ven. Padre Castillo por medio de sus imágenes y estampas.

Ni menor fué tampoco, Dios mediante, la virtud de las estampas que, con licencia del Ordinario, y para acallar la devota instancia de infinitos fieles, que no saborearon la dulce dicha de conseguir Reliquias suyas, se hicieron en Lima de la venerable figura del Siervo de Dios; pues, como se verá en seguida, han aprovechado á sus devotos poseedores lo mismo que aquellas, para obtener de manos del Todopoderoso los auxilios superiores por que clamaban urgentemente, en las coyunturas mas tristes y desconsoladoras de la vida.

Habiéndosele trabado la lengua al Capitan Don Fernando Bravo de Lagunas á consecuencia de un accidente mortal de aplopegia, y sintiendo él grande congoja interior de no poder imformar al Médico que acudió á socorrerlo de lo que padecia, levantó en tal aprieto los ojos á una imágen del Siervo de Dios, que tenia enfrente de la cama; y con tierno afecto y devocion le pidió que le alcanzase de Nuestro Señor el habla, á fin de poder explicar su achaque.

Y , con esta sola diligencia , le cesó al instante el impedimento de la lengua , y pudo decir á su Médico el mal que lo afligia.

El Doctor Don Francisco Bermejo , Rector de la Real Universidad de Lima , viéndose asaltado repentinamente por la noche , de un vehementísimo dolor de estómago , con horribles ansias y vómitos que , no dejándole sosiego alguno , le hacian ver como cercano el fin de su existencia , acudió á una estampa del santo P. Castillo ; y , ofreciéndole una limosina para su Beatificacion, si lo sanaba , aplicósela con viva fé al estómago : y al instante se le quitò el dolor que lo ahogaba. Mas viendo que las ansias se repetian aun, alentado el enfermo con el alivio conseguido, volvió á instar al Siervo de Dios , á fin de que le alcanzara por entero la salud : é inmediatamente , exhonerándose de un humor sangriento , quedó bueno del todo , sin ansia ni dolor alguno.

No pudiendo Doña Juana Solla de Godoy , por la escasez de sus bienes de fortuna , llamar Médico para un niñito suyo ,. que de dos semanas atras padecia de ardientes calenturas ; y no hallando ya que hacerle, pues ningun remedio casero le aprovechaba , púsole sobre la frente una estampa del santo P. Castillo ; pidiéndole « Que , como padre de pobres , le sanase al pobrecito de su hijo ». Afectuosa y urgente plegaria á que no tardó nada en responder el Siervo de Dios ; pues al punto quitóle al chiquillo la calentura , que no le volvió ya mas en adelante.

Francisco Velásquez , Sacristan de la Iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados , por una fuerza que hizo , se dislocó un hueso de la espalda : lo que traíalo en continuos

dolores, y con peligro evidente de la vida; pues de lo menor, echaba á borbollones la sangre por la boca. Por su dicha, consiguió una estampa del Ven. P. Castillo; y encomendándosele muy de veras, se la puso en la parte adolorida, diciéndole: « Que, pues mucho lo habia querido y servido mientras vivia, ahora que estaba ya gozando de Dios, se acordase de él, sanándolo del terrible mal que lo afligia ». Y no bien le hubo dirigido tales palabras, (que bien pintaban todo el afecto del suplicante y su congoja) cuando hallóse enteramente sano; y sin que desde este dia se acordase de él para nada la antigua enfermedad.

Diez luces hacia que se hallaba en cama Doña Maria Hidalgo de Cepeda á consecuencia de unos fieros ahogos, que le apretaban de tal suerte el pecho, que parecia que por momentos iba ya á reventar; sin que ningun remedio humano fuera parte á mejorarla en lo menor. Cuando llegándose á visitarla Doña Maria Duran, viuda del Capitan Don Francisco Tijero de la Huerta, muy devota del Ven. Padre Castillo, y hallándola tan afligida, le dió una estampa del Siervo de Dios, diciéndole: « Se encomendase á él de corazon, pórque era un gran Santo. » Hízolo así en efecto la acongojada enferma: y no bien se puso sobre el pecho la santa imágen, le cesaron completamente los ahogos; sin que le hiciesen otro remedio, ni le repitiera en adelante tan pesado accidente.

Habiendo caido enfermo con el mismo achaque, á los pocos dias de sanar tan milagrosamente la susodicha Señora, un hijo suyo; al verlo herir de piés y manos, y dar seguros indicios de morir ahogado de un instante á otro, acordándose la afligida Madre del milagro que en ella habia obrado

el Venerable Jesuita, acudió una vez mas á su intercesion poderosísima. Y, con solo ponerle entónces encima la milagrosa estampa, se le quitó al punto la enfermedad al niño, sin que fuese necesario acudir despues á otro remedio: como lo juran varias personas fidedignas, testigos oculares de uno y otro prodigio.

Arrojado Don Francisco Pacheco por el mulo en que cabalgaba, impetuosamente contra una pared, quedó en el suelo inmoble y sin sentido del porrazo; sin que ninguno de los muchos remedios que le aplicaba la gente que acudió á socorrerlo, fueran parte á recobrarlo á su acuerdo. Pero lo mismo fué ponerle Doña Josefa Gonzáles sobre el pecho una estampa del Siervo de Dios, que al punto, con maravilla de todos los presentes, abrió el caido los ojos, se levantó del suelo de por sí, y, sin aplicarse mas remedio, estuvo en breve bueno, y sin lesion alguna.

A Doña Urbana de la Rosa se le formó en la cabeza un venenoso carbunclo, que no la dejaba descansar ni de de dia ni de noche. En tan aflictivas circunstancias, y mientras esperaba el Cirujano á que le madurasen suficientemente las materias para hacerle al fin la operacion, le ofrecieron á la infeliz una estampa del Ven. Padre Castillo: que ella, deseosa de verse sana, sin sentir en su carne el filo del cuchillo, se ató luego en la cabeza, haciéndole tiernas y repetidas plegarias para que le diese la salud. Y, merced á tan gran abogado, aquella noche durmió sin sentir latido alguno que le rompiese el reposo; y á la mañana siguiente, con grande suspension suya y de todos los de su casa, se halló desvanenecida ya la hinchazon, y resuelto totalmente el carbunclo que tanto la angustiaba.

En casa del Capitan Don Bernardo Gurmendi, Caballero del Orden de Santiago, un Negro, por nombre Domingo, estaba ya moribundo, desahuciado y oleado, de resultas de una apostema interior que iba echando por la boca. En tal aprieto, Doña Isabel de Luzan y Recalde, mujer de dicho Capitan, hizo aplicar al agonizante Negro una estampa del Siervo de Dios, pidiéndole con viva fé su salud. Y ¡ oh maravilla ! aquella noche misma, en que se temía por momentos su muerte, mejoróse el moribundo de tal modo, que al otro dia lo hallaron sin riesgo alguno; y en breve se levantó de la cama, á proseguir, lo mismo que ántes, en sus usadas faenas.

Doña Juliana Salazar, viuda del Maestre de Campo Don Pedro de Mendoza, viendo desahuciada por su Médico á una Criada suya, enferma de dolor de costado; perdida ya toda esperanza en la ciencia de los hombres, le aplicó una estampa del Siervo de Dios sobre el lado dolorido, aconsejándole lo llamase eficazmente en su favor. Lo que no bien hubo puesto en obra la moribunda ¡ oh maravillosa solicitud de los Santos ! echó una bocanada de un humor pestilencial, que infestó todo el aposento; quedando con esto tan sosegada y buena, que al verla el Médico exclamó: « Que ya estaba sana, y por un patente milagro del Ven. P. Castillo ».

Finalmente, estando ya á las puertas de la muerte, y confortada con todos los Sacramentos de Nuestra Santa Madre la Iglesia para el último combate, una Negrita de Doña Elvira de Cartajena y Paredes, de resultas de una rápida disenteria, y cuando no se trataba ya de otra cosa sino de ayudarla á bien morir; dicha Señora, que era muy amante

del Siervo de Dios, se acordó de él en tal congoja, y con una estampa suya en la mano, se llegó á la moribunda, y, poniéndosela en el estómago, le dijo: « pidiese con gran fé al Siervo de Dios que le alcanzara la salud, por la Santísima Virgen de los Desamparados ». Hizo la agonizante lo que le aconsejaba su Señora; y ¡ oh prodigio! al momento se sosegó en el desgobierno del vientre, se le quietaron las ansias, quedóse dormida, y, al dispertar, se halló buena y sana del todo, y como si tal cosa no hubiera padecido jamas.



CAPITULO VI.

Milagros obrados por el Siervo de Dios á la mera invocacion de su patrocinio.

Mas á fin de que no se crea que solamente por medio de sus Reliquias y Estampas prestaba el Siervo de Dios piadoso oido á los necesitados que desde este valle de lágrimas ponían en él todas sus esperanzas, referiremos aquí, ántes de levantar la mano de esta materia, para mayor consuelo de nuestros lectores, algunos de los muchos é incuestionables hechos, que prueban hasta la evidencia, que á su pura invocacion se vieron tambien repetidas veces desterradas las calamidades, introducida la paz en los corazones, y revocada al cuerpo la vida que lo abandonaba.

Un pescador del Callao, que habia perdido, sin ningun fruto, la entera tarde y toda la noche en la fatiga de tirar y recojer sus redes, cansado de invocar en valde en su ayuda á muchos Santos de su devocion, se acordó al fin del Ven. Padre Castillo, á quien había comunicado como amigo y venerado como á Santo; y, lleno de fé en su patrocinio, echó de nuevo las redes en su nombre. Sacando esta vez,

al recojerlas, una redada tan copiosa de peces, que, al verlos tendidos en la playa, no cabiendo en sí de admiracion y de alegria, se puso á dar allí fervientes gracias á la Divina Providencia, por el claro prodigio con que acababa de socorrerlo su glorioso Siervo Castillo.

En circunstancias que se habia fulminado un órden de prision contra dos hijos de Doña Isabel Cortes, á consecuencia de una riña en que maltrataron grandemente á un hombre; y cuando parecia no haber como mitigar la justicia, por mostrarse el Exmo. Conde de Castellar, Virey entónces del Perù, inexorable con los reos; dicha Señora, viéndose ya sin favor ni consuelo en la tierra, apeló confiada para el Cielo, por medio de la válida intercesion del Ven. Padre Castillo, á cuya gloria oyó una Misa, á fin de hacerle así fuerza á que viniera en su socorro. Vióse en seguida el Pleito en la Real Audiencia, asistiendo el contrario Virey: quien entónces, sin que nadie le hubiese hablado nuevamente en pró de los culpados, se inclinó benigno, contra toda expectativa humana, á la parte de los dos presos, que salieron completamente libres de pena. Reconociendo madre é hijos, y cuantos supieron el caso, unánimes, el Patrocinio del santo Jesuita en tan repentina mudanza.

A Doña Nicolasa de Avreu y Guzman que tenia en tan poca estima al Ven. Padre, que habiéndosele ofrecido una Reliquia suya no la quiso recibir, se le perdió uno de los zarcillos de oro y perlas que al acostarse habia colgado á la cabecera de su cama. Y cómo por mas diligencias que puso en obra, en union de sus criadas, para hallarlo, no diese con él, sentóse al fin despechada á discurrir quién

de aquellas podia habérselo robado. En esto, sin saber cómo, se acordó ella del Siervo de Dios; y viniéndole eficaces impulsos de valerse de su intercesion: « Padre mio Francisco del Castillo, (le dijo) yo creeré que sois un Santo firmemente, y que estais gozando ya de Dios, si parece mi zarcillo, y lo declararé en las informaciones ». Mas no bien hubo pronunciado la incrédula estas últimas palabras, cuando he aquí que vió, con grandisima sorpresa suya, delante de sus mismos ojos, y á muy corta distancia de donde estaba, el zarcillo tan buscado. Manifiesto prodigio, que dejó á Doña Nicolasa tan agredecida y segura de la Santidad del Siervo de Dios, como deseosa de que todos le fuesen devotos, y de verlo cuanto ántes contar por la Iglesia en el número de sus Santos.

En la Casa de las Amparadas de la Purisima, quienes, recien muerto el Ven. Padre, se hallaron no pocas veces destituidas de socorros, aun para la subsistencia, ha resplandecido, como era natural, muy milagrosa la intercesion del santo Jesuita. Así, por ejemplo, un dia se halló el Recojimiento sin un solo pan que comer, y habiendo clamado todas, á una: « Santo Padre Francisco del Castillo, dános pan »; al punto oyeron tocar la campanilla de la Porteria, en donde encontraron una canasta de pan, de que comieron todas abundantemente, y aun sobró. En otra ocasion, no tenian las pobres una gota de agua, por habérseles secado la pila interior; y con solo ponerse de rodillas una de ellas, y levantar la voz diciendo: « Padre Castillo, dános agua, que perecemos », al instante comenzó la fuente á correr en abundancia, mientras carecia absolutamente de ella la Plaza mayor, de donde pasaba al Recojimiento. Fi-

nalmente, Gertrúdis de los Reyes, que, como Hermana Sacristana, debia cuidar de la lámpara del Señor en la Capilla de las Amparados, confundida una ocasion al ver que no tenia aceite mas que para un solo dia, cuando faltaban varios para cumplirse el mes, volvió los ojos al Siervo de Dios, diciéndole: « No permitiese que se viera sin aceite la lámpara del Santisimo ». Lo cual fué bastante para que la vasija que no encerraba aceite sino para un solo dia, diese mas del necesario para todos los dias del mes que faltaban.

Navegaban del Puerto del Callao al de Guanchaco, Don Bartolomé Martinez Jaúregui, Regidor de la Ciudad de Trujillo, Don Francisco Núñez de Valcera, el Hermano Melchor Freire de la Compañia de Jesus, y otros muchos pasageros. Y cómo al segundo dia de navegacion padeciesen una terrible calma, y uno de los pasageros comenzara á sentir mal de la Santidad del Ven. Padre Castillo, dicho Hermano Melchor, movido de superno impulso, á fin de cortar de una vez aquella conversacion tan injuriosa y falsa, levantó el grito diciendo: « Buena es esta ocasion para que se reconozca si el P. Francisco del Castillo es Santo y puede mucho con Dios; pues nos hallamos en conpleta calma, pidámosle que nos socorra con un viento favorable ». E hincándose entónces de rodillas en medio del Combes, con otros Españoles, invocó, al efecto, con fé viva y segura confianza, el patrocinio del Siervo de Dios, rezándole un Padre nuestro y una Ave Maria. Y apénas habianse levantado de hacer esta súplica, hé aqui que el viento comenzó á soplar benigno; no faltándoles ya en adelante hasta que fondearon en Guanchaco. Prodigioso suceso, de que

Don Francisco Núñez puso á todos por testigos en el acto, comprometiéndose solemnemente por su parte, como Escribano público, á dar fé de él, si en algun tiempo importaba á la gloria de Dios, y crédito de su Siervo Francisco.

Hallándose asaltada á media noche, y sin tener quien le diera el mas mínimo socorro, Lorenza Paredes, de un fiero dolor de estómago, que le hacía padecer trasudores mortales; cómo tuviese ya la muerte vecina, despues de batallar una buena hora con tan terrible congoja, se acordó providencialmente del Siervo de Dios. Y, encomendándose á él muy de veras, le rogó: « Que, por el amor de la Santísima Virgen de los Desamparados, le alcanzase de Nuestro Señor la vida, siquiera para poder confesarse y morir como Cristiana ». No tardando nada el Siervo de Dios en socorrerla; pues mientras lo abligaba aun la enferma á venir en su auxilio, sintió que se le adormecia todo el cuerpo: quedándose profundamente dormida hasta las seis de la mañana, en que dispertó ya buena, y sin ningun dolor, ni incomodidad.

En la Hacienda de Pariache le sobrevino á una hija del Maestre de Campo Don José de Castro, un mal repentino; y con tales accidentes y circunstancias, que tanto él, como su esposa, temieron se les muriese aquella en las manos sin el menor socorro, por la gran distancia á que se hallaban de la Ciudad. Pero la fé de sus Padres con el santo P. Castillo, le servió á la enferma de Médico y de medicina: pues, sin mas que encomendársela entrambos de corazon al Siervo de Dios, ragándole, « los librase del crudo dolor de ver padecer y morir á su hija sin ningun consuelo »,

al instante comenzó esta última á sosegarse, de tal suerte, que, muy luego se recobró del todo; quedando tan buena como àntes, y con igual veneracion que agradecimiento ácia la persona del Ven. Jesuita, á quien, despues de Dios, era deudora de su existencia.

Por último, diez soles habia que el Capitan Don Fernando Bravo de Lagunas, niño entónces de muy corta edad, no sentia en mano de los mejores Médicos alivio alguno, á consecuencia de unas furiosas calenturas y de otros dos serios accidentes que dificultaban la curacion; cuando sus padres, como hijos de espíritu muy amantes que habian sido del Siervo de Dios, se lo encomendaron á él muy de veras, llamándolo en su ayuda. Piadosa diligencia que bastó para que obtuviesen los acongojados padres la salud casi desesperada de su hijo; pórque á la mañana siguiente se dispertó como si tal enfermedad no lo hubiera afligido jamas, con suma maravilla, no solo de sus padres, sino lo que es mas, de los mismos Médicos, que, á una, reconocieron ser aquel un claro milagro del Ven. P. Castillo.



CAPITULO VII.

Hácese finalmente informacion de la vida y milagros del Siervo de Dios, y se trasladan sus venerables despojos á la Capilla interior del Colegio de San Pablo.

Cuatro años enteros habian corrido ya desde que falleciera de este mundo el Ven. P. Castillo para entrar en el gozo del Señor, en cada uno de los cuales no habia cesado de hacer estruendosos portentos; y, no obstante, por razones de laudable prudencia, no se animaba aun su Madre, la Compañia de Jesus, á pedir al Ordinario, que se asegurasen de las injurias del tiempo, con la fé del juramento, y en solemne informacion, las notorias virtudes y milagros de Hijo tan ilustre.

Mas tal fué entónces el clamor de la Ciudad entera porque se iniciase, sin mas demora, la Causa de su Ven. Apóstol, que al fin acabaron por sacar la cara los extraños, en lo que siendo de tanta gloria para la Compañia, su solicitud hubiera podido hacer surgir alguna temeraria sospecha en los ánimos poco cuerdos; cuyo número, segun el Espiritu Santo, es infinito. Instando, al efecto, no solo una, sino repetidas veces, al P. Provincial Hernando Cabero, entre otras muchas personas de primera consideracion en la

República, el Rmo. P. M. F. Ramon Mesia, su hermano Don Francisco, y el Capitan Dn. Fernando Bravo de Lagunas, todos tres deudores, á cual mas, del Siervo de Dios.

Quien, juzgando no ser ya prudente el negarse por mas tiempo á instancias tan repetidas de sujetos de tamaña autoridad, dignos ecos de los clamores de toda Lima, prometió, por fin, presentarse, sin mayor tardanza, á los Señores Dean y Cabildo en Sedevacante, por muerte del Illmo. Sor. Arzobispo D. D. Tray Juan de Almoguera, ofreciendo Informacion de la vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios; y pidiéndoles nombrasen al efecto Juez y Notario Público Apóstolico, ante quien corriese sus términos la Causa. Segun lo ejecutó dicho P. Provincial el dia 17. de Mayo de 1677. en que fueron nombrados para Juez, el Sor. D. D. Agustin Negron de Luna, Canónigo de la Metropolitana, para Notario Apostólico, el M. R. P. Fray Antonio José Pastrana del Orden de Predicadores, y el Dr. Dn. José Lara Galan, para Promotor Fiscal del Juzgado Eclesiástico: señalóndose de parte de la Compañia para Procurador General de dichas informaciones, al P. Tomas Villalva; sujeto en quien concurrian todas las partes de celo, virtud, experiencia y conocimiento de semejantes materias.

Como era natural, la primera diligencia que, al entrar en el ejercicio de sus cargos, practicaron los Señores Juez, Fiscal y Notario Apostólico, asistidos de muchas personas Eclesiásticas y seculares, y de los PP. mas calificados de la Compañia de Jesus, fué el prolijo reconocimiento de los despojos del Venerable difunto. Que, á consecuencia

del pio atrevimiento del Padre José Salázar y de órden de los Superiores, á fin de evitar se repitiesen otra vez en la bóveda comun los destrozos del sagrado cadáver con menoscabo de tan preciosas Reliquias, había sido encerrado en el almacen de la Sacristia, entre los ornamentos y alhajas sagradas; poniéndosele ántes (aunque sin que fuera de ningun modo posible impedir el que la indiscreta devocion de los asistentes, por el interes de una Reliquia, malograse entónces su prodigiosa entereza é incorrupcion) bajo de llave, en una segura caja, ricamente forrada de damasco morado, y con clavazon dorada.

Y tan luego como sacóse de dicho lugar á la Sacristia el precioso y suspirado depósito, para proceder allí á la visita, entregó el P. Rector la llave que lo cerraba al Juez: quien, puesto de rodillas, besó devotamente el féretro: haciendo otro tanto á su vez, y con tiernas lágrimas de veneracion, cada uno de los presentes, al ver descubiertas las venerables Reliquias del Siervo de Dios; cuyos huesos se conservaban aun limpios y jugosos, y la carne seca enjuta y no deshecha en uno de sus lados, á donde no habian podido llegar las atrevidas manos de sus devotos. Y despues de jurar cinco Padres de los mas graves de la Compañia, ser efectivamente aquellos los huesos y carne del Ven. P. Francisco del Castillo, procediéron á recibir el juramento de *non cultu*, (en que juraron, ademas de los PP. de mayor autoridad del Colegio, otros nobles caballeros que se hallaban presentes) y á reconocer el sitio de la sepultura y el del depósito. Determinando consiguientemente el Juez, que se volvieran á colocar los sagrados restos del Siervo de Dios en el mismo armario en que esta-

ban; pero en el desnudo suelo, mientras se hacía una arca menor en que encerrarlos, á fin de ponerlos en un sitio mas decente.

Segun el dia siguiente, 14. de Junio del mismo año, se ejecutó puntualmente en presencia de dichos Señores; acomodándose entónces el venerable cuerpo del Apóstol de Lima, en un cofre pequeño, forrado en velillo de plata por dentro, y por fuera en raso morado, con encajes de oro, tachuelas doradas, y un rótulo, que decia: « *Aquí están los venerables huesos del Siervo de Dios P. Francisco del Castillo* ». Hecho lo cual, mandó el Juez que se depositase luego debajo de tierra: y no hallándose lugar mas á propósito, por lo oculto y lo decente, que la Capilla interior del Colegio, trasladaron allá el cofre, en hombros, y disputándose tamaño honor por todos, los Padres y Hermanos de la Compañia. Y dispuéstosele allí digno lóculo al lado del Evangelio, en las gradas del Altar, y á los piés del Señor Sacramentado, despues de meter el depósito en otra arca de madera bruta, y de guardar una llave el Juez y otra el P. Rector de la Compañia, hincandose de rodillas todos los circunstantes, se puso finalmente en tierra el precioso depósito, que sella un mármol, con esta inscripcion: « *V. P. Francisco del Castillo, de la Compañia de Jesus*, 11. *de Abril de* 1673. » y defiende, aun de la menor injuria de los piès, una bella baranda de balaustres de Amarillo

Humilde sepulcro que el Señor se ha dignado glorificar, como el de otros muchos Siervos suyos, haciendo brotara de él repetidas veces una fragancia de Paraiso, que excede con mucho á los olores mas famosos de la tierra. Como,

entre otros que tuvieron la dicha de experimentarla , lo juran solemnemente dos Religiosos de la Compañia de Jesus ; los cuales , á una , deponen : « Que entrando uno y otro en diversas ocasiones por la noche , á la Capilla de la Congregacion, á visitar al Santísimo Sacramento, habian percibido un suave y fragante olor , que deseosos de saber si fuese acaso de flores naturales , hicieron prolijo exámen de la Capilla para descubrir su orígen ; mas que no hallando una sola flor en todo su ámbito y aumentándose sensiblemente la extraordinaria fragancia á medida que mas y mas se acercaban al sepulcro del Siervo de Dios , quedaron firmemente persuadidos , de que sus venerables despojos eran los que despedian de si tan suave y no usado olor ».

Por lo demas, evacuada sin demora la primera informacion de no haberse dado al Ven. P. Francisco del Castillo culto alguno público, ni pintado con rayos y luces sus imágenes , ni suspendido votos y presentallas en su honor , que es lo que tan severamente prohiben los sabios Decretos de la Santidad de Urbano Octavo , procedió el Señor Juez de la Causa á recibir , con suma diligencia , las informaciones prescritas acerca de la vida , virtudes y milagros del Siervo de Dios. En que se ofrecieron à jurar y juraron , como testigos de unas y otros , tres Reverendos Obispos , los Señores Togados de la Real Audiencia , las Dignidades y Prevendados de la Catedral , las primerás personas en grados y ciencia de todas las Religiones , la Nobleza de Lima : en suma las personas de mayor graduacion y autoridad en la República , asi Eclesiásticas como Seculares , y cuantos infelices experimentaran en vida

20

la caridad del Siervo de Dios , ó su válida proteccion despues de muerto. Constando por último de 144. testigos la primera informacion , que concluida y autorizada debidamente , se remitió à Roma á la Sagrada Congregacion de Ritos , en 1685. con varias devotas cartas , en que el Virey y Arzobispo , Tribunales y Cabildos , todas las Religiones , la Universidad y la Nobleza , pedian , á la Santa Sede , con el debido rendimiento , el breve despacho del Rótulo para la formacion de los Procesos Apostólicos ; y de 29. la segunda , abierta dos años despues de la anterior , bajo el mismo Juez y Notario, por órden del Illmo S. D. D. Melchor Liñan y Cisneros , á consecuencia de las nuevas y frecuentes maravillas que seguia obrando entónces el Siervo de Dios. Pero que hasta el 1690. no pudo desgraciadamente cerrarse y remitirse á Roma con nuevas instancias de las indicadas personas, por la gran turbacion que causó en todos los ánimos el espantoso terremoto acaecido al poco tiempo de comezada.

Delegando, finalmente , en tal virtud , el año de gracia de 1743. la Santidad del Señor Benedicto XIV. para la formacion de los Procesos Apostólicos tan solicitados sobre la vida y milagros del Ven. P. Francisco del Castillo , al Muy Reverendo Arzobispo de Lima , D. D. Pedro Antonio Barrueta , y á los Señores Doctores Don Bartolomé Jiménez y Aranda , Don Fernando Cavero , Don Jaime de Bengoa y Don Manuel de Molledo y Clerque , Dignidades de la Iglesia Metropolitana. Quienes, en conformidad con el indicado Rótulo Pontificio , remitieron al cabo á la Capital del Orbe Cristiano , en 1759. los nuevos Procesos , jurados por 34. personas á todas luces respetables

por su graduacion y autoridad. Los mismos que, despues de maduras discusiones, fueron solemnemente aprobados por la Sagrada Congregacion de Ritos con Decreto de 12. de Marzo de 1763. en que declaraba, « quedar ya introducida la Causa de Beatificacion y Canonizacion del Ven. P. Francisco del Castillo ».

En cuyo estado, y cuando absuelto el Sumario de los Procesos Diocesano y Apostólico, se disponia ya la Sagrada Congregacion de Ritos á proceder al exámen de la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios Francisco del Castillo, hubo de suspenderse desgraciadamente todo ulterior procedimientó por la dolorosa supresion de la Compañía de Jesus en 1773. es decir, á los 10. años cabales de introducida aquella. Quien, si por el cúmulo de Causas análogas que ha tenido que seguir desde su solemne restablecimiento en todo el Orbe Católico hasta la fecha, no ha podido aun tomar á pechos la de su claro Hijo Francisco del Castillo; sabemos positivamente no hallarse muy lejano el dia en que, cual tierna Madre, solicite de nuevo su admision, para ponerle término con el celo que le es caracteristico. Cristiana empresa en que no dudamos le será, como ántes, propicia la generosa Iglesia Peruana, y, sobre todo, nuestro grande y buen Dios, que tanto se interesa por la gloria de sus Santos.



PROTESTA DEL AUTOR.

En cumplimiento de los sabios Decretos del Señor Urbano VIII. de santa é imperecedera memoria, publicados en los años de 1625. 1631. y 1634. declaro: que á cuanto hé escrito en la presente Historia sobre las virtudes y milagros del Ven. P. Francisco del Castillo, no debe prestarse otra fé, que la que merece una autoridad meramente humana.

INDICE

LIBRO PRIMERO.

De la vida que vivió el Venerable Padre Castillo
en el siglo y en la Compañia,
ántes de dar principio á su glorioso Apostolado.

LIBRO SEGUNDO.

Del largo y glorioso Apostolado del Venerable Padre Castillo en Lima y en sus alrededores.

LIBRO TERCERO.

De las heroicas virtudes que fueron inseparables compañeras de la santa vida del Venerable Padre Castillo.

LIBRO CUARTO.

De los muchos y extraordinarios dones
con que enriqueció el Padre de las misericordias
á su fiel Siervo Francisco del Castillo.

LIBRO QUINTO.

De la envidiable muerte del Ven. Padre Francisco del Castillo, y de los repetidos prodigios en que ha hecho ver el Todopoderoso la gloria de que goza ya en el Cielo.

IMPRIMATUR

Fr. Hieronymus Gigli S. P. A. Mag.

IMPRIMATUR

Petrus De Villanova Castellacci Archiep. Petrae Viceg.